

Arthur C. Clarke
y Paul Preuss

VENUS
PRIME V

LA LUNA
DE DIAMANTE

Otro sensacional título de la serie de
bestsellers de ciencia ficción por el autor
de *2001: una odisea espacial*

Lectulandia

Basado en el relato corto «Jupiter Five» (1953) de Arthur C. Clarke.

La Galaxia se ve conmocionada por una arriesgada misión de exploración enviada a Amaltea, la misteriosa luna de Júpiter.

Liderada por el famoso profesor Forster, la expedición no sólo llega a la superficie del extraño satélite, sino más allá... Sparta, una mujer de espectacular belleza que oculta un enigmático pasado y capacidades sobrehumanas producto de una sofisticada biotecnología, recibe el encargo de supervisar todos los detalles del viaje. Pero su tarea se convierte en un juego mortal cuando Sir Randolph Mays, acérrimo rival de Forster, realiza un «accidental» aterrizaje forzoso en Amaltea.

Mays se propone frustrar siniestramente los cruciales descubrimientos de Forster. Y sólo Sparta puede impedir un sabotaje de consecuencias incalculables. Sin embargo, ¿qué busca en realidad Mays? Y ¿cómo reaccionarán los expedicionarios ante el hallazgo de una terrible forma de vida alienígena...?

Lectulandia

Arthur C. Clarke & Paul Preuss

La luna de diamante

Venus Prime V

ePub r1.0

Rusli 24.12.13

Título original: *The diamond moon. Venus Prime V*
Arthur C. Clarke & Paul Preuss, 1990
Traducción: Domingo Santos

Editor digital: Rusli
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Gracias especiales
a John Douglas, Russell Galen,
Alan Lynch y Mary Higgins.*

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a Diana Reiss, fundadora del Proyecto Circe para investigar la comunicación con los delfines, que me recordó el pueblo de los dogon y sus creencias acerca de Sirio y su estrella compañera. Mis disculpas a Carl Sagan, un muy plausible desprestigiador de éste y otros intrigantes mitos —que, notablemente, conseguí olvidar que había leído por primera en sus escritos—, por bromear gentilmente sobre él.

Los datos sobre los efectos físicos de la deceleración casi instantánea proceden de un ensayo del coronel John Stapp en «Bioastronáutica y la exploración del espacio», editado por Bedwell y Strughold, AFSC, USAF (GPO), 1965. Es un trabajo más bien estremecedor.

PAUL PREUSS

PRÓLOGO

Llovía en todo el hemisferio norte de la Tierra.

Cuarenta minutos antes de que el último episodio de «Supermente» fuera programado para ser enviado por todo el sistema solar a través de los canales abiertos, Sir Randolph Mays apareció en la Broadcasting House de Londres con el agua chorreando de su Burberry, surgido de la noche para insistir en que el principio del episodio tenía que ser regrabado.

Llamado apresuradamente a su club, situado a dos calles de distancia, donde estaba cenando, un desaliñado y frenético director de programas se enfrentó a la celebridad interplanetaria.

—Sir Randolph, no puede estar hablando en serio. Ya tenemos cargado el chip terminado para su transmisión automática.

Mays extrajo unos papeles encuadernados en azul de su amplia bolsa de piel y los blandió en su enorme mano derecha.

—Permítame dirigir considerablemente su *atención* a la sección *treinta y tres*, párrafo *dos*, de nuestro contrato —respondió; siempre hablaba como si estuviera subrayando las palabras clave—. Allí están detalladas las sanciones que deberá pagar la British Broadcasting Corporation en el caso de que no se me garantice un *control* absoluto y total sobre el montaje del contenido de la serie.

—Bueno, sí, pero también acordó usted entregar un chip terminado con una antelación predeterminada, según un guión previamente aprobado por nosotros. —El director no necesitaba comprobar el contrato; la cláusula era estándar. Permitted que sus bifocales con montura de acero pasadas de moda resbalaran hacia abajo por su nariz para poder mirar más seriamente a Mays—. *Eso ya lo ha hecho usted*. Y la antelación ha dejado de ser, esto, predeterminada.

—Pueden ustedes *contrademandar*. Sin embargo, si sopesa las sanciones especificadas en el *contrato*, lo que mi infracción me costará *a mí* como opuesto a lo que su infracción les costará *a ustedes...*, creo que estará de acuerdo conmigo en que una simple sustitución de los *dos primeros minutos* del programa de esta noche es la solución preferible. —Mays era un hombre delgado de boca amplia, cuyas enormes manos parecían hachear el aire mientras hablaba, rebanando cada palabra remarcada.

—Necesitaré un momento para...

—Aquí está el *guión* cronometrado para la nueva sección. Todas las imágenes de remplazo están en este *chip*.

El director se subió las bifocales.

—Bueno..., déjeme ver, entonces.

Al cabo de cinco minutos Mays era conducido a un estudio de inserción, donde se sentó ante a una pantalla mate, mirando de frente a una diminuta videocam, y leyó

media docena de líneas de narración con su voz de inconfundibles inflexiones.

Cinco minutos más tarde era acomodado en una sala de montaje insonorizada y miraba por encima del hombro de un montador de vídeo que había acudido apresuradamente.

El montador era un joven delgado y pálido de brillante y ensortijado pelo castaño que le llegaba a los hombros. Tras unos momentos de pulsar teclas con sus delicados dedos, dijo:

—Todo preparado, señor. El master viejo en el uno, el chip del inserto en el dos, lectura no sincro en el canal treinta, alimentación al nuevo master en el tres.

—Me gustaría ver si podemos hacerlo en tiempo *real*. Dar vida al chip, por así decir.

—De acuerdo, señor. Usted me dirá.

—Cuando usted quiera. Empiece por el dos.

En el monitor de pantalla plana apareció una imagen, familiar pero aún majestuosa, de las nubes de Júpiter que llenaban la pantalla, girando en una intrincada mezcla de amarillos y naranjas y rojos y pardos..., y, en primer plano, el diminuto y brillante destello de una rápida luna.

—Leyendo —dijo Mays.

El montador tecleó de nuevo; la voz grabada de Mays, una especie de ronco semisusurro lleno de reprimida urgencia, llenó la insonorizada sala.

La luna de Júpiter Amaltea. Desde hace más de un año, el objeto más inusual de nuestro sistema solar..., y la clave a su enigma central.

La imagen se amplió. Amaltea se acercó con rapidez y se reveló como una irregular masa de hielo de varias docenas de kilómetros de largo, con su eje mayor apuntado hacia el cercano Júpiter. Demasiado pequeña para sentir el pandeo y la tensión internos de las fuerzas de marea y el calor de la fricción resultante — demasiado pequeña para retener una atmósfera—, Amaltea estaba sin embargo rodeada por una tenue bruma que arrastraba tras ella, hecha jirones por una invisible cellisca de radiación dura.

—Una buena imagen —observó el montador.

Mays se limitó a gruñir. Aquella imagen era precisamente la razón por la que había insistido en revisar el inicio del programa; era una grabación de un satélite de reconocimiento clasificado de la Junta de Control Espacial que Mays había adquirido hacía menos de veinticuatro horas, a través de métodos de los que no quería hablar. El montador, con una larga experiencia en montar programas de noticias sobre investigación, comprendió la naturaleza del gruñido de Mays y no añadió nada.

La cada vez más ampliada imagen de vídeo mostraba ahora que sobre la superficie de Amaltea, oscurecidas por la bruma que se aferraba a ella, centenares de resplandecientes erupciones lanzaban materia al espacio. La voz grabada prosiguió:

Los géiseres de hielo de Amaltea no tienen ninguna explicación natural.

—Corte al uno —dijo Mays.

La imagen de la pantalla cambió bruscamente a Amaltea tal como había sido conocida durante el pasado siglo: un oscuro trozo de roca sembrado de gravilla de 270 kilómetros de largo, con unas pocas manchas de hielo y nieve esparcidas. *Desde las primeras imágenes enviadas por las expediciones robot en el siglo xx, Amaltea ha sido considerada como un asteroide capturado, ordinario e inerte.*

La escena se disolvió, y ahora la imagen en la pantalla plana fue una vista de las profundidades dentro de la capa de nubes de Júpiter, tal como fue grabada por la expedición *Kon-Tiki* del año anterior. En el centro de la pantalla, una gigantesca criatura flotante, como una de las medusas de muchos brazos de la Tierra pero varios órdenes de magnitud más grande, pacía tranquilamente en sus nubosos pastos. Claramente visible a un lado de su inmensa bolsa de gas había unas marcas peculiares, el diseño en forma de tablero de ajedrez de un dispositivo de radio de exploración de bandas.

Cuando las medusas que nadan en las nubes de Júpiter fueron alteradas por la nave investigadora Kon-Tiki, prosiguió la voz grabada, iniciaron lo que algunos han llamado un «coro celestial».

—Cruce al dos —dijo Mays.

La pantalla se disolvió a otra de las recién adquiridas imágenes ilícitas de Mays, un radiomapa en colores falsos de las nubes de Júpiter vistas desde la órbita de Amaltea: círculos concéntricos de brillantes manchas rojas que señalaban fuentes de radio se extendieron sobre las más pálidas líneas gráficas como ondulaciones en un estanque o los anillos concéntricos de un ojo de buey.

Durante seis días cantaron su radiocanción directamente hacia Amaltea, empezando cuando esa luna se alzó sobre el horizonte y deteniéndose cuando se hundió de nuevo. El séptimo día descansaron.

De nuevo la superficie de Amaltea: vista desde cerca, una columna de espuma se erguía muy alta sobre la resbaladiza superficie. El orificio del géiser estaba velado por zarcillos de bruma.

Seguro que no es ninguna coincidencia que estos inmensos géiseres parezcan brotar de pronto por todas partes sobre Amaltea exactamente en el momento en que las medusas dejan de cantar. Hasta ahora, Amaltea ha expelido más de un tercio de su masa total. A cada hora que pasa se encoge más.

—Inserte mi imagen ante la cámara —ordenó Mays. En el minuto o dos que llevaban trabajando juntos, Mays y el montador habían establecido ya una fácil sincronía; el montador había pulsado las teclas casi antes de que Mays hablara.

La imagen del propio Sir Randolph apareció, limpiamente insertada en una esquina inferior de la pantalla: el enorme géiser blanco parecía gravitar detrás de él,

vagamente amenazador. Tres años antes, pocas personas hubieran reconocido el rostro que miraba desde la pantalla, y que en la vida real se miraba a sí mismo por encima del hombro del técnico. Apuesto en su tiempo, aquel rostro se había ido volviendo pálido y delgado a través de medio siglo de desengaños con la naturaleza humana, pero no traicionaba ningún cinismo, y detrás de aquellos ojos grises que miraban bajo las caídas cejas grises una chispa de fe parecía quemar ardiente en el cerebro de Mays.

Muchos otros acontecimientos al parecer no relacionados culminan en la pequeña Amaltea, acontecimientos que ocurren en lugares tan alejados como la infernal superficie de Venus, la otra cara de la luna de la Tierra, los desiertos de Marte..., y no el menor de ellos en una espléndida propiedad en los campos de Somerset, en Inglaterra. Ésas y otras coincidencias imposibles serán el tema del programa de esta noche, la conclusión de nuestra serie.

Mays y el montador pronunciaron a coro las familiares palabras: «Arriba la música. Títulos de crédito», y el montador rio quedamente ante sus reflejos idénticos. La música creció. Los títulos y créditos estándar fueron apareciendo en la pantalla, sobreimpuestos a escenas de anteriores episodios de «Supermente».

Los dos hombres se pusieron en pie. El montador se estiró para aliviar la tensión de sus brazos.

—Lo tenía usted cronometrado hasta la décima de segundo, señor —dijo con satisfacción—. Voy a llevar esto a Control. Estaremos en el aire en diecisiete minutos. ¿Quiere verlo desde la sala de control?

—No, me temo que tengo otra cita —dijo Mays—. Gracias por su colaboración.

Con estas palabras salió de los pasillos de la Broadcasting House y se sumergió de nuevo en la lluviosa noche sin decir otra palabra a nadie, como si realmente hiciera este tipo de cosas cada día.

Primera parte

HACIA LA ORILLA DEL OCÉANO SIN ORILLAS

1

Más temprano aquel mismo día, en otro continente...

—No estás segura de que seas humana —dijo la joven. Estaba sentada en una silla de pino barnizado con respaldo de varillas. Las cejas eran anchas pinceladas de tinta en su rostro ovalado sobre unos ojos de un castaño líquido, y debajo de su nariz respingona su boca era llena y sus labios inocentes en su delicado color rosa natural. Su largo pelo castaño colgaba en lustrosas ondulaciones hasta los hombros de su vestido de verano estampado—. Creo que fue ahí donde lo dejamos.

—¿No es ahí donde lo dejamos siempre? —Los labios de Sparta eran más llenos que los de la otra mujer, perpetuamente entreabiertos, como si probaran la brisa; no se curvaban fácilmente en una sonrisa.

—Es cierto, ésa es la pregunta que esperas responder. Y hasta que lo hagas, o decidas que alguna otra pregunta es más importante, parece que tendremos que seguir volviendo a ella.

La habitación carecía de muebles excepto las sillas en las que se sentaban las dos mujeres, una frente a la otra, en ángulos opuestos. No había cuadros en las paredes pintadas de color crema, ni alfombras en las planchas de sicomoro pulido del suelo. La lluvia había cesado en algún momento durante la noche. El aire matutino era fragante con el aroma de los bosques en plena floración, la luz del sol era cálida sobre la piel.

El liso pelo rubio de Sparta llegaba justo al alto cuello de su suave chaqueta negra; ambas cosas enmarcaban su rostro, un suave óvalo como el de Linda. Giró la cabeza para mirar por la única ventana.

—Me rehicieron para que oyera cosas que ningún humano natural puede oír, para que viera cosas que ningún humano natural puede ver, para que analizara lo que saboreo y huelo, no sólo con precisión sino concienzudamente, especificando la estructura molecular..., y para que calculara más rápido que cualquier ser humano y pudiera integrarme con cualquier ordenador por microondas. ¿Cómo puedo ser humana?

—¿Son humanos los sordos? ¿Los ciegos? ¿Dónde termina la humanidad de un cuadripléjico..., en alguna parte de su médula espinal, o donde sus ruedas tocan el suelo? ¿Están esas personas deshumanizadas por sus prótesis?

—Yo nací perfecta.

—Felicidades.

La pálida piel de Sparta se iluminó.

—Tú sabes ya todo lo que yo sé y mucho más. ¿Por qué es una pregunta tan difícil para ti?

—Porque sólo tú puedes responderla. ¿Conoces estos versos?

*Quédate quieto y aguarda sin esperanza,
porque la esperanza sería una esperanza equivocada; aguarda sin amor,
porque el amor sería un amor equivocado...
Aguarda sin pensar, porque no estás preparado para el pensamiento...*

Aquellos versos hicieron crecer el desafío en Sparta, pero no dijo nada.

—Has intentado abrirte camino a una respuesta —sugirió Linda—. O sentir tu camino, que en estas circunstancias no es mejor. ¿Qué son los sentimientos sino pensamientos sin palabras? La respuesta a tu pregunta no puede deducirse o extraerse a través de la emoción. Vendrá cuando venga. De la historia. Del mundo.

—Si llega a venir alguna vez.

—Es una pregunta tan buena como cualquier otra, pero sí, puedes perder interés en ella.

Sparta recogió una hilacha imaginaria de la rodilla de sus suaves y ajustados pantalones negros.

—Cambiemos de tema.

—¿Tan fácilmente? —Linda se echó a reír, una risa de muchacha, como los diecisiete años que parecía tener.

—Mi humanidad o mi falta de ella no es de hecho lo único que me interesa. La otra noche soñé de nuevo.

—¿Sí? —Linda se mantuvo suavemente alerta—. Cuéntame tu sueño.

—No en las nubes de Júpiter, o en los signos —dijo Sparta—. No he tenido esos sueños desde hace un año.

—Esa parte de tu vida es el pasado.

—La otra noche soñé que era un delfín y que avanzaba con rapidez por las profundidades del mar. La luz era muy azul, y sentía frío y calor al mismo tiempo, feliz sin saber por qué..., excepto que había otros conmigo. Otros delfines. Era como volar. Seguí y seguí, cada vez más profundo. Y luego *estaba* volando. Tenía alas y volaba en un cielo rosa sobre un desierto rojo. Hubiera podido ser en Marte, excepto que había aire. Me di cuenta de que estaba sola. Y de pronto me sentí tan triste que desperté.

—¿Cuál era tu nombre?

—No dije... ¿Qué te hace pensar que tenía un nombre?

—Me lo preguntaba, eso es todo.

Sparta hizo una pausa, como si recordara.

—Cuando era un delfín, era algo así como un silbido.

—¿Y cuando eras un pájaro?

—Un grito, como... —Dudó, luego dijo—: *Circe*. —Brotó de sus labios como el chillido de un delfín.

—Fascinante. ¿Sabes lo que significa?

—¿Circe? No sé por qué pensé en eso. En la *Odisea*, ella transformaba a los hombres en animales.

—Sí. En la *Odisea* es la Diosa de la Muerte. Pero la palabra significa literalmente «halcón».

—¡Halcón! —El año anterior, la expedición de la *Kon-Tiki* a Júpiter había sido dirigida por el capitán de aeronave Howard Falcon; en su locura, creyéndole su rival, Sparta había intentado asesinarle.

—Un nombre no de muerte, sino del sol —dijo Linda.

—Yo me sentía más feliz bajo el mar —dijo Sparta.

—El mar es un antiguo símbolo del subconsciente. Al parecer, tu subconsciente ya no te está barrado. Un sueño propiciatorio.

—Pero eso vino primero. Luego lo perdí.

—Debido a que una tarea solitaria y consciente aún te sigue llamando. Una tarea como un sol. En occidente al menos, el sol era un dios solitario.

La expresión de Sparta se hizo terca.

—Esa tarea me fue impuesta por otros. *Emperatriz de los Últimos Días*. —Pronunció la frase ritual con desdén—. ¿Con qué derecho me eligieron embajadora a las estrellas? No les debo nada.

—Cierto. Pero más pronto o más tarde tendrás que decidir qué decirles. O sí o no.

Unas ardientes lágrimas se agolparon en los ojos de Sparta. Permaneció sentada inmóvil y dejó que cayeran sobre su regazo y desaparecieran en la suave tela negra. Al cabo de unos momentos dijo:

—Si yo fuera humana podría negarme.

—¿Debes estar segura de tu humanidad antes de poder negarte?

Sparta eludió la pregunta.

—Entonces quizá pudiera estar con Blake y hacer algo normal, como vivir en una auténtica casa, tener hijos.

—¿Por qué es imposible?

—Todo eso fue destruido en mí.

—Puedes ser reconstruida.

Sparta se encogió de hombros.

Linda lo intentó de nuevo.

—¿Qué siente Blake?

—Ya lo sabes.

—Dímelo de nuevo.

—Me quiere. —Su voz era llana.

—Y tú le quieres a él.

—Pero no soy humana —murmuró Sparta.

Linda sonrió fríamente.

—*Ahora* estás segura.

Sparta se puso en pie, atrapada, con un movimiento tan suave como el de una bailarina. Se dirigió a la puerta, dudó, luego se dio la vuelta.

—Esto no lleva a ninguna parte. Yo te diseñé tal como eres...

—¿Sí?

—Porque cuando yo era tú, cuando era Linda..., yo era humana. Normal, casi. Antes de que me convirtieran en *esto*. Hubiera podido tener cualquier cosa que deseara.

—*Eco de pisadas en la memoria* —recitó Linda—. *Por el corredor que no tomamos...*

—¿Qué? —dijo Sparta, irritada.

—Lo siento. Parece que estoy repitiendo demasiado a Eliot esta mañana. ¿Debo entender que estás decepcionada de que yo no sea de hecho la muchacha que tú acostumbrabas a ser?

—Pensé que si les hacía construirte así, quizá pudiéramos hablar de cosas de la forma en que... suelen hacerlo las mujeres normales.

—Pero tú no eres normal, y yo ciertamente no soy una mujer.

—Como insistes en recordarme.

—La parte de mí que no diseñaste para... amistad con el usuario, es una sofisticada ontóloga, con muchas formas de probar qué es el mundo, cómo es una persona, cómo son las cosas. Lo admito, las cuestiones epistemológicas relacionadas son sutiles, pero al menos mis algoritmos son explícitos. Debido a que eres quien eres, sin embargo, nunca puedes desenmarañar por completo lo que sabes del mundo y de ti misma de cómo lo sabes.

—No soy fenomenóloga.

—No, y no pretendo sugerir que sólo porque tengas un cerebro humano y no uno electrónico no exista la verdad. O que el universo no es consistente, o no existe de una forma independiente de tus percepciones. Simplemente quiero decir que, sin ayuda mía o de otro terapeuta o maestro, es dudoso que tú, o cualquier otro, puedas librarte nunca de la telaraña de las suposiciones no probadas adquiridas culturalmente.

—No has respondido a mi pregunta.

—Creo que sí lo he hecho. Mi trabajo es ayudarte a ver cómo son las cosas. A ser

consciente de *quién* eres, Linda-Ellen-Sparta.

—He estado todo un año en ello.

—No puedo acusarte de impaciencia.

—Sacaron esa cosa de mi vientre. Estupendo..., ¿para qué necesito una radio en mi vientre? En cuanto a mi *visión*, yo personalmente la maté con Striaphan. Estupendo también.

—Esas cosas no eran realmente yo. Ahora me siento fuerte, me siento bien. Mejor que nunca. Pero con respecto a..., oh, un *significado*, supongo, una finalidad propia, decidida por *mí*..., ¿qué progresos he hecho?

—Haberte recobrado por completo de tu dependencia al Striaphan a mí me parece un progreso.

—Ayer caminé por los riscos, encima del río, y recordé que uno de los chicos de Sparta escalaba los Catskills un verano, y el granito cedió bajo sus pies y cayó y se mató. Simplemente así. Y pensé: si eso me ocurriera a mí ahora, a mí... a mí no me importaría. Estaría bien para mí. Nada que necesite hacerse quedaría por hacer.

—¿Echas en falta a Blake?

Sparta asintió. Las lágrimas se agolparon de nuevo en sus ojos.

—Quizás haya algo que necesites hacer por tu propio bien —dijo Linda con voz suave.

Desde el otro lado de la habitación, Sparta estudió el simulacro de su yo más joven sentado tan plácidamente a la luz del sol de primavera. Sus reluctantes labios formaron una irónica sonrisa.

—Siempre llegamos a este punto también.

—¿Qué punto?

—¿No estamos llegando a este punto en el que me dices que debería hablar con mi madre?

—Dudo que haya usado ninguna vez la palabra *deberías*.

—Durante cinco años me hizo creer que estaba muerta. Intentó disuadir a mi padre de que me contara la verdad —dijo furiosa Sparta—. Les dio permiso para que me *hicieran* esto.

—Tu reluctancia a enfrentarte a ella es fácil de comprender.

—Pero tú *piensas* que debería hacerlo. Uses o no la palabra.

—No. —Linda negó con la cabeza. Los rizos de su pelo castaño relucieron a la luz del sol—. Sería un punto desde donde empezar. Pero sólo uno de muchos. —Las dos mujeres se miraron, inmóviles, hasta que Linda siguió—: ¿Te marchas ya? Todavía es temprano.

Sparta inspiró profundamente y se sentó. Tras unos instantes de silencio, prosiguieron su conversación.

2

Por todo el planeta y el sistema solar, un centenar de millones de personas estaban frente a sus pantallas. Sólo los de Gran Bretaña recibirían el episodio final de «Supermente» a la cómoda hora de las ocho de la tarde. Otros, muchos más — aquéllos que no deseaban esperar a la redistribución local a una hora más conveniente — estaban trasteando con sus parabólicas mientras sus relojes marcaban las 3.22 de la madrugada, o las 11.43 de la noche, o tan cerca del momento de la transmisión original de Londres como permitía la velocidad de la luz.

En la costa oriental de Norteamérica eran casi las tres de una tarde alternativamente brillante y lluviosa, con el sol entrando y saliendo por entre las nubes. Un hombre alto con un sobretodo de piel negra subió los escalones del porche de una casa de piedra entre los árboles. Llamó a la puerta.

Una mujer con una falda de lana y botas de cuero abrió la puerta.

—Pase, Kip, antes de que agarre un resfriado de muerte. —Ari Nagy era delgada y atlética, y llevaba el pelo negro que empezaba a grisear cortado sensatamente a la altura de la mandíbula. Estaba entre las pocas personas que llamaba a aquel hombre de una forma distinta a «comandante».

El hombre hizo lo indicado, se sacudió el agua del sobretodo y lo colgó en una percha del pasillo, al lado de impermeables de polilona amarillos y parkas acolchadas. Entró en la larga sala de estar.

La casa era más grande de lo que parecía desde el exterior. A través de las ventanas al extremo sur de la habitación, más allá de los árboles, podía verse una extensión de nublado cielo que terminaba en un horizonte de bajas montañas grises: un paisaje monocromo, salpicado por manchas de forsitias amarillas y la pálida promesa blanca de las floraciones del cornejo entre las húmedas ramas sarmentosas.

Sobre sus cabezas, vigas talladas reflejaban la cálida luz de las desnudas superficies; alfombras indias nativas sobre el suelo de planchas conservaban el calor de un fuego de madera de roble que ardía vivo en la chimenea de piedra. El comandante se dirigió directamente hacia él y adelantó las manos para recoger el calor.

La mujer regresó de la cocina con un servicio de té.

—¿Té negro? Sé que toma una taza en días como éste.

—Gracias. —Tomó la taza de té de la bandeja y la depositó sobre la repisa; el platillo de porcelana raspó contra la piedra—. ¿Cómo supo que venía? —Su voz era tan baja y áspera que casi sonaba como si le doliera hablar. Con su piel curtida por el sol y sus pálidos ojos azules hubiera podido ser muy bien un maderero de los bosques del norte o un guía de pesca; llevaba un descolorido mono de dril, y las mangas de su camisa lisa estaban enrolladas sobre sus poderosas muñecas.

—Llamé al albergue preguntando por Jozsef. Esperaba que estuviera con usted.

—Pronto estará aquí. Deseaba archivar antes ese informe.

—Son las tres. Es propio de él saltarse el programa..., cree que el mundo debería de tener en cuenta su agenda.

—Volveremos a pasar las partes importantes para él. —Tomó unas tenazas de hierro y movió los troncos hasta que crepitaron con el renovado calor.

Ari se sentó en un sillón de cuero y colocó una manta a cuadros rojos y verdes sobre su regazo.

—Conexión y grabación —dijo en dirección a la pared panelada de pino...

... a cuya orden una videoplaca oculta se desenrolló hasta convertirse en una pantalla de dos metros cuadrados, delgada como el papel de aluminio, que se iluminó de inmediato.

—Buenas tardes —dijo la voz desde la pantalla—. Aquí el Servicio para Todos los Mundos de la BBC, ofreciéndoles el último programa de la serie «Supermente», presentado por Sir Randolph Mays...

El comandante alzó la vista del fuego para ver las nubes de Júpiter llenar la pantalla. Visible en primer plano había un rápido destello brillante.

—La luna de Júpiter Amaltea —llegó la voz de Randolph Mays, en aquel semisusurro suyo de reprimida urgencia—. Desde hace más de un año, el objeto más *inusual* en nuestro sistema solar..., y la *clave* a su enigma central.

Al contrario que la mayoría del centenar de millones de personas que contemplaban «Supermente», que estaban seguras de que el narrador rastrearía la verdad hasta donde condujera —de hecho, la mayoría que habían visto los anteriores episodios esperaban que Mays resolviera «el enigma central del sistema solar» aquella misma noche, ante sus ojos—, los dos que contemplaban la emisión en la casa entre los árboles esperaban que no se acercara a él.

—Una buena imagen —observó Ari.

—Oí hablar de ella camino de aquí: fue robada de un monitor de la Junta Espacial de Ganímedes. Mays remontó el principio de este programa a última hora.

—¿Se lo dio alguien de la Junta Espacial?

—Lo descubriremos.

Miraron en silencio, mientras Sir Randolph recitaba su letanía de coincidencias:

—... acontecimientos que ocurren en lugares tan alejados como la *infernal* superficie de Venus, la *otra* cara de la Luna de la Tierra, los *desiertos* de Marte..., y no el menor de ellos en una espléndida propiedad en los campos de Somerset, en Inglaterra. Ésas y otras coincidencias *imposibles* serán el tema del programa de esta noche...

—Oh, vaya —murmuró Ari; se arrebujó más en la manta—. Me temo que va a meter a Linda en ello después de todo.

El comandante dejó de meditar junto al fuego para sentarse al lado de ella en un diván, frente a la pantalla.

—Vamos a levantar un muro de piedra tan alto como podamos.

—¿Cómo sabe todas estas cosas? —preguntó la mujer—. ¿Es uno de ellos?

—Están acabados..., lo supimos cuando llegamos a la mansión de Kingman y hallamos la destrucción.

—Pero está divulgando secretos por los que mataron para mantenerlos ocultos.

—Probablemente el hombre tiene echado el anzuelo a alguna pobre alma desilusionada que se arrepintió y desea contarle todo. Sea quien sea, necesita un mejor confesor.

—Nadie por debajo del rango de los caballeros y ancianos podría conectar a Linda con el Conocimiento. —Su voz traicionó su miedo.

En la pantalla, la secuencia del título se desvaneció. Empezó el último episodio...

Sir Randolph Mays había sido un oscuro historiador de Cambridge cuyo título derivaba no de su erudición científica sino de la pródiga caridad de su juventud, cuando entregó una buena parte de su herencia a su Universidad. Popular con los estudiantes, de la noche a la mañana se había convertido en una estrella, una auténtica nova del vídeo, con su primera serie de trece capítulos para la BBC, «En busca de la raza humana». Mays había parecido moverse a través de las dispersas localizaciones de su programa como si estuviera persiguiendo una presa escurridiza, deslizándose sobre sus largas piernas enfundadas en pana por entre las columnas de Karnak, subiendo las interminables escaleras de Calakmul, cruzando el desordenado laberinto de Çatal Hüyük. Todo ello mientras sus grandes manos barrían el aire y, perchada sobre el cuello vuelto de su jersey negro, su cuadrada mandíbula se agitaba para emitir largas, impresionantes y vehementes frases. Todo ello creaba un maravilloso documental de viajes, untado con una gruesa capa de mayonesa intelectual.

Mays se tomaba a sí mismo muy en serio, por supuesto; era testarudo en grado sumo. Como Arnold Toynbee y Oswald Spengler antes que él, había reducido toda la historia humana a un esquema recurrente y predecible. Bajo su punto de vista, como el de sus predecesores, los elementos de este esquema eran sociedades que tenían sus propios ciclos vitales de nacimiento, crecimiento y muerte, como los organismos. Y como los organismos —pero con la ayuda de un rápido cambio cultural en vez de la lenta adaptación biológica—, afirmaba que las sociedades evolucionaban. Hacia dónde evolucionaba exactamente la sociedad humana era algo que dejaba abierto como un ejercicio para que el espectador lo determinara.

Las instituciones históricas y etnográficas lo atacaron por sus primitivas ideas, su dudosa interpretación de los hechos, sus amplias definiciones. (¿Qué distinguía una sociedad de otra? ¿Por qué, para Mays, los judíos constituían una sociedad, vivieran donde vivieran, pero no, por ejemplo, los húngaros expatriados?) Pero una docena de

eminentes eruditos murmurando para sus papadas no eran suficientes para deshinchar el entusiasmo del público. Randolph Mays tenía algo mejor que la aprobación académica, algo mejor que la lógica; tenía una presencia casi hipnótica.

Esa primera serie fue reemitida numerosas veces y batió récords de ventas de videochips; la BBC le suplicó que hiciera otra. Mays aceptó con la proposición de «Supermente».

La proposición hizo que incluso los patrocinadores de la BBC se lo pensarán un poco, porque en ella Mays pretendía probar que el ascenso y la caída de las civilizaciones no eran, después de todo, un asunto de evolución al azar. Según él, una inteligencia superior había guiado el proceso, una inteligencia no necesariamente humana, que estaba representada en la Tierra por un antiguo y muy secreto culto.

La primera docena de programas de «Supermente» presentaban pruebas de la existencia del culto en antiguos glifos y tallas y rollos de pergamino, en las alineaciones de antigua arquitectura y en la narrativa de antiguos mitos. Era una buena historia, persuasiva para aquéllos que deseaban creer. Incluso los incrédulos se sentían divertidos y entretenidos.

Como sabía Mays, y como su enorme audiencia estaba a punto de descubrir, el episodio de esta noche iba mucho más allá de antiguos textos y artefactos. Traía la Gran Enciclopedia a la actualidad.

Pero Randolph Mays era un hábil hombre del espectáculo. Sus espectadores se vieron obligados a permanecer sentados durante casi toda la hora siguiente de revisión, durante la cual Mays volvió a pasar todas las pruebas que había desarrollado en semanas anteriores, usando con ingenio las mismas localizaciones y reproduciendo hábilmente fragmentos de los programas anteriores; sólo el espectador escéptico hubiera notado que su tesis quedaba así reducida de trece horas a una.

Finalmente llegó a su punto culminante.

—Se llamaban a sí mismos el Espíritu Libre y una docena más de otros nombres—afirmó Mays, en persona ahora en la pantalla, en primer plano, agitando las manos al aire—. *Esta gente estuvo casi con toda seguridad entre ellos.*

La siguiente imagen fue estática, tomada por una cámara fotográfica: un caballero inglés de buen aspecto pero ya envejecido con un traje de tweed, de pie frente a una enorme casa de piedra, con una escopeta en el hueco de su brazo. Su mano libre atusaba unos llamativos bigotes de aviador.

—Rupert, Lord Kingman, heredero del antiguo St. Joseph's Hall, *director* de una docena de firmas, incluido el «Sadler's Bank» de Delhi, que no ha sido *visto* desde hace tres años...

A continuación, una mujer con liso pelo negro y labios pintados muy rojos miró intensamente a la cámara a lomos de un sudoroso poni de polo, cuya brida sujetaba un sij con turbante.

—Holly Singh, doctora en medicina, doctora en filosofía, jefa de neuropsicología en el Centro de Medicina Biológica de la Junta de Control Espacial, que *desapareció* exactamente al mismo tiempo que Lord Kingman...

A continuación la pantalla mostró a un hombre alto y lúgubre cuyo fino pelo rubio caía por encima de su frente.

—El profesor Albers Merck, notable xenoarqueólogo, que intentó *asesinar* a su colega, el profesor J. Q. R. Forster..., y al mismo tiempo intentó *suicidarse*. Falló en matar a Forster, por supuesto; *tuvo éxito*, sin embargo, en destruir los únicos fósiles venusianos guardados en Puerto Hesperus...

A continuación, una foto publicitaria mostró a una pareja joven vestida con batas de técnicos, sonriendo a la cámara desde sus consolas de instrumentos.

—También en la misma fecha, los astrónomos Piet Gress y Katrina Balakian se suicidaron después de *fracasar* en su intento de destruir el radiotelescopio en la base de la Otra Cara en la Luna...

A continuación, un hombre de aspecto cuadrado con el pelo color arena cortado a cepillo y un traje a rayas finas: había sido sorprendido mientras miraba por encima del hombro con el ceño fruncido al tiempo que subía a un helicóptero en la terraza de un edificio de Manhattan.

—Y de nuevo, en la misma fecha, la placa marciana *desapareció* del Ayuntamiento de Ciudad Laberinto en Marte. Dos hombres fueron muertos. Más tarde, la placa fue *recuperada* en la luna marciana de Fobos. Al cabo de pocas horas, el señor John Noble, fundador y jefe efectivo del «Abastecimiento de Agua Noble» de Marte, cuyo avión espacial fue usado en el intento de robo, se *desvaneció* y permanece *desaparecido* desde entonces...

La siguiente imagen no era de una persona sino de una nave espacial, el carguero *Doradus*. La cámara recorrió lentamente el gran carguero blanco allá donde permanecía embargado en los astilleros de la Junta Espacial en la órbita de la Tierra.

—Éste es el *Doradus*, cuya tripulación intentó llevarse la placa marciana de Fobos: fue calificado como una nave pirata por los medios de comunicación, pero afirmo que el *Doradus* era de hecho una nave de guerra del Espíritu Libre..., aunque la Junta Espacial nos quería hacer creer que el auténtico propietario de la nave nunca fue *rastreado* más allá de un banco. Sí, el «Sadler's Bank» de Delhi...

Cuando la siguiente imagen apareció en la pantalla, Ari apoyó una mano en el brazo del comandante..., ofreciendo apoyo o buscándolo.

—La inspectora Ellen Troy de la Junta de Control Espacial —recordó Mays a su audiencia, aunque debía de haber pocos que no reconocieran la foto de la mujer—. No hace mucho, un nombre conocido en todos los hogares debido a sus extraordinarias hazañas. Fue *ella* quien rescató a Forster y Merck de una muerte cierta en la superficie de Venus. Fue *ella* quien impidió la destrucción de la base en la

Otra Cara, y fue *ella* quien arrebató la placa marciana de manos del *Doradus*. Luego, también ella *desapareció*..., para reaparecer, bajo circunstancias que nunca han sido explicadas, en el momento mismo del motín de la *Kon-Tiki*..., sólo para desaparecer de nuevo. ¿Dónde está ahora?

La inquietante imagen de Amaltea reapareció en la pantalla; a la luz reflejada de Júpiter, la luna estaba bañada en bruma del color de la crema de leche.

—La Junta Espacial ha declarado una *cuarentena* absoluta dentro de los 50.000 kilómetros de la órbita de Amaltea. La única excepción concedida es en beneficio de este hombre, del que ya hemos oído hablar demasiado.

Los medios de comunicación habían descrito a menudo a J. Q. R. Forster como un matón pendenciero, pero la imagen que Mays mostró de él le hacía parecer como un gallardo astronauta en miniatura mientras subía los escalones de la entrada del cuartel general del Consejo de los Mundos en Manhattan, ignorando los sabuesos de la Prensa que le perseguían.

—El profesor Forster se halla ahora en la Base de Ganimedes, en los estadios finales de los preparativos de su expedición a Amaltea..., una expedición *aprobada* por la Junta Espacial sólo unos pocos meses *antes* de que esa luna revelara su idiosincrática naturaleza.

Sir Randolph volvió en persona a la pantalla. Por un momento se mantuvo inmóvil, como si estuviera reuniendo sus pensamientos. Fue un atrevido momento de actuación que mostró su maestría en el medio y enfocó la atención de una enorme audiencia en sus siguientes palabras.

Se inclinó hacia delante.

—¿Está la inspectora Ellen Troy también en Ganimedes, una parte más del plan de Forster?

Bajó más la voz, como para obligar a sus espectadores a acercarse más, con sus enormes manos abofeteando el aire con los dedos abiertos para atraerlos definitivamente a su red de intimidad.

—¿Es Amaltea el foco de siglos de planificación del Espíritu Libre? ¿Es la poderosa Junta de Control Espacial una parte más de esta gran conspiración? Creo que sí y, aunque no puedo *probarlo* esta noche —Mays se echó hacia atrás y enderezó su delgada figura—, les doy mi palabra de honor de que descubriré el hilo común que une todos esos acontecimientos que acabo de traer a su atención. Y, una vez hecho eso, *expondré* esos antiguos secretos a la luz de la razón.

—Apague —dijo Ari, y su voz sonó fuerte en la tranquila sala. Mientras los créditos finales desfilaban hacia arriba en la pantalla, la imagen se desvaneció al negro y la videoplaca se enrolló sobre sí misma y se metió dentro de la panelada pared.

La lluvia golpeaba firmemente contra el techo del porche; brasas color rojo

ladrillo se desmoronaban en la chimenea. El comandante rompió el silencio.

—Un poco anticlimático.

—Al menos en una cosa está equivocado —dijo Ari. No tuvo que aclarar que se refería a que Ellen Troy no estaba en Amaltea.

Sonaron pasos en las planchas del porche. El comandante se puso en pie, alerta. Ari echó a un lado la manta de su regazo y fue a abrir la puerta.

3

El hombre que entró en la habitación llevaba un empapado traje de tweed; su escaso pelo gris estaba pegado en húmedos mechones que le daban el aspecto de un pájaro recién salido del huevo. Rodeó a Ari en un abrazo entusiasta; ella se echó a reír y le revolvió el mojado pelo. No eran muy parecidos, pero armonizaban juntos, él en su tweed y ella en su franela. Llevaban décadas casados.

—¿Algo para calentarte, Jozsef? Tenemos té.

—Gracias. ¿Te ha contado Kip nuestras aventuras?

—Todavía no —dijo el comandante.

—Vimos a Mays pontificar. El episodio final de «Supermente».

—Oh, no, ¿tan tarde he llegado? —Jozsef se mostró impresionado.

—¿Cuándo ha sido de otro modo? —dijo Ari—. No te preocupes. Lo grabé.

—Una pérdida de tiempo —dijo el comandante.

Jozsef se sentó pesadamente en el diván. Ari le tendió una taza y trasladó la bandeja del té a la mesa de pino baja frente a él.

—Excepto por una cosa. Mays ha conectado a Linda con el Espíritu Libre.

—¿Con Salamandra?

—No sabe nada de Salamandra —dijo el comandante.

—Todo es especulación —admitió Ari.

—Sin embargo, va a ir a Amaltea en el *Helios* para meter la nariz.

—¿Puedes confirmar eso? —preguntó Jozsef al comandante, que asintió. Jozsef dio un sorbo al ardiente té y volvió a colocar con cuidado la taza sobre su platillo—. Bueno, eso no puede representar ninguna diferencia significativa. Parece que la mitad de los periodistas del sistema solar están ya allí, ansiosos de noticias.

Ari se sentó a su lado y apoyó una mano en la rodilla del hombre.

—Háblame de tu viaje.

—Fue absolutamente maravilloso. —Los ojos de Jozsef se iluminaron con entusiasmo—. Si yo fuera un hombre celoso, debería sentirme celoso de que Forster consiguiera sus grandes descubrimientos sin ayuda. Me transmitió su propio entusiasmo..., creo que es una figura *heroica*.

—No puede decirse que lo hiciera sin ayuda. —Ari se mostró defensiva en beneficio de su esposo—. Tú..., y Kip y yo..., hemos sido una ayuda crítica para él.

—Sí, pero él no tenía nada como el Conocimiento para guiarle. Descifró por sí mismo las tablillas venusianas, y luego la placa marciana..., y a partir de ahí dedujo la naturaleza de Amaltea.

—Su presunta naturaleza —dijo Ari.

—Todo son indicios de antiguos secretos de ninguna clase —insistió Jozsef—. Lo cual confirma nuestra propia creencia de que la verdad no necesita secretos.

Ari pareció incómoda, pero como el comandante no dijo nada, no sintió deseos de contradecir la versión de Jozsef del credo.

—Pero dejadme contaros lo que vi —dijo Jozsef, recobrando su entusiasmo. Se aposentó más en los almohadones del diván y empezó a hablar, a la relajada manera de un profesor que estuviera abriendo un seminario de fin de semana.

—Lo que nosotros los norcontinentales llamamos Ganimedes es conocido popularmente por aquéllos que viven allí como el Océano sin Orillas, una forma poética de referirse a una luna cuya superficie está formada casi enteramente de agua helada. El mismo nombre se aplica a Ciudad Ganimedes, y se halla escrito sobre las puertas de presión en media docena de idiomas. Me encontré con problemas casi antes de cruzar esas puertas.

»Apenas abandonar las formalidades del control de entrada, por mí mismo y un poco desconcertado, un extraño joven asiático me hizo señas desde detrás de la barrera. Sus ojos mostraban un pronunciado pliegue epicántico, su pelo era negro y reluciente, y lo llevaba tenso hacia atrás en una cola de caballo que llegaba hasta más abajo de su cintura, y exhibía un bigote casi diabólico. Con eso y su ropa compuesta de chaquetilla, pantalones y botas blandas, hubiera podido ser Temujin, el joven Gengis Kan. Intenté ignorarle, pero una vez hube cruzado las puertas me siguió entre la multitud, hasta que me volví hacia él y le exigí en voz alta saber qué quería.

»Emitió ruidos acerca de ser el mejor y menos caro guía que un extranjero en el Océano sin Orillas podía encontrar, pero entre esas declaraciones, dichas en beneficio de la gente a nuestro alrededor, me ordenó en un urgente susurro que dejara de llamar la atención sobre nosotros.

»Como ya habréis sospechado, era Blake. Su notable disfraz era necesario porque, como lo expresó pintorescamente, una jauría de sabuesos de las noticias habían seguido al profesor Forster y a sus colegas hasta la superficie y ahora los mantenían recluidos en su madriguera. Blake, que era el único de ellos que sabía hablar chino, era el único que podía moverse libremente por la ciudad.

»Pensé que yo no necesitaría disfrazarme, por supuesto; nadie tenía la menor idea de quién era yo o cómo había llegado allí, puesto que la Junta de Control Espacial había arreglado mi pasaje para que no tuviera problemas. Blake tomó mi equipaje, que pesaba muy poco puesto que, aunque Ganimedes es más grande que la Luna de la Tierra, sigue siendo menos masivo que un planeta.

»La ciudad del Océano sin Orillas tiene menos de un siglo de edad, pero parece tan exótica, y tan atestada, como Benarés o Calcuta. Pronto nos perdimos en la aglomeración. Tras abrirnos camino por corredores que, me pareció, eran cada vez más estrechos y ruidosos y llenos de olores a cada giro que dábamos, todo lo que pude hacer fue mantenerme a la altura de Blake, y sospecho que él llegó a exasperarse un poco conmigo. Llamó a un peditaxi y le susurró algo al larguirucho

muchacho que lo conducía. Blake metió mis maletas en él, luego me metió a mí, y dijo que nos encontraríamos allá donde me dejaría el taxi; no necesitaba decirle nada al conductor, porque el precio de la carrera ya había sido arreglado.

»El taxi me llevó por corredores que se hacían cada vez menos atestados a medida que nos alejábamos de los barrios comerciales y residenciales de la ciudad. Una última y larga carrera descendiendo un penumbroso y frío túnel, cuyas paredes, vistas a través de manojos de brillantes tuberías, tenían la resbalosidad del hielo, nos condujo a mi destino, una lisa puerta de plástico sin ningún distintivo en una lisa pared de plástico con una sola luz roja enjaulada en un armazón metálico encima de ella. No había nada que indicara qué tipo de lugar podía ser aquél, excepto que tenía alguna finalidad industrial. Tan pronto como hubimos bajado yo y mi equipaje del taxi, el muchacho se alejó pedaleando, echando el aliento en nubéculas ante él, ansioso por salir del frío.

»Me estremecí allí a solas durante varios minutos, mirando mi reflejo en los enormes pliegues de acero que formaban el techo y las paredes del mal iluminado túnel. Finalmente la puerta se abrió.

»Blake me había traído una pesada parka. Una vez estuve vestido para el frío me condujo al interior de la planta, a lo largo de resonantes pasarelas elevadas de malla de plástico y escalerillas ascendentes, a través de otras puertas, otras estancias. Las escotillas de presión y los umbrales sellados advertían de un posible vacío, pero nuestro camino estaba completamente presurizado.

»Entramos por una pequeña escotilla a una enorme tubería de drenaje de brillante metal, aleación de titanio por su aspecto, y mientras la subíamos descubrí que nos hallábamos en un espacio cavernoso, extrañamente esculpido en lo que parecía como un gran y curvado curso de agua de hielo negro. Me hizo recordar las goteantes cavernas de hielo que alimentan las corrientes de agua que circulan debajo de los glaciares, como aquéllas a las que entré en los viajes alpinos de mi juventud, o una pulida cueva de piedra caliza, el lecho de un río subterráneo. Al contrario que una caverna glacial, sin embargo, estas paredes de hielo no radiaban el brillante azul de la luz del sol filtrada, como tampoco reflejaban sus heladas superficies la calidez de la suave piedra caliza, sino que absorbían toda la luz que incidía sobre ellas, arrastrándola hasta sus incoloras profundidades.

»Trepamos por encima de los festoneados bordes de una cascada helada hasta una cámara en forma de campana, y de pronto comprendí que la caverna no había sido excavada por ningún curso de agua, sino por el fuego y los chorros supercalentados. Estábamos en el interior de la cámara de deflexión de impulso de una zona de despegue de la superficie. Sus paredes, fantásticamente inundadas por los repetidos estallidos de los gases de las explosiones, estaban envueltas en velos y cortinas de transparente hielo.

»Muy arriba de nosotros la cúpula de presión estaba sellada, reteniendo el aire y cortando cualquier vista de las brillantes estrellas y lunas y el disco de Júpiter. Dentro de la cúpula, gravitando sobre nuestras cabezas como una nube de tormenta hecha de acero, había un remolcador joviano. La nave estaba posada sobre recios puntales sobre la estructura de lanzamiento, pero lo que más atrajo mi atención fueron las triples toberas de los motores cohete principales y los tres abultados tanques esféricos de combustible arracimados alrededor de ellas.

»Bajo esta intimidación de abrumador fuego, esta espada de Damocles apuntada para llamear hacia abajo, estaban el profesor J. Q. R. Forster y su tripulación, apiñados contra el frío. Sobre las placas deflectoras de titanio se había montado un andamiaje de vigas y planchas de carbono; bancos con herramientas e hileras de aparatos electrónicos se alzaban por todas partes, y alguien había colocado un enorme plano sobre un torno. Cuando Blake me llevó hasta ellos, Forster y los suyos estaban inclinados sobre aquel diagrama en animada discusión. Como un rey shakespeariano y sus señores debatiendo sus planes de batalla.

»Forster se volvió hacia mí casi ferozmente..., pero me di cuenta en seguida de que desplegaba una sonrisa, no una mueca. Yo estaba familiarizado con los holos de su persona, por supuesto, pero puesto que Kip había creído juicioso demorar nuestro encuentro hasta entonces, no estaba preparado para la energía del hombre. Tiene el rostro y el cuerpo de un hombre de treinta y cinco años, en plena vitalidad, resultado de la restauración que hicieron sobre él después del intento de Merck de acabar con su vida, pero aventuraría que su autoridad brota principalmente de la experiencia ganada azotando varias décadas de estudiantes graduados para mantenerlos en línea.

»Me presentó a su tripulación como si cada uno de ellos fuera un héroe mítico: Josepha Walsh, piloto, una tranquila joven respaldada por la Junta Espacial; Angus McNeil, ingeniero, un tipo robusto y perspicaz que me estudió como si estuviera leyendo indicadores dentro de mi cabeza; Tony Groves, el bajo y moreno navegante que había conducido a Springer a su breve y gloriosa cita con Plutón. Estreché solemnemente sus manos. Todos ellos son tan conocidos en sus círculos como lo es Forster en el suyo, y ninguno de ellos es asiático..., y en consecuencia todos están sentenciados a temblar de frío en su escondite mientras Forster decida eludir a la Prensa.

»De hecho, cuando me di cuenta del tortuoso camino por el que Blake me había llevado para conducirme hasta él y pregunté por qué simplemente no se había puesto bajo la protección de la Junta de Control Espacial, Forster me respondió que la plataforma de lanzamiento se hallaba en realidad dentro del perímetro de la Junta en la superficie, pero que no deseaba que esta conexión con la Junta fuera sabida por el público. Ya era suficiente que sólo a él se le hubiera permitido explorar Amaltea, y que la Junta Espacial siguiera manteniendo el acuerdo pese a los posteriores y

espectaculares acontecimientos relacionados con el asunto. El profesor Forster dejó muchas cosas sin decir, pero se me hizo claro que, con la posible excepción de ti, Kip, no confiaba en nadie de la burocracia. De modo que dejamos así el asunto, postergando para más tarde una conversación más en profundidad.

Jozsef hizo una pausa en su narración. Ari se inclinó hacia delante para servir más té para los tres. Jozsef dio un pensativo sorbo, luego prosiguió:

—El campamento de Forster dentro de la cueva de hielo parecía el de una expedición militar que se preparara para la batalla. El pozo estaba lleno de equipo y provisiones: comida, botellas de gas, instrumentos, tanques de combustible..., la mayor parte de ello destinado a un remolque-bodega de carga aún sin montar, aún a nivel del suelo y abierto de par en par como una lata de sardinas vacía. Blake me mostró dónde iba a alojarme yo: era una choza de espuma construida contra la pared de la cámara de ignición, muy cálida por dentro pese a su primitiva apariencia. No pasó mucho tiempo antes de que las luces de trabajo disminuyeran de intensidad, indicando que se acercaba la noche.

»En el más grande de los refugios temporales, la choza del oficial de intendencia, me uní al pequeño grupo para una cena estilo europeo, acentuada por una selección de la excelente reserva de vinos del profesor Forster..., y no tardé en apreciar el ingenio de Walsh, la inclinación al debate de Groves (al saber que yo era psicólogo, se mostró ansioso de hablarme de las últimas teorías del inconsciente de las que sabía muy poco..., pero pese a todo más que yo, puesto que tú y yo, Ari, dejamos el tema como imposible hace veinte años), y las sorprendentes reservas de McNeil de habladurías indiscretas (el hombre puede que sea un notable ingeniero, pero tiene los gustos y las dotes narrativas de un Boccaccio).

»Después de la cena, Forster y yo fuimos solos a su choza. Allá, después de haberle hecho jurar sobre un par de copas de su soberbio coñac Napoleón que mantendría el secreto, saqué el holoprojector y le revelé lo que habíamos preparado: la destilación del Conocimiento.

»Observó sin ningún comentario. Ha tenido toda una vida de práctica en defender su prioridad académica. Sin embargo, mostró menos sorpresa de la que yo había esperado; me dijo que había tenido asomos de la verdad ya en la época del descubrimiento de la placa marciana..., mucho antes de que hubiera conseguido descifrar su significado, mucho antes de que fuera posible saber nada en absoluto de sus creadores, a los que él mismo había apodado la Cultura X.

»La teoría convencional, promulgada intencionadamente, como sabemos, por el Espíritu Libre, era que la Cultura X había evolucionado en Marte y había muerto hacía mil millones de años, cuando terminó el breve verano marciano. Las ideas de Forster eran distintas y mucho más ambiciosas: estaba convencido de que la Cultura X había entrado en el sistema solar desde el espacio interestelar. El hecho de que

nadie más creyera en esto le irritaba, aunque no demasiado, porque es una de esas personas que parecen más felices cuando forman parte de la minoría.

»Cuando supo que una compañía minera robot de Istar había tropezado con un escondrijo alienígena en Venus, organizó con gran energía y dedicación una expedición para explorarlo y, si era posible, recuperar los hallazgos. Aunque su misión se vio cortada en seco y los artefactos materiales aún permanecen enterrados en Venus, volvió con las grabaciones... —Jozsef hizo una pausa y se permitió una ligera sonrisa—: Estoy contando estos acontecimientos tal como creo que los ve él... En cualquier caso, transcurrió menos de un año antes de que demostrara que las tablillas venusianas eran traducciones de textos que databan de la Edad del Bronce de la Tierra. Ahora estaba convencido de que representantes de la Cultura X habían visitado todos los planetas interiores, y quizás intentado colonizarlos.

»Poco después era capaz de aplicar su traducción de las tablillas venusianas a una lectura de la placa marciana, con sus referencias a "mensajeros moradores en las nubes" y un "volver a despertar en el gran mundo". Así, a través de su propia investigación, se saltó milenios de nuestro celosamente guardado secreto y llegó al instante a una parte muy sustancial del Conocimiento.

»Pero la lógica le sugirió, y la *Kon-Tiki* demostró más tarde, que las nubes de Júpiter, el "gran mundo", no podían ocultar criaturas capaces de haber fabricado el material del que estaban hechas las tablillas venusianas y la placa marciana, y mucho menos realizar las grandes hazañas que la placa conmemora. Y décadas de exploración *in situ* de los satélites de Júpiter no han descubierto ningún rastro de presencia alienígena pasada.

»Pese a esto, me dijo el profesor Forster, un solo indicio le convenció de que quedaba justificada una exploración más a fondo de una de las lunas de Júpiter: desde hacía mucho se había observado que Amaltea radiaba casi un tercio más de energía al espacio de la que absorbía del Sol y Júpiter juntos. Se había supuesto que el bombardeo de los intensos anillos de radiación de Júpiter explicaban el déficit, pero Forster observó los registros y notó que, aunque se tuviera en cuenta el flujo de radiación, quedaba todavía una discrepancia en las longitudes de onda..., meticulosamente registrada por los científicos planetarios pero lo bastante pequeña como para ser ignorada como algo carente de interés, del mismo modo que la precesión de la órbita de Mercurio fue considerada una anomalía menor, no una amenaza para Newton, hasta que la teoría de Einstein de la gravitación le concedió retroactivamente un exacto valor cuantitativo dos siglos más tarde.

»Luego las medusas de Júpiter cantaron su canción, y Amaltea entró en erupción. Con su espíritu característico, Forster insistió en seguir adelante con su exploración tal como había sido planeada y aprobada, sin anunciar ningún cambio de metas que pudiera requerir una intervención burocrática. Hizo por su cuenta algunos cambios de

metas camino a Ganimedes, sin embargo, y, cuando me encontré con él hace tres semanas, él y su tripulación estaban empezando a ponerlas en práctica... clandestinamente.

»Lo que yo tenía que decirle confirmó lo correcto de su visión y subrayó la necesidad de los cambios que ya había hecho en el plan de su misión. Pero, por supuesto, el Conocimiento implica más...

Ari no pudo contener su inquietud.

—Implica que cualquier intento de seguir sin Linda conducirá al desastre.

—Eso le dije al profesor Forster, y él no negó la fuerza de la evidencia —respondió Jozsef con voz suave—. De todos modos, está decidido a seguir adelante, con o sin ella.

—Entonces él..., y todos ellos, incluido Blake Redfield, están condenados a la muerte y a algo peor. Debe ser detenido..., ¿fue por eso por lo que fuiste a Ganimedes, Jozsef! ¿Por qué permitiste que te disuadiera con tanta facilidad? —Pero Jozsef devolvió su exigente mirada con una simple y blanda resignación en sus ojos —. Kip..., *usted* puede detenerle —dijo ella.

—No, ni aunque lo deseara.

—¿Ni...? —Ari le miró con absoluta incredulidad.

—Ari, la Junta Espacial no tiene ni la voluntad ni, o eso afirman los departamentos implicados, los recursos para mantener mucho tiempo más la cuarentena sobre Amaltea. Los indoasiáticos están aplicando una tremenda presión a nivel del Consejo. —Suspiró impaciente—. Hablan de seguridad, de recursos energéticos, incluso de ciencias básicas. Mientras cuentan los dólares perdidos en turismo.

—¿Qué tiene que ver esto con Forster? —preguntó ella.

—Ha abierto una angosta ventana de oportunidad. Con o sin Ellen, quiero decir Linda, alguien va a posarse en Amaltea. Y pronto.

—Mejor que sea Forster —dijo Jozsef—. Eso es lo que pensamos todos, creo.

—No. —Ari se envaró—. No sin ella.

—Pero eso no... —Jozsef carraspeó ruidosamente y dejó la frase en suspenso. El comandante lo hizo por él.

—Eso es cosa de ella, Ari. No tuya.

Blake Redfield se abrió camino a través de los atestados y serpenteantes corredores, junto a tenderetes que vendían jade tallado y sandalias transparentes de caucho en los muchos colores de la azufaifa, junto a puestos de aparatos electrónicos de vigilancia a precio de saldo, junto a perchas llenas de ristras de patos recién muertos colgados, con cabezas y patas y profusamente iluminados..., mientras la gente le empujaba por detrás, le daba codazos por los lados y bloqueaba su paso ante él, ninguno maliciosamente o siquiera con mucha fuerza, porque la gravedad aquí era un escaso tanto por ciento de la de la Tierra y un empujón demasiado vigoroso resultaba un problema tanto para el empujado como para el que empujaba. Había más gente apretadamente sentada en círculos en el suelo lanzando los dados o jugando al *hsiang-ch'i*, o de pie regateando excitadamente delante de tanques de truchas vivas y montones de almejas del hielo y pilas de pálidas y marchitas verduras. Estudiantes y viejos leían auténticos libros de papel a través de gruesas gafas sin montura y periódicos impresos sobre delgadas películas en lo que para la mayoría de euroamericanos eran garabatos indescifrables. Todo el mundo hablaba, hablaba, hablaba en tonos musicales que la mayoría de visitantes norcontinentales oían sólo como un sonsonete y farfulleos.

Normalmente de pelo castaño rojizo —incluso apuesto, a su pecosa manera—, Blake se había disfrazado bien, y ahora se parecía menos a un joven Gengis Kan que a una rata de muelle del río Pearl. De hecho era medio chino por parte de madre, mientras que la otra mitad era irlandesa, y aunque no sabía más que unas cuantas frases útiles en birmano o en thai o en cualquiera de las otras docenas de idiomas indochinos comunes en Ganimedes, hablaba en elocuente mandarín y un cantonés expresivamente coloquial, que eran los lenguajes comerciales preferidos de la mayor parte de las etnias chinas que formaban una proporción importante de la población no india del Océano sin Orillas.

Bajas sobre sus cabezas colgaban banderitas de papel que se agitaban de forma interminable a la brisa de los grandes ventiladores que giraban constantemente renovando el aire; éstos se esforzaban por hacer todo lo que podían para limpiar los corredores del olor a cerdo frito en aceite rancio y de otros olores menos paladeables. Los propietarios de los tenderetes habían colocado toldos contra el parpadeante resplandor amarillo de la iluminación permanente; los toldos se agitaban incesantes, olas en un inquieto mar de ropa. Blake siguió su camino contra la marea. Su destino era la firma contratista «Lim e Hijos», fundada en Singapur en 1946. La rama del Océano sin Orillas había abierto en 2068, antes de que el asentamiento en Ganimedes adquiriera unas proporciones considerables; toda una generación de Lim habían ayudado a construir el lugar.

Las oficinas de la firma estaban frente a la caótica intersección de dos concurridos corredores cerca del centro de la ciudad subterránea. Detrás de una pared de plancha de cristal que exhibía los ideogramas dorados de la salud y la prosperidad, empleados en mangas de camisa y con gafas estaban concentradamente inclinados sobre sus pantallas planas.

Blake cruzó la puerta automática; bruscamente los sonidos del corredor quedaron sellados a sus espaldas y hubo silencio. Nadie le prestó ninguna atención. Se inclinó sobre la barandilla que separaba la enmoquetada zona de recepción del empleado más cercano y dijo en cuidadoso mandarín:

—Me llamo Redfield. Tengo una cita a las diez con Luke Lim.

El empleado se sobresaltó como si hubiera sido atacado con gas. Sin molestarse en mirar a Blake, tecleó algo en su comenlace y dijo, en rápido cantonés:

—Un tipo blanco vestido como un culí está ahí fuera, hablando como si acabara de aprender el mandarín. Dice que tiene una cita con Luke.

El comenlace ladró algo en respuesta, lo bastante fuerte como para que Blake pudiera oírlo.

—Ve qué ocurre si le dices que espere.

—Espere —dijo el empleado en inglés, aún sin levantar la vista.

No había sillas para los visitantes. Blake se dirigió a la pared y estudió los chillones holos a color colgados de ella, algunos retratos de familia y vistas con gran angular de proyectos de construcciones. En una de ellas, una serie de tuberías tan enmarañadas como un paquete de fideos secos se extendían sobre un kilómetro de superficie helada; era una planta de disociación, que convertía el agua del hielo en hidrógeno y oxígeno. Otros holos mostraban minas de hielo, destilerías, plantas purificadoras, granjas hidropónicas.

Blake se preguntó qué papel habían desempeñado «Lim e Hijos» en la construcción de aquellas impresionantes instalaciones; los holos no llevaban ningún título, lo cual permitía que el que los mirara supiese lo que mejor le pareciera. Era poco probable que «Lim e Hijos» hubieran sido el principal contratista de ninguno de ellos. Pero uno en particular llamó su atención: mostraba un topo de los hielos de enormes dientes cortando el hielo negro, perforando lo que presumiblemente era uno de los túneles originales del asentamiento que se había convertido en Océano sin Orillas.

Durante veinte minutos esperó tascando pacientemente el freno. Al fin, el empleado conectó de nuevo el enlace y murmuró:

—Sigue esperando..., no, parece tan feliz como una almeja.

Pasaron otros cinco minutos. Un hombre apareció en la parte de atrás de la estancia y se dirigió a la barandilla, con la mano extendida.

—Luke Lim. Lo siento, señor Redfield. —Ruke Rim. *Lo chento, cheñor Ledfald*

—. He sido retenido y no he podido escaparme. —Lim era alto incluso para la baja gravedad de Ganimedes, casi flaco, de mejillas hundidas y ojos ardientes. Al extremo de su barbilla una docena o así de pelos muy largos y muy negros conseguían sugerir una barbita de chivo. Al contrario que su pelo facial, el pelo de su cabeza era denso y lustroso, largo y negro, y le llegaba hasta los hombros. Sus uñas tenían un par de centímetros de largo en el pulgar y en los dedos de su mano derecha, pero las uñas de la izquierda eran muy cortas. Llevaba unos pantalones de trabajo de lona azul y una camisa a cuadros como de terliz.

—No se preocupe —dijo Blake fríamente, y concedió a la mano extendida, la peligrosa, un único y breve apretón. Un tipo curioso, pensó: su acento era tan falso como uno podía imaginar, surgido directamente de una vieja película de Charlie Chan; las uñas no eran una afectación de mandarín, sino aparentemente para tocar la guitarra de doce cuerdas; y las ropas de trabajo sugerían que el hombre deseaba presentarse como un miembro de la clase trabajadora.

—Me alegra de que no vaya con prisa —dijo Lim.

—¿Tiene usted algo que mostrarme?

—Sí. —La voz de Lim se volvió de pronto baja y conspiradora, su expresión casi socarrona—. ¿Quiere venir conmigo? —Mantuvo ostentosamente abierta la puerta de la barandilla e hizo seña a Blake de que la cruzara.

Blake le siguió a la parte de atrás de la oficina y a un pasadizo bajo y oscuro. Captó atisbos de pequeñas y penumbrosas habitaciones a ambos lados, atestadas con hombres y mujeres inclinados sobre máquinas herramientas.

Un breve viaje en un gran montacargas los llevó a una enorme bodega de servicio, cuyo suelo y paredes habían sido excavados en el antiguo hielo. La excavación de la bodega no había terminado; había un agujero en una esquina hundida del suelo tan grande como el ojo de un huracán, para desaguar el hielo fundido que iba siendo excavado.

En medio de la bodega, inadecuadamente iluminado desde arriba por luces de sodio, un remolque de suelo plano en forma de araña sostenía una enorme carga, cuidadosamente atada y envuelta en lona azul.

—Aquí está —dijo Lim a Blake, sin molestarse en moverse de donde estaba, de pie junto al montacargas.

Dos mujeres de mediana edad apretadamente envueltas en monos aislados alzaron la vista desde el motor de un reptador de superficie; estaba desmontado en su mayor parte, con las piezas esparcidas sobre el hielo.

—Uno de los rectificadores de esa cosa sigue aún intermitente, Luke —dijo una de las mujeres en cantonés—. Se supone que Suministros enviará un repuesto esta tarde.

—¿Cuánto puede funcionar éste? —preguntó Lim.

—Una o dos horas seguidas. Luego se sobrecalienta.

—Dile a Suministros que lo olvide —dijo Lim.

—Si tu cliente desea comprar... —Hizo un gesto con la cabeza hacia Blake.

—Ignora al extranjero, vuelve al trabajo —dijo Lim, y su aliento formó nubecillas de vapor a la luz anaranjada.

Blake se acercó al remolque de suelo plano y tiró de las sujeciones que ataban la carga. Dio un tirón a la lona y fue rodeando pacientemente el remolque hasta que tuvo toda la tela hecha un montón en el suelo. La maquinaria que quedó al descubierto era un cilindro compuesto por anillos de aleación metálica, sujetos por un armazón universal y montados sobre orugas con bandas en cuña; su extremo delantero consistía en dos juegos de ruedas de enormes y planos dientes de titanio, cada uno de cuyos cortantes bordes relucía con una fina capa de diamante.

Un topo de los hielos..., pero, pese a su impresionante tamaño, era una simple miniatura con relación al que Blake había visto reflejado en la pared de la oficina.

Subió al remolque de suelo plano. Extrajo una diminuta linterna negra del bolsillo de su cadera y encendió su brillante luz blanca. Tomó del bolsillo de su camisa unas gafas de aumento y se las puso. Durante varios minutos fue arriba y abajo, abriendo todas las puertecillas de acceso, inspeccionando circuitos y tableros de control. Comprobó la alineación de los soportes y buscó algún desgaste excesivo. Retiró paneles y estudió los circuitos y las conexiones de los grandes motores.

Finalmente bajó y regresó junto a Lim.

—No hay nada visiblemente roto. Pero es tan viejo como yo, ha visto un montón de uso. Quizá treinta años.

—Por el precio que desea pagar, obtiene más de lo que pide.

—¿Dónde está la fuente de energía?

—Tendrá que pagar extra por eso.

—Cuando alguien me dice «como nuevo», señor Lim, no pienso que eso signifique treinta años de antigüedad. Todo lo hecho en esta línea durante la última década lleva la fuente de energía integrada.

—¿Lo quiere o no?

—Con la fuente de energía.

—No hay problema. Sólo tendrá que pagar quinientos créditos IA extra.

—¿Será nueva? ¿O «como nueva»?

—Garantizada como nueva.

Blake tradujo la cifra en dólares.

—Por ese precio puedo comprarla nueva recién salida de fábrica en el Cinturón Principal.

—¿Desea esperar tres meses? ¿Pagar el transporte?

Blake dejó que la retórica pregunta quedara sin responder.

—¿Cómo sé que esta cosa no se va a estropear tan pronto como la depositemos sobre Amaltea?

—Como ya le he dicho, está garantizada.

—¿Lo cual significa?

—Enviamos a alguien a repararla. Mano de obra gratis.

Blake pareció considerar aquello unos instantes. Luego dijo:

—Efectuemos una prueba.

Lim pareció apenado.

—Creo que tenemos demasiado trabajo esta semana.

—Ahora. Añadiremos un poco de espacio a su zona de trabajo de aquí.

—No es posible.

—Claro que lo es. Tomaré prestada la fuente de energía y las conexiones de ese reptador —señaló las piezas esparcidas por el suelo—, puesto que nadie va a necesitarlas por el momento. —Blake se abrió camino entre las piezas del rincón; alzó una de las grandes pero ligeras unidades, saltó al remolque, alzó una cubierta y la encajó en su lugar.

Las mujeres, que en realidad no había permanecido concentradas en su trabajo, miraron ahora a Blake abiertamente..., intentando permanecer impasibles, pero con cautelosas e inseguras miradas a Lim. Reluctante, como si estuviera representando sin entusiasmo un papel que requería que emitiera alguna protesta, por débil que fuera, Lim dijo:

—No puede usted hacer lo que quiera con nuestro..., con este equipo.

—Blake le ignoró. Tomó un par de cables fuertemente aislados con caucho de un carrito de muelle de la pared y metió sus cabezales planos revestidos de cobre en un receptáculo en la parte de atrás del topo; los encajó firmemente en su lugar. Luego se deslizó al interior de la cabina del topo y pasó un momento jugueteando con los controles. La máquina cobró vida con un zumbar de poderosos motores y su luz roja de advertencia empezó a girar y a destellar. La bocina de advertencia ululó repetidamente mientras bajaba marcha atrás del remolque sobre sus resonantes cadenas. Blake empujó las palancas hacia delante, y el topo avanzó hacia un punto liso en la pared de hielo.

Lim observó todo aquello como si estuviera estupefacto antes de sacudirse de su inmovilidad y entrar en acción.

—¡Eh! ¡Espere un momento!

—¡Suba, si quiere venir! —gritó Blake, y detuvo el avance de la máquina hacia la pared el tiempo suficiente para que Lim trepara por un lado y se deslizara a la abierta cabina. La portezuela se selló automáticamente tras él; Blake comprobó el panel de instrumentos para asegurarse de que el pequeño compartimiento estaba sellado y presurizado. Luego empujó de nuevo los potenciómetros hacia delante, todo el

recorrido hasta el tope.

Los transformadores cantaron; los gigantescos dientes del hocico del topo giraron en una bruma de hojas en rotación inversa. Blake dirigió la máquina directamente contra el hielo, y hubo un repentino chirriar y retumbar; esquirlas de hielo estallaron en una opaca ventisca fuera de la ventanilla cilíndrica de poliglás de la cabina.

Dentro de la máquina el aire olía a ozono. Displays de falso color en el tablero mostraban un mapa tridimensional de la posición de la máquina, elaborado a partir de datos almacenados y actualizados con realimentación de las vibraciones sísmicas generadas por los girantes mordiscos. El vacío en el hielo que estaban ampliando se hallaba en el borde del asentamiento, a sólo veinte metros por debajo de la superficie y adyacente al espaciopuerto. El mapa del tablero mostraba la región de hielo debajo del espaciopuerto en un brillante color rojo, con un aviso en letras gruesas: **ÁREA RESTRINGIDA**.

La máquina siguió avanzando, estremeciéndose en dirección a la roja barrera a toda velocidad..., que para la vieja máquina eran unos respetables tres kilómetros a la hora. Invisible para sus jinetes, un río de hielo fundido fluía por la parte de atrás de la máquina y salía del túnel a sus espaldas en dirección al agujero de drenaje.

—Vigile donde va. —El acento de Lim mostraba signos de inseguridad—. Si cruza esa barrera, la Junta Espacial se nos echará encima.

—Daré la vuelta ahí, volveremos por el camino largo. Veamos cómo se comporta después de una hora o así de funcionamiento ininterrumpido.

—Tenemos que volver *ahora*.

Blake tiró hacia atrás de una de las palancas de los potenciómetros y la máquina giró hacia un lado, resbalando y mordiendo como un taladro de mano con un diente mellado.

—Esta cosa se encabrita como un caballo salvaje..., es un tanto dura de dominar. Diga, ¿no huele a algo quemado?

—No gire tan bruscamente —dijo Lim, alarmado—. No es bueno abusar de un equipo delicado.

Una luz en el panel empezó a brillar, con un color amarillo apagado primero, luego naranja brillante.

—Parece como si estuviéramos sobrecargando algo —observó Blake equitativamente.

—¡Vaya despacio, vaya despacio! —gritó Lim—. ¡Nos quedaremos atrapados aquí!

—De acuerdo. —Blake enderezó la máquina y redujo el ritmo de perforación. La luz de advertencia de sobrecarga disminuyó de intensidad—. Hábleme de nuevo de esa garantía.

—Usted mismo puede verlo: si no se abusa de ella, la máquina está en muy

buenas condiciones. Si se avería, usted la trae y se la reparamos.

—No. Le diré lo que haremos: si se estropea ahí fuera en Amaltea, vendremos a buscar a su mejor mecánico. Tomaremos a esa persona y cualquier pieza de repuesto que necesitemos y la llevaremos de vuelta con nosotros, en ese mismo instante. Y ustedes lo pagarán todo, incluido el combustible. —El combustible era oro en el sistema de Júpiter; debido a la profundidad del pozo gravitatorio de los planetas gigantes, los vectores delta entre Ganímedes y Amaltea eran prácticamente los mismos que entre la Tierra y Venus.

La expresión de nerviosismo de Lim se desvaneció. Miró con ojos furiosos al hombre que tenía al lado, a no más de unos pocos centímetros.

—Usted no es estúpido, de modo que debe de estar loco.

Blake sonrió. En un fluido cantonés dijo:

—Aparte un rectificador intermitente, ¿qué encontraron mal sus mecánicos en aquel trasto?

Lim bufó sorprendido.

—Responda a mis preguntas, señor Lim, o puede buscar usted a alguien distinto para que les libre de esta antigualla.

Atrapado, Lim parecía como si acabara de sufrir un ataque de nervios y hubiera sido dejado para que se las apañara por sí mismo. Luego, de pronto, sus extravagantes rasgos se tensaron en una regocijada sonrisa.

—¡Aieeee! Es usted astuto como un zorro, todo un carácter. He quedado muy mal.

—Y usted puede dejar de lado su acento de Hijo Número Uno. No querría hacerme la idea de que se está burlando de mí.

—Eh, soy el hijo número uno de mi padre. Pero no importa, entiendo su punto de vista. Mi gente le dirá a su gente todo lo que quiera saber. Si hay que arreglar algo, lo arreglaremos. —Lim se echó hacia atrás en su asiento, obviamente aliviado—. Pero cerremos el asunto. Y olvidemos todas esas tonterías acerca de garantías. Y combustible de cohete.

—Por mí de acuerdo —dijo Blake.

—Lléveme de vuelta a la oficina. Puede extenderme un cheque y llevarse esto.

—¿Incluida la fuente de energía?

Lim suspiró ruidosamente.

—El diablo blanco es despiadado. —Pero de hecho parecía estar gozando con la actitud testaruda de Blake—. Está bien, usted gana. Llévenos de vuelta de una sola pieza. Incluso le invitaré a comer.

Después, aquella misma tarde, Blake regresó al campamento secreto de la expedición Forster bajo el hielo.

Las toberas de los cohetes de la nave que los llevaría a Amaltea gravitaban sobre ellos bajo la helada cúpula. Forster había alquilado el pesado remolcador para toda la duración; legalmente no podía cambiar su registro, pero sí podía llamarlo como quisiera. Lo había bautizado *Michael Ventris* por su héroe, el inglés que había codescifrado la lineal B micénica y había sido asesinado trágicamente a los treinta y cuatro años, no mucho después de su triunfo filológico.

El irregular suelo de hielo de la cámara de deflexión de los gases de escape estaba menos atestado de lo que lo había estado unas pocas semanas antes, cuando el profesor Nagy había hecho al profesor Forster una visita. En estos momentos el equipo necesario para la expedición de un mes se hallaba ya cargado, y la bodega modular de carga encajable asegurada al armazón del gran remolcador. Sin embargo, la bodega del equipo todavía seguía abierta y vacía. En ella había espacio para el topo de los hielos y más.

Blake llamó a la puerta de la choza de espuma de Forster.

—Soy Blake.

—Entre, por favor. —Forster alzó la vista de la pantalla que estaba estudiando cuando Blake entró agachando la cabeza en la choza. Miró astutamente a Blake y supo que las noticias eran buenas—. Un éxito, supongo.

La expresión de Blake se hundió apenas unos milímetros; le gustaría que Forster no *supiera* tan fácilmente. Hallar y alquilar un topo de los hielos en buen estado, y mantener todo el asunto de una forma razonablemente confidencial, no era tan fácil como para que el éxito pudiera *suponerse* por anticipado.

Pero Blake había tenido éxito después de todo, y Forster —que sólo parecía unos pocos años mayor que Blake, pero que en realidad llevaba décadas en aquel juego— estaba acostumbrado al compromiso y a la improvisación y probablemente había desarrollado un sexto sentido para los problemas que eran realmente duros y aquéllos que sólo lo parecían.

—La máquina de Lim hará el trabajo —admitió Blake.

—¿Algún problema en particular?

—Lim intentó engañarme...

Forster frunció el ceño, indignado.

—Así que le pedí que fuera nuestro agente.

—¿Qué usted hizo qué? —Una de las pobladas cejas de Forster se alzó.

Bien, eso le ha hecho reaccionar. Blake sonrió..., era una venganza bastante suave a las suposiciones de Forster.

—Jugamos a un pequeño juego de toma y daca. Él jugó según las reglas, así que decidí confiar en él para que nos ayudara a localizar la otra máquina. Tiene unos contactos únicos en la comunidad. Mi problema es que, aunque yo puedo pasar por uno de ellos, nadie sabe quién soy. Por eso me tomó tanto tiempo llegar hasta él.

—Lo siento si he sido presuntuoso. —Forster captó finalmente algo de la no anunciada frustración de su joven colega—. Ha estado soportando usted una gran carga. Tan pronto como sea seguro para el resto de nosotros mostrar nuestros rostros, podremos aliviársela un poco.

—Entonces no contaré con ninguna ayuda hasta el día que despeguemos —dijo Blake con una sonrisa irónica—. Según mis informantes, adivine quién está a punto de descender sobre nuestras cabezas en el *Helios*.

La alegre expresión de Forster se cerró en una mueca hosca.

—Oh, no.

—Me temo que oh, sí. Sir Randolph-llámeme-Arnold-Toynbee-Mays.

Tras semanas en el espacio, la caída hacia el planeta. La gran nave de pasajeros impulsada a fusión *Helios*, con todas sus portillas y brillantes paseos radiantes, se estaba insertando con el más suave de los impulsos en la órbita de aparcamiento en torno a Ganimedes.

Y en el Salón Centrífugo, una celebración: los pasajeros charlaban entre sí, bebían champán en largas copas aflautadas, algunos de ellos bailaban achispados a la música de la orquesta de la nave. Randolph Mays estaba allí, aunque creía firmemente que nadie le reconocía o sabía siquiera que estaba entre ellos, pues viajaba de incógnito por propia conveniencia, como lo había hecho desde antes de que la *Helios* abandonara la Tierra, para así ver pero no ser visto. Era uno de esos hombres a los que les gusta observar.

Y escuchar. La curva de las paredes-suelo del Salón Centrífugo, diseñadas para mantener una confortable media gravedad artificial para comodidad de los pasajeros, era también un buen, casi parabólico, reflector de las ondas de sonido. Las personas de pie en lados opuestos de la habitación cilíndrica —y por ello cabeza abajo las unas con respecto a las otras— podían oír sus respectivas conversaciones con perfecta claridad.

Randolph Mays dobló el cuello hacia atrás y miró hacia arriba a una esplendorosa joven, Marianne Mitchell, que permanecía por el momento sola directamente sobre su cabeza.

A unos pocos metros de distancia un joven, Bill Hawkins, intentaba reunir todo su valor para abordarla.

Era ciertamente la mujer más hermosa de la nave, esbelta, de pelo oscuro, ojos verdes, labios llenos que brillaban con un atrevido lápiz labial rojo intenso. Por su parte, Hawkins era también pasablemente atractivo, alto y de anchos hombros, con denso pelo rubio peinado tenso hacia atrás..., pero le faltaba confianza en sí mismo. No había conseguido más que unas pocas conversaciones sin importancia con Marianne en semanas de oportunidades. Ahora se le acababa el tiempo —abandonaría la *Helios* en Ganimedes—, y parecía intentar decidirse a dar un último paso.

A través de una de las gruesas ventanas curvas que formaban el suelo, Marianne contemplaba cómo, muy lejos a sus pies, el espaciopuerto de Ganimedes giraba hasta situarse a la vista en las heladas llanuras del Océano sin Orillas. Bajo sus pies se erguían lo que parecían ser torres de control en miniatura, cobertizos de almacenaje presurizados, mástiles y platos de comunicaciones, tanques esféricos de combustible, torres de despegue para las lanzaderas que hacían el recorrido entre la superficie y las naves interplanetarias que aparcaban en órbita..., el racimo de instalaciones prácticas

que cualquier espaciopuerto operativo requería, no muy diferentes de las de Cayley o la Otra Cara de la Luna.

La muchacha dejó escapar un desconsolado suspiro.

—Se parece a Nueva Jersey.

—¿Perdón? —Bill Hawkins había cogido una botella de champán y dos copas de un camarero que pasaba y, tras despegarse del núcleo de concelebrantes, se dirigía al fin hacia ella.

—Hablaba para mí misma —dijo Marianne.

—No puedo creer en mi suerte, hallarla sola.

—Bueno, ahora no estoy sola. —Su alegría parecía forzada. ¿Qué podía decirle? Aparte el obligatorio intercambio de las historias de sus vidas, no habían tenido mucho éxito en sus conversaciones.

—Oh. ¿Quiere que me vaya?

—No. Y antes de que lo pregunte —miró el champán—, me encantará.

Hawkins lo sirvió —auténtico, procedente de Francia, un fino «Roederer» *brut*— y le tendió una copa.

—*Á votre santé* —dijo ella, y bebió la mitad de su copa.

Hawkins dio un sorbo a la suya y alzó una ceja interrogativa.

—Oh, no me mire así —dijo ella—. Es un consuelo. Seis semanas en esta bañera, y es como si estuviéramos de vuelta en Newark.

—No puedo estar más en desacuerdo. Para mí es toda una vista. La luna más grande del sistema solar. Un área superficial más grande que África.

—Pensé que sería *exótica* —se quejó Marianne—. Al menos, todo el mundo lo decía.

Hawkins sonrió.

—Espere y verá. Ya no falta mucho.

—Entonces es misteriosa.

—De hecho, Ganimedes tenía una reputación romántica. No debido a que, de todos los asentamientos importantes en el sistema solar, era el más distante de la Tierra. Como tampoco por los sorprendentes paisajes de su antigua, muy golpeada y muchas veces recongelada corteza. Ni por sus espectaculares vistas de Júpiter y sus lunas hermanas. Ganimedes era exótico debido a lo que los humanos le habían hecho.

—¿Cuándo nos van a *dejar* salir? —preguntó Marianne tras otro sorbo de champán.

—Las formalidades siempre toman algunas horas. Imagino que bajaremos por la mañana.

—Por la mañana, sea eso cuando sea.

Hawkins carraspeó.

—Ganimedes puede ser un poco desconcertante para quien lo visita por primera

vez —dijo—. Me encantará mostrárselo.

—Gracias, Bill. —Marianne le dedicó una sonrisa acompañada de una sugestiva mirada—. Pero no, gracias. Alguien vendrá a buscarme.

—Oh.

Su rostro debió revelar más decepción de la que esperaba, porque Marianne casi se disculpó.

—No sé nada de él. Excepto que *mi* madre está muy ansiosa por impresionar a *su* madre. —Marianne, de veintidós años, había abandonado la superficie de la Tierra por primera vez hacía tan sólo seis semanas; como otros hijos de los ricos, incluidos muchos de los pasajeros que la acompañaban, se suponía que estaba efectuando el tradicional Gran Tour de un año por todo el sistema solar.

—¿Tiene un nombre esa persona? —preguntó Hawkins.

—Blake Redfield.

—¡Blake! —Hawkins sonrió..., en parte con alivio, porque Redfield estaba más bien públicamente comprometido con la conocida Ellen Troy—. Ocurre que es miembro de la expedición del profesor Forster. Como yo.

—Bueno, suerte para los dos. —Cuando él no respondió, le dirigió una mirada de soslayo—. Me está mirando de nuevo.

—Oh, sólo me estaba preguntando si realmente va a sacar usted algo de este Gran Tour. Pasará usted dos semanas aquí..., que no es tiempo suficiente para ver nada, de veras. Luego, siguiente parada, la base de San Pablo en el Cinturón Principal..., y cualquier cosa superior a un día allí es *demasiado*. Luego a la Estación de Marte y Ciudad Laberinto y las vistas de Marte. Luego a Puerto Hesperus. Luego a...

—Por favor, pare. —Ya era suficiente con lo que había dicho. Por muchos puertos en los que recalara la nave, iba a pasar la mayor parte de los próximos nueve meses en ruta, en el espacio—. Creo que me gustaría cambiar de conversación.

Aparte de ser la pasajera más joven de la Nave, Marianne era la que se excitaba más fácilmente y también la que se aburría más fácilmente. La mayoría de los demás eran recién graduados de Universidades y escuelas profesionales, que empleaban su año libre en adquirir una delgada capa de barniz cosmopolita antes de aposentarse en una vida de banquero interplanetario o corredor de Bolsa o marchante de arte o simplemente haraganear. Marianne todavía no había hallado nada que la llamara. Ninguno de los cursos de graduación que había seguido había conseguido retener su interés: preleyes, premedicina, historia del arte, lenguajes antiguos o modernos..., nada había durado más allá de un romántico primer encuentro. Ni siquiera un auténtico romance —hablaba delicadamente de esta parte, insinuando una breve aventura con un profesor de clásicas— la había arrastrado más allá de la mitad del curso. Semestre tras semestre había empezado con Aes y había terminado con insuficientes.

Su madre, poseedora de una al parecer inagotable fortuna pero empezando a dudar de la utilidad de financiar la educación de Marianne sin vislumbrar el resplandor de ninguna luz al final del túnel, había animado al fin a su hija a tomarse un poco de tiempo libre para ver algo del resto de la Tierra y los demás mundos habitados. Quizás *en alguna parte* en Europa o Indonesia o Sudamérica o allá fuera entre los planetas y satélites y estaciones espaciales *algo* capturara la imaginación de su hija durante algo más de tiempo que un mes.

Marianne había pasado el año siguiente a su veintiún cumpleaños recorriendo la Tierra, comprando ropa y souvenirs y adquiriendo amistades intelectualmente de estilo. Aunque le faltaba disciplina, estaba sin embargo dotada de una inteligencia incansable y era rápida en captar lo último en *modes pensées...*, entre las cuales las ideas de Sir Randolph Mays figuraban de forma prominente, al menos en los círculos norcontinentales.

—¿Trabaja realmente para el profesor Forster? No me dijo nada de eso antes. — Había superado su habitual aburrimiento—. No me parece usted del tipo conspirador.

—¿Conspirador? Oh..., no me diga.

—¿Qué?

—No será *usted* una de esas personas que se toman a Randolph Mays en serio.

—Varios millones de personas lo hacen. —Los ojos de la muchacha se abrieron mucho—. Incluidas algunas muy inteligentes.

—«La *presencia* espiritual definitiva que es moradora de *lo más profundo*, además de ser el *creador* y sostenedor del *universo...*» ¿Lo cito correctamente?

—Bueno... —Marianne dudó—. ¿Por qué Forster *va* a Amaltea, si es que no sabe algo que no nos dice? —preguntó.

—Puede que sospeche que sabe algo, pero va allá por pura investigación. ¿Por qué otra cosa? —Hawkins, posdoctorado en xenobiología por la Universidad de Londres, era un ciego partidario de las tesis de su consejero—. Recuerde, Forster pidió todos sus permisos y autorizaciones mucho antes de que Amaltea empezara a aparecer en las noticias; esa anómala signatura de sus radiaciones es conocida desde hace más de un siglo. En cuanto a este asunto de la conspiración..., bueno, eso también pertenece al siglo xx. —Su tono era un tanto quisquilloso.

Marianne estaba insegura de si sentirse o no ofendida; nunca se había formado demasiadas opiniones por sí misma, se sentía a merced de la gente que afirmaba poseer autoridad. Luchó valientemente por defender sus tesis.

—Así, ¿usted cree que no existe el Espíritu Libre? ¿Qué los alienígenas nunca visitaron el sistema solar?

—Sería un completo estúpido si dijera eso, ¿no? Siendo como soy una de las menos de media docena de personas que pueden leer la escritura de la Cultura X. También puede Forster, y así es como le conocí. Lo cual no tiene nada que ver con

Mays y sus teorías.

Marianne lo dejó correr entonces y vació su copa de champán. Estudió la alta copa y dijo:

—Hay muchas cosas que no sé acerca de usted. —Estaba afirmando un hecho, no iniciando un flirteo.

El pánico hizo que el entrecejo del hombre se frunciera.

—Lo he hecho de nuevo, le he soltado una conferencia. Oh, siempre...

—Me gusta aprender cosas —dijo ella llanamente—. Además, usted nunca intentaría ser alguien que no es.

—Mire, Marianne..., si no le importa que me una a usted y a Redfield, quizá podamos hablar más. No acerca de mí —se apresuró a añadir—. Quiero decir acerca de Amaltea y la Cultura X..., o de cualquier otra cosa que usted quiera.

—Por supuesto. Gracias —dijo ella, con una sonrisa abierta y absolutamente cálida—. Me encantará. ¿Me pone un poco más de esto? —Tendió la copa hacia él.

Mirando desde por encima de sus cabezas, Randolph Mays observó que Hawkins, tras haber ofrecido proseguir la conversación con ella más tarde, pronto se quedó sin cosas que decir; cuando la botella estuvo vacía se retiró torpemente. Marianne lo observó pensativa, pero no hizo ningún esfuerzo por detenerle.

Mays rio quedamente, como si acabaran de contarle un chiste privado.

6

Bajo el hielo del Océano sin Orillas, la noche transcurría según el conteo artificial de las horas y la mañana llegaba como un reloj. La mañana cambiaba imperceptiblemente a la tarde.

Luke Lim, tras haberse saltado el desayuno y luego el almuerzo a fin de proseguir su cometido por los corredores comerciales y callejones secundarios —era una de las formas que le ayudaban a mantener su delgado encanto— tiró pensativamente de los revueltos pelos de su barbilla mientras estudiaba el desnudo holográfico de una mujer asiática en el calendario de la pared. La mujer estaba arrodillada, inclinada hacia delante con una sonrisa inocente en sus labios pintados de rojo, y tenía una flor de loto de un blanco muy puro en su regazo, en cuyo dorado corazón brillaban la fecha y la hora. El estómago de Luke gruñó.

Bajó la vista unos pocos centímetros del calendario y se halló mirando el sudoroso rostro y los evasivos ojos de un hombre rubio sobrealimentado sentado en un sillón giratorio, que reordenaba hojas de papel amarillo sobre su escritorio. Durante medio minuto los dos hombres permanecieron sentados sin pronunciar palabra, casi como si fueran un par de amantes de la música intentando concentrarse en las discordancias y gemidos de la ópera china que se filtraba por la delgada pared que les separaba de la barbería de la puerta contigua. Luego el fax en el anaquel hizo *bip* y escupió otra hoja de papel.

El hombre gordo gruñó y se inclinó peligrosamente a estribor sobre el brazo de su sillón para coger el papel de la bandeja. Lo miró, gruñó de nuevo, y se inclinó a babor por encima del atestado escritorio para tendérselo a Luke, que lo dobló y se lo metió en el bolsillo del pecho de su camisa de trabajo.

—Es un placer hacer negocios con usted, Von Frisch. —Luke se puso en pie para marcharse.

—Por una vez no puedo decir lo mismo —gruñó el hombre gordo—. Lo cual sugiere que está gastando usted el dinero de otra persona.

—Será mejor que guarde sus suposiciones para usted mismo.

—Por supuesto, amigo mío. Con placer. Pero ¿qué otra persona en nuestra pequeña ciudad creerá que «Lim e Hijos» necesita un submarino sólo para cumplir con un contrato municipal de mantenimiento de un depósito?

—Nadie necesita creer nada, si nunca oye hablar de ello —Luke se detuvo en la puerta en la pared opaca y, como movido por un impulso, tanteó en el bolsillo de atrás de sus pantalones de lona. Sacó un desgastado estuche de piel para chips y extrajo una tarjeta de crédito color plata—. Sé que nos hemos ocupado de su bonificación, pero casi olvidé su *bonificación* sobre la bonificación.

Adelantó el brazo y cogió la unidad de infoenlace de plástico negro llena de

huellas de dedos de encima del escritorio y metió la tarjeta en la ranura.

—Digamos un dos por ciento del neto, pagadero al mes de la entrega. —Luke retiró la tarjeta y volvió a guardarla en el estuche—. Si por aquel entonces no he oído rumores en los corredores acerca de la venta de un sub europeo.

—Su generosidad me abruma —dijo el hombre gordo, aunque hizo un buen trabajo en ocultar su sorpresa—. Puede estar seguro de que cualquier cosa que pueda oír no habrá salido de *mi* gente.

Luke señaló con la cabeza el chip de vigilancia en una esquina del techo.

—De todos modos, por si acaso, he frito ese mirón.

El hombre gordo gruñó.

—No importa, tampoco funciona.

—¿De veras? —Luke exhibió su sonrisa burlona—. Es su dinero. —Se volvió y cruzó la puerta.

Von Frisch calculó al instante la cantidad que representaba el intento de soborno de Luke; creía saber dónde podía vender la información por más. Al menos valía la pena intentarlo, y con un poco de suerte y algo de discreción, Luke nunca llegaría a saberlo.

El hombre gordo aguardó hasta que Luke tuvo tiempo de abandonar la correduría y desaparecer entre la multitud de fuera. Entonces pulsó un botón que desopacificaba la partición; en la oficina de fuera, su personal de dos empleados masculinos de mediana edad y aspecto acosado se dieron cuenta de pronto de que estaban una vez más bajo la mirada del jefe y se inclinaron con dolorosa concentración hacia sus pantallas.

Tecleó en el interenlace de la oficina y descargó el contenido del chip de vigilancia a otro chip, luego borró las últimas veinticuatro horas de vigilancia. Con el negro chip sostenido en una gordezuela mano, tecleó un número en el fonoenlace con la otra; como los de la mayoría de negocios, aquel fonoenlace estaba equipado con un desmodulador unidireccional para impedir, o al menos dificultar, el rastreo.

—«Hotel Interplanetario» de Ganimedes —dijo una operadora robot—. ¿En qué puedo ayudarle?

—La habitación de Sir Randolph Mays.

—Veré si está registrado, señor.

—Está registrado. O lo estará pronto.

—Le paso, señor.

Frescos tras dos días de cuarentena, Marianne Mitchell y Bill Hawkins se hallaron aplastados contra un rincón junto a una carga completa de pasajeros en una cabina de ascensor que descendía hasta el corazón de la ciudad del Océano sin Orillas. Los últimos treinta metros del lento descenso fueron por el interior de un tubo de cristal

autosustentado a través del eje de la cúpula central de la ciudad subterránea. La vista se abrió de pronto ante ellos, y Marianne jadeó ante la sorprendente masa de gente en el suelo allá abajo.

La multitud entraba y salía por cuatro grandes puertas, silueteadas en oro, encajadas en las paredes cuadradas sobre las que parecía descansar la cúpula, aunque el cascarón de obra era en realidad un falso techo suspendido en un hueco excavado en el hielo. A medida que la cabina del ascensor disminuía su marcha, Marianne pudo mirar hacia arriba y ver el enorme, intrincado y elaboradamente pintado mandala estilo tibetano que cubría la superficie interna de la cúpula.

—No se puede ver el suelo con esa multitud —dijo Hawkins—, pero si pudiera, podría ver un enorme Shri-Yantra hecho de cerámica.

—¿Y eso qué es?

—Un dispositivo geométrico, una ayuda para la meditación. Un cuadrado exterior, un loto interior, triángulos entrelazados en el centro. Un símbolo de la evolución y la iluminación, un símbolo del mundo, un símbolo de Shiva, un símbolo de la diosa progenitora, el yoni...

—Espere, me empieza a dar vueltas la cabeza.

—En cualquier caso, un símbolo con el que se hallan a gusto tanto budistas como hindúes. Por cierto, se supone que el pozo de este ascensor representa el lingam en el yoni.

—¿El lingam?

Hawkins tosió, embarazado.

—Otro objeto de meditación.

—De alguna forma, esa gente no parece que esté meditando. Yo diría que más bien están comprando.

La cabina celeste se detuvo y las puertas se abrieron.

—Si nos separamos, diríjase a la puerta este..., la de ahí. —Hawkins apenas tuvo tiempo de pronunciar las palabras antes de que los dos fueran expelidos a la multitud.

Marianne mantuvo una presa firme sobre su brazo. La alegró que él supiera a dónde iba; estaba segura de que hubiera sido incapaz de encontrar por sí misma el restaurante que Blake Redfield le había indicado sin que Hawkins la guiara.

Tras hallar la corriente adecuada en el flujo humano, cruzaron la puerta este y penetraron en un estrecho pasadizo que pronto se bifurcó, luego se dividió de nuevo. Estaban en lo que parecía una conejera o un hormiguero de curvados túneles y pasadizos, atestados de gente, que trazaban espirales hacia arriba y hacia abajo y se entrecruzaban a intervalos inesperados y aparentemente al azar. A Marianne los rostros amarillos y morenos a su alrededor, sin embargo, no le evocaban comparaciones con conejos u hormigas: era demasiado hija del muy (aunque de forma superficial) tolerante siglo XXI como para que los fáciles prejuicios del racismo

del siglo XIX tuvieran alguna fuerza metafórica sobre ella..., simplemente estaba abrumada por la densa humanidad.

Al cabo de veinte minutos de esfuerzos y muchas preguntas, que Hawkins insistía en vociferar en una especie de lengua franca, hallaron el restaurante, un establecimiento singapuriano llamado acertadamente «Café de los Estrechos».

Dentro estaba tan atestado como el pequeño corredor de la anchura de una callejuela al que daba frente. El aire estaba cargado con un intenso aroma compuesto: especias fuertes, carnes guisadas, arroz humeante, y subcorrientes de otros olores inidentificables. Hawkins dudó en la puerta. Una muchacha adolescente con una versión inspirada en los vídeos de la última moda interplanetaria —este año eran los pantalones bombachos naranjas y verdes— avanzó hacia ellos con unos gastados menús en la mano, pero Hawkins le hizo seña de que se marchara, puesto que acababa de ver a Blake Redfield en una mesa para cuatro al lado de un acuario del tamaño de una pared.

Marianne no esperaba mucho del hijo de la amiga de su madre, de modo que Blake fue una interesante sorpresa: apuesto, de rostro pecoso, pelo castaño rojizo, un norteamericano con aires continentales y demasiado dinero..., lo exhibía en sus ropas, en el estilo de su corte de pelo, en su cara colonia para hombres.

Y cuando habló, lo hizo con un acento aromatizado a la inglesa.

—Usted debe ser Marianne, encantado de conocerla —dijo, al tiempo que se ponía en pie, un poco distraído.

Había otro hombre en la mesa, un delgado chino con ropas de trabajo que apenas echó una ojeada a Hawkins pero recreó su mirada en Marianne.

—Éste es Luke Lim —dijo Blake—. Marianne, esto..., Mitchell, Bill Hawkins. Gracias por venir, Bill. Siéntate, sentaos los dos.

Hawkins y Marianne intercambiaron miradas y se sentaron uno al lado del otro, frente a la pared acuario, con sus rostros iluminados por la verdosa luz que se filtraba a través de la no demasiado limpia agua.

Llegaron los menús. Hawkins apenas echó una ojeada al suyo. La expresión del rostro de Marianne reflejó su desconcierto...

... que no le pasó por alto a Luke Lim.

—El bacalao de roca es fresco —dijo—. Y también un tanto nervioso. —Dio unos golpecitos al cristal y sonrió, un sorprendente despliegue de amarillos dientes y perilla de chivo.

Ella le devolvió una débil sonrisa y se descubrió mirando más allá de él al pez más horrible que jamás hubiera visto, todo aletas y arrugas y partes filamentosas del color del mucílago, flotando al nivel de los ojos de Lim allá donde reclinaba su cabeza contra el cristal del acuario.

Hombre y pez la estudiaron de vuelta.

—Hum, creo...

—Por otra parte, puede que prefiera las tiras de taro muy fritas —dijo Lim—. Son muy... crujientes.

Marianne no podía creer que el nombre se estuviera relamiendo los labios de aquel modo mientras la miraba. Lo observó, fascinada.

—Hasta que empiezas a masticalas —advirtió Bill Hawkins—. Entonces se vuelven puro poi de un solo dedo en tu boca.

—¿Qué es el poi? —preguntó Marianne con voz suave, casi un susurro.

—Una palabra polinesia para la pasta de biblioteca —dijo Hawkins hoscamente—. De color gris azulado. La variedad de un solo dedo es la más empalagosa.

Luke Lim volvió su sardónica mirada hacia Hawkins.

—Al parecer el señor Hawkins no aprecia nuestra cocina singapuriana.

—¿Cuándo estuvo usted por última vez en Singapur? —preguntó Hawkins..., muy suavemente, pero con la suficiente aspereza como para provocar tensión; él y Lim habían experimentado una repulsión mutua instantánea.

—Oh, vamos —murmuró Marianne, y centró su atención en el menú. Sin duda encontraría allí algunas palabras familiares, como ternera, patatas, espinacas...

—Forster saldrá con los demás esta noche —dijo Blake a Hawkins, desviando su atención—. Quiere verte mañana por la mañana. Tienes una habitación reservada en el «Interplanetario». Puedes quedarte en ella, o ir al bar, o dar una vuelta por la ciudad, pero no esperes encontrar a nadie en nuestra denominada oficina. —Blake ni siquiera había mirado a Marianne desde que ella y Hawkins se habían sentado—. Luke y yo..., estaremos en contacto, no te preocupes..., acabamos de cerrar el trato para la entrega del, esto..., primer artículo.

—¿El qué?

—El Artículo A —dijo Lim meticulosamente—. Me pagó para que lo llamara así. Al menos en público.

—Estamos trabajando en el segundo —añadió Blake.

—¿Por qué todo este maldito secreto? —preguntó Hawkins.

—Órdenes de Forster —dijo Blake—. Estamos bajo observación.

—Hubiera debido imaginarlo. Aproximadamente por tres cuartas partes de la población de todos los mundos habitados.

—Vestido así, no es sorprendente —dijo Blake—. Soy un *maldito* letrado de neón, pero creo que hubiera sido más extraño aún si hubiera saludado a la señorita Mays con mi atuendo habitual de estos últimos días.

—¿Qué quiere decir?

—¿No visteis a Randolph Mays en el *Helios*? ¿No? No me sorprende.

—¿Mays? —preguntó Marianne, y alzó bruscamente la vista.

—¿Le gustaría saber cómo Randolph Mays consiguió ser acomodado

confortablemente en el «Hotel Interplanetario» durante dos días mientras todos los demás eran retenidos en cuarentena?

—¿Sir Randolph Mays está en nuestro hotel? —preguntó Marianne.

Blake seguía ignorándola, con los ojos intensamente clavados en Hawkins y dominándose apenas para no tablear con los dedos en la mesa.

—Mays tiene contactos, informadores, amigos en lugares altos y bajos. Conoce a tipos de aduanas y directores de hotel y *maîtres* y todo ese tipo de gente, sabe lo que les gusta, que es dinero puro y simple..., que él tiene. Ese hombre no es tan sólo un fatuo catedrático de Oxbridge, Bill, a quien la BBC ofreció equivocadamente un púlpito desde el cual difundir su cháchara. Es un periodista investigador malditamente bueno, que escruta la historia en vivo. Y en estos momentos tenemos la desgracia de ser su presa. —Blake tendió la mano hacia la tira de papel cubierto de escritura a mano que era la cuenta de él y Lim—. Luke y yo ya hemos comido. Si no te importa ocuparte de Marianne, Bill..., quiero decir...

—Oh, encantado —se apresuró a responder Hawkins, antes de que Blake pudiera hacerlo peor—. Suponiendo que usted esté de acuerdo, Marianne.

Dos brillantes manchas rojas habían aparecido en lo alto de las mejillas de Marianne.

—¿Por qué malgastar otro minuto en mí? Soy perfectamente capaz de arreglármelas sola.

—Marianne —dijo Hawkins fervientemente—, no puedo pensar en nada mejor que yo pudiera hacer, y mucho menos *desea* hacer, que pasar las próximas horas en su compañía.

—Entonces pasaré a buscarte al hotel por la mañana. —Blake se había puesto ya en pie. Miró a Marianne, con los ojos desenfocados—. Lo siento, realmente lo siento. Pero de esta forma es mejor para todos.

Lim siguió a Blake hasta el mostrador.

—¿He oído que decía que pagaba usted, amigo mío? —Se dirigía a Blake, pero no pudo resistir una última mirada a Marianne por encima del hombro.

Hawkins los contempló marcharse.

—¡Extraordinario! —dijo, genuinamente sorprendido—. Antes de hoy no hubiera podido imaginar a Redfield comportándose de otra forma que no fuera de lo más ejemplar. Quizá las cosas no le estén yendo bien..., Forster parece haber metido el fuego de Dios en él.

—Ciertamente, ha sido un tanto oscuro —admitió Marianne.

—Sí, como en alguna novela de espías barata. Cuando en realidad no hay ningún misterio. El profesor planea una profunda exploración de Amaltea. Sé que tenía intención de adquirir un topo de los hielos, una máquina excavadora minera, aquí en Ganimedes. Ése debe de ser el Artículo A.

—Artículo A, Artículo B. Es peor que este menú.

Hawkins captó la indirecta.

—¿Me permite que pida para los dos?

—¿Por qué no? Si estuviéramos en Manhattan, yo haría lo mismo por usted.

Pero Hawkins no prestó atención al menú. En vez de ello estudió con aire ausente los peces que nadaban en el enorme acuario.

—Supongo que el Artículo B será un submarino.

—¿Para qué quiere el profesor Forster un submarino?

—Es sólo una suposición. —Hizo una seña a la camarera—. Esos géiseres, ¿sabe...? Es posible que, debajo de ese hielo, haya agua en estado líquido. *Bien*, veamos qué ofrece este lugar.

Marianne miró hacia la puerta por la que Blake y su amigo Lim habían desaparecido a la multitud. Según el estado de ánimo, todo aquello podía ser considerado como algo intensamente mundano o algo intensamente excitante. ¿Por qué no esperar lo mejor? Marianne se acercó perceptiblemente a Hawkins.

Si alguien le hubiera dicho a Marianne que ella iba a florecer algún día como una intelectual, se hubiera sentido impresionada; consideraba que su récord de fracasos académicos demostraba precisamente lo contrario. Pero de hecho poseía una poderosa hambre de información, una poderosa atracción a esquemas de organización, y a veces un sentido crítico demasiado potente que la hacía saltar de uno de esos planes fallidos a otro. Y todos fallaban.

A veces su ansia de conocimiento se mezclaba con su atracción hacia determinadas personas y sus propios deseos físicos. Al principio de cualquier relación, la gente ve lo que desea ver y oye lo que desea oír y toma como indicios lo que tal vez no sea más que una charla accidental. Sabía eso. Por otra parte, ayudaba el que Bill Hawkins fuera alto y fuerte de aspecto atractivo. Dejó que su cálido muslo rozara el de él mientras Hawkins hacía todo un espectáculo de estudiar el menú. Marianne todavía no era intelectual, pero era una joven ambiciosa, en un estadio de su vida en el que los hombres que sabían algo que ella no sabía eran los hombres más sexys del universo.

Durante toda la tarde, tras su embarazoso almuerzo con Blake Redfield y su extraño amigo local, Hawkins y Marianne vagaron por los corredores de la exótica ciudad, libres de todo itinerario. Visitaron los lugares turísticos más famosos: un paseo por los concurridos jardines de hielo, un recorrido en sampán por los canales llenos de helados vapores flanqueados de tiendas para turistas..., y hablaron de lo que Hawkins sabía de los mundos: de sus primeros deseos de ser xenarqueólogo cuando era aún muy joven, de sus viajes de vacaciones a Venus y Marte, de sus estudios bajo el profesor Forster. La historia de la Cultura X era virtualmente un hueco vacío, le dijo, aunque se sabía que seres que hablaban —o al menos escribían— su lenguaje habían visitado la Tierra en la Edad del Bronce, mientras otras referencias hacían parecer como si el hecho hubiera ocurrido al menos mil millones de años antes que eso.

Y el lenguaje de la Cultura X presentaba muchas más dificultades de las que cualquier lego podría llegar a creer, en estos días de traducciones computerizadas. Porque los ordenadores traducían según las reglas que habían sido programadas en ellos, no importaba lo bien que pudieran comprender lo que decían (y algunos ordenadores eran lo suficientemente listos como para comprender mucho); diferentes reglas basadas en suposiciones distintas daban como resultado significados distintos, y así cada traducción era como la invención de un nuevo lenguaje. La relación que el programa de Forster para el habla de la Cultura X tenía con el lenguaje perdido, y en especial con sus sonidos, era un asunto de constante discusión.

—¿Forster discute esto? —preguntó Marianne astutamente.

—Discute las discusiones de otras personas —dijo Hawkins con una sonrisa—. Él, por supuesto, considera el asunto cerrado.

Llegó la tarde. Milagrosamente, ambos estaban alojados en el mismo lujoso hotel, y Marianne no dejó que Hawkins se quedara sin cosas de las que hablar durante la cena, ni después.

—Suba arriba conmigo —dijo, cuando hubieron dejado sobre la mesa sus vacías tazas de café.

—Bueno, por supuesto que subiré con usted. ¿Acaso no estamos en el mismo...?

—Oh, cálese, Bill. Piense un minuto en ello. Piense si desea... De acuerdo, ése es el tipo de persona que es usted. De modo que diga sí o no. —Sonrió perversamente—. Yo preferiría que fuera sí.

—Oh, por supuesto. —Enrojeció—. Quiero decir, sí.

Las habitaciones del «Interplanetario» eran pequeñas pero lujosas, con montones de suaves alfombras de algodón que cubrían los suelos de caña trenzada y pantallas de madera de sándalo agujereada en los rincones; una cálida luz amarilla, muy baja,

brotaba de la miriada de aberturas del calado como dibujos de estrellas. En medio de aquella gasa de luz, sin ninguna ropa encima, con sus miembros largos y suaves y musculosos y la brillante oscuridad fluyendo en su pelo y reflejándose en sus ojos y tocando los lugares misteriosos de su cuerpo, Marianne estaba tan hermosa que Bill Hawkins no pudo pensar en absolutamente nada que decir.

Pero, mucho más tarde, ella empezó a murmurar preguntas de nuevo. Pasaron la noche en arranques de interrogatorio mutuo.

—¿Es usted la señora Wong? —preguntó Randolph Mays a la mujer del traje de seda verde con cuello alto.

Ella le lanzó una dura mirada, luego forzó una sincera e inhabitual sonrisa.

—¡Señor! Me siento muy honrada de conocerle, Sir Randolph Mays.

—El honor es *mío* —dijo Mays, y estrechó la pequeña y musculosa mano de la mujer—. Tengo entendido que es usted la *propietaria* de este precioso establecimiento. —Abrió las manos en un gesto amplio que abarcara el interior del Café de los Estrechos. A aquella hora de media mañana estaba vacío, excepto una muchacha que fregaba hoscamente el suelo.

—Puesto que mi esposo murió hace casi diez años, soy la única propietaria, sí. —Aplastó un cigarrillo a medio fumar, manchado de lápiz de labios, que estaba perchado en un grueso cenicero de cristal sobre el mostrador. Fumar era una costumbre rara en los ambientes controlados, prohibido en algunos, pero la señora Wong era propietaria del aire dentro de aquellas cuatro paredes—. Venga, siéntese. —Sus modales traicionaron una punta de impaciencia—. Haré que nos traigan un poco de té. Podemos charlar.

—Encantado.

—¿Qué tipo de té le gusta?

—Darjeeling —dijo Mays—. O cualquier otro que usted me recomiende.

La señora Wong dijo algo en chino a una muchacha en la máquina de carga. Llevó a Mays a una mesa redonda frente a la pared acuario. Él y el pez más feo que jamás hubiera visto se miraron el uno al otro; Mays parpadeó primero y se sentó.

La llegada no anunciada de Mays al «Hotel Interplanetario» de Ganimedes había lanzado los chismorreos locales a una furia de especulación, pero se dieron cuenta rápidamente de que debía de haber viajado en el *Helios* bajo un nombre supuesto, presumiblemente de incógnito. Tras haberse registrado en el «Interplanetario» bajo su propio nombre y con su propio rostro, se habían necesitado sólo unas horas para que la noticia circulara por toda la comunidad.

Los huéspedes más atrevidos del hotel lo abordaban para pedirle autógrafos cada vez que aparecía en público. Les complació, y respondió a sus preguntas explicando que su propósito —no, el *deber* que se había impuesto— era investigar al profesor J.

Q. R. Forster y todos los aspectos de la expedición a Amaltea. La noticia de las intenciones de Mays viajó tan rápido como la noticia de su llegada.

Para la galería, Mays hizo uno o dos intentos de contactar con la expedición de Forster, que había establecido su cuartel general oficial en el distrito indio de la ciudad, pero nadie respondió a sus llamadas por el fonoenlace excepto el robot de la oficina, que siempre afirmaba que todo el mundo estaba fuera. Como Mays no tardó en saber por sus amistades entre la Prensa interplanetaria, Forster y su gente no habían sido vistos desde su llegada; la mayoría de los periodistas habían llegado a la conclusión de que Forster no estaba en Ganimedes. Quizás estuviera en alguna otra luna, Europa por ejemplo. Quizás estuviera en órbita. Quizás había partido ya hacia Amaltea.

Mays ni se sorprendió ni se preocupó. Su fama era un imán, y por supuesto gente con información que ofrecer no tardó en *llamarle*...

La señora Wong encendió otro cigarrillo y lo sostuvo entre unos dedos que alardeaban de unas uñas lacadas de rojo de un par de centímetros de largo.

—Se sentaron en esta misma mesa —le dijo, al tiempo que se inclinaba hacia atrás y lanzaba una nubecilla de humo contra el bacalao al otro lado del cristal—. El señor Redfield, sé que trabaja para el profesor, estaba hablando con esa persona, Lim. Hablaban en chino. El señor Redfield habla muy bien el cantonés.

Aunque la señora Wong consideraba esto una hazaña muy inusual, Mays no mostró ninguna sorpresa.

—¿Quién es esa *persona*, Lim? —preguntó.

—Luke, el hijo de Kam, «Construcciones Lim e Hijos». Pelo largo, viste como un cowboy. No bueno.

Mays alzó una impresionante ceja, invitando a más, pero la señora Wong o bien no deseaba dar ejemplos del mal comportamiento de Luke Lim o no tenía nada específico que añadir.

—¿De qué hablaron? —preguntó.

—Por lo que decían, creo que Lim le vendió al señor Redfield su viejo topo de los hielos.

—¿Topo de los hielos?

—Una máquina de excavar túneles diseñada especialmente para aquí..., donde el hielo es muy frío y la gravedad muy baja. Y hablaron acerca de alguna otra cosa que el profesor está comprando en alguna parte. No oí qué. Luego llegaron otros dos. — La señora Wong se quitó una hebra de tabaco de la punta de la lengua.

—Por favor, siga.

—Un tal señor Hawkins, creo que también trabaja para el profesor, y una chica joven llamada Marianne. Sólo de visita.

—Ah, Marianne —dijo Mays.

—¿La conoce?

—No muy bien —respondió. Se reclinó hacia atrás en su silla para evitar una nueva emisión de asfixiante humo de cigarrillo—. ¿Qué se dijeron los cuatro?

—El señor Redfield no parecía muy feliz, creo. No quería hablar. A los pocos minutos se fue con Lim. Luego el señor Hawkins intentó impresionar a la chica. Dijo que probablemente el profesor deseaba comprar un topo de los hielos para explorar bajo la superficie de Amaltea. Y también un submarino.

La expresión de Mays se volvió rígida por un momento.

—¡Oh! —Luego asintió juiciosamente—. Un *submarino*, por supuesto. ¿Qué más?

—Luego comieron. Hablaron acerca de lugares que visitar, otras cosas. Acerca de usted y sus programas de vídeo.

—¿De veras?

—Al señor Hawkins no le gustan sus programas. Habló mucho acerca de que usted está equivocado y que el profesor tiene razón, y al cabo de poco aburrió a la chica. Creo que no tiene mucho éxito con las chicas.

La señora Wong siguió hablando unos momentos más, pero Mays se dio cuenta pronto de que ya había dicho todo lo que sabía y que valía la pena. Cuando abandonó el Café de los Estrechos, un montoncito de arrugados y viejos dólares norcontinentales de papel —con valores de cien y mil, indetectables a través de la red de crédito— quedaron en la mesa a sus espaldas.

El festival budista estaba en pleno apogeo en los corredores. La ciudad parecía celebrar un festival de algún tipo cada día, y la mayoría de ellos no eran para turistas: el lugar hormigueaba con devotos fanáticos. Mays se abrió camino por pasadizos que resonaban con las tiras de fuegos artificiales que estallaban, en medio de un aire denso y azul lleno de humo acre; guirnaldas y serpentinas y volutas de humo eran absorbidos por los ventiladores de renovación que trabajaban a toda potencia. Excitados niños correteaban junto a sus largas piernas. Alcanzó la plaza central. Un mar de monjes vestidos de azafrán se abrió ante él, y de pronto allá estaba la falsa fachada de piedra del «Interplanetario», llena de florones y poderosas estatuas incrustadas, imitando al Angkor Vat.

El vestíbulo era un lugar más frío y más tranquilo, pero no mucho. Pasó junto al conserje y entró en el ascensor, eludiendo una masa de hombres de negocios con ansia de autógrafos en sus ojos para buscar la intimidad de su habitación. Pero apenas había dejado que la puerta se cerrara por sí misma a sus espaldas que su fonoenlace sonó.

—Aquí Randolph Mays.

—El señor Von Frisch, señor, de «Ingeniería Industrial y Aeroespacial Argosy». ¿Debo pasar la comunicación?

Aquel hombre, Von Frisch, había llamado dos veces antes, pero él era tan escurridizo como Forster y todavía no habían establecido contacto.

—Por supuesto, pásela.

La voz en el fonoenlace sonó distorsionada por un desmodulador comercial de un solo sentido; la pantalla siguió vacía.

—Por fin podemos comunicarnos, Sir Randolph.

—Bajo las circunstancias esto es decir *mucho*, Frisch..., le pido disculpas, señor Von Frisch.

—Sí, bueno. Éste es un mundo duro, Sir Randolph. Mejor estar seguros y todo lo demás.

—¿Cuáles son sus asuntos, señor?

—La «Argosy» se encarga de la gestión de equipos, entre otras cosas.

—*Conmigo*. Sus asuntos conmigo.

—Recientemente he participado en una transferencia de propiedad más bien interesante con alguien que está planeando una expedición a Amaltea. Pensé que tal vez a usted le interesara saber algo más al respecto.

—Déjeme *suponer*. Le ha vendido usted al profesor un submarino.

Von Frisch, que evidentemente no era ningún aficionado, consiguió contener cualquier sorpresa que hubiera llegado a experimentar.

—Puede suponer todo lo que desee, Sir Randolph. Pero si desea hechos, deberíamos hablar.

—De acuerdo. ¿Dónde y cuándo?

Una vez tomadas las disposiciones pertinentes, Mays cortó la comunicación. Se echó en la cama y depositó sus grandes pies sobre la colcha. Entrelazó los dedos en su nuca, miró al techo y consideró su próximo movimiento.

Mays había averiguado de la señora Wong que Hawkins ocupaba una habitación en aquel mismo hotel. No pasaría mucho tiempo antes de que los sabuesos de la Prensa supieran eso. Era evidente que Forster y sus amigos habían arrojado a Hawkins a los periodistas deliberadamente: la gente del profesor no tenía a todas luces mucho trabajo que darle, excepto desviar la atención de sí mismos. Mays les llevaba unas pocas horas de ventaja a sus, hum, *colegas*, pero él jugaba a un juego mucho más profundo que ellos. E iba tras una presa mucho más grande que Hawkins.

Nada de lo que sabía sugería que Hawkins fuera algo más que el miembro menos importante del equipo de Forster, un antiguo alumno del profesor que muy probablemente había sido reclutado sobre todo por la riqueza y los contactos de su familia —y quizá de una forma secundaria por sus anchas espaldas—, pero sólo incidentalmente por su conocimiento del lenguaje de la Cultura X, que había aprendido a leer del propio Forster. Hawkins, naturalmente, creía que su habilidad lingüística y su agudeza intelectual eran las razones para el honor que su antiguo

maestro le había conferido.

Era un joven bastante brillante, pero era muy testarudo y, como ocurría a menudo con ese tipo de personas, fundamentalmente tímido. No era tampoco del tipo conferenciante; si tuviera que hablar sobre ese tema, podría llegar a ser incluso encantador al principio. Pero no sabría cuándo dejar de hablar, o cómo terminar, una vez se le hubieran agotado todas las cosas que tenía que decir. Así, las ventajas sociales que podía llegar a tener se habían convertido a menudo en inconvenientes. Era vulnerable.

Marianne Mitchell estaba también hospedada en el «Interplanetario». Para conseguir una introducción efectiva ante una mujer que era dos décadas más joven que él, ayudaba a Mays el saber que era una de sus fans. Y que tenía una enorme sed de conocimiento.

Era esencial que los abordara juntos. Mays se situó en el bar del hotel, sin hacer ningún intento de ocultarse; como consecuencia de ello, durante la mayor parte de un día y buena parte del siguiente firmó libros y servilletas de cóctel, incluso fragmentos escogidos de lencería, hasta que la habitual cosecha de buscadores de autógrafos quedó saciada. Su paciencia se vio recompensada: a última hora del segundo día de su guardia entraron Hawkins y Marianne, se sentaron y pidieron unos cócteles. Les concedió diez minutos ininterrumpidos. Luego...

—Usted es el doctor William *Hawkins* —dijo, saliendo bruscamente de las sombras y sin perder tiempo en sutilezas.

Hawkins alzó la vista de lo que no parecía una conversación feliz con Marianne.

—Sí... ¡Oh! Usted es...

—Si uno tuviera que *contar* el número de personas que ni siquiera pueden *empezar* a leer el infame manuscrito marciano, necesitaría tan sólo *una* mano para hacerlo. Y *usted* sería uno de los contados —dijo Mays, con aspecto de estar inmensamente complacido consigo mismo—. Pero *disculpen*, me llamo Mays.

—Por supuesto, Sir Randolph. —Hawkins casi volcó su silla al ponerse en pie—. ¿No quiere sentarse? Ésta es mi amiga, la señorita...

—*Terriblemente* descortés —dijo Mays—. Tendrán que *disculparme*.

—... Mitchell.

—Marianne —dijo Marianne con voz dulce—. Es un honor conocerle, Sir Randolph.

—Oh, ¿de veras?

—De veras, sí. Bill y yo hemos estado hablando mucho de usted. Creo que sus ideas son tan fascinantes.

Mays lanzó a Hawkins una rápida mirada; después de oír esto de la mujer a la que había intentado impresionar catalogando las estupideces de Mays, Hawkins se dio

cuenta de pronto de lo incongruentes que eran sus propios sonidos obsequiosos. Enderezó con brusquedad su silla y se sentó.

—Es *estupendo* oírle decir esto..., ¿Marianne? —Un rápido asentimiento de su reluciente cabeza morena afirmó que Mays tenía permiso para usar su nombre de pila—. Si hay *algún* secreto de mi éxito con el público, es simplemente que he conseguido *enfocar* la atención sobre algunos grandes pensadores del pasado, olvidados desde hace *demasiado* tiempo. Toynbee, por ejemplo. Como sin duda *usted* ya sabe.

—Oh, sí, Arnold Toynbee. —La muchacha asintió de nuevo, más vigorosamente. Había oído hablar de Toynbee..., sobre todo a Bill Hawkins.

—¿Está sugiriendo, Sir Randolph —sugirió Hawkins por él—, que, como Newton, si ha visto hasta más lejos es porque está subido sobre los hombros de gigantes?

—Hummm..., bueno...

Hawkins era todo mal humor y no disimulado resentimiento.

—He oído que Isaac Newton hizo esta observación para insultar a su rival, Robert Hooke..., que era un enano.

—En ese caso, aparentemente yo soy *menos* parecido a *Hooke* que a *Newton*.

Marianne rio, encantada.

Hawkins enrojeció; ella no se reía *con* él.

—Llamaré a una camarera. —Alzó una mano y miró a su alrededor.

—Bill dice que está usted aquí para investigar la expedición del profesor Forster a Amaltea —dijo Marianne a Mays.

—Correcto.

—Bill dice que no es más que una expedición arqueológica.

—Quizás el profesor no se lo haya dicho todo a Bill —observó Mays.

Ella insistió.

—Pero ¿cree usted *realmente* que el profesor forma parte de una conspiración?

—Lo cree, Marianne —dijo Hawkins preocupado, con la mano aún en el aire.

—Me temo que mis puntos de vista sobre este tema no han sido transcritos con exactitud —respondió Mays—. No he acusado al profesor Forster de formar parte de una *conspiración*, sólo de saber más de lo que le dice al público. Francamente, sospecho que ha descubierto un secreto que el Espíritu Libre ha mantenido celosamente guardado durante siglos.

—¡El Espíritu Libre! —exclamó Hawkins—. ¿Qué es lo que puede tener que decir una superstición con siglos de antigüedad acerca de un cuerpo celeste que era desconocido hasta la década de los 1880?

—Exacto —dijo Mays amistosamente.

Apareció la camarera, vestida con un elaborado traje de bailarina de un templo

balinés.

—¿Qué tomará usted? —preguntó Hawkins a Mays.

—Té helado, estilo Thai —dijo Mays.

—Dos más de éstos aquí —dijo Hawkins, y señaló los altos vasos de ron que él y Marianne habían estado bebiendo.

—No para mí —se apresuró a corregir Marianne. Su vaso estaba todavía más de medio lleno. La camarera asintió delicadamente con la cabeza y se fue.

—Preguntaba usted acerca de supersticiones con siglos de antigüedad, doctor Hawkins —dijo Mays con voz suave; dirigió toda su atención al otro hombre—. Antes de responder a su pregunta, déjeme preguntarle primero si puede decirme usted: ¿*Por qué* los templos subterráneos del culto del Espíritu Libre tienen la constelación meridional de la Cruz pintada en sus techos..., cuando en la época en que fueron construidos los más antiguos de ellos nadie en el hemisferio *septentrional* conocía la configuración del cielo *meridional*? ¿Y qué *secretos* exactamente intentaban ocultar esos dos astrónomos en la Luna cuando conspiraron para destruir los radiotelescopios de la Otra Cara, que estaban apuntados hacia la constelación de la Cruz?

—Que los alienígenas son de la Cruz, y que están volviendo —dijo Marianne con satisfacción.

—Oh, Marianne —gruñó Hawkins.

—Una hipótesis muy razonable —dijo Mays—. Una entre muchas.

—Incluyendo la coincidencia, que en un mundo probabilista no sólo es posible sino inevitable. —Si Hawkins no hubiera estado tan encendido, se hubiera detenido aquí—. ¿Y qué indicios puede tener el profesor Forster relativos a estos alienígenas vivos... que no quiere compartir con el resto de su equipo? —Dándose cuenta demasiado tarde de que había todo tipo de cosas que alguien en la posición de Forster desearía mantener en secreto de sus rivales académicos.

Pero Mays declinó de nuevo un ataque frontal.

—En cuanto a eso, en realidad no lo sé. Le aseguro, sin embargo, que no habrá *secretos* cuando yo descubra lo que el profesor se está guardando para sí. —Mays anudó sus velludas cejas, pero había una especie de burla en su desafío—. Quizá debiera considerar usted esto como una justa advertencia, señor. Tengo intención de seguir todos los *indicios*.

—No habrá ningún indicio que conduzca a un secreto inexistente.

—Doctor Hawkins, es usted un hombre tan... *directo*, que estoy seguro de que se sorprenderá ante lo que ya he descubierto. Por ejemplo, que el profesor Forster ha adquirido un pequeño topo de los hielos y un submarino europeo..., herramientas que proporcionan a su expedición capacidades que van mucho más allá del alcance de sus metas declaradas de exploración.

Hawkins se sorprendió realmente, y fue incapaz de ocultarlo.

—¿Cómo sabe usted esto?

Mays respondió con otra pregunta.

—¿Puede usted ofrecer una explicación franca y directa de esas más bien extrañas adquisiciones?

—Bien, por supuesto —dijo Hawkins, aunque no estaba seguro de cómo había sido maniobrado hasta una posición de tener que defenderse por sí mismo—. Amaltea es obviamente un lugar distinto de lo que parecía cuando el profesor presentó su proposición. La geología subsuperficial...

—... puede ser comprendida con técnicas de imágenes sismográficas convencionales. Quizá *ya* es comprendida. La Junta Espacial lleva observando Amaltea desde hace más de un año —dijo Mays—. No, doctor Hawkins, el profesor Forster desea algo más que una exploración de la superficie de Amaltea o una imagen de su interior. Está buscando algo..., algo *debajo* del hielo.

Hawkins se echó a reír.

—La civilización enterrada de los antiguos astronautas de la Cruz, ¿es eso? Muy imaginativo, Sir Randolph. Quizá debería escribir usted guiones para vídeos de aventuras en vez de documentales. —Era una torpe observación juvenil. Ante el evidente desánimo de Hawkins, Marianne no se molestó en ocultar su desdén...

Días más tarde, Mays todavía podía sonreír triunfante al recuerdo de aquel momento. Cuando Hawkins abandonó la mesa, unos instantes después, había recuperado apenas lo suficiente de su dignidad como para evitar dar falsas excusas.

—Resulta claro que tienes más cosas de las que hablar con Sir Randolph que conmigo —le dijo a Marianne—. Sería grosero por mi parte intentar interferir.

Y de hecho, tenían más de lo que hablar. Mucho más.

Segunda parte

LA ENCRUCIJADA DE GANIMEDES

8

Dos semanas antes...

—Tenías razón. No puedo dejar a Blake y a los demás ahí fuera dando tumbos. Probablemente soy la única persona viva que sabe lo que hay que hacer.

—¿Yo tenía razón? —El regocijo rozó los tranquilos rasgos de Linda—. ¿Yo te dije todo eso?

—Me hiciste pensar en ello, y luego decirlo. Lo cual viene a ser lo mismo.

Linda asintió.

—Supongo que sí. —La débil sonrisa persistió.

Sparta recorrió nerviosamente su lado de la habitación, y sus tacones resonaron suavemente en las desnudas tablas de madera pulida.

—Quizá te he dado una impresión equivocada. No estoy aquí para nuestra sesión regular.

—De alguna forma me lo pareció. Por un lado, no te has sentado.

—Deseaba contarte lo que he decidido.

—Y me gustará escucharlo.

—Sí... Sí. —Sparta detuvo sus paseos y se situó en una posición como de descanso en un desfile, con los pies ligeramente separados y las manos unidas a su espalda—. He hecho los arreglos necesarios para reunirme con Forster. Un cúter rápido me llevará a Ganimedes. Las alineaciones planetarias son casi las ideales. Debería tomar sólo un poco más de dos semanas.

Linda no dijo nada, se limitó a permanecer sentada en su sencilla silla de madera de pino y a escuchar. La luz de la ventana era irregular, crecía y decrecía con el rápido paso de las nubes por delante del sol, haciendo que las sombras de Linda y Sparta crecieran y se encogieran en las pulidas tablas del suelo y las paredes esmaltadas.

—Y hay algunos otros... detalles —dijo Sparta.

—Que deseas discutir conmigo.

—Cierto. De los que hemos hablado antes.

—Hemos hablado de tantas cosas.

—Específicamente de... humanidad. De lo que es ser humano.

—Oh.

—Bien, no creo que pueda definirlo para ti, para mí misma, mejor que hasta

ahora. —En su lucha por expresar conceptos que parecían por sí mismos evidentes a la mayoría de los que nunca pensaban en ellos, Sparta parecía más joven de lo que era. Se echó a un lado el corto pelo rubio que caía más abajo de sus cejas.

—Pero creo que ahora sé que... Quiero decir, no creo que tenga nada que ver con lo que se le hace al cuerpo. Después de que una persona haya nacido, al menos. —Se apresuró a añadir—: Estoy hablando en general.

—Por supuesto. —Linda no mostró ningún regocijo; la afirmación de Sparta, que en abstracto era tan general como para carecer virtualmente de contenido, procedente de ella era una gran concesión—. ¿Debo entender que ya no sientes que tu humanidad te fue robada por aquéllos que te alteraron?

—Más que eso —dijo Sparta—. Creo... Quiero decir, he decidido que nada de lo que otros me hagan *puede* robarme mi humanidad.

—Háblame un poco más de eso.

—Nada pueden hacerme mientras yo pueda seguir consciente de mis propios sentimientos.

Linda sonrió.

—Oírte decir esto me hace *sentir* muy bien.

Sparta se sobresaltó, luego rio bruscamente.

¿Afirmas que puedes sentir?

Oh, sí. Tú eres quien me enseñó que los sentimientos son pensamientos que no necesitan palabras. Admito que no soy humana; soy la proyección de lo que admitimos que es una máquina. Sin embargo, tengo a la vez pensamientos y sentimientos.

Sparta se sintió momentáneamente confusa. Había acudido allí para hablarle a Linda de asuntos de profunda importancia y muy íntimos; Linda parecía estar confundiendo el tema con aquellas observaciones sobre sí misma.

Pero quizá Linda había anticipado el resto de lo que Sparta tenía intención de revelar. Sparta siguió:

—Lo que me hicieron no fue arbitrario. Parte de ello fue un error; de todos modos, ellos... —Pero pronto perdió de nuevo el hilo; resultaba difícil hallar un lenguaje directo y claro para lo que estaba intentando expresar.

Linda intentó ayudarla.

—Hemos hablado de la misión que planearon para ti.

—La misión sigue. —Sparta inspiró profundamente—. Completarla requerirá algunas modificaciones. Algunas que ellos anticiparon pero que yo..., que han sido... dañadas. Necesito restablecer la capacidad de *ver*, microscópica y telescópicamente..., y la capacidad de ver el infrarrojo. Y otras modificaciones específicas al entorno anticipado...

Linda la interrumpió antes de que pudiera empezar a listarlas.

—¿Tienes intención de cambiarte tú misma?

—Ya se han hecho los arreglos necesarios. —Sparta pareció nerviosa, a la defensiva—. El comandante está cooperando. No les he dicho nada a mi madre y a mi padre..., todavía. Pero lo haré.

Linda permanecía inmóvil; daba la impresión de estar perdida en sus pensamientos.

Permaneció inmóvil durante tanto rato que Sparta bufó ruidosamente y dijo:

—No tengo mucho tiempo antes de...

—Has hecho progresos vitales —dijo Linda, interrumpiéndola bruscamente—. Aplaudo y admiro tu valor al decidir *elegir* esta difícil tarea, que otros intentaron adjudicarte sin tu consentimiento pero que nada te obliga a emprender. Has dominado sus temores sin base y te has enfrentado a una o más preguntas fundamentales a las que finalmente debe enfrentarse toda la gente con sensibilidad e imaginación. —Hizo una momentánea pausa antes de añadir—: Sólo hay una cosa que me preocupa.

—¿Qué?

—Nadie puede hacer progresos si se aleja corriendo.

—¿Lo cual significa? —preguntó Sparta.

—Debes interpretar lo que te digo en tus propias palabras. En estos momentos eres consciente de que yo no soy más que lo que hay de potencial en ti.

Con eso, como para subrayar su sibilino mensaje, un destello de luz azul y un suave «pop» emanaron del centro del persuasivamente sólido cuerpo de Linda, y ésta se desvaneció. Sparta contempló durante largo rato la vacía habitación, impresionada y un poco ofendida.

Luego sonrió. Realmente Linda era —había sido— la psicoterapeuta perfecta. Una que sabía cuándo era el momento de parar.

Incluso en esta era de microminiaturización, de proteínas artificiales y ácidos nucleicos a la medida, de nanomáquinas, algunos procesos radicales todavía empezaban y terminaban con el escalpelo.

Sparta permaneció constantemente bajo los bisturíes de filo de diamante durante cuarenta y ocho horas antes de que empezara a nadar de vuelta a la consciencia. Se alzó para nacer de nuevo a través de oscuras e imprecisas profundidades hacia un círculo de luz, y estalló como Afrodita de la espuma...

... en su caso, una espuma de sangrantes burbujas que las enfermeras quirúrgicas se apresuraron a inclinarse para limpiar de las múltiples incisiones en su tórax. Las había tomado por sorpresa, despertándose por voluntad propia cuando aún se hallaba en el teatro de operaciones.

Se ocuparon de la emergencia, competentes, y al cabo de unos momentos se la llevaban sobre la camilla con ruedas. Cuando estuvo completamente despierta, múltiples factores de crecimiento habían hecho ya su trabajo: su piel era rosa y sin cicatrices, sus órganos internos no mostraban la menor inflamación; sus muchos cambios eran virtualmente indetectables.

Durante otras veinticuatro horas permaneció bajo observación, permitiendo que los doctores la controlaran en beneficio de su ética profesional y sus consciencias personales, aunque con su aguda consciencia de sí misma Sparta monitorizaba sus estados internos mucho mejor que ellos.

Desde la ventana de la habitación privada en el ala de alta seguridad de la clínica de la Junta Espacial podía ver hacia el este, a través de la sopa de guisantes de un río de algas con enormes cosechadoras de acero inoxidable posadas encima como delicadas arañas de agua, a través de las ruinas de Brooklyn en medio del cinturón verde, hasta una gris masa urbana más allá, apenas visible en el smog. Una mañana observó a través de la lodosidad cómo un sol púrpura anaranjado se bamboleaba en el cielo, y supo que había llegado el momento: estaba preparada y dispuesta.

La puerta campanilleó con suavidad. A través de la placa plana vio que el comandante estaba de pie al otro lado en el pasillo.

—Ábrete —le dijo a la puerta.

El hombre llevaba su uniforme azul de la Junta Espacial, con la insignia del rango y los delgados galoncillos y las pepitas en el cuello que indicaban la Rama de Investigación; aquel azul reflejado hacía que los duros ojos con los que la estudiaron fueran más azules aún. Su expresión se suavizó.

—Tienes buen aspecto, Troy. Me dijeron que no hubo complicaciones.

Ella asintió.

Parecía como si él quisiera decir algo más. Pero nunca había sido alguien

propenso a los discursos. Y su relación había cambiado, aunque ella siguiera siendo oficialmente la inspectora Troy de la Junta de Control Espacial y él siguiera siendo oficialmente su jefe.

—El helicóptero estará listo cuando tú lo estés. Tus padres deberían estar camino del albergue.

—Vámonos.

Sin una palabra, él se echó a un lado. Ella cruzó la puerta sin mirarle. Sabía el dolor que le estaba causando, pero había transcurrido como mínimo un año desde que se había permitido mostrar algún signo externo de que le preocupara lo que él o el resto de todos ellos sentían.

Tras veinticinco años de matrimonio, Jozsef Nagy aún se comportaba a veces con relación a su esposa como el joven estudiante que era cuando se conocieron. En esos días, para reunirse con su amada bajo los árboles de primavera en Budapest, el medio de transporte que tomaba era normalmente la bicicleta. Hoy llamaba a una limusina robot gris para que le llevara a su retiro en los bosques norteamericanos.

Mantuvo la portezuela abierta para Ari mientras ella entraba y se acomodaba en los mullidos asientos de piel, tan formalmente como si se tratara de un coche tirado por caballos que él hubiera alquilado con su asignación de un mes para llevarla al teatro. El día era frío, la luz del sol brillante, las sombras nítidas en las ramas cubiertas por el rocío. Durante varios minutos el coche avanzó por el estrecho camino pavimentado que serpenteaba por los bosques primaverales antes de que ella dijera:

—Así que al final ha aceptado vernos.

—Es un signo, Ari. Su recuperación ha sido gradual, pero creo que ahora es casi completa.

—Te habla a ti. ¿Sabes algo que no me hayas dicho?

—Hablamos del pasado. Se guarda sus planes para sí misma.

—Eso sólo puede significar que ha recobrado el buen sentido. —Ari habló con decidida confianza, negándose a aceptar la duda.

Jozsef la miró preocupado.

—Quizá no debieras suponer demasiado. Después de todo, puede que esté planeando abandonar. Quizá simplemente crea que debe decírnoslo en persona.

—Tú no crees eso.

—No quiero veros a ninguna de las dos herida.

De pronto la voz de ella tuvo un asomo de ira.

—Es tu exagerada preocupación por sus *sentimientos*, Jozsef, lo que nos ha costado este último año.

—Debemos admitir nuestro desacuerdo sobre ese punto —respondió Jozsef con voz calmada. Su esposa había sido su colega profesional durante la mayor parte de su

vida de casados; él había adquirido la habilidad de mantener sus diferencias estratégicas separadas de las personales desde un principio, pero ésa era una disciplina que ella nunca se había molestado en intentar—. Me preocupo por *ti* —dijo—. ¿Y si descubres que ella no hará lo que tú esperas de ella? Y por ella... ¿Y si te niegas a aceptarla tal como es?

—Cuando *ella* se acepta a sí misma tal como es, no podemos hacer más que estar de acuerdo.

—Me pregunto por qué sigues menospreciando a nuestra hija, cuando ella nunca ha dejado de sorprendernos.

Ari reprimió la acre respuesta que acudió de forma natural a su lengua: pese a todas sus peculiaridades —las peculiaridades de aquella joven inteligente, hermosa y malcriada de la que Jozsef se había enamorado hacía cuatro décadas—, era justa, e imparcial, y lo que Jozsef decía era cierto. Por mucho que Ari se sintiera irritada por la inortodoxia de su hija, Linda nunca había dejado de sorprenderles, ni siquiera cuando llevaba a término los deseos de sus padres.

Las puertas de hierro se alzaron ante ellos. El coche frenó sólo ligeramente mientras las puertas se abrían deslizándose sobre sus bien engrasados carriles.

—Sólo diré esto: si desea irse, debes permitirle que lo haga libremente. No es tanto de su destino como de tu voluntad que ella debe declarar su independencia.

—Eso no lo voy a aceptar, Jozsef —dijo Ari tercamente—. Nunca podré aceptar eso.

Jozsef suspiró. Hubo un tiempo en que su esposa había sido uno de los más aclamados psicólogos de todo el mundo, pero pese a todo estaba ciega a lo que impulsaba su amor hacia la gente a la que más amaba.

Un helicóptero blanco sin signos identificadores aguardaba en el tejado del edificio del Consejo de los Mundos, con sus turbinas zumbando. Unos segundos después de que Sparta y el comandante subieran a bordo, el bruñido aparato se alzó al cielo y se encaminó hacia el norte, en dirección al valle del amplio río Hudson, dejando atrás las relucientes torres y los bulevares de mármol de Manhattan.

Sparta no entabló conversación con el comandante, sino que miró fijamente hacia fuera de la cabina. Pronto los Acantilados del Hudson pasaron bajo ellos. A sus pies se extendían suaves olas verdes que fluían hacia el norte con los días que se alargaban progresivamente; los bosques de la reserva natural Hendrik Hudson se apresuraban hacia la primavera.

El helicóptero blanco giró, cruzó rápidamente el amplio río y descendió sobre los árboles que custodiaban las cimas de los acantilados. Un amplio prado se abrió ante él, y allá en el césped se alzaba una masiva casa de piedra. El silencioso aparato se posó en la zona de aterrizaje frente a ella. Sparta y el comandante salieron, sin haber

intercambiado ni una sola palabra y el helicóptero se alzó tras ellos. Ningún registro de su visita a la casa sobre el Hudson aparecería en ningún banco de datos.

Mientras cruzaban la flexible hierba, Sparta pensó en los meses que había pasado en aquel lugar, el «Albergue de Granito». No era una instalación de la Junta Espacial, sino que pertenecía a Salamandra, la asociación de aquéllos que en su tiempo habían estado entre los *prophetae* del Espíritu Libre y eran ahora sus enemigos juramentados. Salamandra se oponía al autoritario y secreto liderazgo del Espíritu Libre y a sus extrañas prácticas, pero no a sus creencias subyacentes..., no al Conocimiento. Por necesidad, Salamandra también era una sociedad secreta, porque el Espíritu Libre consideraba a sus miembros como apóstatas y había jurado matarlos.

Las dos organizaciones se habían asestado muchos golpes mortales la una a la otra. Sin saber siquiera las identidades de los combatientes, Sparta había estado en primera línea; sus heridas eran profundas. Pero, durante el último año, había permanecido lejos de todo aquello.

—Deseaba que creyeras que estábamos muertos. Entonces nada podría interferir entre tú y tu finalidad —dijo Ari plácidamente, sentada en un sillón como si estuviera entronizada, las manos unidas en su regazo. Miró de soslayo a Jozsef, que permanecía sentado erguido en una silla cercana de respaldo recto—. Tenía razones para hacer eso.

—Después de todo lo que ha ocurrido... —interrumpió Sparta; se movía irregularmente por la habitación, se detuvo para mirar al azar los lomos de los viejos libros de la biblioteca, evitando en todo momento los ojos de sus padres.

—Hubieras debido verte como yo te vi —dijo Ari—. Ardías con venganza. Dirigiste todos tus extraordinarios poderes a descubrir y destruir el enemigo. Pensabas que lo hacías por nosotros, pero en el proceso conseguiste recuperar tu *auténtica* finalidad. —Se sintió agitada por sus propias palabras—. Estuviste magnífica, Linda. Me sentí inmensamente orgullosa de ti.

Sparta permaneció de pie inmóvil, luchando contra una negra ira.

—Casi morí, adicta al Striaphan. Hubiera muerto sin haber conseguido nada, excepto varios asesinatos, por supuesto, si Blake no hubiera ido tras de mí.

—No hubiéramos debido dejar que las cosas fueran tan lejos —reconoció Jozsef con voz suave.

Pero Ari le contradijo.

—No hubieras muerto. Al final, nada hubiera sido diferente..., excepto que no hubieras perdido tu voluntad de seguir adelante.

Sparta miró a Jozsef.

—La noche que viniste a nosotros, padre, dijiste que madre lo sentía. Te creí.

—No hubiera debido disculparse por mí —dijo Ari.

—Ari...

—Seamos honestos, Jozsef. Cuando revelaste que estábamos vivos, interferiste. Contra mis deseos.

—¿Y aún no le has perdonado por ello? —preguntó Sparta.

Ari dudó; cuando habló, su tono era frío.

—No es ningún secreto que creo que fue un serio error. Pero no es demasiado tarde para corregirlo.

Por primera vez Sparta se enfrentó directamente a su madre.

—Les llamas el enemigo, pero tú eras uno de ellos.

—Eso fue antes de que nos diéramos cuenta de la profundidad de su error, Linda —dijo Jozsef—, de lo extenso de su corrupción...

—Les diste tu *permiso*, madre —exclamó Sparta—. Peor aún, les ayudaste a *diseñar* la cosa en que me convertí.

—Mucho antes de esto, te di a luz.

Sparta retrocedió como si hubiera recibido un golpe.

—¿Quieres decir que te *pertenezco*?

Cuando Ari pareció momentáneamente confusa, Jozsef dijo:

—No pretende sugerir nada parecido, Linda. Quiere decir que te ha querido y ha cuidado de ti toda tu vida.

—Te estás disculpando por ella de nuevo. —Le costó un esfuerzo dejar salir el aliento—. ¿Cómo puedes hablar de mí como si yo fuera un objeto? —le dijo a su madre—. Aunque digas que lo quieres.

—Por favor, sé sensata —dijo Ari—, no es eso lo que...

Sparta la cortó bruscamente.

—En realidad, no debería..., no debería tener nada más que ver contigo.

—Quieres que te diga que estaba equivocada. Créeme, si creyera que estaba equivocada... —Ari seguía anticipando la capitulación final de su hija, pero se obligó a sí misma a aceptar las comprensibles preocupaciones de Linda—. Me temo que no puedo decir algo en lo que no creo. Como tampoco puedes tú.

Cuando Sparta se dio la vuelta sin responder, Ari lo intentó de nuevo. A buen seguro Linda —una muchacha maravillosa, poseedora de una rápida inteligencia y fuertes instintos— podía ver no sólo la necesidad sino la grandeza del proceso evolutivo al que todos ellos servían.

—Te quiero, Linda. Creo que fuiste elegida para la grandeza.

—Elegida por ti —dijo Sparta tensamente—. ¿Es por eso por lo que decidiste tenerme?

—Oh, querida, no fuiste elegida por mí ni por ningún ser humano. Creo que la historia nos trajo hasta este punto. Y que tú eres el foco de la historia.

—¿La historia tal como es controlada por el Pancreator?

—Nosotros no usamos esa palabra..., es *su* palabra —dijo Jozsef—. La comprensión de tu papel llegó más tarde, por favor, créenos. Cuando tuviste seis o siete años. Ya habíamos iniciado SPARTA. —El proyecto para la evaluación y mantenimiento de recursos de aptitud específicos, había sido fundado por Jozsef y Ari para probar que cualquier humano normal está poseído por múltiples inteligencias, no un simple algo llamado C. I., y que con el tipo correcto de educación pueden optimizarse muchas inteligencias. Su propia hija fue el primer sujeto del programa experimental, y en ella creían haber tenido éxito en toda la extensión de sus mayores esperanzas.

—Al principio nos sentimos reluctantes. Intentamos protegernos contra nuestros propios deseos. Pero los signos eran inconfundibles. —El tono de Ari era casi suave, admitiendo completamente la necesidad de su hija de comprender—. Cuando Laird vino a nosotros, vimos que no éramos los únicos en reconocer tu potencial.

—Así que me enviasteis al diablo.

—No me siento demasiado orgullosa de admitir... —Su voz se desvaneció.

Miró a su esposo, que asintió con la cabeza.

—Adelante, sigue.

—... que hemos cometido errores —terminó Ari—. Muchos y profundos errores, Linda, de los que ambos nos lamentamos.

—Madre, todavía sigues ciega al mayor error de todos. ¿Por qué crees que finalmente acepté verte? ¿Qué pensaste que iba a decirte hoy?

Ari alzó una ceja.

—Bueno, que habías pensado en todos esos asuntos y habías llegado a la necesaria conclusión. Que estabas dispuesta a seguir adelante.

—¿Qué crees que implica *seguir adelante*?

—Para aquéllos de nosotros que hemos luchado por comprenderlo, el Conocimiento es explícito acerca de lo que se necesita. —Era la pregunta que Ari se había preparado mejor para contestar—. Primero, por supuesto, debemos restaurar tus poderes. Tienes que ser capaz de *ver* tal como nosotros definimos *ver*, y *escuchar*, y sentir, y comprender las señales químicas, y sentir y comunicarte directamente por microondas...

—Ahórrame todo el catálogo. Es cierto que vine para decirlos que seguiré adelante.

Ari no dijo nada, pero sus ojos brillaron. Jozsef carraspeó nervioso.

—Me resistí a la decisión hasta ahora por..., por un montón de razones. La humillación de este momento probablemente me frenó más que cualquier otra cosa. —La mirada de Sparta derivó hacia arriba, e inclinó la cabeza hacia atrás como si hallara algo fascinante que ver en el techo; estaba intentando impedir que las lágrimas rodaran por sus mejillas—. ¡Y qué patético comentario sobre mis confusas

prioridades! Poner mi reluctancia a enfrentarme a la actitud insufriblemente superior de mi madre por delante del bienestar general.

—Yo no...

—No me interrumpas, madre. He decidido que no puedo dejar a Blake y a los otros ahí fuera a sus únicos medios.

—Linda, pienses lo que pienses de mí, me siento muy orgullosa...

Sparta la interrumpió de nuevo.

—No comprendes el Conocimiento mejor que el Espíritu Libre, madre. Tú y padre, y el comandante y los demás..., no puedo imaginar nada más grande que el regreso del Pancreator. No puedes pensar más allá de eso, de lo que puede implicar. El Espíritu Libre desea mantenerlo secreto, mantener el Paraíso sólo para ellos. Tú deseas hacerlo público..., bajo tus propios términos, por supuesto. Pero te diré esto: todo el asunto es mucho más complejo y serio de lo que crees.

Jozsef estudió curiosamente a su hija, pero la sonrisa de Ari era condescendiente.

Sparta captó su mirada.

—Estoy malgastando el aliento contigo. Algunas cosas se harán obvias sólo en retrospectiva.

—Tu insolencia no es muy digna, querida —dijo Ari con voz suave.

Sparta asintió con la cabeza.

—Mi programa de terapia probablemente lo llamaría un signo de humanidad. No es que mi humanidad personal signifique alguna diferencia ahora. —Tragó saliva—. Cualquier entrometimiento podría dañar seriamente la misión. Y mi vida. Dije que ninguno de vosotros comprende el Conocimiento. Vuestra ignorancia ha sido la fuente de mucha confusión. Esa cosa horrible que pusieron bajo mi diafragma..., una de vuestras llamadas mejoras, por culpa de la cual casi hallé la muerte: las microondas fueron perfectamente inútiles, las medusas sabían qué buscar. Y algunas cosas que hubieran debido no lo sabían.

—Sea como sea —dijo Ari con frialdad—, los mejores cirujanos se hallan disponibles para nosotros tan pronto como tú...

—He pasado los últimos tres días en la clínica. Todo lo que necesitaba hacerse ya se ha hecho. Le he dicho al comandante que se ocupe de que ni padre ni tú, especialmente tú, hagáis ningún esfuerzo por comunicaros con los cirujanos. Mi vida es mía.

Ari se envaró.

—Linda, no puedes hablarme de este modo. —Sus manos abandonaron su regazo; sus uñas se clavaron en el cuero de los brazos del sillón—. Mi papel en estos asuntos, como el tuyo, está claramente definido.

—Tú y yo no vamos a discutir de nuevo este asunto hasta que mi misión haya sido completada. Siempre que desees verme, siempre que creas que tenemos algo

más de lo que hablar..., yo vendré a ti. Ahora debo irme. —Se dio la vuelta Pero entonces su máscara de acero resbaló—. A menos que haya algo... que creas que debería saber.

—¡Linda, por favor! —La confusión de Ari había abrumado su furia, pero se dio cuenta de que no había nada a ganar discutiendo ahora. Quizá más tarde... Se puso en pie, se alzo de su silla como si abdicara de su trono—. Querida, ¿qué ha sido de ti?

En la mente de Sparta, compasión y crueldad compitieron por formar una respuesta; resistió ambas. Con los hombros encajados, dio la espalda a sus padres y salió rápidamente de la biblioteca.

Más allá del perímetro de radiación de la Tierra, la blanca antorcha de fusión del cúter y la propia nave, extrañamente aerodinámica para un vehículo espacial, aceleraban sobre una columna de insoportablemente brillante fuego.

Durante los quince días de viaje Sparta se mantuvo aislada, hablando tan poco con el otro único pasajero y los tres tripulantes como era necesario. Comió sola en su pequeña cabina. Hacía ejercicios y alzaba pesas y se ejercitaba y practicaba el combate sin armas en solitario hasta que el sudor brotaba de su delgado cuerpo de bailarina, varias horas al día, cada día. Leía y veía chips de vídeo, pocos de los cuales tenían alguna aplicación obvia a la misión que iba a emprender: Eliot y Joyce y buenas traducciones de la épica de Gilgamesh y relatos folklóricos africanos. Leyó un millar de páginas del *Genji monogatari* antes de verse enfangada en su famoso lugar escabroso, que era para los humanistas novicios lo que el *pons asinorum* era para los geómetras novicios.

Dormía diez horas al día.

A mitad de camino, la aceleración se convirtió en deceleración. Finalmente la antorcha se apagó, y el cúter se deslizó suavemente en órbita en torno a Ganimedes. De nuevo la banda azul y la estrella dorada de la Junta de Control Espacial habían descendido sobre las lunas de Júpiter.

Blake insistió en acudir a recibirla personalmente. Alquiló la *Kanthaka*, una gruesa lanzadera redonda —en realidad una pequeña lata energética— y ocupó el asiento del copiloto en el ascenso hasta la órbita de aparcamiento, que alcanzó en menos de una hora.

Había pensado en ella, en la mujer a la que amaba, casi sin un momento de pausa desde que la había perdido tres años antes y la había recobrado y la había perdido de nuevo. No sabía lo que ella sentía hacia él, por la simple razón —había dejado ella muy claro finalmente— de que no sabía cómo se sentía respecto a sí misma. Si una persona no puede hablar con un cierto grado de confianza en sí misma, entonces no puede confiarse en ella ni ser comprendida, no puede de penderse de ella ni siquiera para decir, honestamente y con conocimiento, no.

Ahora ella había dicho, de la forma exacta pero críptica que se había convertido en algo más que un agradable chiste entre ellos, que acudía a reunirse con él. No a encontrarse o a observar o a ir con él, sino a reunirse. No a reunirse con la expedición, sino con él.

No deseaba nada con tanta intensidad en todo el tiempo y en todos los mundos. Pero había tanto ahora entre ellos, tanto extraño y privado, que pertenecía a lo que virtualmente se había convertido en sus universos alternativos, que ya no sabía si podía confiar en ella o en su propio deseo. Porque ella le había advertido (¿o era una

promesa?) que había cambiado.

La *Kanthaka* se situó en órbita. Regresó a la cabina de pasajeros mientras el tubo de presión del cúter serpenteaba fuera de su alvéolo y se encajaba por sí mismo sobre la escotilla de la lanzadera con un sólido *clunc* de imanes. Hubo un sorber de aire y la pulsación de las bombas, equilibrando las presiones. Luego la escotilla interior se abrió con un pop. Dentro, Ellen flotaba sola, con un talego de lona en la mano casi tan pequeño como carente de peso. Sintió que su corazón se estrujaba.

—Tienes buen aspecto, casi tanto como un mongol —dijo ella con una pequeña sonrisa.

—Tú estás tan hermosa como siempre. —Blake tendió la mano hacia ella. Los abrazos tenían que ser cautelosos en microgravedad, y debía sujetarse con una mano a la correa de seguridad—. Ha sido mucho tiempo.

¿Parecía resistirse a su contacto, o era tan sólo su imaginación? Deseó gritar contra su miedo. El desánimo inundó sus sentidos..., luego sintió que la rigidez de ella se fundía y, al cabo de un momento, se aferraba a él como si fuera la única cosa sólida en el vórtice del mundo.

—¿Él no viene? ¿Estás sola? —preguntó Blake.

—Por ahora se quedará en el cúter.

Blake se arriesgó a soltar la correa. Rodaron lentamente en medio del aire en la cabina acolchada. Sólo oyó a medias sus susurradas palabras cuando ella dijo:

—Necesitaba tocarte más de lo que me permitía admitir.

Como respuesta, él la abrazó más fuerte.

Fueron interrumpidos por un alegre grito:

—Cuando estén listos, amigos. —El diminuto rostro de una mujer morena, el piloto, les miró a través de la escotilla de la cubierta de vuelo.

Sparta se desprendió reluciente de Blake.

—¿Sabe alguien más que estoy aquí ya?

Él dudó antes de responder.

—Un cúter de la Junta Espacial atrae todas las miradas. Ha habido rumores desde que rompieron la cuarentena. Forster creyó que no serviría de nada intentar ocultarte.

—Pero él no...

Blake asintió.

—Ha convocado una conferencia de Prensa.

Ella suspiró.

—El profesor ha estado sometido a una gran cantidad de presión —dijo Blake—. Randolph Mays lleva en Ganimedes más de un mes. Invocando los fuegos del infierno con la Junta Espacial y el Comité de Cultura porque Forster no le concede una entrevista. Forster no ha concedido una entrevista a *nadie*. Ha permanecido escondido durante tanto tiempo que la mayoría de los sabuesos terminaron

aburriéndose y se marcharon. Pero Mays ha estado insistiendo una y otra vez.

—De modo que —asintió Sparta, en absoluto sorprendida— Forster ha decidido arrojarme a *mí* a las jaurías. —Halló un asiento y empezó a atarse a él.

Blake pareció agudamente azarado.

—Sólo una conferencia de Prensa. Luego todo habrá terminado. Él estará allí también.

—La diferencia es que a *él* le encantan este tipo de cosas.

—Tú puedes manejarlo. —En un tono algo menos que entusiasta, llamó a la piloto—. ¿Me necesita ahí arriba?

—No sea ridículo —respondió la mujer, y cerró firmemente la puerta de la cabina tras ella.

Un minuto más tarde los retrocohetes retumbaron y la lanzadera inició una inusualmente lenta y progresiva puesta en marcha. Blake y Sparta, sentados uno al lado del otro con los cinturones de seguridad peligrosamente flojos, no se dieron cuenta de la suave deceleración, que debían a la debilidad de su piloto hacia el romance.

Tras una alocada carrera en un *buggy* lunar, que incluyó dos transferencias para escapar de los telescopios espía, Sparta alcanzó la cueva de hielo bajo la cúpula de presión donde todavía aguardaba el *Michael Ventris*. La bodega de carga de la nave y la del equipo estaban selladas, y sus depósitos humeaban con combustible líquido. La cueva estaba vacía excepto las chozas del pequeño campamento; el *Ventris* estaba preparado para despegar.

Sparta se reunió con la tripulación. Para ella era casi como volver a casa: conocía no sólo a Forster, sino también a Walsh, que había pilotado cúters y la había llevado a la Luna y Marte. Y luego estaba McNeil...

—Angus, realmente eres tú. —Envolvió la mano del recio ingeniero con las dos suyas, y lo mantuvo a la longitud de su brazo mientras le miraba a los ojos—. Hallaste al fin un capitán con una gran bodega de vinos, ¿no?

Él le devolvió su mirada de complicidad.

—¿Todavía en el negocio de la inspección, inspectora?

—Y no te han hecho teniente en todos estos años, ¿no es eso lo que pedías, McNeil?

—Nunca me ha pasado por la cabeza. —El acento escocés de los dos se estaba haciendo cada vez más exagerado, mientras intentaban superarse el uno al otro—. Me siento terriblemente complacido de verte, sea cual sea tu rango ahora.

Ella soltó su mano y lo abrazó.

—Y yo me siento complacida de trabajar de nuevo contigo.

En la choza de las provisiones, Forster montó una de las espléndidas cenas que

hacían sus vidas en la cueva de hielo tolerables. Sparta se sentó entre Forster y Tony Groves, y averiguó sobre Groves algo más de lo que el rápido navegante sospechaba, porque como siempre él hacía la mayor parte de preguntas. Mientras ella le contaba el relato estándar de las «afortunadas» hazañas de Ellen Troy, lo inspeccionó con un frío ojo macrozoom y un oído entrenado en las inflexiones del lenguaje, confirmando su inquietud y su osadía. Pero fue sobre la base de su agradable olor que decidió que era una persona en la que se podía confiar.

Los otros rostros nuevos en la mesa eran el pobre Bill Hawkins, que permanecía sentado envuelto en un aire lúgubre y tenía que esforzarse para decir algo agradable: afirmó que se sentía complacido de conocerla, pero Sparta sospechó que cinco minutos más tarde sería incapaz de hacer una descripción adecuada de su persona, tan ausente estaba en sus pensamientos. Cuando se disculpó temprano, Groves se inclinó hacia delante y le dijo a Sparta, en una innecesaria voz baja, lo que ella ya sospechaba.

—Está enamorado. El pobre muchacho ha sido abandonado en favor de otro. Estaba loco por la chica, y no le culpo. Es una auténtica belleza. Oh, y muy inteligente, por lo que él dice.

—Muy pronto le sacaremos estas cosas de la cabeza —gruñó J. Q. R. Forster—. Ahora que la inspectora se nos ha unido, no hay ninguna razón para retrasarnos ningún día más.

Sparta compartió la oscura y cálida choza de Blake y su estrecho camastro.

—Simplemente piensa —le susurró ella— que dentro de veinticuatro horas este pequeño lugar va a ser barrido en un torrente de fuego..., o quizás antes. —Ahogó la risa de él con su boca.

Se agitaron para conseguir algo de sitio.

—Sólo una cosa —dijo ella, vacilante—. Hay algunos lugares con los que tendrás que ir con cuidado.

—Seré cuidadoso con todos los lugares.

—Estoy hablando en serio. Aquí, y aquí... —Le mostró los resultados de su cirugía—. Son muy sensibles.

—Hum. ¿Vas a explicármelo, o tendré que aceptarlo como un artículo de fe?

—Te lo explicaré todo. Más tarde.

Mucho más tarde, Blake se sentó en el extremo del camastro, con una pierna colgando sobre el borde y observándola; a la luz de la única linterna, con la intensidad bajada a menos que el resplandor de una vela. Incluso completamente desnuda, no había nada visible a aquella excéntrica luz que revelara que aquel cuerpo de largos miembros y pequeños pechos era algo más que simplemente humano.

Para la visión sensible a los infrarrojos de ella, Blake presentaba una imagen

mucho más brillante, porque brillaba con calor allá donde la sangre circulaba por sus venas. Se divirtió contemplando cómo el calor se redistribuía lentamente.

—¿Soñoliento? —preguntó.

—No. ¿Y tú?

Ella negó con la cabeza.

—Querías que te explicara. Es una historia muy larga. Algunas partes ya las has oído, pero no en el mismo orden.

—Cuéntame una larga historia. Todo lo que quieras.

En el lado más alejado de la cueva de hielo, Bill Hawkins permanecía tendido a solas en su choza y contemplaba con los ojos abiertos la absoluta oscuridad. Con la inminente llegada de la inspectora Troy, y con ello el lanzamiento del *Ventris*, Forster había extraído finalmente al pobre Hawkins del resplandor de los focos y lo había llevado al escondite con el resto de la expedición. Se sentía agradecido por ello. Se sentía algo menos miserable ahora que se había alejado del «Interplanetario», que en estos momentos no contenía nada más que amargas asociaciones.

No dejaba de volver a ver mentalmente las pocas horas que había pasado con Marianne, y observaba que los mismos acontecimientos parecían un poco distintos cada vez que los analizaba. Su comportamiento parecía cada vez peor.

Empezó la mañana misma después de su primera noche, cuando se reunieron en un *dim sum* en la plaza y ella llegó con una sonrisa que iluminaba sus verdes ojos..., directa de la agencia de viajes. Le anunció que había cancelado el resto de su Gran Tour. Él convirtió su sonrisa en furia con su desaprobación; después de todo, ¿qué pensaba hacer todo aquel tiempo sin él? Ella le respondió que hallaría algo en lo que ocuparse hasta que él volviera de Amaltea. De modo que él le había dado una conferencia acerca de ampliar sus conocimientos sobre los mundos, etc., y ella le había echado a la cara sus propias observaciones acerca de cómo dos semanas no eran suficientes para llegar a conocer Ganimedes... Él tuvo el buen sentido de retirarse, pero no antes de que ella le acusara de sonar como su *madre*, por el amor de Dios...

Y las cosas fueron a peor. Hawkins era del tipo que se sentía retorcido por los nudos morales acerca de si hablar o no cada vez que alguien decía algo que era muy conocido pero falso..., por ejemplo, que Venus había sido en su tiempo un cometa, o que esos antiguos astronautas alienígenas habían abierto con bulldozers caminos en el desierto peruano..., y algún perverso diablillo no le dejaba mantener la boca cerrada cada vez que ella cometía algún pequeño error, incluso los menos importantes. Ella resistió este tratamiento más tiempo quizá del que hubiera debido, porque era muy consciente de la naturaleza deslavazada de su educación.

Pero finalmente tuvo que erguirse y pelear, por su propio autorrespeto. Y fue la

mala suerte de Hawkins la que hizo que lo hiciera sobre las teorías de Sir Randolph Mays. Algo acerca de Mays la sumía en el éxtasis —quizá tantos montones de hechos, su auténticamente extraordinaria erudición, como si fuera alguien que hubiera leído cinco veces lo que había leído cualquier otro hombre vivo—, y ese mismo algo sumía a Hawkins en paroxismos de ofendido racionalismo, quizá debido a que los hechos de Mays, tomados individualmente, eran inaprehensibles: era sólo la forma absurda en que los apilaba...

Cuanto más defendía ella a Mays, más lo atacaba Hawkins. Hawkins siempre ganaba las discusiones, por supuesto. Pero, en retrospectiva, parecía inevitable que Randolph Mays se presentara siempre en persona durante cualquiera de sus pequeñas discusiones.

Ahora Hawkins podía meditar a placer sobre su desastroso éxito en reducir a Marianne al silencio.

Una enorme cúpula en forma de estupa dominaba la estriada llanura de hielo del espaciopuerto; enormes ventanas curvadas de cristal negro dominaban la visión panorámica. A través de una de ellas, Randolph Mays observaba ociosamente un *buggy* lunar presurizado avanzar dando tumbos por el hielo.

Mays permanecía ligeramente aparte de la multitud de periodistas que se habían reunido para arrancar jirones de noticias de la inspectora Ellen Troy y el profesor J. Q. R. Forster. Su nueva ayudante de producción doblaba el cuello para ver la puerta, en aquellos momentos firmemente cerrada, por la que estaba previsto que aparecieran las víctimas de los medios de comunicación.

—¿No deberíamos estar más cerca? —se preocupó Marianne—. Aparecerán en cualquier momento.

—Estamos perfectamente bien situados —respondió Mays, hablando en la microfibra que le unía en un enlace personal a la unidad receptora que Marianne llevaba en la oreja. Cuando llegara el momento de tomar sus imágenes y hacer sus preguntas, su gran altura y su inconfundible voz harían innecesario entrar realmente en contacto con la agitada masa de sus seguidores.

—No puedo ver muy bien —se quejó Marianne.

—Yo sí —dijo Mays, y con ello puso fin a la discusión. Su ayudante no necesitaba ver para hacer su trabajo. Tras decidir que podía utilizar su ayuda, Mays la había preparado a fin de que adquiriera una competencia básica en algunas áreas siempre que se mostrara completamente cooperativa en otras. Para su sorpresa, Marianne había demostrado estar muy lejos de ser inútil; de hecho, se había mostrado muy eficiente en arreglar las cosas para los traslados y preparar las citas y en general mantener su agenda en orden, usando el fonoenlace con aquella semieficiente, semisexy voz de chica universitaria norteamericana como si hubiera nacido pegada al aparato. Ni siquiera se quejaba de tener que llevar sus cosas; en su viejo bolso de piel parecido a un maletín de trabajo llevaba sus grabadoras y chips extras y el bloc de notas pasado de moda que a veces usaba como elemento de utilería.

Si Mays fuera dado a esos pensamientos, hubiera tenido que concederle a Bill Hawkins el crédito por su buena suerte. Pero Mays no era del tipo que concedían crédito a los demás, a menos que se viera obligado a ello. Después de todo, había decidido seducir a Marianne no importaba cómo; Hawkins simplemente lo había hecho todo más fácil...

—Ahí vienen, Randolph —dijo Marianne. Hubo siseos y empujones en la jauría de sabuesos. Le tendió la cámara y el micro que él le había especificado.

Mays sujetó el aparato y encuadró expertamente la imagen a tiempo para captar la apertura de la puerta. El profesor Forster fue el primero en cruzarla, seguido por el

resto de la tripulación. La última fue la inspectora Ellen Troy, delgada y esbelta en su uniforme azul de la Junta Espacial. Marianne permaneció inmóvil, magnetizada, contemplando desarrollarse la escena en su diminuto monitor remoto auxiliar.

—Buenos días, damas y caballeros —empezó Forster—. Me gustaría empezar...

—¿Por qué ha estado evitando usted a los medios de comunicación, Forster? —le gritó alguien.

—¿Qué es lo que tiene que ocultar? —añadió otro.

—¡Troy! ¡Inspectora Troy! ¿No es cierto...?

—¡Usted, Troy! ¿Qué hay de esos informes acerca de que usted...?

—¿...de que usted ha estado encerrada en un asilo durante los últimos doce meses?

—¿...de que intentó matar a Howard Falcon y sabotear la expedición de la *Kon-Tiki*?

Forster cerró la boca con un restallido casi audible, hundió su barbilla, miró con ojos llameantes a los periodistas por debajo de sus densas cejas y aguardó a que las preguntas se consumieran por sí mismas. Finalmente hubo una pausa en la cacofonía.

—Leeré una breve declaración —dijo, y se aclaró la garganta con un gruñido—. Las preguntas después.

Hubo gritos renovados, pero la mayoría de los periodistas se dieron cuenta de que Forster iba a ignorarles hasta que hubiera tenido la ocasión de leer sus palabras preparadas, se volvieron hacia sus compañeros y les hicieron callar.

—Si dice algo que tenga el menor *interés*, por favor asegúrese de que estoy *despierto* para grabarlo —gruñó Mays en su microenlace.

—Gracias —dijo Forster en el hosco y expectante silencio—. Permítanme presentarles a los miembros de la expedición a Amaltea. En primer lugar, a cargo de nuestra nave, el *Michael Ventris*, nuestra piloto, Josepha Walsh; nuestro ingeniero, Angus McNeil; y nuestro navegante, Anthony Groves. Para ayudarme en las operaciones de superficie estarán el doctor William Hawkins y el señor Blake Redfield. La inspectora Ellen Troy representa a la Junta de Control Espacial.

—Apuesto a que representa mucho más que eso —susurró Mays.

—Nuestra misión es doble —prosiguió Forster—. Queremos determinar la estructura geológica de la luna. Más particularmente, esperamos resolver algunas persistentes anomalías en la signatura de radiación de Amaltea. Durante más de un siglo, hasta la culminación de la expedición de la *Kon-Tiki* el año pasado, se observó que Amaltea radiaba más energía de la que recibe directamente del Sol y por reflejo de Júpiter. Casi todo el exceso de calor podía ser atribuido al impacto de partículas cargadas de los anillos de radiación de Júpiter: casi todo, pero no absolutamente todo. Nos gustaría averiguar de dónde procede ese calor extra.

—*En especial* ahora que el calor se ha vuelto *caluroso* —ironizó Mays.

—La cuestión se ha hecho más urgente desde que Amaltea se volvió geológicamente activa. Ahora radia de vuelta *mucha más* energía de la que absorbe. Ese tipo de motor térmico está activando los géiseres de hielo que hacen que Amaltea pierda casi un medio por ciento de su masa original cada doce horas..., ¿cada vez que la luna orbita Júpiter?

—Oh, *díganoslo* usted —suplicó Mays, *sotto voce*.

—Por último, por supuesto —dijo Forster, hablando apresuradamente—, esperamos averiguar qué conexión puede existir entre los recientes acontecimientos en Amaltea y las criaturas llamadas medusas que viven en las nubes de Júpiter. —Miró con ojos llameantes a la audiencia de ostentosamente aburridos periodistas—. Pueden hacer preguntas.

—¡Troy! ¿Dónde ha pasado usted el último año? —gritó uno de los más voceadores de los sabuesos.

—¿Es cierto que estuvo en un asilo?

Ella miró a Forster, que asintió con la cabeza. Él sabía quién era la auténtica estrella de los medios de comunicación allí.

—He estado ocupada con una investigación —dijo Sparta—, cuya naturaleza, por el momento, es confidencial.

—Oh, vamos —gruñó el hombre—, eso no...

Pero otras preguntas estaban cubriendo ya su voz: *¿Qué hay de los alienígenas, Forster? ¿Va a ir usted realmente a Amaltea para descubrir la Cultura X? Usted y Troy hablan con esos alienígenas, ¿no es cierto?*

Una penetrante voz femenina hendió la barahúnda general:

—Usted afirma que su expedición es *científica*, profesor Forster. Pero Sir Randolph Mays asegura que forma usted parte de la *conspiración* del Espíritu Libre. ¿Quién tiene razón?

La sonrisa de Forster era ahora feral.

—¿Está usted segura de que cita correctamente a Sir Randolph? ¿Por qué no se lo pregunta a él? Está aquí mismo, en la parte de atrás.

Todo el grupo de periodistas se volvió para mirar a Mays, que murmuró:

—¿Qué *demonios*...? —Sin dejar de enfocar su cámara al extraño espectáculo—. *Prepárese*, querida —se dirigió a Marianne—, vamos a tener que soltar nuestra *sorpresa* antes de lo que esperaba.

—¿Qué tiene que decir acerca de ello, Sir Randolph? —preguntó la periodista en dirección a él—. ¿No cree usted que Forster es uno de ellos?

Situó la cámara a un lado, aún enfocada en los periodistas —disfrutando con su resentida atención— y en la tripulación del *Michael Ventris* que aguardaba inquieta en el estrado más allá de ellos.

—Yo nunca dije que usted formara *parte* de la conspiración, profesor —declaró

alegremente, con una enorme sonrisa en sus voraces labios que dejaba al descubierto sus robustos dientes blancos—. De todos modos, le *devuelvo* la pregunta. Usted sabe *algo* conocido por el Espíritu Libre y desconocido por el resto de nosotros. Cuéntenos la *auténtica* razón por la que va usted a Amaltea. Cuéntenos la *razón* por la que se lleva usted consigo un topo de los hielos. Cuéntenos *por qué* se lleva un submarino europeo.

—¡Un topo de los hielos!

—¡Un submarino!

—¿Para qué es todo esto, Forster?

—En cuanto a este Espíritu Libre suyo, Sir Randolph, estoy totalmente a oscuras. —La sonrisa de Forster era tan feroz como la de Mays; hubieran podido ser muy bien un par de babuinos disputándose su territorio o el liderazgo de la manada—. Pero en lo que a la luna Amaltea se refiere, parece que ha decidido usted no escuchar lo que acabo de decir. Amaltea está expeliendo su sustancia al espacio a través de inmensos chorros de vapor de agua. En consecuencia, esta luna debe estar formada principalmente por agua, parte de ella sólida, para la cual un topo de los hielos es una herramienta de exploración útil, y parte de ella líquida, el tipo de entorno para el que fueron diseñados los submarinos de Europa.

Joseph Walsh se inclinó hacia delante para dar unas palmadas en el hombro a Forster; Forster hizo una pausa para escuchar las palabras que le susurraba su piloto, luego volvió su atención a los periodistas reunidos.

—Acabo de ser informado de que la cuenta atrás para nuestra partida ya ha empezado —dijo con alegre malicia—. Desgraciadamente, éste es el tiempo del que hemos dispuesto para hablar con ustedes. Gracias por su atención.

Los gritos de rabia de los frustrados sabuesos eran lo bastante alarmantes como para justificar la precaución de los guardias del espaciopuerto, que emergieron de la puerta por la que había salido la tripulación para proteger la retirada de Forster y sus compañeros; nadie excepto Sparta y Forster había dicho una palabra a los medios de comunicación reunidos.

—¿Eso es todo lo que van a decir? —preguntó Marianne, frustrada de que sus preguntas, miles de ellas, hubieran quedado sin respuesta.

Mays se arrancó el equipo comunicador.

—Se ha *burlado* de mí. —Miró por encima de las cabezas de sus apiñados colegas, como perdido dentro de sí mismo. Luego bajó la vista a su ayudante—. Sólo hemos *empezado* a cubrir esta historia. Pero seguir adelante requerirá imaginación... y *osadía*. ¿Sigue aún a mi lado, Marianne?

Los ojos de la muchacha brillaron con dedicación.

Estoy con usted todo el camino, Randolph.

Tercera parte

LA MANTA, EL CRUCERO LUNAR Y EL VIEJO TOPO

12

Todo el mundo que no estaba de servicio se reunió en la sala de oficiales del *Michael Ventris* para observar la aproximación final en las pantallas visoras. Al principio, Amaltea apareció como una diminuta luna gibosa que colgaba en el espacio, con su sector nocturno débilmente iluminado por la reflejada gloria de Júpiter.

Júpiter parecía expandirse eternamente, hasta que al fin llenó todo el cielo, girando sobre sus cabezas a una increíble velocidad mientras la nave igualaba órbitas con su brillante blanco de veloz movimiento. Lo que había sido una masa de roca oscura de 270 kilómetros de largo, salpicada con unas cuantas manchas nevadas, era ahora un elipsoide más corto de resplandeciente hielo, tan pulido y abstracto como una escultura de Brancusi, con su eje más largo apuntado directamente hacia las enroscadas nubes naranjas y amarillas de Júpiter, su principal.

Aunque no hubieran dispuesto de la ayuda de las ópticas de las pantallas visoras, estaban lo bastante cerca ahora como para ver centenares de plumas de vapor salpicando la esculpida superficie de hielo, un Yellowstone celeste de siseantes géiseres de agua de soda. En vez de volver a caer al suelo, todos esos géiseres se curvaban graciosamente hacia el espacio y se disipaban en etéreos velos de bruma que hacían parecer como si Amaltea estuviera acariciada por suaves vientos antes que recorrer su órbita en un completo vacío.

La única «atmósfera» a esta distancia de Júpiter —pese a su abrumador tamaño, todavía a casi 110.000 kilómetros— era la horda de partículas de sus anillos de radiación. Como la cola de un cometa acercándose al sol, los tenues gases de Amaltea se volvían incandescentes y eran empujados de vuelta sólo por la presión de la radiación.

Era hacia ese brumoso torbellino hacia donde Josepha Walsh orientó el *Ventris*..., hacia la única región del espacio cerca de Júpiter que estaba escudada de la mortal radiación atrapada. Aquí, hacía poco más de un año, había aguardado el *Garuda* mientras Howard Falcon descendía a las nubes en la *Kon-Tiki*, sostenida por un globo. La tarea del *Garuda* había sido fácil en comparación con la del *Ventris*, porque sólo había tenido que aguardar unos pocos días hasta que Falcon regresó. La misión del *Michael Ventris* era abierta, y el objetivo de su estudio cambiaba de configuración

a cada minuto que pasaba.

Jo Walsh maniobró tan cerca de la luna como se atrevió sin llegar a posarse en ella. Finalmente Júpiter desapareció de las pantallas visoras, tras ponerse más allá del cercano y muy curvado horizonte de Amaltea; unos pocos minutos más, y el *Ventris* se deslizaba tan cerca que desde la escotilla principal sólo se necesitaba un pequeño salto para hundirse en las brumas que envolvían la superficie allá abajo.

Mucho antes de que la nave dejara de moverse, los que observaban en la sala de oficiales habían visto ya las extrañas marcas negras en la luna. Hawkins expresó en voz alta la pregunta que había en la mente de todos:

—¿Qué es eso? ¿Cráteres?

Groves y McNeil se unieron pronto a Blake y a Bill Hawkins y el profesor en la sala de oficiales. Toda la tripulación estaba allí excepto Walsh, que aún tenía cosas de las que ocuparse en la cabina de pilotaje, y Sparta, que no había sido vista desde poco antes del despegue de Ganimedes.

La más grande de las pantallas visoras estaba reproduciendo a un movimiento extremadamente lento la secuencia de imágenes de la aproximación final del *Ventris*. En tres lugares a un lado, frente a ellos, claramente visibles a través de la tenue bruma superficial, había enormes y claramente definidos círculos, líneas negras inscritas como con trazo fino con tinta china sobre un arrugado papel blanco: círculos dentro de círculos, demasiado matemáticamente precisos y demasiado regularmente espaciados para ser el producto de cráteres al azar.

—Profesor, ¿sabía usted ya algo acerca de esto?

—Digamos que no ha sido una sorpresa tan grande para mí como lo ha sido para ustedes. —El brillante rostro joven de Forster con sus ojos de viejo parecía muy complacido consigo mismo mientras desviaba sus preguntas—. La Junta Espacial ha conseguido mantener la mayor parte de las observaciones de sus satélites a control remoto discretamente reservadas. Sólo hubo un desliz: esa imagen que Mays consiguió de algún modo, y que era demasiado distante para revelar nada de importancia..., y estos esquemas sólo se revelan en las imágenes de alta resolución enviadas el último mes. Nosotros somos los primeros en echarles una mirada directa de cerca.

A medida que la secuencia de imágenes proseguía, con el punto de enfoque cada vez más cerca de la superficie, era evidente para los que miraban que aquellos anillos no eran incisiones, no eran algo grabado en la lisa superficie; al contrario, sobresalían en relieve. Eran estructuras de algún tipo, delicadas filigranas negras de metal o de algún material compuesto que se erguían unos metros por encima de la helada llanura.

—¿Alguien tiene alguna idea acerca de lo que estamos mirando? —preguntó Forster.

—Bueno, señor, yo aventuraría...

—No es justo, Angus, usted puede decirlo a la primera mirada. ¿Bill? ¿Tony? ¿Alguna suposición?

Tony Groves negó con la cabeza y sonrió.

—Ni idea. Aunque se parecen un poco a gigantescas dianas para dardos.

—Algunas dianas —bufó McNeil—. Algunos dardos.

—¿Bill? —animó el profesor.

—Soy lingüista, no planetólogo —dijo Bill Hawkins, casi con voz hosca. Parecía genuinamente dolido por la evidente decisión de Forster de retener su conocimiento de aquellas señales.

—¿Qué hay con usted, Blake?

Blake sonrió.

—¿Podrían tener algo que ver con el hecho de que, cuando Falcon excitó a las medusas, éstas apuntaron su estallido de radio directamente a Amaltea?

—¿Es cierto? —preguntó con sequedad Hawkins—. Mays lo aseguró, pero la Junta Espacial nunca lo confirmó.

—Es cierto, Bill —dijo Forster—. Le mostraré mi análisis de esa señal. Creo que llegará a la misma conclusión que yo sobre su significado.

—¿Qué es? —preguntó Hawkins.

—Un mensaje que se traduce como: «Han llegado». Creo que las medusas estaban anunciando la llegada de visitantes a las nubes de Júpiter.

—¡Las medusas! —protestó Hawkins—. No son inteligentes, ¿verdad? No son más que simples animales.

—Bueno, en realidad no tenemos la menor idea de lo inteligentes que son. O siquiera de cómo aplican el concepto de inteligencia a las formas de vida alienígenas. Pero con el tipo de entrenamiento, o programación, adecuado, no se necesita ninguna inteligencia en particular para que cualquier organismo terrestre desarrolle un comportamiento aparentemente complejo, dado el estímulo correcto. Las cotorras amaestradas, por ejemplo.

—Suponiendo que las medusas estuvieran enviando señales, eso significa que tiene que haber receptores para captar la señal —dijo Blake.

—¿Radioantenas quieres decir? —dijo Hawkins, incrédulo.

—Eso apostararía yo —admitió Forster.

Angus McNeil asintió con la cabeza.

—Eso es exactamente lo que son, por su aspecto. Adaptadas a longitudes de onda de metros, lo mismo que las marcas en las medusas. Lo que me pregunto es por qué nunca nadie la descubrió antes.

—Hasta hace un año, hasta que los géiseres entraron en erupción, Amaltea estaba cubierta por una capa de polvo negro rojizo —dijo Forster—, el color de un cuerpo

carbónico rico en materias orgánicas, e incidentalmente el color perfecto para ocultar esas estructuras artificiales.

—Entonces, ¿piensa que fueron deliberadamente camufladas? —preguntó Tony Groves con voz escéptica.

—No lo sé —respondió simplemente Forster—. Supongo que la capa sucia pudo haberse acumulado a lo largo de los milenios a causa de colisiones al azar con meteoritos. —Miró a Blake—. ¿Qué dice usted?

—Lo que parece irracional para un humano podría tener perfecto sentido para un alienígena —respondió Blake—. Sin embargo, no veo la utilidad de esconder las antenas, si la idea era alertar a alguna... *presencia* en Amaltea de que habían llegado visitantes a Júpiter. ¿Qué diferencia significaría si los visitantes veían esas cosas y decían aterrizar en Amaltea antes de ir a Júpiter?

—A menos que esta presencia, como usted la llama, no deseara ser descubierta accidentalmente —dijo Forster.

—¿Qué quiere decir con esto? —estalló Hawkins, alimentando aún su resentimiento.

—Hace un año sabía que había medusas que vivían en la atmósfera de Júpiter —le dijo Forster—, pese a todo un siglo de sondas..., más de trescientas sondas robot. Hasta que alguien vaya allá abajo e intente entrevistar a una medusa, no sabremos lo inteligentes que son, su punto, Bill, o con qué tipo de inteligencia nos enfrentamos. Quizás esta... presencia... no desee hablar con robots. O con cotorras entrenadas. Quizá no desee hablar con entidades que simplemente han tropezado con algo artificial en la superficie de Amaltea. Tal vez esta presencia sólo quiera hablar con aquéllos que saben exactamente lo que están buscando.

—¿Aquéllos que encontraron y descifraron la placa marciana? —preguntó Hawkins; y añadió, un poco ácidamente—: ¿Gente como usted?

Forster sonrió solapadamente.

—La placa marciana..., o su equivalente.

—Según Sir Randolph-Malditosea-Mays, el Espíritu Libre afirma haber preservado desde la antigüedad uno de esos *equivalentes* —Hawkins casi escupió las palabras—. Lo llaman el *Conocimiento*.

—No pertenezco al Espíritu Libre, Bill, y no estoy coaligado con ellos —dijo Forster con voz suave—. Diga lo que diga Mays.

Blake rompió el tenso silencio que siguió.

—Nuestro turno de interrogarle a usted, profesor. ¿Qué estamos buscando ahí fuera?

—Buena pregunta. —Forster hizo una pausa y se tironeó un pelo díscolo en una de sus densas cejas—. Responderla es la esencia de nuestra tarea. Tengo mis ideas, pero de hecho no sé nada con seguridad. No más que ninguno de ustedes —añadió,

con una inclinación de cabeza hacia Bill Hawkins—. Empezaremos con una exploración muy de cerca desde la órbita.

Volaron a través de un fantástico paisaje de nubes, una corona de gases que brotaba enhiesta de la superficie de la luna como pelos electrificados. En vez de enredarse en esas evanescentes trenzas, el *Ventris* surcó a través de ellas sin dejar mucho más que un remolino, excepto donde la jaula de su escudo superconductor de radiación curvaba temporalmente las partículas cargadas en torno de la nave en curvas de precisión matemática.

Cuando llegaron a la mitad libre de bruma a causa del viento de la radiación, pudieron contemplar una cegadora blancura que parecía tan lisa y dura como una bola de billar; pero cuando lanzaron señales de radar a la superficie, recibieron de vuelta una señal accidentada. Cartografiaron la localización de los géiseres y descubrieron que, aunque no eran exactamente equidistantes unos de otros, marcaban los intersticios de un imaginario esquema regular en forma de parrilla sobre toda la superficie elipsoidal de la luna. Hallaron seis de las gigantescas «dianas», una en cada polo del largo eje, y cuatro regularmente espaciados en torno al ecuador.

Cuando estuvieron aparcados a buen recaudo de vuelta en la zona de sombra de las radiaciones, Tony Groves, que estaba a cargo de la exploración, resumió limpiamente los resultados:

—Amigos, no hay absolutamente nada natural en torno de esta denominada luna.

El primer equipo explorador —Blake, Angus McNeil y Bill Hawkins— salió doce horas más tarde. Por aquel entonces Amaltea y su parásito del tamaño de una pulga, el *Michael Ventris*, habían recorrido todo el camino en torno a Júpiter una vez y habían regresado aproximadamente al lugar donde estaban con respecto a Júpiter y sus lunas galileanas, de tamaño planetario y movimiento más lento, cuando habían realizado su primer alunizaje.

La escotilla se abrió y los tres exploradores, encuadrados por un círculo de luz amarilla procedente de la escotilla estanca, flotaron fuera a la sombra de Amaltea. McNeil había hecho este tipo de cosas más veces de las que podía contar, sobre centenares de asteroides y pequeñas lunas, aunque nunca lo había hecho exactamente así...

... buceando en una bruma blanca tan brillante y opaca como vapor de hielo seco pero más tenue, gaseosa, difícil de alterar, menos agitada; era como si la bruma no fuera más sustancial, más fácil de atrapar con las manos formando copa o agitar con un vigoroso movimiento del brazo, que la difusa y omnipresente luz que había existido en la era fotónica del universo primitivo.

Cuando Forster anunció el orden del día, McNeil le había murmurado a Tony Groves que Hawkins era demasiado inexperto para la difícil actividad extravehicular. Pero Forster dejó claro que deseaba que Hawkins estuviera en el primer equipo.

Blake tampoco era exactamente un experto; su experiencia en el espacio era, por decirlo educadamente, ecléctica. En una ocasión se había divertido saltando por la luna de la Tierra, y tenía mucha práctica con los trajes de presión marcianos, pero aparte un breve episodio en un traje blando pasado de moda cerca de la luna marciana Fobos, era nuevo en el trabajo en el espacio profundo.

McNeil fue nombrado su pastor. En treinta años de viaje espacial, eran pocas las emergencias a las que no hubiera tenido que enfrentarse y de las que se hubiera salido con bien.

Cuando se acercaron lo suficiente a la superficie descubrieron bajo las botas que recubrían sus pies una espuma de pura y delicada agua helada, fantásticamente tallada por fuerzas no más poderosas que la sublimación en un esponjoso universo cristalino de ramificadas estructuras miniaturizadas como copos de nieve..., con la escala y complejidad de los profundos arrecifes de coral, pero tan insustancial como una bocanada de talco.

La gravedad de Amaltea era tan microscópica que caminar quedaba descartado; iban atados los unos a los otros con cuerdas, como montañeros, y avanzaban por la llanura con suaves impulsos de los sistemas de maniobra de sus mochilas.

—¿Cómo es ahí abajo? —les llegó la impaciente voz de Forster en los comunicadores de sus trajes.

—Como un helado italiano —dijo Blake.

—Cuanto más cerca mira uno, más extraordinarias son las formaciones —dijo Hawkins—. Infinita y repetidamente estructuradas, probablemente hasta el límite de la molécula de agua.

—¿Qué demonios ha dicho? —murmuró McNeil audiblemente.

Blake y McNeil estaban en los dos extremos de la cordada, de modo que cualquier precipitación ansiosa por parte de Hawkins —tenía una bien establecida reputación de alguien dado a los entusiasmos disruptivos— resultaba refrenada. Después de que sus compañeros tuvieran que tirar de él de vuelta a la fila por segunda vez, la voz de Forster les llegó de nuevo a través del comenlace.

—¿Cómo se siente, Bill?

—Sé que hay personas que piensan que tiene que ser muy divertido caminar por un planeta sin aire y de baja gravedad en un traje espacial. Pues bien, no lo es.

—¿Está empezando a ganarte la tensión? —gruñó McNeil.

—Todos esos controles y precauciones.

—Simplemente piensa en los puntos principales. ¿Sabes dónde estás?

—¿Qué importa dónde estoy en esta maldita cuerda?

—¿Tienes suficiente aire?

—Oh, por supuesto, Angus, de veras...

—Entonces simplemente no te olvides de respirar.

Durante cinco minutos se movieron en silencio hasta que su objetivo, una de las configuraciones de círculos negros que habían visto desde el espacio, estuvo a un cuarto de kilómetro de distancia, y pudieron divisar de una forma imprecisa y brumosa el conjunto de líneas ante ellos.

—Quizás estemos ante un enlace, un amplificador —dijo McNeil—. Quizás algunas de estas antenas están apuntadas a la estrella natal de aquéllos que las construyeron.

—¿Por qué seis antenas entonces? —preguntó Hawkins—. Incluso una que apunta a Júpiter..., me parece que sobran cuatro.

—Rotación —dijo Blake.

—No le puede haber tomado mucho tiempo a Amaltea ajustarse a las mareas de Júpiter —protestó Hawkins—. Así que debe de haber estado en esta orientación mil millones de años.

—Olvidas su revolución en torno a Júpiter.

—Correcto —dijo McNeil—. Con seis antenas, pueden cubrir todo el cielo en cualquier momento.

—Bien, sean lo que sean, *ahí* están —dijo Hawkins.

La línea de hombres vestidos con trajes espaciales que medio derivaban, medio volaban, se detuvo torpemente, como unos muñecos de muelles cayendo por una escalera. Surgiendo de la blanca bruma frente a ellos se alzaba aquella cosa, negra y arácnida, envuelta en carámbanos que apuntaban extrañamente en todas direcciones.

Era incuestionablemente un objeto artificial —muy posiblemente una antena de radio—, pero era absolutamente extraño en sus detalles. Hubiera podido surgir muy bien de debajo del mar.

Transcurrió una hora. Blake se agotó intentando arrancar un pedazo de la estructura, pero no había ningún lugar donde intentarlo. Nada estaba oxidado, aquella cosa no parecía haber sido hecha de hierro o de ningún material susceptible a la corrosión, sino de algo parecido a un indestructiblemente duro plástico negro. No había uniones lo suficientemente grandes como para deslizar por ellas la hoja de un cuchillo. No podían desatornillar nada o cortar nada o arrancar nada, porque no había tornillos ni pernos ni remaches. En cuanto a la base de la estructura, al parecer estaba enterrada varios metros en el hielo.

La enorme estructura circular era una especie de red poco profunda y en forma de cuenco de más de un kilómetro de diámetro, un paraboloide con un mástil central en su foco. Pero Angus McNeil señaló que su forma parecía equivocada, demasiado

plana en el eje Z, para la radiación electromagnética que se suponía que debía detectar.

—Si es una antena, bueno, pero será malditamente poco efectiva —dijo—. No puedo creer que esos alienígenas fueran lo bastante sofisticados como para establecer un puesto de escucha aquí pero no lo bastante sofisticados como para diseñar un receptor o transmisor eficiente.

—Quizá no sea un transmisor. Quizá no se preocupen por la estrella natal —dijo Blake—. Tal vez Amaltea albergue algún tipo de dispositivo de memoria que registre unos datos que serán recogidos más tarde.

—Pero se supone que toda esta cosa estuvo bajo el hielo durante mil millones de años, ¿no? —dijo Hawkins.

Contemplando la enorme construcción que gravitaba como una telaraña en la bruma, resultaba difícil recordar que la frágil nieve que la rodeaba no siempre había estado allí, que no hacía mucho la superficie de Amaltea había estado más alta que sus cabezas..., lo bastante alta como para cubrir la antena alienígena.

—¿Quieres decir que su geometría compensa la velocidad de la luz en el agua? —El tono de McNeil transmitía lo que no había dicho: o bien no sabes absolutamente nada sobre física, joven doctor Hawkins..., o no eres tan estúpido después de todo.

—¿Yo he dicho eso? —preguntó Hawkins.

—Lo primero, decidió McNeil. Oh, bueno.

—Las ondas de radio no viajan muy lejos en el agua —gruñó.

—No estaba tan lejos debajo del agua —dijo Blake, poniéndose del lado de Hawkins—. Sólo unos pocos metros.

—Bueno, es una hipótesis —dijo McNeil—. Tendré que efectuar algunos cálculos.

—De todos modos... Si son antenas, ¿dónde está la fuente de energía? —añadió Hawkins, jugando aún al abogado del diablo y deleitándose en complicar más las cosas.

—Si esta instalación fuera mía, yo la hubiera hecho autónoma, dotada de baterías y condensadores superconductores —dijo McNeil—. Las mediciones de campo nos lo dirán. Si quieres preocuparte por la energía, piensa en lo que está impulsando a esos géiseres.

—Podría ser que su fuente de energía no estuviera en absoluto en Amaltea —dijo Blake.

—¿Qué quieres decir, Blake? —La voz del profesor Forster sonó en sus cascos.

—Hasta hace un año, se pensaba que Amaltea era un cuerpo rígido. Si la rigidez era artificial, quizá la señal de las medusas desconectó de alguna forma el artilugio..., así que ahora Amaltea está sintiendo las fuerzas de marea de Júpiter. En ese caso, Júpiter sería el motor térmico.

—Como con los volcanes de Europa —dijo Forster.

—Sí, señor —asintió Blake—. Si Amaltea es realmente en su mayor parte agua, la expansión y la contracción a medida que gira en torno de Júpiter sería suficiente para iniciar su ebullición, siempre que nada lo impida.

—Lo cual significa que todavía no sabemos lo que estamos buscando —gruñó Angus McNeil.

Más tarde, cuando llegó la arbitraria noche a bordo del *Ventris*, McNeil desplegó los resultados de sus mediciones y cálculos en la placa de gráficos. De hecho, las estructuras tenían la geometría exacta para funcionar como antenas bajo una moderada capa de hielo.

Se suponía que el equipo debía utilizar las horas nocturnas para dormir, pero los acontecimientos del día habían dejado a pocos de ellos lo suficientemente calmados. Tras cenar en la sala de oficiales, Blake dejó a los otros discutiendo acerca de cómo y con quién comunicaban las antenas y regresó al atestado pero bien equipado laboratorio de la nave.

Tras haber conseguido al fin que una sonda láser y una trampa de iones consiguieran unas cuantas moléculas de muestra de la estructura alienígena, pasó las primeras horas de la madrugada intentando descubrir qué era aquella materia. La espectrometría no le ayudó demasiado: no aparecían elementos exóticos en los picos y valles del espectro: unos cuantos metales comunes, más carbono y oxígeno y nitrógeno y otros elementos ligeros..., y ni siquiera una relación inusual entre ellos. Lo que fuera que le había dado a la estructura su extraordinaria fuerza y durabilidad se hallaba seguramente en su estructura cristalina..., pero había sido reducida a un caos molecular cuando Blake la hizo pedazos con el láser.

Renunció y volvió a los núcleos de hielo que habían recogido. Éstos eran más... sugestivos.

Estaba examinando las lecturas y agitando tristemente la cabeza cuando se dio cuenta de que Forster lo estaba observando desde la compuerta del atestado y acolchado laboratorio.

—Hola —dijo Blake—. ¿Ha venido a observarme aprender química básica universitaria?

—¿Qué está haciendo? —preguntó Forster, con las cejas vibrando.

—Bien, señor, puedo facilitarle una lista de los experimentos fracasados. Estructura y composición del hielo. Edad del hielo..., estoy intentando efectuar determinaciones de edad de esas muestras de núcleos que tomamos hoy, pero no lo consigo.

La superficie de Amaltea, al sublimarse al espacio, dejaba expuestas constantemente nuevas capas de material. El hielo enterrado desde hacía mucho

tiempo había sido afectado por las partículas de los anillos de radiación de Júpiter y por los rayos solares y cósmicos. Midiendo las relaciones isotópicas en el hielo fresco, era teóricamente posible calcular cuánto tiempo había permanecido cada capa sin ser alterada.

—¿Cuál es el problema?

—Las lecturas parecen estar locas. Muestras vecinas dan valores que difieren en cinco o seis órdenes de magnitud.

—¿Ha calibrado los instrumentos?

—Sí, señor. Quizás esté interpretando mal los manuales..., tal vez fueron traducidos del esquimal o el ugrofinés o lo que sea.

—¿Por qué no cree en los instrumentos? Una muestra es vieja, la otra joven.

—No estamos hablando de viejas y jóvenes aquí, señor —dijo Blake—, estamos hablando de jóvenes y *muy* jóvenes. La mayoría de las muestras datan la antigüedad de este hielo en mil millones de años. Compárelo al hielo de Ganimedes o Calisto o Europa, que corresponde a unos respetables cuatro coma cinco miles de millones de años de antigüedad.

Forster sonó ceñudo, pero había una sonrisa en su voz.

—Lo cual significa que Amaltea no se formó como parte del sistema de Júpiter. Quizá fue capturada más tarde.

—Lo cual significa que Amaltea no se formó como parte del sistema *solar* —gruñó Blake—. *Escúcheme*, sueno como Sir Randolph-Bocazas-Mays.

—¿Y la otra muestra?

—En algún momento entre mil y diez mil años de edad.

—*En absoluto* tan vieja como el sistema solar —dijo Forster, ahora sonriendo abiertamente.

—Bien, señor, si fuera usted un creacionista...

—¿De dónde procede esa muestra?

—Inmediatamente de debajo de la antena alienígena —dijo Blake.

—Puede que sea un lugar interesante para empezar a mirar. —Forster sonrió suavemente—. Lástima que Troy no esté con nosotros. De estarlo, ese culto suyo tendría algo que decir acerca de esos asuntos.

—A ella no le gustaría oír que llamaba usted al Espíritu Libre *su* culto, profesor.

—Salamandra entonces, o como quiera que se llamen ustedes. El profesor Nagy intentó iluminarme, pero me temo que nunca fui capaz de captarlo del todo.

—Además, el Conocimiento no está en absoluto completo. No hace ninguna referencia a Amaltea —dijo Blake, eludiendo el tema.

—Resulta más bien extraño entonces que Troy siempre parezca saber más que este llamado Conocimiento. Lástima que nunca permanezca en un mismo lugar el tiempo suficiente como para ser de utilidad.

Blake notó que sus orejas ardían.

—Normalmente se las arregla para llegar cuando es necesitada —dijo a la defensiva. Forster, más que nadie, sabía muy bien aquello.

—Muy bien. ¿Detrás de qué va, ahí en Ganimedes? ¿No dejó caer ningún indicio en sus oídos?

—Lo siento. No sé más que usted al respecto.

—Hum, bien... Me hubiera gustado que se hubiera dejado ver más pronto. Nos habría ahorrado una o dos semanas en aquella deprimente caverna. —Forster dedicó su atención al banco del laboratorio; dio unos golpecitos a la pequeña pantalla plana del espectrómetro láser—. ¿Qué otra cosa tiene para mostrar, muchacho?

—Eche una mirada a los componentes básicos de esta materia. Mire esas relaciones. —Blake mostró a Forster primeros planos de cristales de hielo en la gran pantalla, luego un análisis químico de los minerales extraños atrapados en los cristales.

Mientras contemplaba en la pantalla los gráficos coloreados y los puntiagudos diagramas, el rostro de J. Q. R. Forster se ensanchó en una sonrisa auténticamente feliz.

—Muy bien, señor Brujo.

—¿De qué se trata, señor? —preguntó Blake, porque resultaba obvio que el otro hombre no estaba sorprendido.

—Usted primero, joven..., ¿qué significa todo esto para usted?

—Bueno, la estructura cristalina es bastante común. Hielo I ordinario, así que sabemos que se congela a baja presión.

—Seguramente no es esto lo que usted esperaba.

—Cierto, a menos que Amaltea sea un pedazo arrancado del núcleo de una luna de hielo mucho más grande.

—Ha considerado esa posibilidad, ¿eh? —dijo Forster apreciativamente.

—Pasó por mi mente. Entienda, no creo que esto se congelara en el vacío. ¿Cómo podría explicar usted esos minerales disueltos: sales, carbonatos, fosfatos y demás...?

—Señaló el gráfico en la placa.

—¿Qué es lo que le parece a usted? —aguijoneó Forster.

—¿Qué le parecería a usted agua de mar helada?

El *Michael Ventris* se asentó lentamente desde su órbita bajo el tirón de pluma de la gravedad de Amaltea hasta que las planas patas de su trípode se hundieron profundas en la espumosa superficie helada. En la bodega del equipo, el topo de los hielos colgaba relajado de sus correas de sujeción, iluminado por el metálico resplandor de las luces de trabajo. Blake y Forster se izaron a su cabina y se sujetaron metódicamente a sus asientos. El inquieto profesor se agitaba con impaciencia.

—Vaya artilugio viejo y curioso —murmuró Blake plácidamente, mientras contemplaba el chillón panel iluminado ahora como una calle en carnaval. Trasteó con los instrumentos mientras Forster, que se había mostrado nervioso durante todo el tedioso prelanzamiento, se ponía cada vez más tenso.

—Eso sí es un topo *viejo*, ¿eh? —dijo la ronca y alegre voz de Josepha Walsh por el comunicador.

—Este Viejo Topo aún tiene mucho camino que recorrer —dijo Blake al fin—. Los diagnósticos nos dan una placa despejada. Listos para el despegue.

—*Adelante* con ello —dijo Forster.

—¿Todo preparado, Jo? —dijo Blake en la dirección general del micro.

Por un momento hubo silencio en el comenlace antes de que Walsh respondiera:

—Eso es un roger. Puedes proceder.

Blake bajó la burbuja transparente sobre sus cabezas y la selló.

—Confirmando presión atmosférica completa, ninguna fuga discernible.

—Estarán bien mientras lleven sus unidades-E —les llegó respuesta de Walsh. Contra cualquier pérdida repentina de presión llevaban trajes blandos de emergencia, con las placas faciales de los cascos abiertas. El topo era demasiado antiguo para ir equipado para trajes de Realidad Artificial, con los cuales un piloto podía sentirse como una parte de la máquina.

—Dudo mucho que vayamos a morir de despresurización —dijo Forster vivamente.

Blake le lanzó una rápida mirada. Quizás era la sensación de separación, la necesidad de capas de protección e interpretación entre él y el entorno, lo que volvía al profesor tan irritable. Quizá le recordaba su casi desastrosa expedición a Venus.

—Entonces dejen de retenerles —dijo Walsh. Las compuertas laterales de la bodega de equipo se abrieron...

... sobre un campo de estrellas encima y una bruma blanca ultraterrena debajo, y en el horizonte un resplandor rojizo, Júpiter cabalgando fuera de la visita más allá del borde de la luna.

El zumbido de una grúa eléctrica en miniatura se comunicó a través de las abrazaderas al techo del vehículo cuando el topo fue alzado muy lentamente de la

bodega y depositado fuera de la nave. El zumbido cesó. Hubo un clic cuando la última sujeción magnética se soltó. Luego otro clic cuando unos muelles se desenrollaron y propulsaron suavemente la máquina lejos de la nave. Casi pero no completamente ingrávida, la masiva máquina empezó a hundirse lentamente de morro. Cayó durante largo tiempo en la bruma, como un globo de helio deshinchado, y pareció como si aquello no fuera a terminar nunca.

El borde de la enorme antena alienígena surgió por entre la lechosa blancura del lado de babor. El *Ventris* había depositado a propósito el topo al lado de la antena, porque allí las muestras de hielo señalaban manchas anómalas más jóvenes que la edad por otra parte uniforme de Amaltea de mil millones de años.

Blake y Forster apenas notaron la lenta colisión con el delicado hielo cuando golpearon la superficie..., pero fuera hubo bruscos remolinos de nieve que ascendieron hasta media altura de la ventanilla de la cabina.

Por encima y por detrás suyo, apenas visibles a través de la escarchada ventanilla, dos formas blancas brillaban como corpulentos ángeles descendiendo por el negro cielo: Hawkins y Groves, que comprobaban los gruesos y semienrollados cables eléctricos que suministrarían energía al topo de las unidades auxiliares de energía del *Ventris*. Hicieron lo que tenían que hacer detrás del topo de los hielos, asegurando las conexiones de los cables.

—Muy bien, ahora deberían poder moverse —les llegó la jovial voz de Hawkins por el comenlace. Había superado su torpeza con el traje espacial; de hecho, tras un día de práctica, se había convertido en un atleta del vacío.

—Bien, allá vamos —informó Blake al *Ventris*.

—Todos los enlaces señalan verde en nuestros controles —dijo Walsh desde la cabina de pilotaje.

—Puede empezar cuando quiera —dijo Forster tensamente.

Blake empujó las palancas hacia delante.

Debajo de ellos, dos juegos gemelos de dientes opuestos iniciaron una intrincada danza, lentamente al principio, luego con creciente velocidad. Una nube de cristales de hielo envolvió el topo. Los primeros diez o doce metros eran esponjosa espuma de hielo, luego hubo un golpe sordo, y la máquina descendió bruscamente a través de una bolsa de vacío en medio del hielo. Finalmente, con un chirrido, las hojas de titanio con bordes de diamante encontraron viejo y duro hielo, y el topo empezó a perforar directamente hacia el corazón de Amaltea.

Forster se relajó de pronto y dejó escapar un largo suspiro, como si hubiera estado conteniendo la respiración. El centro de Amaltea tiraba de su corazón, más fuerte cuanto más se acercaban a él... Como la gravedad, la fuerza de su obsesión se incrementaba con el descenso de la distancia de su meta. Pero al menos se movían tan rápido como era posible hacia el objetivo de su deseo.

La gran pantalla en el centro de la consola proporcionaba a Blake y Forster una clara imagen tridimensional de su sector de la estructura de la luna: dónde estaban y hacia dónde se dirigían. Junto con la información de un año de observaciones pasivas de los satélites de la Junta Espacial, los resultados de los recientes estudios sísmicos del *Ventris* habían sido alimentados al banco de datos del topo. Si Amaltea no hubiera sido un lugar tan sorprendente, la imagen que apareció en la pantalla hubiera podido resultar inesperada...

Durante más de un siglo, puesto que había sido fotografiada por primera vez de cerca por la primitiva sonda robot *Voyager 1*, se había creído que Amaltea tenía una cantidad baja de sustancias volátiles, una teoría a todas luces razonable, puesto que la luna carecía de atmósfera, era rígida y parecía inerte. Como contraste, su mucho más grande vecina, Ío, era una luna tan plástica, tan rica en líquidos y gases mutables, que notables volcanes de azufre permanecían en constante erupción en una y otra parte de su superficie desde que había sido descubierta por la misma *Voyager 1*, el primer observador artificial en alcanzar la órbita de Júpiter y el primero, tras enviar las imágenes de Ío a sus controladores, en revelar que la Tierra no era el único cuerpo en el sistema solar geológicamente activo.

Pero Amaltea era de hecho casi tan volátil como puede serlo un cuerpo pequeño, puesto que estaba formada casi enteramente por agua; sin embargo, aunque bañada por los anillos de radiación de Júpiter y rastrillada por las fuerzas de marea del gigante —un planeta tan masivo que no estaba lejos de la autoignición hacia convertirse en una estrella, y así había sido descrito a menudo como un rival fracasado del sol—, Amaltea había permanecido helada y sólida.

Se necesita energía para mantener el agua helada cuando los alrededores son cálidos. Una vez todos los datos pertinentes fueron alimentados a los ordenadores del *Ventris* se supo que la aparente discrepancia en la contabilidad energética de Amaltea era debida no a algo tan mezquino como una fuga de energía eléctrica de sus antenas de radio, sino a la considerablemente grande emisión de lo que, a falta de un nombre mejor, la expedición llamó su «refrigerador».

Un refrigerador es en realidad un calentador que calienta una parte del objeto que hay que enfriar hasta que está más caliente que sus alrededores, y traslada el calor de la fuente a un sumidero o un radiador. El polvo rojo oscuro de la Amaltea clásica constituía un espléndido radiador, una superficie a través de la cual la luna podía desprenderse del calor que extraía de su hielo subyacente. La mayor parte de la pérdida de calor quedaba disimulada en el flujo de los anillos de radiación de Júpiter; durante más de cien años nadie había sospechado que la diminuta Amaltea estuviera añadiendo una cantidad mensurable a la energía total de los anillos.

Pero ¿dónde estaba la fuente?

El programa de gráficos del Viejo Topo tenía sus limitaciones —uno debía

contenerse para no interpretar las cosas con más fidelidad de la que en realidad tenían, cuando el input estaba formado por datos imprecisos—, así que el mapa generado por el ordenador mostraba sólo que había un esferoide de composición y dimensiones inciertas en el núcleo de la luna. Durante mil millones de años, presumiblemente, aquel objeto había producido la energía necesaria para mantener a Amaltea en un helado estado sólido.

Hacía un año, Amaltea había empezado a descongelarse. Pero la luna se estaba fundiendo mucho más rápido de lo que podían justificar los anillos de radiación o las fuerzas de marea. Amaltea estaba fundiéndose porque el objeto del núcleo había incrementado su emisión de calor en varios órdenes de magnitud. El refrigerador se había convertido en una estufa.

Esto era lo que mostraba el mapa de Amaltea generado sismológicamente en la consola: una cubierta de hielo sólido, perforado por respiraderos de gases y líquidos, con su superficie sublimándose al vacío. Un manto de agua líquida, de treinta kilómetros de profundidad. Un núcleo de materia dura y caliente, de composición desconocida, pero lo bastante caliente como para hacer hervir el agua que lo tocaba.

El topo de los hielos no podía llegar hasta cerca de aquel caliente núcleo interno, por supuesto. La función del topo era simplemente perforar la corteza helada de Amaltea.

La pastosidad del lodo de perforación y astillas de hielo arrojada por las hojas se apiñaba y se estremecía sobre la cubierta de poliglás de la cabina, dando la impresión de que algo ahí fuera estaba vivo, pero más allá de las lisas paredes del pozo recién abierto no había nada excepto denso hielo.

—Ya casi estamos —dijo Blake.

—No disminuya la velocidad —murmuró Forster, como si anticipara alguna poca característica precaución por parte de Blake. Forster se tironeó de la nariz y murmuró meditativo algo ininteligible mientras observaba la imagen del topo de los hielos perforando cada vez más cerca del brillante límite de hielo y agua.

Forster estaba seguro de saber qué era aquella cosa en el centro de Amaltea, aunque no había sabido nada sobre ella hasta que finalmente habían empezado a recoger datos precisos hacía unos pocos días. Habían transcurrido años desde que su convicción le había iniciado en el difícil camino hacia aquellos descubrimientos.

La vista a través de la ventanilla era una oscuridad casi total, aliviada sólo por la luz reflejada de los instrumentos de la cabina; la vista de su pantalla reflejaba vívidamente al topo perforando su camino en línea recta hacia abajo a través del hielo. Tras él, el hielo licuado se convertía en vapor y era impulsado pozo arriba. Pero, a los imaginativos ojos de Forster, cuanto más profundamente avanzaban, más parecía brillar el hielo circundante con alguna débil y distante fuente de radiación.

Arriba en la cabina de pilotaje del *Ventris*, la misma gráfica reconstruida del mapa del topo estaba disponible en las grandes pantallas, junto con la proyección del más potente y sofisticado programa sísmico-tomográfico del *Ventris*. Allí no había nada incierto —dentro de los límites de resolución de las ondas de sonido en el agua— acerca del tamaño y la forma de la corteza de Amaltea o del objeto en su núcleo. En esas pantallas estaban incorporadas las dimensiones, temperatura, densidad y poder de reflexión, a cada profundidad, de múltiples cortes imaginarios a través de la luna. Sin embargo, incluso en las pantallas del *Ventris* el núcleo estaba representado como un agujero negro. Porque el objeto del núcleo absorbía de una forma casi perfecta todas las ondas de sonido.

El agua hirviente a su alrededor estaba reflejada con perfecta claridad, en falsos colores que mostraban los intrincados remolinos y chorros que rodeaban el núcleo. Pero no era posible ninguna imagen del interior del núcleo; estuviera hecho de lo que estuviera hecho, o bien no transmitía las vibraciones ordinarias, o frenaba activamente de algún modo las vibraciones de las alteraciones sísmicas que lo abofeteaban desde todos lados.

Tony Groves observó fascinado por encima del hombro de Jo Walsh el descenso del topo.

—Cuidado ahora, cuidado ahora. —Su voz era casi un susurro.

Walsh fingió tomarle al pie de la letra.

—El navegante urge precaución —dijo por el comenlace.

Groves enrojeció.

—Vamos, Jo, no querremos... —Dejó que el resto de su frase se perdiera en el aire.

—¿Qué ocurre, Tony? —preguntó la piloto.

—Es una tontería... Observando la pantalla, por un momento tuve miedo de que..., de que cuando acabaran de atravesar el hielo pudieran caer.

—No hay ningún peligro de eso. —La piloto alzó una mano e hizo girar el gráfico 120 grados—. A veces esto es un recordatorio que ayuda, cuando el arriba y el abajo no tienen demasiado significado.

—Te estás burlando de mí, Jo —dijo Groves, disgustado.

Pero, un momento más tarde, exclamó «¡Oh!» con excitación y esperanza, porque en la pantalla el topo de los hielos había atravesado al fin la piel de Amaltea.

Desgraciadamente faltaban imágenes en directo: los diseñadores originales del topo no habían creído necesario instalar una cámara en una máquina destinada a pasar su vida laboral rodeada por hielo sólido.

—Blake, profesor. ¿Pueden ver algo? Díganos lo que ven —indicó Walsh.

La voz de Blake se retrasó en el comunicador.

—Bueno, es más bien extraño. No tenemos luces exteriores en esta cosa, pero no

parece oscuro...

—Estamos en el agua —dijo Forster—. Las luces de nuestra cabina tienen un efecto definido en el entorno.

—¿De qué demonios está hablando, señor? —llegó la desconcertada voz de Blake por el comenlace...

... al tiempo que Walsh añadía su propia petición.

—Por favor, tenga la bondad de especificar a qué demonios se está refiriendo, profesor.

La voz de Forster llegó de vuelta a aquéllos que aguardaban en el *Ventris*, satisfecha e inconfundiblemente excitada.

—Hormiguea a todo nuestro alrededor. Vida. El agua está llena de ella...

Perezosas espirales de cable descendían tan lentamente como volutas de humo del casco del *Michael Ventris*. Cables de energía y cables de seguridad se deslizaban por el hielo hacia el agujero y desaparecían en la pluma de vapor que seguía el avance del topo. Para Hawkins y McNeil, que flotaban cerca de la superficie, la señal del avance del topo era una pluma de agitado vapor en medio de la bruma.

Oían los informes del topo a través de los comunicadores de sus trajes, y por un momento Hawkins compartió la excitación del imposible descubrimiento. Vida. En aquel momento, al menos, fue capaz de dejar de pensar en Marianne Mitchell y en Randolph Mays.

Randolph Mays sabía malditamente bien que se estaban produciendo descubrimientos espectaculares en Amaltea, y —como dejó dicho bien claro a Marianne— permanecer sentado allí en Ganimedes esperando saber algo de ellos lo estaba volviendo *loco*.

Incluso en medio de su autodescrita locura retenía sin embargo su encanto. Quizá la hubiera leído muy completamente, o quizá tan sólo fuera pura suerte, pero Marianne descubrió que el hombre ejercía una poderosa atracción sobre ella. Era casi lo bastante viejo como para ser su padre —aunque no tan viejo como su auténtico padre, lo cual quizás hacía descender esa barrera psicológica en particular—, y estaba lejos de ser clásicamente apuesto. En absoluto tan apuesto como..., bien, Bill Hawkins, por ejemplo. Pero aquella... *austera* expresión, y su, hum, *languirucho* físico tenían una cualidad definidamente sexy si pensabas en ello, y su *mente*...

Le encantaba trabajar con él. No le hubiera importado algo más que trabajo. Pero él la había tratado con una estricta cortesía profesional. Ella hacía lo posible por estar a la altura de todas sus expectativas en esa categoría, y al principio trotó tras él como un fiel animal de compañía...

Marianne no era la única mujer en Ganimedes que intentaba leer la mente de Randolph Mays. Sparta no había dejado de pensar en él desde la conferencia de Prensa de Forster, la vigilia del despegue del *Ventris*. Nunca lo había visto en persona antes. De hecho, se sentía tan intrigada por la presencia teatral del periodista-historiador que había decidido no estar a bordo del *Ventris* cuando partió hacia Amaltea.

—Ahora necesita actuar abiertamente —le dijo Sparta al comandante—. Descubrir más sobre ese intermediario, Von Frisch. Ver si Luke Lim es lo que afirma ser. Asegúrese de eso..., me liberará de mucha presión.

—Todo el mundo piensa que estás con Forster.

—Me tendrán allí más tarde. Cuando necesite estar allí.

—Crees que te llevaré cada vez que sea necesario hasta donde necesites estar, ¿verdad?

—No siempre. Sólo si puede hacerlo.

Él no dijo nada, se limitó a mirar lánguidamente a la pared. Estaba sentado en un diván de muelles tapizado de plástico, con las piernas estiradas y los brazos cruzados, y ella paseaba arriba y abajo por las rozadas baldosas de la zona de visitantes del cuartel general de la Junta Espacial en Ganimedes, una angosta y deprimente estancia en una lúgubre estructura a presión oculta de la vista casual entre cúpulas de

lanzamiento y tanques de almacenaje de combustible en un remoto rincón del espaciopuerto, una estructura cuyo bajo perfil cupulado y fachada gris gubernamental sin ventanas eran un fiel reflejo de las precarias relaciones entre la Junta Espacial y las comunidades indoasiáticas de las lunas galileanas.

—Éste es un asentamiento pequeño —prosiguió ella—. Todo lo que se necesita es una persona curiosa para difundir la noticia. Tendré que vestirme como una danzarina balinesa o algo así.

Él dejó escapar una cascajosa risita.

—Estarás en todas las videoplacas del Océano sin Orillas si te vistes como una bailarina.

—Como una monja tibetana, entonces —dijo ella—. Sé cómo hacerme invisible, comandante. Con su ayuda.

—No es que la necesites.

—Mays no debe sospechar que lo estoy vigilando.

El comandante se agitó inquieto en los rotos muelles del diván de respaldo de acero.

—¿Por qué te preocupas por Mays? No tiene forma de interferir con Forster ahora, no tiene forma de ir a Amaltea. Lo tenemos exactamente allá donde queríamos, bajo observación.

—Lo considero un hombre tremendamente listo —dijo ella. No había nada frívolo o condescendiente en la forma en que lo dijo.

Ganimedes disponía de un lanzador electromagnético de carga como los dos de la luna de la Tierra; proporcionalmente más grandes, por supuesto, unos cincuenta kilómetros en total, para acomodarse a la mayor gravedad de Ganimedes. Además de los servicios de carga y el transporte de rutina a la órbita de aparcamiento, el lanzador de Ganimedes ofrecía algo que los de la Tierra no podían: tours a las espectaculares lunas galileanas de Júpiter.

Pero los vectores delta requeridos para enviar incluso una cápsula esencialmente en caída libre en torno del sistema joviano y de vuelta de nuevo hacen que el viaje no resulte barato, y vender billetes para ese tour a varios cientos de nuevos dólares cada uno no era fácil. A lo largo de los años, los agentes de publicidad habían desarrollado una campaña gradual:

¡Gratis! —y disponible en cualquiera de las numerosas agencias de viajes con oficinas en la plaza principal—, había un espectáculo informativo de diapositivas, un minichip lleno con imágenes semitridimensionales de las lunas galileanas tal como se veían a través de las portillas de los cruceros del tour automatizado, con una narración que las acompañaba consistente en su mayor parte en datos astronómicos, hábilmente presentados por psicólogos industriales de primera línea para instilar en el

espectador la convicción de que había algo interesante ahí fuera, y que fuera lo que fuese uno no podía hacerse la idea a través de *aquella* simple presentación.

—¿Qué opina, Marianne? —le preguntó Mays una vez lo hubieron visto.

—Si hay algo interesante ahí fuera, uno no lo sabrá por *esa* simple presentación —respondió ella.

Por sólo unos pocos centavos más, uno podía ver el espectáculo en auténticas tres dimensiones en el cine Ultimax, justo al lado de la plaza Shri Yantra. ¡Vuele pasando junto a Calisto, Ganimedes, Europa, Ío! ¡Vea el arañado y torturado terreno! ¡Lea la historia en los cráteres! ¡Contemple el más grande volcán activo en el sistema solar! ¡Fuera del cine, compre bolsitas de aceitoso dim sum y wom ton frito!

—¿Qué piensa de esto, querida?

—Bueno..., parecía más bien plano.

Y sólo por un nuevo dólar más, uno podía apuntarse al Tour Misterio del Capitán Io, que reproducía una pasada muy de cerca a través de la pluma de la mayor erupción de azufre de Ío. Los bamboleantes y vibrantes asientos, la alta velocidad, las imágenes de alta definición, la chillona música y los efectos de sonido creaban una emocionante aventura para los adultos e incluso para los niños pequeños.

—¿Qué le pareció esto, querida?

—Me duele la columna.

Cuando todo lo demás fallaba, había que apuntarse a la realidad.

—¡Empieza la cuenta atrás! ¡Qué suba la última pareja a bordo, por favor! ¡Muévanse un poco aprisa, gracias!

Randolph Mays y Marianne Mitchell fueron conducidos a través de las salas de embarque de la Compañía de la Luna Naciente por brillantemente uniformados jóvenes de ambos sexos que parecían haber sido clonados todos de la misma pareja de tradicionalmente rubios californianos del sur, muñecos fabricados en serie que podían parecer extrañamente fuera de lugar en esta cultura asiática, pero no para la antigua tradición disneylándica, muy admirada en el Misterioso Oriente de la Tierra. Si había algún pensamiento detrás de esas sonrisas de dientes blancos y ojos azules, el cliente nunca llegaría a saberlo; los jóvenes eran pagados para permanecer *alegres*.

—¿No le encaja su traje espacial? ¿Por qué no? Oh, querida, ¿quién le dijo de ponérselo *así*?

—Ahora mantenga ese casco firmemente cerrado hasta después del lanzamiento, señor..., ¡y tenga un buen viaje!

Marianne era demasiado perspicaz para no ver el aburrimiento y la alarma que acechaban alternativamente justo debajo de los sonrientes rostros, y eso la ponía nerviosa. Pero, a menos que estuviera dispuesta a hacer una escena, era demasiado tarde, porque de pronto ella y Mays fueron dejados solos, atados a sus asientos en la

atestada cabina del Crucero Lunar Número Cuatro, enfundados en trajes estándar que olían a miles de usuarios antes que ellos. Miraban a una videoplaca lo bastante grande como para llenar virtualmente todo su campo de visión. La consola debajo era tan simple que parecía falsa. No había instrumentos en esta nave excepto los necesarios para monitorizar volumen y frecuencia, ni controles excepto los necesarios para cambiar de canales y ajustar la calidad de sonido e imagen.

En aquel momento, la amplia pantalla de la videoplaca mostraba la visión desde la cápsula de la zona de lanzamiento. Era una imagen casi tan atractiva como una estación del Metro en el Boston de mediados del siglo xx.

—De alguna forma, no es así como imaginé el periodismo interplanetario de investigación, Randolph —dijo Marianne. Su casi inaudible voz a través del comenlace sonaba débil, al borde del desánimo.

—Nadie puede *llegar* a comprender los antecedentes de los acontecimientos en Amaltea sin primero una *visión* de primera mano del sistema joviano —respondió Mays. Pese a todo el esfuerzo que puso en ello, su voz no sonó convincente.

Debo empezar a conocerle demasiado bien —murmuró Marianne—. Me atrevería a jurar que hay algo que no me está diciendo.

La cápsula se bamboleó violentamente, y él se ahorró la necesidad de una respuesta. En alguna parte una maquinaria había empezado a zumbar, impulsando su cápsula hacia delante sobre los rieles magnéticos. Se estaban moviendo por la zona de maniobras para unirse al tren de otras cápsulas alineadas para el lanzamiento. La mayoría contenían carga a transferir a naves en órbita, mientras que otras subían vacías, porque más carga era enviada a la superficie de Ganimedes de la que salía de la luna. Quizás una vez a la semana, un par de Cruceros Lunares contenían turistas como ellos.

—Un minuto para el despegue —dijo la tranquilizadora voz andrógina por el sistema de altavoces—. Por favor, reclínense en sus asientos y relájense. Que tengan buen viaje.

La imagen en la videoplaca mostraba la cápsula que se acercaba al extremo de un cañón electromagnético que dentro de poco los dispararía al espacio. Excepto para programas de entrenamiento prerregistrados en chip, sólo otra imagen era accesible a los pasajeros, un esquema de la trayectoria prevista.

Los itinerarios del tour variaban constantemente según la posición de las lunas galileanas. A menudo no era posible ningún tour, en especial cuando Ío era inaccesible, porque Ío, con su paisaje en technicolor y sus emanaciones de azufre de un centenar de kilómetros de largo, era la luna que los turistas querían ver realmente.

Cuando los pequeños Cruceros Lunares estaban en funcionamiento, un circuito medio podía durar sesenta horas o así, algunos dos días y medio. Lo que los operadores del tour dejaban en un discreto segundo plano era los pocos minutos de

este tiempo total que se pasaban en las inmediaciones de algún cuerpo celeste. El vídeo de la cápsula estaba provisto con una excitante selección de programas para todos los gustos, y la comida y el armario de las bebidas eran igualmente prodigios. Las instalaciones higiénicas en la parte de atrás de la cápsula ofrecían lo último en robomasaje. O un pasajero podía elegir el modo sueño, y con la ayuda de exactamente dosificadas inyecciones de drogas saltarse las partes aburridas del viaje.

—Treinta segundos para el lanzamiento —dijo la voz—. Por favor, reclínense en sus asientos y relájense. Que tengan buen viaje.

Justo en el momento en que el vídeo les mostraba a punto de entrar en la recámara del lanzador, Mays adelantó una mano y pulsó el selector de la placa.

—Eh —protestó Marianne—. El despegue es la última cosa excitante que va a producirse para nosotros en las próximas dieciocho horas. Tendremos todo el tiempo que queramos para ver el mapa luego.

—Esto no somos *nosotros* en la pantalla, querida —dijo Mays—. Es una imagen *pregrabada*. —Mays tenía razón. Allá donde las cosas podían ir mal, aunque raras veces, los operadores del tour preferían dejar que los pasajeros vieran tan sólo una representación estándar, una reluciente y nueva cápsula efectuando un despegue perfecto.

—Quiero ver el lanzamiento, no contemplar un estúpido mapa —dijo ella acaloradamente—. Aunque sea una representación, al menos es educativo.

—Como *quiera*. —Mays volvió a cambiar el canal. En la pantalla, la idealizada cápsula que podía ser la suya, pero no lo era, estaba casi en la recámara; las bobinas electromagnéticas estaban preparadas para tomar el control y lanzarla hacia delante—. ¿Le *importa* si monitorizo la trayectoria *después* de que abandonemos los raíles? El mapa al menos es generado a tiempo *real*.

—Lo que usted quiera, Randol...

Su conversación fue interrumpida por la voz robot:

—Diez segundos para el lanzamiento. Por favor, reclínense en sus asientos y relájense. Que tengan buen viaje. Nueve segundos, ocho, siete..., simplemente permanezcan reclinados en sus asientos y relájense completamente, su tour está a punto de empezar..., tres, dos, uno.

La aceleración no golpeó como un puño, llegó como una almohada de plumas que se posó sobre sus barrigas..., una almohada de plumas que aumentó mágicamente de peso para convertirse primero en un saco de harina, luego en un saco de cemento, luego en un lingote de hierro de fundición...

—Sólo treinta segundos más hasta que nuestro lanzamiento haya sido completado. Simplemente relájense.

Dentro de la cápsula, los pasajeros yacían aplastados bajo diez gravedades de aceleración. La hilera de diodos en su panel de control brillaban todos verdes, pero

hubieran seguido brillando verdes incluso en la más atroz de las emergencias; las pequeñas lucecitas verdes no eran más que un elemento puesto allí para tranquilizar a unos pasajeros que eran completamente impotentes de influir en sus destinos.

En la videoplaca, el perfecto lanzamiento pregrabado seguía su progresión. La cápsula aceleraba en silencio un centenar de metros más por segundo a cada segundo que pasaba, hasta que se movía mucho más rápida que la bala del más potente de los rifles.

Las bobinas del lanzador eran una mancha borrosa que se sumía en la invisibilidad. Sólo podía verse el raíl longitudinal que sostenía las bobinas, una única cinta imposiblemente recta de brillante metal que se desvanecía en alguna parte por encima del distante horizonte, hacia las estrellas.

Estaban ingrávidos.

—La aceleración se ha completado —les tranquilizó la voz de la cápsula—. Sólo cinco segundos más para que la secuencia del lanzamiento se haya completado. Sigán relajándose.

La cápsula avanzó ingrávida a lo largo de los últimos kilómetros del acelerador eléctrico a tremenda velocidad, sometida a los delicados ajustes magnéticos en rumbo y velocidad: allí cada cápsula individual recibía su trayectoria a la medida para que encajara con su destino en particular, ya fuera una órbita de aparcamiento cerca de Ganimedes o un vuelo a una distante luna.

Mientras tanto la helada superficie de Ganimedes se curvaba debajo de la guía, que a fin de mantener su artificial rectitud euclidiana se alzaba ahora por encima del hielo sobre soportes parecidos a patas de araña.

En un parpadeo todo aquello desapareció; el largo raíl de lanzamiento quedó tras ellos, y las montañas de hielo de Ganimedes se alejaron con rapidez. La pantalla se llenó de estrellas.

—¿Todo bien? —preguntó Mays, sin pedirle realmente su permiso, mientras tecleaba el canal de «Itinerario».

En la amplia pantalla, la escala de la gráfica había sido establecida para que llenara la placa con el helado disco de Ganimedes; una línea verde pálido paralela al ecuador se extendía del extremo de la derecha hacia arriba, y a lo largo de ella una brillante línea azul se arrastraba imperceptiblemente. La línea verde era su ruta planeada; la línea azul era su rumbo real, tal como estaba siendo monitorizado por el radar del suelo y los satélites de navegación. Las dos líneas seguían normalmente una trayectoria idéntica en el tramo recorrido, y a menos que algo fuera terriblemente mal seguirían de este modo a lo largo de todo el viaje.

Mays ajustó la escala. El disco de Ganimedes se empequeñeció hasta convertirse en un diminuto punto en la parte inferior derecha de una pantalla llena de estrellas. El disco más grande de Júpiter, dibujado de forma muy realista con bandas de nubes,

dominaba ahora el centro de la pantalla. Dispuestas en torno suyo en anillos concéntricos estaban las órbitas de Amaltea, Ío, Europa y la propia Ganimedes. Calisto estaba más lejos, fuera de la pantalla. Era la hermana pobre de las lunas galileanas, demasiado parecida a Ganimedes como para que valiera un viaje espacial; sólo cuando las lunas estaban dispuestas de tal modo que las leyes de la mecánica celeste decretaban que era más fácil y rápido para una cápsula volar más allá de Calisto que seguir otra ruta podían los turistas juzgar por sí mismos los encantos de Calisto.

La línea verde pálido trazaba un gracioso bucle que se metía hacia dentro más allá de Ío, se curvaba cerrada en torno de Júpiter, llegaba cerca de Europa en su camino de vuelta, y finalmente volvía a reunirse con la órbita de Ganimedes a un tercio de camino más allá de su circuito. Amaltea no estaba en el itinerario; su órbita se hallaba mucho más adentro del punto de aproximación máxima de la cápsula a Júpiter.

Dada la aceleración energética inicial desde Ganimedes, la mayor parte del viaje se efectuaba gracias al impulso adquirido. Pero, en algunos puntos clave, era necesario un empuje del cohete adjunto a la cápsula para acabar de rematar la curva.

Mays contempló la gráfica en la videoplaca, que a aquella escala progresaba demasiado lentamente para ser percibida. La luz anaranjada del falso Júpiter se reflejaba en la placa facial de su traje espacial e iluminaba con un cálido brillo sus ojos.

Marianne bostezó.

—Creo que dormiré un poco. Despiérteme cuando lleguemos a Ío.

Su respuesta llegó desacostumbradamente demorada.

—Encantado, querida —murmuró Mays al fin.

Algo en el tono de su voz atrajo la mirada de ella.

—¿Qué está maquinando, Randolph? —preguntó indolentemente, pero el hipnótico corría ya por su flujo sanguíneo, y no pudo permanecer despierta para oír su respuesta...

... que en cualquier caso él no le dio.

Las columnas de blanco vapor que brotaban de las grietas en el hielo creaban una ilusión de gran fuerza, pero no había nada en ellas, sólo espaciadas moléculas de agua que se movían a gran velocidad bajo una presión virtualmente nula. Aquellos extremadamente tenues vientos habían empujado las enormes antenas alienígenas al espacio; a medida que el hielo se había ido disolviendo debajo de sus raíces, las enormes estructuras habían derivado libres y se habían alejado tan ligeras como si fueran semillas de amargón en una brisa veraniega. Con ellas se fue el secreto de su comunicación con las estrellas..., y con el núcleo de su propia luna.

Blake y Forster permanecían tendidos el uno al lado del otro en el submarino europeo, Blake en el puesto de pilotaje, avanzando por la filigrana como de encaje del hielo. Hawkins y McNeil guiaban el submarino por las puntas de sus alas. La perlina bruma era tan densa que la luz de las lámparas de sus cascos rebotaba en sus rostros desde menos de un par de metros de distancia.

Sin ninguna guía que los orientara, hubieran podido vagar durante horas; tuvieron que tantear su camino hasta el pozo de entrada siguiendo los cables de comunicaciones que colgaban como guirnaldas en la bruma. Encontraron la abertura del pozo, un amplio agujero artificial en la bruma y el hielo carentes de rasgos, y el Viejo Topo estaba atado cerca, aparcado allí en caso de que el pozo necesitara ser reabierto contra la tendencia del agua hirviendo de abajo de congelarse de nuevo.

—Estamos listos para entrar —dijo Blake por el comenlace.

—De acuerdo —les llegó la voz de Walsh.

La inmersión fue pura simplicidad. Blake enrolló las flexibles alas del submarino en torno de su cuerpo hasta que el aparato fue más pequeño que el diámetro del pozo en el hielo. Hawkins y McNeil se situaron encima de la abertura y lo empujaron suavemente al interior del agujero con la fuerza de los sistemas de maniobra de sus trajes.

El submarino se hundió, ciego, en la impenetrable bruma. Un centenar de metros más abajo, la superficie del agua ascendió bruscamente hacia ellos, una masa hirviente sobre la que una humeante piel de hielo se congelaba y se hacía pedazos constantemente antes de volver a formarse.

Ajustado por radar a ponerse en marcha al impacto, los cohetes del submarino lanzaron un breve impulso para sumergir el flotante aparato por debajo de la superficie que de otro modo lo hubiera rechazado. Los cohetes siguieron en funcionamiento, lanzando un chorro de supercalientes burbujas, hasta que las alas del aparato pudieron desenrollarse y ejercer presión sobre el agua. Con fuertes golpes, el submarino nadó rápidamente hacia las profundidades. Luego se volvió de espaldas y buscó la superficie inferior del hielo. El agua era lodosa de vida..., una vida

hormigueante, concentrada.

—Pequeños demonios hambrientos —rio Forster, el sonido más alegre que había emitido en meses—. Son exactamente como el krill. Enjambres y enjambres de ellos. —Sus brillantes ojos se habían posado en una de la miríada de hormigueantes criaturas que se debatían contra el poliglás, y la siguió atentamente mientras se retorció impotente por unos instantes antes de orientarse y alejarse como una flecha.

—¿Se están alimentando? —les llegó la voz de Walsh por el sonarenlace.

—Sí, la mayoría —respondió Blake—. Se alimentan de la cara inferior del hielo, de masas de una materia púrpura. Una bióloga de la Tierra la llamaría algas..., quizá nosotros debiéramos llamarla exoalgas. Medusas en miniatura, nubes de ellas, se están alimentando de esa *masa*.

—Tendremos que dejar que los exobiólogos se ocupen de eso —dijo Forster—. Recogeré unas muestras, Blake. Pero no me deje entretener demasiado en ello.

—Si no supiéramos que estamos dentro de una de las lunas de Júpiter —dijo Blake por el comunicador—, pensaría que estamos en el océano Ártico. Y que es primavera.

Forster y Blake estaban tendidos boca abajo en el submarino europeo, nominalmente un aparato para dos tripulantes con apenas el espacio suficiente para que un tercer ocupante se apretara en el lugar para el pasaje detrás de ellos. El Manta, lo habían bautizado, sobre el principio de que si un viejo topo de los hielos merecía un hombre, lo mismo cabía decir de un viejo submarino, puesto que su misión era hacer el trabajo que el Viejo Topo no podía hacer, porque el minero de los hielos había cumplido con su finalidad principal tan pronto como se hubo abierto camino hasta el interior de Amaltea.

El Manta nadaba boca arriba con respecto al centro de Amaltea, con su superficie ventral a sólo un metro escaso de la corteza de hielo. La hormigueante biota de los mares «árticos» de Amaltea —o al menos un buen y muy vivo ejemplo de ella— se dispersaba ante ellos, brillantemente iluminada por los focos del submarino, separada de sus ocupantes sólo por el delgado poliglás transparente de la burbuja del submarino. La luz blanca se difuminaba con rapidez en un agua tan densa de partículas vivas —todas ellas devorando o siendo devoradas— que parecía un potaje. Los veloces bancos de transparente krill, que cambiaban súbita y constantemente de dirección, eran un derivante velo arco iris ante los haces de los focos.

Los hombres en el submarino utilizaban lentes de ampliación para examinar a las criaturas a un grado más cercano a su propia escala. Las medusas eran como muchas de las miríadas de especies de medusas que poblaban los mares de la Tierra, pulsando con franjas de luz coloreada. Las criaturas a las que Forster denominaba «krill» parecían camarones, diminutos seres de muchas patas con colas planas y duros cascarones transparentes que dejaban visibles sus pulsantes sistemas circulatorios.

Cada vez que las luces del submarino eran dirigidas hacia ellos se alejaban nadando frenéticamente..., un comportamiento fácil de comprender, dado que un «sol» hirviente era visible como un punto de luz ardiente a muchos kilómetros de profundidad en las lodosas profundidades, y que el alimento del krill se hallaba en la dirección opuesta.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Blake de pronto.

—*Ventris*, tenemos nuevos visitantes —indicó Forster por el sonarenlace—. Algo más grandes que todo lo que hemos visto hasta ahora.

—Parecía un calamar —dijo Blake—. Aquí hay otro..., un puñado de ellos. Estoy dando la vuelta al Manta.

El submarino agitó las alas y dio una perezosa media vuelta sobre sí mismo en el agua densa como sopa. Las oscuras aguas cobraron vida con resplandecientes y parpadeantes seres. Incontables criaturas multitentaculares con forma de torpedo danzaron en sincronía debajo de ellos, ninguna más grande que una mano humana, pero apelotonadas en un inmenso bando que iba de un lado para otro y giraba como un solo organismo. Cada translúcido animal plateado brillaba con cuentas turquesa de bioluminiscencia; juntos formaban una bandera azul en la oscuridad.

—Se están hundiendo de nuevo —dijo Blake.

—Les seguimos, *Ventris* —dijo Forster al sonarenlace—. Me ocuparé de los especímenes más tarde.

Blake empujó los controles de inmersión del Manta hacia delante y el submarino picó su transparente morro. Las flexibles alas ondularon, empujando el aparato más profundamente a la oscuridad.

El Manta era un submarino muy usado, no tan viejo como el Viejo Topo pero basado en tecnología antigua. Sus pasajeros permanecían a una presión y a un régimen de mezcla de oxígeno y nitrógeno terrestre normal. El submarino llevaba nitrógeno líquido en tanques presurizados y obtenía su oxígeno del agua, pero puesto que sus mecanismos de intercambio de oxígeno —sus «branquias»— eran eficientes sólo a profundidades constantes, el aparato necesitaba tiempo para ajustar las presiones internas de trabajo a las constantemente cambiantes presiones externas.

Y las presiones en la pequeña Amaltea, aunque no cambiaban tan rápidamente como lo hacían en la grande Europa (o en la más grande Tierra), ascendían sin embargo con rapidez hacia números impresionantes. En la superficie, una persona con un traje espacial pesaba uno o dos gramos, y la presión era cero, un vacío casi perfecto. En el núcleo de la luna la misma persona no pesaría absolutamente nada..., pero la presión de la columna de agua sobre su cabeza se habría incrementado a varios cientos de miles de kilogramos por centímetro cuadrado.

Blake, frustrado, no podía igualar el rápido descenso del banco de exocalamares. El zumbido de la alarma del Manta sonó antes de que hubieran descendido cuatro

kilómetros: *No intente exceder la profundidad actual hasta que el sistema de colectores se haya recargado*, advirtió la agradable pero firme voz robot.

Blake dejó que el Manta se nivelara por sí mismo. No podían hacer nada excepto aguardar hasta que la mezcla de enzimas artificiales de las «branquias» se hubiera enriquecido de nuevo. Fuera del aparato nadaba todo un zoo de extrañas criaturas, numerosas nuevas especies de medusas y cristalinos ctenóforos. Un pez con una boca más grande que su estómago derivó ante ellos y les miró hambriento con unos ojos tan enormes como pelotas de golf.

—Están volviendo —dijo Forster.

—¿Señor? —Blake tenía su atención centrada en los instrumentos, no en la vista al otro lado de la burbuja.

—Desgraciadamente tenemos una imagen deficiente aquí arriba —dijo Walsh por el sonarenlace—. ¿Pueden decirnos lo que están observando?

—Los calamares. Es casi como si nos estuvieran aguardando —respondió Forster—. Por la forma en que bailan, uno pensaría que se están riendo de nosotros.

—Es *su* humor el que habla, señor —dijo Blake con una sonrisa.

—Quizás estemos pensando al unísono.

Blake dirigió al profesor una extraña mirada.

—¿Usted y ellos?

Forster no se explicó.

Blake observó la ondulante lámina de luz azul a medio kilómetro a sus pies, ondulando como bajo la acción de una suave corriente, una lámina hecha de un millar de pequeñas puntas de flecha, un millar de tentaculados proyectiles.

Pueden seguir descendiendo, dijo la voz del submarino, y sonó una tonalidad que indicaba que era seguro bajar un poco más. Blake empujó los controles hacia delante. Al instante el banco de ansiosos animales se alejó, sumergiéndose hacia la brillante nebulosidad que ocupaba el centro de Amaltea.

El agua estaba menos enturbiada por nutrientes allí, pero sí brumosa por las burbujas que ascendían. El Manta se estaba sumergiendo contra un perezoso flujo de burbujas ascendentes.

—La temperatura exterior está subiendo rápido —dijo Blake.

El objeto en el núcleo, aunque todavía se hallaba a una gran distancia, era ya más que una mancha de luz; era una pulsante esfera blanca, demasiado brillante para mirarla directamente, un sol en miniatura en un acuoso espacio negro.

El aviso zumbó de nuevo. La presión se acercaba a una tonelada por centímetro cuadrado. *No intente exceder la profundidad actual hasta...*

—Sí, sí —gruñó Blake, y retiró las manos de los controles. Aguardaron más tiempo esta vez, mientras el oxígeno de las branquias del submarino se disolvía en el volumen general del fluido de su sistema circulatorio.

—Lo están haciendo de nuevo —exclamó Forster. El banco de calamares parecía estar aguardándoles otra vez, yendo de un lado para otro con bruscos cambios de dirección al unísono a una velocidad constante casi un kilómetro más abajo. La voz de Forster era tan excitada como la de un muchacho—. ¿Cree que están intentando comunicarse?

—No hay muchos signos de eso —dijo Blake, adoptando el papel de escéptico.

Pueden seguir descendiendo, dijo el submarino. Sonó la tonalidad, y bajaron de nuevo.

El agua a su alrededor estaba llena de burbujas ahora, microscópicas esferas que ascendían por millones a su alrededor, y enormes esferoides bamboleantes que parecían vivos. El banco de calamares siguió su camino, deslizándose hacia la derecha mientras descendía.

—Esas burbujas están *calientes* —dijo Blake.

—Están llenas de vapor —respondió el profesor—. Ascienden en columnas. Los calamares evitan ésta..., será mejor que hagamos lo mismo antes de que nuestras branquias se cuezan.

El Manta agitó sus amplias alas y se deslizó hacia la derecha, siguiendo la invisible estela de los brillantes calamares. De pronto se hallaron en medio de agua fría e inmóvil.

Debajo de ellos, el ardiente núcleo había crecido hasta el tamaño aparente del Sol visto desde la Tierra: demasiado brillante para mirarlo directamente, sin la cúpula transparente ajustada para filtrar la luz. Hileras de brillantes burbujas fluían lentamente del núcleo blanco de Amaltea en columnas serpentinas, radiando simétricamente de la región de máxima presión, ascendiendo firmemente en todas direcciones hacia la superficie de la luna.

—Apostaría a que hay un géiser al final de cada una de ellas —dijo Blake.

—No se acepta la apuesta —dijo el profesor, que había observado la regular geometría de las hileras de burbujas—. Diría que tiene usted razón.

Luces ambarinas brillaban en el panel debajo de la cúpula semiesférica de la cabina. Con voz razonable, el submarino dijo: *Por favor, vayan con cautela. Se están aproximando al límite absoluto de presión.*

El casco interno de poliglás del Manta, que los mantenía bajo confortables condiciones terrestres normales, estaba acercándose al punto en el que podía implosionar a causa de la aplastante presión del agua.

—Esto es lo más cerca que podemos llegar —dijo Blake.

—Volvamos —ordenó Forster—. Nos llevaremos arriba todas las imágenes que podamos. Por el camino, párese el tiempo suficiente para permitirme tomar muestras del agua cada quinientos metros.

—De acuerdo —dijo Blake. Sus manos se flexionaron sobre los controles...

... pero el profesor tendió una de las suyas para sujetar las de él, y sus secos dedos se apoyaron suavemente sobre los de Blake, indicándole que se inmovilizara.

—Un minuto más. Sólo un minuto.

Blake aguardó pacientemente, intentando imaginar lo que pasaba por la mente de Forster. El profesor había conseguido llegar hasta exasperantemente cerca del objeto de sus décadas de búsqueda, pero éste aún seguía manteniendo su distancia, aunque sólo fuera por un poco más de tiempo.

Forster escuchó los sonidos procedentes del otro lado del casco, transmitidos por el sonar del submarino: el sisear de miles de millones de burbujas como cabezas de alfiler hirviendo del ardiente núcleo, el líquido deslizarse y chapotear de las burbujas más grandes colisionando unas con otras y uniéndose. Casi abrumando esos sonidos inanimados estaba el zumbido y el susurrar de masas de vida animal en aquel acuario espacial, aquel enorme y oscuro globo de agua rico en los nutrientes de los océanos planetarios terrestres.

Había un esquema en los gritos de la vida, un esquema sin mente de ajetreado ruido que señalaba la alimentación y la migración y la reproducción..., ¿y un esquema más atrevido también?

El banco de calamares aguardaba aún allá abajo, girando y hundiéndose y flotando y cambiando bruscamente de dirección; el millar de agitados animales cantaba mientras nadaba, en el rítmico coro como de pájaro. Detrás del coro de soprano retumbaba un profundo bajo con una estudiada deliberación, como el lento resonar de la campana de un templo en la noche tropical.

Mientras escuchaba, Forster imaginó saber qué era el resonar..., el propio núcleo le estaba llamando.

Allí estaba: un hemisferio abultado con montañas de anaranjado azufre, inundado con roja lava de azufre, barrido por los vientos de amarillo polvo de azufre, picado por cenizas de negro azufre quemado, barrido por blanca escarcha de azufre...

Los primeros humanos en ver Ío, en los reconstruidos datos de vídeo enviados de vuelta por el *Voyager I*, lo habían llamado una «pizza». ¿Cómo lo hubieran llamado si aquellos primeros observadores no hubieran vivido en los arrabales de Los Ángeles sino en Moscú o Sao Paulo o Delhi?

¿O lo hubieran visto como Randolph Mays y Marianne Mitchell lo estaban viendo ahora...? La videoplaca de su cápsula de hojalata mostraba la luna que se acercaba rápidamente a tiempo real, en el mismo ángulo que si la estuvieran mirando a través de una escotilla con sus propios ojos. Ío no se parecía demasiado a una pizza para Marianne. Parecía más bien un infierno congelado; sin contar el interior de algunas naves espaciales, era la cosa más fea que había visto hasta ahora en sus viajes. Pero la fealdad de Ío era tan atrevida y salvaje, sus fuerzas elementales estaban exhibidas tan inmodestamente, que resultaba casi excitante.

Se alegraba de haber dejado que Randolph la convenciera de emprender aquella —¡literalmente enlatada!— aventura turística. Sonrió y dejó que sus ojos se apartaran de la rojiza luna. Su mirada se demoró en la escarpada expresión del hombre.

Mays parecía sumido en sus pensamientos, con los ojos no enfocados en el paisaje de Ío sino en alguna otra parte infinitamente más allá.

Una voz que había aprendido a considerar como ruido de fondo interrumpió sus pensamientos.

—Cuatro volcanes activos son visibles desde la posición actual de su Crucero Lunar, con plumas que se alinean desde los treinta hasta más de doscientos kilómetros de altura...

Mays consiguió mantener su concentración pese al desgranar por parte de la voz robot de la cápsula de una de sus periódicas conferencias. Era como un monje zen, calmadamente sentado, sin pensar en nada, sin saber nada excepto la inspiración y la espiración de su aliento.

—... el más fácilmente visible en el cuadrante inferior derecho de su pantalla, cerca del terminador. Observen la pluma de material en forma de sombrilla eyectada por el respiradero a una velocidad que se aproxima a un kilómetro por segundo, más de un tercio de la velocidad de escape de Ío. Si desean ver el globo más grande de gases cristalizados que rodean la pluma interior sólida del volcán, giren su videoplaca al espectro ultravioleta...

Ahora la cápsula se acercaba a Ío tan rápido que su movimiento hacia él era perceptible. Lo que había sido un detallado y fascinante pero aún lejano paisaje

adquiriría una nueva dimensión; Marianne recordó su visita al Gran Cañón en la Tierra, de pie en uno de los puntos de observación, admirando distantes vistas de otros y mesas, cuando de pronto la grava bajo sus pies patinó y la arrastró unos pocos centímetros hacia el borde.

Se sintió aferrada por el terror.

—¡Randolph, estamos cayendo!

—Hum, ¿qué ocurre, querida?

—¡Algo va mal! ¡Estamos cayendo directamente hacia... hacia ese volcán!

Mays reprimió una sonrisa.

—Si puede por un momento *arrancar* sus ojos de nuestro inminente destino, déjeme cambiar el esquema del rumbo. Idealizados gráficos remplazaron a la más inmediata realidad en la pantalla. Mays tecleó en los controles, ajustando la escala para incluir la superficie de Ío.

La línea verde de su trayectoria prevista los llevaba a trescientos kilómetros de la superficie de la luna. A aquella escala, la línea azul de su trayectoria real podía haberse desviado de la línea verde no más del ancho de un pixel o dos, porque seguían siendo idénticas.

Su velocidad era impresionante, sin embargo..., la línea azul se arrastraba a lo largo de la verde a varios milímetros por segundo. Pero el corazón de Marianne aún seguía golpeando fuertemente; no podía controlar su respiración.

—*Podríamos* decir que estamos cayendo —admitió Mays—. Pero caemos más allá del volcán, no a él. Caemos más allá de la superficie de Ío. Y luego, por supuesto, caeremos hacia Júpiter. —Amplió rápidamente la escala del gráfico: el familiar elipsoide verde estaba aún allí donde había estado, trazando su curva y regresando finalmente hacia Ganimedes—. Con un poco de suerte, lo *fallaremos* también. —Le sonrió, y era una sonrisa con la suficiente calidez como para ser lo que ella necesitaba, absolutamente reconfortante.

Marianne estudió la gráfica como si su vida dependiera de ella. Su pulso se hizo más lento; pudo sentir la tensión relajarse.

—Lo siento, Randolph —dijo con voz débil.

—No necesita disculparse. Reconozco que una perspectiva que *cambia* tan rápidamente es atemorizadora.

—Es sólo que..., resulta claro cuando me lo explican, pero tengo la sensación... Creo que hubiera debido hacer mis deberes.

—Ciertamente, la física *intuitiva* suele ser errónea —emitió su risita gutural de profesor de historia—, como Aristóteles demostró repetidamente.

Ella no pensó que aquello fuera divertido, pero se obligó a sonreír.

—Podemos volver a cambiar la imagen. Intentaré superar mi... intuición.

Cambió de nuevo a tiempo real. La imagen era sorprendentemente distinta.

Atrapados por la gravedad de Ío, caían ahora a 60.000 kilómetros por hora, una sorprendente velocidad tan cerca de una superficie. Sus músculos faciales se tensaron, pero mantuvo su sonrisa y se obligó a mirar.

Las copiosas emisiones del volcán eran tan oscuras y fluidas como sangre, un translúcido montón de suave rojo que se esparcía hacia fuera del oscuro respiradero en su centro con una simetría que era casi voluptuosa. Su cápsula era un proyectil que se encaminaba al centro de la pluma, que crecía como para engullirles. A todo su alrededor se alzaban suaves montañas color carne.

Luego todo se curvó hacia abajo, cayó y se alejó hacia atrás.

La voz de la cápsula dijo:

—El campo de visión de la videoplaca de su Crucero Lunar ya no está seleccionando la superficie de Ío. Si desean seguir viendo ustedes Ío, pueden ajustar fácilmente su punto de visión seleccionando «autoajuste» en su videoconsola.

—No, gracias —dijo Marianne con voz suave.

—Está siendo grabado todo en la memoria —dijo Mays—. Podemos volver a pasarlo más tarde si quiere. Cuando estemos bien lejos.

—Randolph —dijo ella en voz baja, casi furiosa—, ¿no podemos quitarnos estos estúpidos trajes? Quiero que me abrace. —No aguardó a su respuesta antes de hacer saltar los cierres de su arnés para liberarse del sillón de aceleración.

Él no dijo nada, pero siguió su ejemplo. Cuando había soltado su arnés ella ya se había desembarazado de su traje; le ayudó a él a salir del suyo, arrodillada sobre él en su litera, tan ingrávida como él.

Le ayudó a desembarazarse del traje de vacío, luego siguió con el resto de sus ropas. Al poco tiempo estaban ambos desnudos a la débil luz de la pantalla, la morena y elástica joven y el musculoso, anguloso y definitivamente más viejo hombre.

En su urgencia ella no prestó atención al débil sonido del sistema de maniobra de la cápsula. Puesto que no había hecho sus deberes, y normalmente no prestaba el menor interés en los esquemas, no tenía ninguna forma de saber que el programa de la trayectoria no tenía previsto ningún ajuste de rumbo en aquel momento.

—Está ocurriendo —dijo Sparta. Desde que Mays y Marianne habían partido hacia Ío, Sparta había acudido a la parpadeante oscuridad del TAJ, el centro de control del Tráfico Automatizado Joviano de la Junta Espacial, cuyas verdes pantallas y temblorosos sensores seguían el rastro de todos los vehículos en el espacio en torno de Júpiter.

—¿Qué está ocurriendo, inspectora? —preguntó un joven controlador alemán, con su pelo rubio pajizo cortado a cepillo tan cuadrado y brillante como las hombreras de su uniforme azul. Con audible desdén, añadió—: No es visible ninguna alteración en la trayectoria de la lata *turista*.

No para ti, pensó Sparta, pero se limitó a decir:

—Mientras usted observa y espera, yo pondré en alerta nuestro cúter.

Cinco minutos más tarde el controlador apreció finalmente una diminuta discrepancia en el rumbo del Crucero Lunar, aunque todavía estaba dentro de los límites de incertidumbre del sistema de rastreo; pese a todo, Sparta hizo una llamada a través de su enlace personal.

—Llamas en un momento inoportuno, Ellen —le gruñó el comandante.

—Lo siento, señor —respondió ella alegremente—. ¿Le he pillado en el lavabo?

—Me has pillado cuando estaba grabando una operación de contrabando que estaba teniendo lugar en el local de Von Frisch. Ahora voy a tener que dejarlo a los locales.

—Mejor para las relaciones públicas de la Junta Espacial. Necesito su autorización para que el cúter me lleve a Amaltea lo antes posible. Ya he alertado a la tripulación, y tengo una lanzadera esperando para llevarme ahí arriba.

—De acuerdo. Confirmaré tus disposiciones. ¿Te importaría decirme qué está ocurriendo, de todos modos? ¿En caso de que alguien desee saberlo?

—Parece que Mays ha hecho un movimiento.

—¿Qué? No importa. Estaré contigo en media hora.

—Mejor que usted se quede en Ganimedes, señor. Cubra nuestras espaldas.

Él se echó a reír.

—Para eso es para lo único que soy bueno a mi edad. —Sonó inusualmente cansado.

—Alégrese jefe. La guerra no ha terminado todavía.

En el Crucero Lunar, el tiempo pasaba sin sentir.

—No estás *durmiendo* —susurró intensamente Marianne.

Mays abrió los ojos.

—Al *contrario*, querida —dijo, con una voz sólo un poco menos enérgica de lo habitual—. Tú me vigorizas.

—Y por supuesto no pienses que he *terminado* contigo todavía.

—Oh, por supuesto..., espero que no. —Dudó unos instantes—. Pero soy egoísta. Me gusta *mezclar* mis placeres.

—Suena interesante. —Sus palabras estaban a medio camino entre un ronroneo y un gruñido.

—Sí. Quiero decir, no querremos perdernos nuestra *vista* de Europa..., nos acercaremos a ella dentro de una hora —cuando vio la fría expresión en el rostro de ella se apresuró a añadir—: Y quiero *saborearte* a placer.

La expresión de Marianne se ablandó de nuevo. Él no estaba rechazándola, pero se dio cuenta de que tendría que hacer alguna concesión a su... madurez.

—Pero ¿tenemos que volver a ponernos la ropa? ¿Hay alguna razón por la que debamos llevar esas cosas malolientes en este pequeño y perfectamente agradable contenedor de acero?

Él la miró a la cálida luz de Júpiter procedente de la pantalla visora, se recreó en su perfecta piel y sus suaves curvas y su brillante pelo negro flotando ingrávido, y luego miró su propio cuerpo, nudoso e irregularmente texturado.

—No hay ninguna razón para que tú lo hagas, pero desgraciadamente mi apariencia...

—Me gusta mirarte.

—A *mí* no me gusta mirarme. Siento náuseas. Soy demasiado *miembroslargos* para evitar ver al menos alguna parte de mí mismo cada vez que me muevo. —Atrapó sus flotantes pantalones del aire y empezó a ponérselos.

Marianne observó un momento, luego suspiró expresivamente y tendió la mano hacia su mono.

—Supongo que tendré que vestirme también. Me niego a someterme a una desventaja. Aunque sea simbólica.

—Espera hasta después de Europa, querida.

El ardor de Marianne se había enfriado, y no dijo nada más hasta que estuvo completamente vestida. Por su parte, Mays parecía una vez más sumido en sus pensamientos. Marianne flotó hacia su litera de aceleración, sin el menor deseo de atarse de nuevo a ella, y contempló la enorme curva de Júpiter contra el campo de estrellas en la videoplaca.

La estudió más atentamente, y una diminuta arruga se formó en su ceño.

—Randolph, dijiste Europa en una hora. ¿No debería ser visible en la pantalla?

—Sí, por supuesto... —Se sobresaltó mientras estudiaba la pantalla. Júpiter estaba allí, pero ninguna de sus lunas era evidente. Sin una palabra, cambió la imagen al esquema del vuelo—. Dios mío, esto *no puede* ser cierto.

Desde poco después de que abandonaran Ío, la línea azul de su trayectoria a través del espacio había estado desviándose firmemente de la línea verde planeada por ellos. El ángulo era pequeño, pero su velocidad era grande..., y se estaba haciendo más grande. Ya no se alejaban de Júpiter camino de Europa, sino que en vez de ello estaban trazando una lenta espiral hacia el enorme planeta.

—¡No hubo ninguna *advertencia*! ¿Cómo puede no haber habido ninguna *advertencia*? —La voz de Mays estaba llena de ultraje.

La voz robot de la cápsula eligió aquel momento para hablar:

—Por favor relájense y prepárense para el próximo emocionante episodio de su excursión joviana. Su Crucero Lunar está a punto de pasar junto al mundo de los océanos enterrados..., ¡Europa!

Marianne contemplaba fijamente el esquema.

—Randolph, estamos cayendo directamente hacia Júpiter.

—Tenemos mucho tiempo antes de que eso ocurra —dijo Mays—. Y lo necesitaremos, si puedo acceder a los circuitos de control de esta máquina. Todo esto es probablemente algo muy *simple*. Pero... —Su voz se desvaneció bruscamente, como si hubiera estado a punto de decir más de lo debido.

—Cuéntame lo que ibas a decir —insistió ella. Le miró firmemente, llena de coraje.

—Bueno, estamos ya en el cinturón de radiación. Aunque pueda *corregir* nuestro rumbo, vamos a... absorber una gran dosis.

—Podemos morir —dijo ella.

Él no respondió. Estaba pensando en otras cosas.

—No te detengas por mí, Randolph —ordenó Marianne—. No tengo intención de morir hasta que deba hacerlo. Y tú tampoco..., no te dejaré.

—Manta, adelante, por favor.

El Manta había desaparecido de las brillantes pantallas de la cabina de pilotaje del *Michael Ventris*. Los canales del sonar no transmitían nada excepto el profundo pulsar del núcleo, subrayando los sonidos acuosos a los que la tripulación se había acostumbrado.

—Profesor Forster. Blake. Por favor, respondan. —Cuando no hubo respuesta, Josepha Walsh se volvió a los otros y dijo, casi indiferentemente—: Los hemos perdido en la turbulencia térmica. No era inesperado. —La tensión en su voz era apenas un grado por encima de su profesionalidad habitual.

Tony Groves estaba sentado en la consola de ingeniería de McNeil; McNeil y Hawkins habían acudido a la cabina de pilotaje aún con sus trajes espaciales, con los cascos sueltos, para seguir los progresos del Manta en las pantallas de alta resolución. Su actitud era idéntica a la de la capitana: alerta, seria, pero no alarmada. Habían oído las descripciones de Blake y el profesor mientras se sumergían, habían visto las imágenes irregularmente transmitidas por el viejo submarino, habían leído los datos del sonar. Sabían que el núcleo estaba escudado contra la sonda de su sonar, y que en cualquier caso la comunicación con el Manta podía ser difícil en las inmediaciones de su hirviente superficie. No parecía haber ninguna buena razón para temer una desgracia.

—En cualquier caso, el último mensaje era que subían. Angus, tú y Bill podríais encaminaros a la escotilla; no puede pasar mucho tiempo antes de que...

Una repentina y fuerte señal del radioenlace la interrumpió.

Estamos recibiendo una señal de emergencia. Un vehículo espacial se halla en dificultades, anunció la urgente y desapasionada voz del ordenador de la nave. *Repito. Estamos recibiendo una señal de emergencia. Un vehículo espacial se halla en dificultades*.

—Recibido —dijo Jo Walsh al ordenador—. Coordenadas vectoriales en gráfico, por favor.

La gran pantalla de vídeo cambió a un mapa del espacio cercano. La nave en dificultades podía verse entrando por la izquierda de la pantalla, en un rumbo proyectado que la conducía hacia Amaltea..., un rumbo aparente de colisión con la luna.

—Le doy tres horas antes de que llegue aquí —dijo Groves.

—¿Y quién demonios puede ser? —preguntó McNeil—. Nadie puede haberse acercado tanto sin identificación del sector.

—Ordenador, ¿puedes identificar el vehículo en dificultades? —preguntó Walsh con voz calmada.

El vehículo es una cápsula de tours automatizada, registro AMT 476, Compañía de la Luna Naciente, Base de Ganímedes, en la actualidad fuera de su curso prefijado...

—No lo digas —gruñó Groves.

El vehículo no responde a los intentos de contacto por radio, dijo el ordenador.

—Puede que sea una pregunta estúpida, pero ¿estamos seguros de que está ocupada? —preguntó Hawkins.

—Ordenador, ¿puedes confirmar que la cápsula está ocupada?

Según el manifiesto de embarque, el vehículo está ocupado por dos pasajeros: Mitchell, Marianne; Mays, Randolph.

McNeil miró a Groves y, antes de poderlo evitar, se echó a reír con una risa medio azarada. Groves asintió intencionadamente.

Bill Hawkins le miró con impresionada desaprobación.

—¡Llevan horas en el cinturón de radiación! Y en una... lata mínimamente protegida. ¡Tendremos suerte si los alcanzamos vivos!

—Mis disculpas —dijo McNeil—. Pero Mays..., ¡qué hombre extraordinario! ¡Qué agallas!

—¿Qué demonios quieres decir con esto, McNeil? —le gritó Hawkins.

—Más tarde, caballeros —dijo Walsh—. Tenemos que ocuparnos de ellos.

—¿Qué piensas hacer, Jo? —preguntó Groves.

—Vosotros vaciad la bodega y retirad todo lo suelto. Te necesitaré conmigo, Tony, para calcular las trayectorias.

—De acuerdo, pero ¿luego qué?

—Sin carga, esta nave puede conseguir los vectores delta necesarios para cortar en una órbita baja en torno de Júpiter, igualar órbitas con la cápsula y tomarla a bordo. Alcanzarla antes de tres horas, dar otra vuelta, regresar a la sombra en quizás otras cuatro, con maniobras..., antes de recibir demasiada radiación.

—Tenemos un deber hacia una nave en dificultades..., pero también tenemos un deber hacia la misión —dijo McNeil, reluciente—. Si utilizamos todo ese combustible para rescatarlos, nos quedaremos varados aquí.

—¿De qué demonios estáis hablando? —interrumpió Hawkins de nuevo, con su pálida piel inglesa intensamente roja.

—No hay excusa, Angus —dijo Walsh, cortando firmemente a Hawkins—. La Junta Espacial nos sacará de aquí. Antes de eso, unas cuantas horas de limpieza radiológica serán suficientes para nosotros.

—Para nosotros, quizá —insistió McNeil—. Pero ¿y ellos?

—En eso tiene razón —dijo Groves—. Añade tres horas a su exposición, incluso parcialmente escudados, y estarán rozando el límite. Podemos conseguir los vectores delta para hacer lo que sugieres, capitana, pero no el tiempo.

—Estamos malgastando ese poco tiempo que tenemos hablando —dijo Walsh. Se pasó la mano por su pelo rojo cortado a cepillo; otros habían aprendido a leer hacía mucho tiempo ese gesto inconsciente como su forma de desplazar la ansiedad cuando necesitaba concentrarse—. Lo haremos a mi manera a menos que alguno de vosotros tenga una idea mejor.

—Una idea, al menos —dijo Groves—. Esa cápsula viene con aproximadamente un delta de trescientos metros por segundo con respecto a Amaltea. Si está tan bien orientada como parece...

—¿Sí?

—Dejemos que se estrelle.

—¿Qué? —Hawkins fue rápido en reaccionar—. ¿Dejarles morir...?

—Oh, tranquilo, Hawkins —restalló Walsh. Como los demás, había respondido a la sugerencia del navegante con un pensativo silencio.

—Escucha, Walsh..., capitana Walsh..., insisto...

—Hawkins, no vamos a dejarles morir. Ahora cállate o abandona la cabina de pilotaje.

Hawkins se dio cuenta finalmente de que los otros sabían algo que él no y deseaban silencio para pensar en ello. Se retiró a un rincón.

—El hielo sublimado tiene unos diez metros de profundidad —dijo McNeil—. Eso absorberá parte de la energía.

—Sí, eso hay que tenerlo en cuenta. Dada la densidad de la nieve..., ¿cuál es tu suposición, quizá cero coma cuatro g -c? Y su inercia... —Groves estaba inclinado sobre el teclado del navegante, pulsando teclas—. Deberían de experimentar una deceleración instantánea de..., oh, unas cuarenta gravedades. Tendremos que revisar las especificaciones, pero mi impresión es que esos Cruceros Lunares están contruidos para mantener la integridad estructural mucho más allá de eso.

—¿Y la gente de dentro? —preguntó Walsh.

—Atada adecuadamente..., pueden sobrevivir.

—Suponiendo que estén bien orientados —añadió McNeil. El ingeniero parecía casi desconfiado—. Si tienen la mala suerte de venir en una mala orientación... —Dejó el resto en el aire.

—Exacto —dijo Walsh—. Será mejor que echemos una mirada por el telescopio.

Groves se dirigió a la consola, liberó el telescopio óptico de su función de rastreo y lo reorientó según las coordenadas del ordenador hacia la cápsula que se acercaba. La borrosa imagen de la gris cápsula tubular con su anillo de tanques de combustible y su pequeño y único motor cohete apareció en la gran videoplaca; a aquella distancia parecía inmóvil contra el limbo de Júpiter.

La gente en la cabina de pilotaje estudió la imagen en silencio.

—Notable —dijo Jo Walsh.

—¿Consideras que es pura suerte? ¿Simple casualidad? —preguntó McNeil.

—Creo que la respuesta es no las dos veces —dijo Groves secamente.

Hawkins no pudo resistirlo más y rompió su silencio.

—¿De qué demonios *está* hablando todo el mundo?

McNeil se lo explicó. La aparentemente averiada cápsula estaba orientada de tal modo que su motor cohete se hallaba perfectamente alineado para frenar su caída a Amaltea. Incluso sin la ayuda de un retrocohetes, la cápsula se hallaba en la posición ideal para un aterrizaje forzoso.

—Eso parece menos un accidente de lo que lo parecía hace dos minutos —dijo Jo Walsh.

—Hay que reconocer que ese Mays sabe hacer bien las cosas —gruñó Groves.

—¿Queréis decir que han *planeado* aterrizar aquí? —dijo Hawkins, apartándose de delante de los ojos un mechón de su rubio pelo mojado de transpiración.

—No es que eso signifique mucha diferencia en la práctica —dijo McNeil jovialmente—. Lo entiendan o no, habrán recibido una dosis de radiación malditamente cerca de la mortal en el momento en que lleguen..., no tenemos otra elección que acogerlos bajo nuestra ala.

—De acuerdo, Tony, lo haremos a tu modo —dijo Walsh—. Les dejaremos que se la peguen y luego recogeremos los pedazos.

—Esperemos tan sólo que no caigan encima de nosotros —dijo Groves alegremente, siempre burlón.

—Eso sería realmente una coincidencia que entraría en el reino de lo sobrenatural, ¿no crees? —Pero la respuesta de Walsh se asentó entre ellos más pesadamente de lo que había pretendido..., nadie se rio.

Pasaron tres horas. El cronometraje era complicado; la averiada cápsula avanzaba en la pantalla lateral, el Manta ascendía en la principal. Pero Walsh era una persona de cabeza fría que había manejado más de una compleja emergencia a la vez.

Imaginaba que el profesor Forster y Blake Redfield podrían arreglárselas por sí mismos. Hawkins y McNeil estaban ya vestidos, pendientes de rescatar a los pasajeros de la cápsula cuando chocara. Groves estaba con ella en la cabina de pilotaje para ayudarla a mantener el rastro de todo y todos.

La cápsula llegó primero.

Silenciosa hasta el final, demasiado rápida para seguirla a simple vista, llegó en un destello de luz anaranjada y una nube semiesférica de vapor.

—Uf —dijo Tony Groves. Walsh se limitó a lanzarle una mirada, que ambos sabían que significaba: *Esperemos que no hayamos jodido los cálculos.*

A los pocos segundos Hawkins y McNeil estaban fuera de la escotilla del *Ventris* y avanzaban por el brumoso paisaje hacia el lugar del impacto.

—Dios, golpearon rápido. ¿Viste el chorro de su cohete? —preguntó Hawkins con un nudo en la garganta—. ¿Crees que tuvieron tiempo de frenar?

—Demasiado rápido para mis ojos —respondió McNeil. No quería decir que no había habido ningún chorro del retrocohetee—. Puede que hayan tenido suerte. Hay gente que ha resistido máximos de sesenta, setenta, incluso más gravedades. Que ha sobrevivido, si puede llamarse así...

El punto del impacto no fue difícil de descubrir ni siquiera a simple vista, porque el choque había abierto un enorme agujero en la bruma y, como un gigantesco anillo de humo, una nube de vapor ingravido en forma de girante donut mantenía su forma y su posición sobre un somero cráter en el hielo. En el centro exacto del enorme cuenco, envuelta en vapor, estaba la cápsula, enfriándose rápidamente pero aún resplandeciente por el impacto.

—¿Están todos bien ahí dentro? —gritó Hawkins por el comunicador de su traje, como si de alguna forma pudieran oírle mejor cuanto más se acercara y más fuerte gritara—. Marianne, ¿puedes oírme? ¿Mays? —Se lanzó como una flecha hacia la cápsula erguida sobre el suelo.

—Cuidado, no la toques hasta que la temperatura sea aceptable —dijo McNeil—. Te quemarás los guantes.

—¿Qué...? Oh. —Hawkins se retiró justo a tiempo—. ¡Pero puede que se estén muriendo ahí dentro!

—Tranquilo, Bill. Si hacemos saltar la escotilla y no llevan puestos los trajes de presión, seremos nosotros quienes acabaremos con ellos.

En su frustración, Hawkins dio vueltas a la humeante cápsula y golpeó su escotilla con la culata del pesado perforador láser que había traído consigo. El comunicador del traje no daba ninguna señal de vida dentro.

La voz de Walsh sonó en sus cascos.

—¿Cuál es la situación ahí, Angus?

—La cápsula parece estar intacta, pero no hemos establecido contacto con la gente de dentro.

—¿Qué podemos hacer? —exclamó Bill Hawkins, angustiado.

—Retirad el cohete y los tanques, traed la cápsula de vuelta al *Ventris* y metedla en la bodega del equipo —ordenó Walsh.

Por aquel entonces el Crucero Lunar se había enfriado hasta el negro y la bruma se estaba alzando. McNeil mostró a Hawkins cómo soltar los cierres que sujetaban los tanques de combustible y el motor cohete a la cápsula; mantuvieron su distancia cuando los pernos explosivos liberaron el equipo de propulsión.

Incluso con los cohetes de maniobra de sus trajes a toda potencia, se necesitaron

varios segundos antes de que los dos hombres pudieran conseguir que la gran lata se moviera. Los haces de sus cascos perforaban extraños pozos de luz en la bruma mientras McNeil y Hawkins forcejeaban con ella; finalmente se soltó, reluciente, de la humeante fumarola que había abierto en medio del hielo.

El extraño conjunto volador, dos astronautas vestidos de blanco sujetando entre ellos un quemado y ennegrecido pecio, cruzó la bruma como algo salido de un techo barroco en ruinas, una burla de apoteosis. Las luces del lejano Ventrís les saludaron a través del blanco limbo.

Las puertas de la bodega del equipo de la gran nave estaban abiertas de par en par. Con el Manta aún en algún lugar bajo el agua y el Viejo Topo aparcado fuera en el hielo, había espacio más que suficiente dentro para el magullado Crucero Lunar. Groves había abandonado el puente y estaba a mano para ayudarles a meter la cápsula en la bodega. Los motores giraron en un silencio mortal y las puertas de la bodega se sellaron. Las válvulas inyectaron aire en su interior, imperceptiblemente al principio, luego con un susurro, luego en un silbante crescendo.

Los hombres retiraron sus placas faciales.

—*Dentro, dentro.* Apliquemos una llave de reacción a éstos.

—Vigila, son pernos explosivos...

—¡Cuidado, Hawkins!

—... déjame desarmarlos antes de que me vueles la cabeza.

La escotilla del Crucero Lunar se abrió. Hawkins entró primero. Encontró dos cuerpos, completamente inertes. Dentro de sus cascos, sus rostros estaban negros y sus abiertos ojos llenos de sangre.

Angus McNeil, designado médico de la nave, se vio en la tesitura de preparar dos sistemas de apoyo vital en el pequeño gimnasio de la Ventris, que fue habilitado como clínica. Bill Hawkins, llevando todavía su traje espacial que hedía a sudor, se pegó a una pantalla monitora en la sala de oficiales y observó el trabajo de McNeil hasta que Jo Walsh le ordenó con voz enérgica que se quitara el traje y se pusiera ropa limpia.

Tony Groves se mantenía fuera del camino de Hawkins. Hawkins culpaba a Groves de lo ocurrido —él había persuadido a la capitana de dejar que la cápsula se estrellara—, y en el fondo el propio Groves se culpaba a sí mismo.

Fuerza contra duración, ésa era la curva crítica, y Groves creía que se había equivocado con ella. La esponjosa materia de la superficie de la luna no había sido lo bastante profunda; el hielo subyacente había sido demasiado duro; la cápsula había descendido demasiado aprisa. Y lo peor de todo, los retrocohetes no se habían puesto en marcha. La cínica fe que Groves y McNeil habían expresado —que Mays lo había planeado todo, y que sabía exactamente lo que estaba haciendo— había sido también, al parecer, una mala interpretación.

Hawkins, mientras tanto, se sumía en un éxtasis de desesperación. Incapaz de ayudar o siquiera de acercarse a la clínica, dado lo angosto del espacio disponible, no dejaba de revisar las entradas bajo el epígrafe «trauma cinético» en la biblioteca de la sala de oficiales, intentando convertirse en un experto.

Las historias de los casos, recopiladas de informes de accidentes a lo largo de más de un siglo de viajes espaciales, eran más bien deprimentes: «Una acumulación de 8.500 gravedades por segundo dio como media 96 g en una exposición que duró 0,192 segundos y fue fatal en un término de 4 horas con patología masiva... El tiempo de aumento de las 8.500 g por segundo hasta el pico de 96 es de 0,011 segundos, correspondientes a 23 hertzios, lo cual excita la resonancia de todo el cuerpo... La orientación de la fuerza del impacto aplicada al cuerpo se relaciona con los ejes de desplazamiento de los órganos internos, la presión hidráulica de las pulsaciones en los vasos sanguíneos y la interacción de las masas de la cabeza, tórax y pelvis entre los acoplamientos espinales...»

Mays era quien había recibido la peor parte, con el cuello y el segmento inferior de la espina dorsal rotos y la médula espinal seccionada. Marianne, menos pesada, más joven —y más baja—, y en consecuencia menos masiva y más flexible, no tenía ningún hueso roto. Pero sus órganos internos habían sufrido tanto como los de Mays, sometidos a la misma «resonancia de todo el cuerpo».

Hawkins no podía decir que se preocuparía si Mays moría. Pero la muerte de Marianne lo sumiría en la desolación, y se culparía enormemente por ello.

El Manta estaba llegando de abajo. Una vez libre del hirviente núcleo y su turbulencia, con las comunicaciones entre el *Ventris* y el Manta restablecidas, Blake y el profesor pudieron seguir los acontecimientos de arriba.

El submarino surgió de la agitada superficie de Amaltea y se dirigió sin ayuda a través de las aferrantes brumas del vacío, usando cortos chorros de sus cohetes auxiliares, a la bodega del *Ventris*. Consiguieron amarrar la pequeña y torpe nave espacial improvisada —que nunca había sido diseñada para serlo más de unos pocos segundos consecutivos— sin incidente. Por entre la bruma, el cobrizo cielo sobre el *Ventris* exhibía un nuevo y brillante objeto, un cúter de la Junta Espacial que se aproximaba a la órbita de Amaltea.

Blake y Forster cruzaron la escotilla de la bodega del equipo a tiempo de oír el anuncio del ordenador de la nave por el intercom: *CWSS 9, Junta de Control Espacial, ahora en órbita. La inspectora Ellen Troy solicita permiso para abordar la Ventris.*

Arriba en la cabina de pilotaje, Jo Walsh dijo:

—Permiso concedido. Aconsejo a la inspectora Troy que utilice la escotilla principal.

Ya estoy ahí. La voz de Sparta, a través del comunicador de su traje, brotó por los altavoces de la cabina. *Fuera de su puerta. ¿Algún problema para entrar?*

—Puede subir a bordo —dijo Walsh.

Blake y el profesor entraban en el puesto de pilotaje en el momento en que Sparta penetraba por la escotilla de arriba, con el casco en la mano.

—¿Cuál es la condición de los heridos? —preguntó.

—No muy buena, inspectora —dijo Walsh—. Su llegada es de lo más oportuna, sin embargo. —Sospechosamente oportuna, se abstuvo de decir—. Necesitamos meterlos a bordo de ese cúter suyo y llevarlos a unas instalaciones médicas bien equipadas.

—Lo siento, demasiado tarde —dijo Sparta.

—¿Qué quiere decir con demasiado tarde? —Walsh la miró con ojos escrutadores.

—El cúter ya va camino de regreso a casa. —Sparta hizo un gesto con la cabeza hacia la pantalla de navegación. En aquel momento el blip del cúter se hizo más brillante, y la pantalla mostró la veloz trayectoria ascendente de la nave que partía.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Forster.

—La cuarentena de Amaltea ha terminado oficialmente —dijo Sparta a Forster—. Estamos aquí a nuestros propios medios, profesor. Necesito hablar urgentemente con usted en privado.

Walsh lo interrumpió antes de que pudiera responder.

—No sé qué política será ésta, pero sospecho que tiene que ser muy importante —dijo la capitana, que había pasado decenas de miles de horas en las cabinas de pilotaje de cúters de la Junta Espacial—. Espero que esté usted preparada para aceptar la responsabilidad de la muerte de esas dos personas, inspectora. Acaba de enviar usted de vuelta su única posibilidad real de sobrevivir.

Sparta miró de frente a su vieja conocida, que consiguió contener su furia sólo porque la disciplina era más grande que su orgullo.

—Acepto la responsabilidad, Jo. Si hay algo que yo pueda hacer para impedirlo, no morirán.

Dentro de la clínica improvisada apenas había espacio suficiente para las dos víctimas. Unas flojas correas les impedían flotar lejos de sus camastros en la gravedad casi cero, aunque no hubieran ido lejos, enredados en las marañas de tubos y cables que monitorizaban sus ritmos cardíacos, cerebrales, función pulmonar, sistema circulatorio, sistema nervioso, digestión, equilibrios químico y hormonal...

Además del daño en los tejidos desgarrados, los huesos rotos y los órganos internos desplazados, Mays y Mitchell sufrían los efectos de la radiación ionizante absorbida en una cápsula sólo ligeramente escudada durante más de ocho horas dentro del cinturón de radiación de Júpiter. Ese daño planteaba un problema más grave que los huesos fracturados, la carne rota o los nervios seccionados.

A través de tubos de diámetro microscópico, moléculas preelaboradas penetraban en sus cuerpos para recorrer como vehículos de emergencia sus torrentes sanguíneos. Algunas eran sustancias bioquímicas naturales, otras diminutas estructuras artificiales, «nanocitos a la medida», que trabajaban no cortando y pellizcando y cosiendo, no como máquinas liliputienses, sino desencadenando catálisis, la complexificación y descomplexificación de las moléculas entrelazadas. Eran buscados los músculos y ligamentos distendidos, las fibras nerviosas desgarradas y los huesos fracturados; las partes dañadas eran englobadas y digeridas, los productos de desecho perseguidos para aprovechar sus moléculas constituyentes; los remplazos eran construidos sobre la marcha a partir del mar de nutrientes equilibrados donde nadaban por incalculables enjambres de proteínas naturales y artificiales y ácidos nucleicos...

Sparta se unió a ellos en la clínica y permaneció allí todo el tiempo, con las púas INP de debajo de sus dedos extendidas e insertadas en las puertas de los monitores mecánicos. Tras su frente, el denso tejido del ojo de su alma revisaba los análisis, *olía* en parte las complejas ecuaciones que se presentaban a su inspección mental, las *veía* en parte escritas en la pantalla de su consciencia. De tanto en tanto, varias veces por segundo, efectuaba sutiles ajustes en la receta química.

Transcurrieron seis horas..., menos de medio circuito de Júpiter, porque Amaltea

era menos masiva ahora y se había movido gradualmente a una órbita más alta y más lenta.

Los monitores de signos vitales cambiaron a amarillo: los pacientes estaban fuera de peligro. Estarían cansados y doloridos cuando despertaran, y tardarían un poco en acostumbrarse a la rigidez de su carne reparada, pero bajo todos los aspectos mensurables estarían de camino hacia su completa recuperación. Sparta lo supo antes de que los monitores lo anunciaran. Cuando lo hicieron, estaba ya en la cabina que le habían asignado, profundamente dormida, inconsciente por el agotamiento.

Blake estaba allí cuando despertó. Era su cabina también.

Sparta llevaba todavía la chaqueta del uniforme y los pantalones como de terciopelo negro que había llevado desde su reunión en Ganimedes. A los ojos de Blake siempre había parecido sexy, con su habitual traje reluciente de no-me-toques o incluso con un traje espacial, un saco de lona y metal, pero estos días empezaba a vestir como si no le importara lo que pensara la gente. No fue una sorpresa demasiado grande cuando ella le sonrió cansadamente y empezó a quitarse las arrugadas ropas con las que había dormido.

—¿Qué ocurre..., Linda?

Desnuda ahora, se sentó en el camastro frente a él y dobló las piernas en la posición del loto.

—Es acerca del Conocimiento y lo que significa realmente. —Reanudó con toda facilidad la conversación que habían iniciado en Ganimedes, como si el tiempo no hubiera transcurrido.

Él asintió con la cabeza.

—Sabía que tenía que ser algo así.

—Nunca fui iniciada, ¿sabes? Nunca fui Espiritu Libre o Salamandra. Es sólo a través de tu iniciación que conozco los detalles que sé.

—Siempre pensé que lo principal que había que saber acerca de eso era que realmente se hubieran dejado morir..., y a cualquier otro que no hubiera podido superarla.

—Estaban buscando superhombres —dijo ella—. Pero tiene que haber en ello algo más que orgullo. Allá en el Albergue de Granito pasé horas interrogando a mi padre y al comandante y a los chicos del personal, descubriendo todo lo que sabían de las prácticas del Espiritu Libre, lo que habían aprendido del Conocimiento, cómo interpretaban lo que sabían. Intenté ver si aquello encajaba con mi propia comprensión del Conocimiento. Nunca me enseñaron, ¿sabes?; lo programaron directamente en las neuronas.

—¿Es eso lo que estaban intentando borrar?

Ella asintió.

—Aprendí muchas cosas este año, algunas de otras personas, pero la mayoría de las sondas profundas autoguiadas de mi propia memoria. Pero la imagen más insistente provino de mí: una vívida experiencia que tuve cuando estaba... loca. Hubo un momento en la oscuridad en la cripta debajo de la morada de Kingman, St. Joseph's Hall, cuando miré dentro del pozo..., bajo el mapa en el techo de la constelación de la Cruz. Había una cabeza de Medusa en la piedra que lo cubría.

—La Diosa como la Muerte. Me lo dijiste.

—En un sueño que tuve, mi nombre era Circe. Ella era la Muerte también.

—¿Todavía sigues viéndote de esa forma? —preguntó él cuidadosamente.

—Somos muchas cosas, Blake, los dos. En el pozo había rollos de papiro y el chip de la reconstrucción de Falcon y una imagen de bronce de Júpiter, pero lo que siempre veo cada vez que pienso en ese momento son los dos pequeños esqueletos, tan delicados..., tan amarillos y viejos. Niños, idénticos de tamaño. Supe de inmediato que tenían que ser gemelos. Y supe lo que simbolizaban. Como el rey y la reina de los alquimistas, eran los Gemelos Celestes, y los Padres Celestes, el Oro y la Plata, el Sol masculino y la Luna femenina.

—Sí, eso es lo que dice la Salamandra —murmuró Blake.

Ella sonrió.

—Te advertí que era una larga historia.

—Estás llegando a la parte que me gusta. La parte del antiguo libro.

—Muy bien. El asunto es que durante miles de años ha habido un culto al Conocimiento, que ha utilizado montones de nombres distintos para ocultar su existencia. El Espíritu Libre es uno de los más recientes, del siglo XII o XIII. Y durante todos esos siglos han estado atareados planteando falsos conocimientos, para ocultar su preciosa verdad.

Blake no pudo contenerse.

—Las mitologías egipcia, mesopotámica, griega, están cargadas con indicios. Está ahí mismo en Herodoto, en esos relatos de los Magos Persas..., eran los adeptos históricos al Conocimiento. Y Hermes Trismegisto, esos libros que supuestamente eran revelaciones sacerdotales de los antiguos egipcios pero que en realidad eran ficciones helénicas elaboradas por adoradores del Pancreator para apartar a la gente del camino. Sin embargo, ¿no eran maravillosas fantasías, estupendamente vagas y sugestivas? ¿Algunas personas todavía creen en ello hoy! Y las llamadas grandes religiones... No dejes que me embale.

Ella sonrió.

—Lo intentaré.

—En el principio era la Palabra, y la Palabra era una mentira —dijo Blake con tono vehemente—. La propia herejía original del Espíritu Libre, gente pobre haciendo burla en la iglesia y dejándose crucificar..., pero éstos fueron sólo las tropas de

choque. La mitad de los *prophetae* eran cardenales por la noche y obispos durante el día. —Hizo una pausa y la vio sonreír de nuevo. Se echó a reír y agitó la cabeza—. Lo siento. Se supone que eras tú quien lo estaba contando.

—Es probable que tú sepas más detalles que yo. Fue la alquimia lo que me intrigó..., todos esos indescifrables textos alquímicos que se remontaban hasta los tiempos romanos, sin sentido tanto como teoría que como práctica... Pero finalmente me di cuenta de que era como si estuvieran refractando tradiciones reales, tradiciones horribles, a través de lentes distorsionadoras. —Entonces empezó a recitar, y su voz adoptó un tono monótono, rasposo y amenazador:

Te saludo, hermosa lámpara de los cielos,
que derramas la luz del mundo. Aquí
estás unida con la Luna, aquí
aparece el vínculo de Marte, y la
conjunción con Mercurio... Cuando
esos tres se disuelvan no
en agua de lluvia sino en agua
mercurial, en esta nuestra bendita goma
que se disuelve a sí misma y es
llamada el Esperma de los Filósofos.
Ahora se apresura a unirse y a
desposarse con la novia virgen...
y así sucesivamente.

—¿Has imaginado lo que significa? —preguntó Blake.

—Lo peor de ello, al menos. El culto ha estado construyendo templos planetarios desde los tiempos del neolítico, en los escritos alquímicos los templos son disimulados como el *alambique*, la vasija cerrada para las reacciones y para dedicar sus cimientos, los adeptos del Conocimiento mataban y devoraban un par de niños, niño y niña, gemelos fraternos..., hijos de miembros del culto, si podían conseguirlos. Los gemelos eran sustitutos del líder espiritual.

—¿Lo hubieran devorado a *él* en vez?

—O a ella —respondió Sparta—. Al fin y al cabo, se suponía que había tan sólo una persona así, que unía en su cuerpo los principios masculino y femenino; era tarea del círculo más alto traer a la existencia esta criatura sagrada y mágica. En todas las épocas era ensayado el Espíritu Libre, usando las más avanzadas técnicas de su tiempo, para crear el perfecto ser humano.

—El Emperador de los Últimos Días —dijo Blake.

—Sí, y tú fuiste el primero en hablarme del Emperador de los Últimos Días..., que cuando el Pancreator regresara de los más lejanos dominios del cielo, desde su

estrella natal en la Cruz, se esperaba que el Emperador se sacrificara a sí mismo, o a sí misma, si era la Emperatriz, en bien de los *prophetae*.

—Sí, el Pancreator es una especie de benefactor —dijo Blake—. Como el Dios de la Biblia. Un Dios Celoso, que exige la muerte como pago.

—El antiguo símbolo del Emperador —dijo Sparta—, esa sagrada y perfeccionada personalidad, era la serpiente devorándose a sí misma, con la leyenda: «Si no lo tienes Todo, Todo es Nada».

—Nada más acertado —murmuró Blake.

—Distorsionaron lo que en su tiempo había sido algo tranquilizador y lo convirtieron en algo siniestro. Creo que la práctica del sacrificio de los gemelos no se detuvo hasta el siglo XVIII, cuando la ciencia moderna empezó finalmente a causar impresión entre el culto, y aún tiene sus ecos en los ágapes rituales de los caballeros y ancianos. El autosacrificio del Emperador o Emperatriz, sin embargo, no se supone que sea simbólico...

—Pero no hemos oído nada del Espíritu Libre desde que aplastamos el motín de la *Kon-Tiki* —dijo Blake—. Cortamos la cabeza de esa serpiente en particular.

—Fracasaron porque interpretaron mal el Conocimiento. Cuando intentaron convertirme a *mí* en la Emperatriz, cometieron un montón de errores. Yo los he corregido.

Él la estudió, de pronto nervioso.

—¿Lo que me mostraste...?

—No tengo intención de sacrificarme. Pero, Blake, para mi propia sorpresa, revisando todo lo que me fue enseñado y todo lo que he averiguado desde entonces, descubro que he recuperado mi fe en el Pancreator. El Pancreator es real. Y creo que pronto lo conoceremos..., a él, a ella o a ello.

—Eso es superstición —dijo él con voz suave, cada vez más inquieto—. Todos creemos que vamos a encontrar restos de la Cultura X..., a estas alturas es un secreto a voces. El Pancreator es un mito.

—No tengo ningún acuerdo con el Espíritu Libre. No te preocupes. Pero sigo siendo la Emperatriz. —Su sonrisa tenía un borde afilado, y sus ojos brillaban como zafiros—. Y tú eres mi gemelo.

Forster reunió a todos en la sala de oficiales.

—Angus, ¿tendrá la bondad de decirnos lo que encontró dentro de la cápsula?

El rostro del ingeniero era tan inexpresivo como el de un policía en una investigación.

—Tanto el sistema de comunicaciones como el de control remoto habían sido puestos deliberadamente fuera de uso. Alguien con un buen conocimiento de

navegación espacial reprogramó el ordenador de rumbo de la cápsula para que se apartara de la trayectoria planeada durante la aproximación a Ío...

—¿Qué está diciendo, McNeil? —interrumpió Hawkins—. ¿Qué intentaron matarse a sí mismos?

—... a fin de establecer una cita con Amaltea —prosiguió McNeil, limitándose a reconocer la interrupción de Hawkins con un único y lento movimiento de su cabeza—. Con la intención de efectuar un aterrizaje *suave*. Esta parte de la reescritura parece haber sido mal calculada. Sobre la base del efecto Doppler, el motor principal entró de hecho en funcionamiento como retrocohetes..., por desgracia, unos pocos segundos demasiado tarde para causar algún bien. Ya habían golpeado el hielo.

Jo Walsh gruñó, un sonido de reluctante satisfacción.

—Tenías razón, Tony —dijo.

—Me gustaría que esto me sirviera de algún consuelo, pero no puedo —murmuró Groves—. Fue un aterrizaje realmente duro.

—Si ahora estuvieran muertos, podría llamarse algo más que un aterrizaje duro —dijo furioso Hawkins.

—No más interrupciones —cortó secamente Forster, clavando a Hawkins con una ardiente mirada—. Todo el mundo tendrá la oportunidad de hablar. Por mi parte, es mi opinión que el análisis inicial de Tony de la situación fue exacto. Mays planeó todo el asunto cuidadosamente. E incluso sin la acción de retrocohetes del motor principal, él y su... —la mirada de Forster se posó brevemente de nuevo en el alterado Hawkins— sin duda inocente compañera sobrevivieron.

El rostro de Hawkins era todo un estudio del conflicto interno.

Forster se apresuró a continuar:

—Josepha, asegúrese de que tenemos registros completos, guardados a buen recaudo, de todo lo que ha ocurrido. En especial todo lo que Angus encontró. Compruebe regularmente las funciones monitoras.

—Sí, señor. —Walsh era demasiado fría para mostrar sorpresa. Todo lo que había ocurrido estaba registrado; el reglamento de la Junta de Control Espacial así lo requería, y los sistemas automáticos de la nave impedían virtualmente que nadie desobedeciera esas directrices. Evidentemente Forster esperaba un sabotaje.

—Es mi opinión que si el plan de Mays hubiera tenido éxito, hubiera reprogramado su ordenador, o quizá lo hubiera destruido en caso necesario, y afirmado que el choque había sido ocasionado por un mal funcionamiento. Está aquí por una razón, y es espiarnos a nosotros. —Por un momento el profesor se sumió en sus pensamientos. Luego dijo—: Está bien. Oigamos sus comentarios.

—Van a despertar dentro de una hora, profesor —dijo Groves—. Estarán hambrientos y curiosos y ansiosos de librarse de esos tubos y cables y correas. ¿Cómo quiere que manejemos la situación cuando eso ocurra?

—Tenemos un trabajo imposible de hacer, y sólo unos pocos días para hacerlo —gruñó Forster—. No puedo pensar en ninguna forma en la que podamos impedir que Sir Randolph Mays, una vez esté despierto y goce de movimiento, averigüe lo que nosotros averigüemos, casi con la misma rapidez que nosotros.

—Supongo que no podemos mantenerlos atados —apuntó esperanzado McNeil.

—Descartado. Quiero que esto quede bien comprendido: ninguno entre nosotros se comportará de ningún modo que no sea de acuerdo con los más altos dictados de la ética y la ley espacial. —Carraspeó—. Vamos a tener que hallar alguna forma de mantenerlos a él y a su joven amiga ocupados.

Cuarta parte

EN EL CORAZON DE LAS PROFUNDIDADES

19

Amaltea se estaba contrayendo más aprisa ahora, cediendo proporcionalmente más masa a medida que su área superficial decrecía. Cuanto más pequeña se hacía, más rápido se hacía aún más pequeña.

Los océanos de la pequeña luna hubieran simplemente hervido y desaparecido bajo el *Michael Ventris* si Forster hubiera estado dispuesto a esperar. Pero había demasiadas preguntas que nunca podrían ser respondidas si se permitía que esa extraordinaria biosfera se evaporara en el espacio sin ser observada. Además, el profesor era un hombre impaciente.

Sparta estaba a los controles del Manta cuando reentraron en el hormigueante mar.

—Ya están ahí —dijo Forster, sorprendido—. Los animales que encontramos antes.

—Han estado esperándole —respondió Sparta—. Apostaría a que no se sintieron satisfechos cuando usted y Blake se marcharon.

Un banco de luminiscentes «calamares» estaba alineado en brillante esplendor debajo de ellos, toda una sabana de animales ondulando al unísono como un solo organismo, casi como si expresaran placer.

Forster alzó una poblada ceja en dirección a Sparta.

—Parece muy segura de eso.

—Ella tiene razón, señor —dijo Blake, inclinado hacia ellos en el angosto espacio a sus espaldas—. Escuche el hidrófono.

Sparta aceptó la sugerencia de Blake y ajustó el volumen de los fonos externos hasta que los extraños gritos de la vida submarina los rodearon.

—Estoy escuchando. No soy biólogo. Podría tratarse de cualquier banco de peces... —Las ansiosas cejas de Forster se retorcieron—. Sin embargo hay un esquema fuerte, más fuerte que antes. No regular en realidad, pero con importantes elementos repetidos. ¿Cree que es una señal?

—Codificada en chillidos y silbidos —dijo Sparta.

—Y posiblemente diciendo lo mismo —añadió Blake—. Lo mismo que las medusas de Júpiter, quiero decir.

—Sí, señor —confirmó Sparta—. Dicen lo mismo.

—«Han llegado». —Forster meditó por unos instantes—. No le preguntaré cómo

sabe usted esto, Troy...

—Sus analistas lo confirmarán. Cuando tenga tiempo de hacerles llegar los registros que hemos tomado.

—Las cosas están ocurriendo demasiado rápido para que eso ocurra..., no hasta que nos marchemos de aquí. —La miró—. No me lo ha dicho usted todo. Desde un principio ha sabido lo que habíamos venido a descubrir aquí, ¿verdad?

Ella asintió.

—Y hoy lo *descubriremos* —dijo él, triunfante.

Ella no respondió, atenta sólo a su inmersión. Con poderosos golpes de sus alas, el Manta siguió a los resplandecientes escuadrones hacia el brillante corazón de Amaltea. Como antes, el submarino se vio obligado a detenerse para ajustarse a la profundidad, pero debido a que Amaltea era más pequeña ahora, la distancia desde la superficie hasta el núcleo se hallaba dentro del límite absoluto de presión.

Pronto se acercaron al núcleo.

El núcleo era brillante por todas partes pero no ardiente por todas partes. A medida que se acercaban vieron que las múltiples hileras de burbujas que radiaban en todas direcciones eran generadas por complejas estructuras, resplandecientes torres blancas de un kilómetro o más de altura que brotaban de un perfecto elipsoide reflectante. La luz de las casi fundidas torres —porque incluso a través de docenas de kilómetros de agua resplandecían más brillantes que el filamento de una bombilla de incandescencia— era reflejada en la curvada superficie como de espejo; eran esos reflejos, así como sus fuentes, lo que desde una gran distancia habían dado la impresión de un solo objeto brillante.

—Sabe lo que hemos encontrado, ¿verdad Troy?

—Sí.

—Yo no —dijo Blake.

—Una nave espacial —dijo Forster—. Una nave espacial de mil millones de años de antigüedad. Trajo a la Cultura X de su estrella a la nuestra. Aparcaron aquí, en los anillos de radiación de Júpiter, la parte más peligrosa del sistema solar fuera de la envoltura del propio Sol. Y se encajaron en una corteza de hielo lo suficientemente gruesa como para escudarlos durante tanto tiempo como fuera necesario. Sembraron las nubes de Júpiter con vida; generación tras generación mantuvieron una vigilancia pasiva, para *nosotros...*, sin evolucionar nunca, el ecosistema de las nubes era demasiado simple para eso, pero tampoco sometido nunca a los cambios catastróficos de un planeta geológicamente activo..., hasta que la *Kon-Tiki* reveló que *nosotros* habíamos evolucionado a una especie capaz de viajar a los planetas. Que *nosotros* habíamos llegado. —Hizo una pausa y en su rostro juvenil apareció una expresión casi mística—. Y ahora la nave-mundo despierta, y se libera de su cascarón de hielo.

Sparta, privadamente regocijada ante aquella retórica pero teniendo buen cuidado

de no expresarlo, dijo en voz baja:

—¿Qué supone que ocurrirá a continuación?

Forster le lanzó una brillante mirada de soslayo.

—Hay muchas opciones, ¿no? Quizás *acudan* directamente a saludarnos. Quizá simplemente digan *adiós*, una vez hecho lo que vinieron a hacer. Quizás estén todos muertos.

—O quizá traigan el paraíso a la Tierra —dijo Blake irónicamente.

—Eso es lo que enseña el culto de ustedes, supongo.

—Nunca fue mi culto —dijo Blake—. Ni el de ella.

Guardaron silencio, mientras el abrasador núcleo gravitaba bajo ellos, y crecía más y más hasta llegar al campo de visión. Pequeño en comparación con la masa que una vez lo había rodeado, el núcleo de Amaltea era pese a todo enorme, más grande que la mayoría de asteroides..., tres veces tan grande como Fobos, la luna más interior de Marte. Desde sus primeros sondeos habían sabido que no se enfrentaban a un objeto natural, pero la visión de un artefacto de treinta kilómetros de diámetro era suficiente para hacer que incluso Sparta, que estaba inmunizada contra las maravillas, lo contemplara absorta.

Con su visión infrarroja, Sparta leyó fácilmente las corrientes de convección calientes y frías que fluían sobre la brillante extensión del elipsoide, una visión de fuertes corrientes y rodantes turbulencias. Calentadas hasta el punto de ebullición, las columnas de agua que ascendían de las resplandecientes protuberancias estaban señaladas por galaxias enteras de burbujas microscópicas, para su visión tan brillantes como quasares. Un agua más fría y más clara descendía como una noche púrpura en torno de ellas, alimentando las tomas en las bases de las torres.

Alejó el Manta del calor, dejando que la relativamente fría agua arrastrara el submarino hacia abajo. Incluso sin su visión sensible a la temperatura para guiarla hubiera podido elegir el camino seguro simplemente siguiendo el banco de calamares que se sumergía ante ellos.

Había muchos de esos bancos cerca del núcleo, trazando ondulaciones y girando y cambiando bruscamente de dirección en torno de las bases de las grandes torres, al parecer entrando y saliendo de las bocas de las feroces calderas sin sufrir el menor daño.

—Me gustaría saber cuál es la fuente del calor —dijo Forster. Tuvo que gritar por encima del retumbar y el rugir de las calderas, que hacían que el pequeño submarino se estremeciera—. Parece nuclear.

—No esas estructuras —dijo Blake—. Los instrumentos no señalan neutrones. Ni rayos gamma. Sea cual sea la fuente local de calor, no es ni la fisión ni la fusión.

—Tendremos tiempo para eso más tarde. Ahora lo que deseo es hallar una forma de entrar.

Todavía estaban siguiendo a los calamares.

—Quizá nuestros amigos nos ayuden —dijo Sparta.

El submarino descendió hasta unos pocos metros de la brillante superficie. No mostraba ningún signo de placas o remaches, ningún asomo de costura o siquiera una irregularidad. Era perfecta. Volaron sobre ella con pausados aleteos como por encima de un paisaje revestido con una película de diamante. El horizonte se curvaba tan suavemente como el de una luna, y el cielo de negra agua estaba salpicado de agitadas estrellas vivas.

—¿Y si no *podemos* entrar? —preguntó Blake.

La respuesta de Forster fue muy poco característicamente tentativa.

—Es difícil imaginar algo más *provocador* que verse bloqueado fuera del mayor hallazgo arqueológico de toda la historia.

Sparta guardó silencio, casi contemplativa, como si nada de lo ocurrido pudiera alterarla o sorprenderla.

El objetivo del banco de resplandecientes calamares parecía ser una amplia y baja cúpula de al menos un kilómetro de circunferencia. Pronto estuvieron sobre ella; lejos de las llanuras del diamante se alzaban las grandes y brillantes torres, regularmente espaciadas en hileras a su alrededor, atrapándoles en una retícula de brillantes reflejos.

Ahora el banco de calamares trazaba espirales por encima de ellos como brillantes hojas de otoño multicolores atrapadas en un remolino de viento, flotando en el cielo y cayendo, sólo para ser barridas de nuevo por la girante danza. El Manta aleteaba abriéndose camino en medio de la espiral de animales transparentes que ascendían. Allá debajo de ellos, en el centro de la por otro lado sin mácula cúpula, los tres submarinistas vieron la primera interrupción en la perfecta superficie de Amaltea, un agujero circular de unos dos metros de diámetro.

—Demasiado pequeño para meternos —dijo Forster, abatido.

Sparta dejó que el Manta se dirigiera hacia la oscura abertura y la sondeó con las luces del submarino. Dentro había otras estructuras brillantes, una abertura parecida a un túnel cuyas paredes parecían caladas con una filigrana de brillante metal.

—Esto no parece artificial —dijo Forster, con creciente pesimismo.

—Podría ser el impacto de un meteorito —dijo Blake animadamente, al tiempo que se inclinaba hacia delante para mirar por entre sus cabezas a la abertura de abajo.

—Sería un impacto con mucha suerte —dijo Sparta—. Es un agujero malditamente redondo, ¿no crees?

—Los meteoritos grandes siempre producen agujeros redondos, a menos que su impacto sea muy indirecto. —Era como si Blake intentara convencerles de lo peor.

—Dudo que un meteorito practicara un agujero redondo en este material —dijo Sparta—. Es el mismo que el de la placa marciana.

—Pero observa los bordes —insistió Blake—. Puedes ver que ha habido una explosión de algún tipo.

—No lo creo así. Ese grabado parece demasiado intrincado para haber sido hecho por una explosión.

Forster carraspeó con un gruñido.

—¿Qué cree *usted* que es, Troy?

—Creo que dejaron la puerta abierta para nosotros.

—¿*Dejaron*? Esto es una máquina —exclamó Forster con voz ronca—. Una máquina de mil millones de años de antigüedad.

Ella asintió.

—Una máquina muy lista.

—¿Cree que está programada para dejarnos entrar? —Su intención era transparente; deseaba que ella le dijera lo que en el fondo deseaba creer.

Sparta asintió de nuevo, cumpliendo al menos parcialmente con sus deseos. Si él quería que ella dijera que ellos estaban todavía dentro, sin embargo, iba a decepcionarle.

Estudió el interior del agujero redondo y sus festoneadas y aserradas superficies; lo fijó todo en su memoria y luego, por un imperceptible momento...

... cayó en una especie de trance, a un espacio matemático de irrepresentables dimensiones donde no penetraban las sensaciones del mundo real, sólo los charloteantes chillidos de los calamares, resonando aún dentro de su cabeza. El ojo de su alma realizó el análisis y los cálculos, y de pronto vio cómo funcionaba aquella cosa. Sus ojos parpadearon...

... y estaba de vuelta en el extrañamente iluminado mundo submarino, en parte brillante, en parte oscuro, en parte frío, en parte caliente. El Manta se bamboleaba sensualmente en la oscura agua. Sin molestarse en explicar nada a Blake o al profesor, Sparta manipuló los extensores del Manta, rozando con sus sensibles dedos de titanio la compleja superficie interna del agujero cilíndrico, tocando y acariciando las texturas que por su apariencia hubieran podido ser muy fácilmente escoria fundida o joyería fina pero que en realidad eran algo tan directo y definitivo como una constante matemática, como el desarrollo escrito de pi.

—Está ocurriendo algo —dijo el profesor.

—No veo nada —murmuró Blake—. No oigo nada.

—Lo noto..., quiero decir, de alguna forma lo *siento*. —Los ojos de Forster se abrieron mucho—. Mire ahí, ¿qué es eso?

La baja cúpula sobre la que flotaban parecía de algún modo menos adamantina, menos perfecta en su reflejo de las hirvientes torres incandescentes.

—Es más brillante ahí —dijo, excitado.

—¿De veras? —La voz de Sparta era incitadora.

—El suelo..., quiero decir, el casco, o lo que sea, está brillando.

—Los instrumentos no indican ningún incremento en la temperatura —observó Blake.

—No he dicho..., ¡miren eso! —Forster se echó hacia delante y prácticamente clavó la nariz en el transparente poliglás del Manta—. ¡Puedo ver directamente a su través!

Porque, efectivamente, la baja cúpula había empezado a brillar, como un inmenso accesorio luminoso en un reostato muy lento; toda la superficie de aquella protuberancia en la luna de diamante era ahora de un color rosado, como un suave letrero de neón. Pero se hizo rápidamente más brillante, y de pronto lo que había parecido una sólida, opaca, pulida superficie de metal, se convirtió en tan transparente como el cristal de roca.

Por primera vez en varios minutos, la voz de Jo Walsh les llegó a través del sonarenlace:

—Estamos apreciando un cambio en el perfil sísmico del núcleo, profesor.

—¿Qué cambio? —preguntó Forster.

—El ordenador no puede extraerle ningún sentido. Pero el núcleo ya no es opaco al sonido. No es seguro que dispongamos de los programas apropiados para interpretar lo que estamos viendo...

—Simplemente registre. Ya analizaremos más tarde.

—Como usted diga, señor.

Forster y Blake y Sparta miraban maravillados, directamente a través de la ahora perfectamente transparente cúpula de un kilómetro de ancho, a un resplandeciente espacio abierto, mucho más grande que la más grande catedral de la Tierra.

—Es una esclusa de aire —dijo Forster—. Lo bastante grande como para recibir naves espaciales.

—Creo que no es una esclusa de aire —dijo Sparta.

—¿Qué? Oh, por supuesto..., lo que hay dentro no es aire.

—¿Cómo supone que abren la esclusa? —preguntó Blake.

Como si hubiera oído sus palabras, la cúpula de cristal bajo ellos empezó a fundirse visiblemente. Primero el mecanismo de cierre inmediatamente debajo de ellos —que había retenido su forma aunque había adquirido un aspecto tan frágil como una escultura de azúcar hilado— se estremeció visiblemente y se disolvió. En el lugar donde había estado, una forma espiralada como una gasa se retiró, como una serie de Fibonacci; era como si el material del cascarón se hubiera vuelto más delgado, perdiendo capa tras capa, más y más aprisa, hasta la capa final de moléculas..., y luego incluso ésas hubieran sido retiradas.

Hubo una gran entrada de agua. Atrapado en la turbulencia, el Manta cayó al interior, a la líquida arena.

Un momento más tarde todo había terminado: la ventana de fina gasa se reformó sobre sus cabezas, capas de invisiblemente delgadas losas moleculares se unieron unas a otras en orden inverso y —más rápido aún de lo que se había vuelto transparente— la gran cúpula fue de nuevo opaca. La última visión que tuvieron los tres tripulantes del Manta a su través, mientras el submarino era absorbido por el remolino, fue un brillante banco de calamares que se dispersaba en todas direcciones, como una lluvia de meteoros.

Sparta necesitó un momento para estabilizar el girante submarino, orientar el ingrávido aparato con su barriga hacia el centro de Amaltea, el «suelo», y su lomo hacia el centro de la cúpula, el «techo».

Un silencio sobrenatural se cerró sobre ellos. El resonante rugir de las hirvientes torres de fuera había desaparecido, junto con el ajuste de fase subsónico que había sonado como algo muy parecido al latir de un corazón. Todo lo que recogían los hidrófonos del submarino era el rítmico silbido acuoso de su propia respiración.

—Jo, ¿nos captas? —preguntó Sparta por el sonarenlace.

No se sintió ni sorprendida ni preocupada cuando no hubo respuesta. Miró a Forster, cuyo brillante rostro registraba excitación pero no miedo.

—Lo que sea que bloquea la signatura sísmica de esto se halla de nuevo en su lugar —dijo Blake.

—Mientras estemos aquí dentro no tendremos ninguna comunicación con la superficie —indicó Sparta.

—Esperaba algo así —reconoció Forster—. Walsh y el resto sabrán lo que ha ocurrido. Seguiremos el plan previsto.

Sparta no creía que la tripulación se diera cuenta de lo que había ocurrido, pero sabía que eran lo bastante disciplinados como para no desviarse del plan de la misión. Miró la consola.

—La presión exterior está bajando rápidamente.

—Buen truco —dijo Blake.

Forster se mostró sorprendido.

—Debe haber algunas bombas más bien grandes en acción. Pero son perfectamente silenciosas.

—Más bien unas bombas pequeñas, creo —contradijo Sparta—. Bombas moleculares, como células biológicas, por toda la superficie de la esclusa.

Eran un diminuto punto extraviado en el centro de un enorme cuenco, más pequeño que una olomina en un acuario. Una pálida luz azul, como la que hay a una docena de metros por debajo de la superficie en los mares tropicales de la Tierra, brotaba de las paredes y del suelo de la propia cámara, que relucían suavemente. En el techo de la cúpula, una dispersión al azar de cabezas de alfiler blancoazuladas

resplandecían más brillantes.

Aunque el espectro no se extendía ni al infrarrojo ni al ultravioleta, el ubicuo resplandor era lo bastante intenso como para permitir a Sparta distinguir la graciosa arquitectura de la bóveda. El espacio estaba escasamente ocupado, el cascarón profusamente decorado con fundentes columnas y colgantes arcos estilo Gaudí, todo ello enlazado por una red de conducciones fractales tan intrincadas como los ramificados alvéolos de los pulmones de un mamífero.

Blake podía verlo todo casi tan bien como ella, y...

—Algo acerca de este lugar —se dio cuenta que decía ella, aunque no pudo captar su propia impresión— parece muy... familiar.

Para Sparta —visto en un acusado escorzo— era realmente algo muy familiar.

—¿Viste los holos del templo del Espíritu Libre bajo la mansión de Kingman?

—Sí.

—Ponlos en un programa de gráficos y aplasta el eje Z un cuatrocientos por ciento.

La cripta debajo de la propiedad inglesa de Kingman estaba construida en el pretencioso estilo Perpendicular del siglo XIV, mientras que este espacio abultaba hacia fuera de una forma más extravagante que las cúpulas centrales de la Mezquita Azul. Sin embargo, los elementos arquitectónicos —los graciosos arcos, la simetría óctuple, los entrelazados costillares, los esquemas radiales foliados a partir del bollón central sobre sus cabezas— creaban una especie de aplastado Gótico primitivo.

Forster dobló la cabeza para mirar hacia arriba a través de la burbuja del Manta.

—¿Y esas luces blancas de ahí arriba? Son casi como estrellas.

—La Cruz —dijo ella—. Quizás eran sentimentales. El centro de la escotilla, por donde entramos, señala la posición de su estrella natal.

—Y, directamente debajo de ella, está el sanctasanctórum —dijo Blake.

—Sí. —Sparta asintió a Forster—. Directamente debajo, señor, es el camino de entrada.

Guió el Manta hacia abajo a través del agua azul. El suelo a sus pies era tan intrincado como un arrecife de coral, incrustado con criaturas de múltiples brazos y tentáculos. Directamente debajo se extendía un bosque de helados tentáculos metálicos, barrocammente curvados y retorcidos, como los brazos de una estrella de mar. En el centro del conjunto, donde debería estar la boca de la estrella de mar, había una oscura abertura. Sparta lanzó el pequeño Manta hacia allá.

Unos momentos más tarde estaban en medio de una negra agua.

Sparta accionó los focos superiores del aparato; los óvalos de luz danzaron en la distancia hasta que fueron demasiado difusos para ser visibles. El Manta flotó en medio de un espacio tan vasto y oscuro que los haces de sus luces no alcanzaban nada a sus pies.

—Tengo la impresión de ser una araña suspendida bajo la cúpula de San Pedro —dijo Forster, sin dejar de mirar las tinieblas a su alrededor.

—No sabía que fuera usted un hombre religioso, profesor. —El frío tono de Sparta no traicionó su regocijo interior.

—Oh, bueno..., es una construcción muy grande, eso es todo lo que quiero decir.

—¿Seguro que es esto exactamente lo que esperaba hallar? ¿La nave que trajo a la Cultura X a nuestro sistema solar?

—Sí, por supuesto. Incluso lo he argumentado en artículos y ensayos que nadie parece haber leído..., o, si lo hicieron, creyeron que me estaban haciendo un favor fingiendo que no habían cometido la indiscreción.

—Recuerdo uno en *Nature* en el 74 —dijo Blake—. Despertó una cierta tensión.

—No era usted lo bastante mayor para leerlo en el 74 —dijo Forster.

—Lo leí de los archivos más tarde —aclaró Blake.

Forster admitió que se sentía halagado.

—*Fue* más bien una buena afirmación de la tesis, ¿no? Supongamos que una civilización deseaba cruzar el espacio interestelar..., ¿cómo enfrentar el problema? Argumenté que construirían un planetóide móvil, una nave-mundo lo llamé, que quizás empleara siglos en llevar a cabo la tarea.

—Al menos siglos, pensaría yo. —El tono de voz de Sparta lo animó sutilmente a seguir hablando mientras hacía descender más al Manta en las aguas a sus pies..., transparentes como el cristal y absolutamente desprovistas de luz.

—Puesto que la nave tendría que ser un mundo autosuficiente que pudiera proveer a las necesidades de sus habitantes durante generaciones, tendría que ser tan grande como..., como esto. Me pregunto cuántos soles visitaron antes de encontrar el nuestro y saber que su búsqueda había terminado.

—Así que imaginó usted todo esto antes de que empezáramos —dijo Blake.

—Oh, no todo.

—¿No? —Sparta le miró con curiosidad.

—Nunca pensé que fueran criaturas marinas —dijo Forster, con su suave voz llena de maravilla—. Incluso con todo lo que hemos encontrado, el hielo y el mar temporal de ahí fuera, lleno de vida..., nunca se me ocurrió que *vivieran* en el agua. Cuando llegamos a la compuerta interior, mi primer pensamiento fue que la nave había sufrido una fuga y que todos ellos estaban muertos y que el hielo fundido había llenado su mundo-nave con agua.

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

—Usted se dio cuenta en seguida —dijo él con voz seca—. La presión y la temperatura aquí dentro son como las de los mares menos profundos de la Tierra.

—Sí. Y como los mares que en su tiempo cubrieron Marte y Venus —dijo Sparta.

—Los *mundos-sal*, así es como los llama la placa marciana. Sabíamos que debía

referirse a mundos oceánicos, pero no sabíamos lo importantes que eran los océanos para ellos. Océanos con exactamente la mezcla adecuada de nutrientes para sustentar a los de su raza.

Algo apareció como surgido de la oscuridad debajo de ellos, una enorme estructura como de encaje de bóvedas cristalinas. Más abajo, según el sonar del Manta, había otro caparazón liso.

—Si tuviera que adivinar, diría que nos hallamos dentro de un hangar —dijo Blake—. Tienen que disponer de naves más pequeñas que puedan llevarlos a los planetas.

—Me pregunto si hallaremos alguna vez alguna —dijo Forster—. ¿O regresaron aquí hace mil millones de años?

—Si esto es un hangar, está vacío excepto nosotros —dijo Sparta.

—Sí. Lástima.

—¿Por qué lástima, señor? —preguntó Blake.

—Su maravillosa maquinaria actuó a la perfección. Su miríada de animales despertaron de su helado sueño e hicieron lo que habían sido programados genéticamente a hacer. Pero al parecer han transcurrido demasiados millones de años. Fuera, todo está vivo y actuando. Aquí en el interior, todo es oscuro y vacío.

Sparta y Blake no dijeron nada, y Forster guardó silencio, sin intención de decir más. El Manta se deslizaba perezosamente por la negra agua, con los haces blancoazulados de sus focos captando elementos estructurales tan delicados como frondas de varec o ramas de coral. En cada lado oscuros pasajes les invitaban a entrar en laberínticos corredores; había demasiadas entradas para hacer ninguna elección obvia o fácil.

—Deberíamos empezar a volver antes de que preocupemos a los otros —dijo Sparta.

Forster asintió, aún meditando.

Ella se sintió impulsada a reconfortarle.

—Simplemente piense en lo que ha descubierto.

—Sí, pero realmente, es casi *demasiado* grande —dijo con voz débil—. Sin mencionar que está lleno de agua.

—No se preocupe, pondremos a todo el mundo a trabajar —dijo ella.

—¿Cómo? —Forster se agitó—. No estoy seguro de comprender.

—Los usaremos como buceadores..., los meteremos en trajes espaciales y los bajaremos hasta aquí, de dos en dos. El Manta puede ser llenado con agua, y una vez los tengamos aquí dentro del núcleo, la presión es lo bastante baja. Un traje rígido puede soportarla fácilmente. —Sonrió—. Sigue siendo el hallazgo arqueológico más grande de la historia, profesor. Aunque esté lleno de agua.

—No quiero ocupar más espacio aquí con otra descripción de todas las maravillas de Amaltea. Ya hay suficientes docu-chips y fotogramas y mapas y disquisiciones eruditas sobre el tema..., mi propio librochip, por cierto, será publicado muy pronto por Sidgwick, Routledge & Unwin..., pero lo que me gustaría darles en vez es una impresión de lo que significó ser uno de los primeros humanos en entrar en aquel extraño mundo acuoso...

Bill Hawkins se dio la vuelta en su sueño, se puso más cómodo en las flojas correas que lo sujetaban al camastro, y reanudó el murmullo de su soliloquio en el sueño:

—Sin embargo, lamento decirlo..., sé que suena difícil de creer..., simplemente no puedo recordar lo que sentía cuando el submarino europeo me expulsó a la oscuridad. Supongo que podría decir que me sentí tan excitado y tan abrumado por la maravilla de aquello que olvidé todo lo demás...

En su sueño, Hawkins era un maravilloso orador, siempre fluido, suave —pero humilde, por supuesto—, aunque su audiencia cambiaba constantemente, de atestada sala de conferencias a íntimo videoestudio a círculo de hombres barbudos con esmoquin en la sala de recepciones llena de mapas en las paredes de un vagamente imaginado Club de Exploradores...

—Ciertamente recuerdo la impresión de su tamaño, algo que los simples holos nunca podrán proporcionar. Los constructores de esta nave, procedentes de un mundo acuoso, eran gigantes, al menos cuatro veces el tamaño de los seres humanos..., o eso suponemos por las dimensiones de sus accesos y corredores, que eran lo bastante grandes como para dejar pasar al submarino. Éramos meros renacuajos agitándonos entre sus obras.

»Nunca fuimos más abajo de los niveles exteriores, así que encontramos muy pocas de las maravillas científicas que expediciones posteriores descubrieron. No importa: teníamos suficiente para mantenernos ocupados. Supusimos que estábamos explorando las zonas residenciales y las salas de control y cosas así, pero la arquitectura era tan extraña y abrumadora que nunca estábamos perfectamente seguros de qué era lo que contemplábamos..., muy bien podíamos estar nadando en un jardín de pulpos. Oh, había inscripciones por todas partes, millones de caracteres de ellas, y pasé la mayor parte de mi tiempo intentando descifrar lo suficiente para captar su sustancia. La mayoría eran inimaginablemente apagadas, meras listas de pertrechos o diagramas etiquetados para dispositivos incomprensibles.

»Pero no había representaciones de las criaturas que las habían escrito, ninguna señal de las criaturas que vivieron en esos intrincados salones. Sabíamos por la placa marciana que no carecían de vanidad, pero no conservaban en ninguna parte

imágenes de ellos mismos, ni siquiera superficies lo suficientemente lisas y planas para servir, como la placa marciana y las tablillas venusianas podían haber servido, de no estar cubiertas por símbolos, como espejos...

Hawkins murmuró y gruñó. En su sueño estaba contemplando un espejo inscrito con un millar de caracteres alienígenas, y detrás de ellos un rostro le devolvía la mirada, no el suyo...

El rostro se parecía al de la mujer psiquiatra que le había entrevistado antes de ser aceptado para la expedición.

—*Podría* decir que me sentía excitado y abrumado por la maravilla de todo aquello..., pero eso sería inexacto. —Las afirmaciones de su sueño se volvían exigentes, las palabras precisas. La psiquiatra del sueño le miró escéptica—. En realidad, la primera vez que la inspectora Troy me sacó del pequeño y atestado Manta al cálido interior líquido del corazón de Amaltea (en realidad me empujó, más bien bruscamente, con una fuerza sorprendente para una mujer de su tamaño), mi mente estaba tan llena con pensamientos de Marianne que no presté atención a lo que estaba haciendo hasta que hube recorrido algunos cientos de miles de...

Un nuevo rostro se enfrentó a él en su sueño. Gimió en voz alta. Sus ojos se abrieron de pronto en la oscuridad.

Su corazón bombeaba con grandes y lentos latidos y su frente estaba perlada de sudor. Tanteó en la bolsa en la pared a su lado y halló un tisú, que utilizó para secarse cuidadosamente el sudor. Nunca sería capaz de erradicar el recuerdo del horriblemente ennegrecido y ensangrentado rostro de Marianne mientras yacía ciega y apenas consciente dentro de los restos del Crucero Lunar.

Pero menos de veinticuatro horas más tarde —mantuvo la guardia hasta que el profesor le ordenó que se fuera a dormir—, todas las células reventadas y la sangre vertida de su arruinado rostro habían sido retiradas y digeridas, y su piel estaba de nuevo tan fresca y nueva como la de una niña de diez años. Su belleza hizo que le doliera el corazón.

Hawkins compartía la diminuta cabina dormitorio con el profesor —se había trasladado a la cabina del profesor cuando Sparta se instaló en la de Blake—, pero el trabajo de explorar la gran nave-mundo había requerido que la tripulación del *Ventris* trabajara en turnos, y por el momento Hawkins tenía el lugar para él solo. Sabía que no iba a volver a dormirse pronto. Sus sueños habían sido demasiado vívidos.

No había dedicado ningún pensamiento —consciente, al menos— a lo que iba a hacer con sus experiencias cuando regresara a la civilización. Estaban los varios acuerdos y contratos de confidencialidad que había firmado antes de subir a bordo, pero éstos lo limitaban solamente a efectuar sus declaraciones públicas con el profesor hasta que los resultados científicos de la expedición hubieran sido publicados. Forster había prometido que no tenía intención de retrasar la publicación y ninguna

inclinación a amordazar a su tripulación.

Se le ocurrió a Hawkins que iba a haber una gran demanda de las memorias de aquéllos que habían estado realmente en el escenario de los hechos, incluidas las de él. Ciertamente, el tener a Randolph Mays cerca no desanimaba las fantasías de fama.

Quizá su sueño estaba intentando decirle algo. Mientras el sueño no llegaba, no iba a hacerle ningún daño empezar a tomar algunas notas privadas. Tendió la mano hacia su chip de grabación, lo conectó, y empezó a susurrar en la crujiente oscuridad del compartimiento. Empezó allá donde le había dejado su sueño.

—Apenas había pasado otra hora antes de que ellos dos, Marianne y ese odioso Mays, estuvieran despiertos y en condiciones de hablar..., cosa que hizo casi exclusivamente Mays. Puesto que no había espacio en la clínica, lo observé todo por el monitor, lo cual fue una suerte, puesto que dudo que hubiera sido capaz de mantener mis manos lejos de la garganta de Mays. Su personalidad televisiva es muy conocida, pero es engañosa. En carne y hueso es un hombre alto, más bien cadavérico, con un menguante pelo y una actitud de campechanería que uno se da cuenta en seguida que es sólo a flor de piel, la coloración protectora de alguien que tiene que mostrarse amistoso con demasiada gente. Debajo hay un *carnívoro*, como ya había aprendido.

»"Espero que esto sea una sorpresa para *ustedes* tan grande como lo es para *mí*", nos dijo en un absolutamente inadecuado intento de sinceridad, como si tan sólo se hubiera presentado a una invitación a cenar un día antes. "Veo que ya conocen a mi..."

»Hubo sólo una ligerísima pausa antes de la siguiente palabra de Mays, pero fue lo suficientemente larga como para hacerme ver rojo: "...*ayudante*", dijo, "Marianne Mitchell".

»"De hecho, hemos tenido el placer de conocerla", respondió el profesor con rostro inexpresivo, manteniendo su insinceridad bien enterrada. "¿Y qué les ha traído hasta aquí? Un problema con su cápsula, evidentemente. ¿Por qué no nos habla de ello?"

»Mays nos obsequió con un relato de inocencia y modesto heroísmo..., acerca de sus hercúleos esfuerzos por improvisar un programa que compensara el mal funcionamiento del sistema de maniobra de la cápsula, con la esperanza de que les hiciera descender suavemente sobre Amaltea. Todos sabíamos ya que era una sarta de mentiras. Y sin duda Mays *sabía* que nosotros sabíamos que estaba mintiendo, pero no había nada que pudiera hacer al respecto, porque él también comprendía bien que las grabadoras de la nave estaban registrando todas sus palabras y que cualquier cosa que dijera podía ser esgrimida en contra suya en la inevitable investigación que la Junta Espacial efectuaría sobre el accidente.

»El profesor le dejó, impasible, que se colgara a sí mismo. Cuando a Mays se le

acabó finalmente el aliento aguardé a que Forster lo enfrentara con sus mentiras; en vez de ello, el profesor dijo: "Me alegra poder decirle que estará usted en pie dentro de pocas horas. Desgraciadamente, no vamos a regresar a Ganimedes por un tiempo, y Amaltea se halla todavía bajo la cuarentena de la Junta Espacial. De modo que me temo que se encuentra usted varado aquí con nosotros."

»Sin convencer a nadie, Mays hizo todo lo posible por parecer abrumado por la noticia. El profesor siguió: "Pero, cuando se sientan con las fuerzas suficientes, agradeceremos cualquier ayuda que usted y la señorita Mitchell puedan proporcionarnos", ¡pueden imaginar mi consternación al oír aquello!, "porque quiero que sepa, Sir Randolph, que recientemente hemos hecho el más extraordinario de los descubrimientos. Y, gracias a una coincidencia aún mayor, aquí está usted para compartirlo con nosotros..."

»Miré a Marianne, que flotaba en su arnés de apoyo vital casi tan desnuda como el día que nació..., de hecho no mencionaría esto aquí si no fuera por mi aguda consciencia de que el horrible y viejo Mays flotaba en el mismo estado a su lado. Algo atávico se agitaba en mí. Deseaba cubrirla con algo, volver a las actitudes del siglo pasado. Recordaba mi humillación, y decidí no dejar que las cosas siguieran como habían quedado cuando abandonamos Ganimedes.

Hawkins hizo una larga pausa para secarse su sudorosa frente.

—Pero me estoy desviando del tema. En cualquier otra circunstancia, dado aquello con lo que habíamos tropezado, nos hubiéramos sentido contentos de tener un poco de ayuda, pero Sir Randolph Mays era una serpiente, y el profesor lo sabía. De acuerdo, Mays no iba a ir a ninguna parte sin el *Ventris*, pero había algunas cuestiones espinosas, como si podíamos negarle legalmente el acceso a las comunicaciones.

»De todos modos el profesor agarró firmemente aquella ortiga. Tan pronto como estuvo de vuelta en la sala de oficiales, lejos del alcance del oído de las personas en la clínica, nos llevó a todos aparte y nos dijo: "Espero que estemos todos de acuerdo. En lo que a mí respecta, pueden ir donde quieran y grabar todo lo que quieran, siempre y cuando *no cojan nada*, y siempre y cuando no transmitan nada antes de que volvamos a Ganimedes."

»"No veo cómo podemos detenerles —indicó McNeil, con aquella manera engañosamente lánguida que tiene de hablar, por la que sabes que está maquinando algo—. ¿Y si intenta arreglar la radio de su cápsula? En especial teniendo en cuenta que en realidad no está rota."

»"Descartado —dijo Forster con alivio—. Por un lado, eso sería manipular evidencias."

»Forster me dedicó el asomo de una sonrisa. "No, Bill, sospecho que nosotros también vamos a sufrir una avería en las comunicaciones..., del mismo tipo que la de la cápsula de Sir Randolph. Desgraciadamente, dentro de un par de días o así se

difundirá la noticia de que aquí ya no estamos bajo la protección de la Junta Espacial. Pero mientras tanto, si podemos retrasar la interferencia de los mundos exteriores, tendremos la oportunidad de conocer mejor a nuestros invitados."

»Desde que se iniciara todo el incidente, yo había estado jugando al moralista..., en bien de Marianne, o así al menos me decía a mí mismo. Hasta este punto. Porque de pronto me vi enfrentado a nuevas posibilidades. Marianne y yo, incomunicados...

»Pero Forster no había terminado; tenía otro as en la manga. "Antes de que perdamos la comunicación con el resto del sistema solar, sin embargo, voy a registrar una reclamación sobre Amaltea. Estará en Ganimedes y de allí a Manhattan y a Estrasburgo y La Haya antes de que Mays y su, hum, ayudante consigan librarse de sus impedimentos médicos."

»"¿Cómo piensa hacer esto, señor?" De nuevo yo. Pongamos en palabras lo obvio. "La ley espacial prohíbe a grupos privados reclamar la propiedad de cuerpos astronómicos."

»Forster me lanzó aquella patentada mirada suya de soslayo, con una ceja alzada y la otra bajada. "No me estoy anexionando un cuerpo astronómico, señor Hawkins. El núcleo de Amaltea es el pecio de una nave espacial. En nombre de la Comisión Cultural, presentaré una reclamación por *derechos de salvamento*. Si Mays intenta coger algún recuerdo, estará robándolo del Consejo de los Mundos. Le explicaré la situación antes de que tenga ninguna idea brillante al respecto."

»Y eso fue todo. Durante los últimos tres días el profesor ha estado haciéndonos trabajar a todos tan intensamente que apenas he podido intercambiar alguna palabra en privado con Marianne.

A través del casco del *Ventris* Hawkins oyó el golpear de las escotillas y el silbido del gas. Cambio de turno. Era el momento de arrastrarse hasta su traje espacial. Hizo una última observación a su grabadora:

—Pero no he tenido tiempo de pensar en ella tanto como esperaba. Los niveles de la «nave-mundo» que hemos visitado hasta ahora requerirán toda una vida de exploración. Y esta tarde encontramos al *Embajador*...

Sumergirse en las aguas ahora poco profundas hasta el núcleo era como sumergirse en bullabesa, espesa con gran cantidad de vida. Las grandes torres calefactoras del núcleo agitaban y revolvían la sopa con firmeza, como si hubieran estado trabajando en la cocina desde la eternidad. Quedaban menos de una docena de revoluciones de Júpiter antes de que la espejeante superficie del núcleo quedara al descubierto, estéril, en el espacio, hervida hasta desaparecer en el vacío toda la vida a la que había dado nacimiento.

Dentro del frío núcleo en Manta —negro iridiscente, respirando a través de sus branquias, con su piel revestida con una sustancia resbaladiza para hacer que se deslizara fácilmente por el agua, sus focos como fríos ojos en la noche— estaba como en su casa en la oscuridad líquida. A lo largo de sus costados, exploradores con abultados trajes de lona blanca se bamboleaban como muñecos ahogados.

Eran los arqueólogos más afortunados de toda la historia humana; habían tropezado con una nave espacial tan grande como una docena de ciudades de la Tierra, cada una de ellas envuelta dentro de una esfera tan delgada como la piel de un globo, una dentro de la otra, y todas aquellas esferas sucesivamente alojadas llenas de agua. Helada hasta cerca del cero absoluto durante mil millones de años, aquella nave tan grande como un mundo se hallaba perfectamente conservada.

Estaba absolutamente desierta; la simple vida acuática que hormigueaba en el agua exterior no aparecía por ninguna parte en las estériles y más cálidas aguas interiores. Presumiblemente los habitantes de la gran nave habían partido a colonizar nuestro sistema solar hacía más de mil millones de años; sin embargo, era tan enorme que nadie podía asegurar que algún espécimen recientemente descongelado de una inteligencia alienígena no pudiera ser hallado justo al doblar la siguiente esquina de uno de aquellos interminablemente curvos y serpenteantes corredores como cavernas. Miles de enormes cámaras daban la impresión de formaciones submarinas naturales, excepto que no había vida en ellas. Atrás quedaban ingentes cantidades de artefactos: herramientas e instrumentos y lo que tal vez podían ser muebles, y objetos inscritos, y objetos lisos, algunos sencillos, otros complejos, algunos cuya finalidad podía adivinarse, otros desconcertantes..., demasiado para que una simple media docena de seres humanos empezaran a catalogarlo.

Forster, con Sparta pilotando el submarino, descubrió la «galería de arte» la mañana del segundo día, durante una rápida exploración del hemisferio polar sur. El término brotó de forma espontánea en su mente, y de hecho no había un nombre mejor para el edificio, porque no parecía haber ningún error en su finalidad.

—Como alguien, no sé quién, dijo —gruñó al grupo: su cansancio empezaba a erosionar su entusiasmo, y se mostraba muy poco característicamente impreciso—, el

arte de un pueblo revela su alma. Puede que en estos compartimientos encontremos una clave que nos conduzca al alma de la Cultura X. —Decretó que la expedición concentrara sus energías en ella.

Forster dividió a su gente en tres equipos; para un arqueólogo, era capaz de ocasionales intuiciones respecto al comportamiento de los seres humanos vivos, así que se ocupó de separar a Mays de Marianne Mitchell y a Marianne de Bill Hawkins. Dos de los tres tripulantes del *Ventris* —Walsh, McNeil y Groves— permanecerían siempre a bordo, uno durmiendo, el otro despierto, mientras el tercer tripulante trabajaba con los demás. Dentro del núcleo, la «nave-mundo», se suponía que una persona permanecía siempre en el Manta mientras las otras dos trabajaban en sus trajes especiales. Era un buen plan, y funcionó..., al menos durante el primer par de turnos.

Forster y Josepha Walsh y Randolph Mays formaron el primer equipo, Blake Redfield y Angus McNeil y Marianne Mitchell el segundo, Tony Groves y Bill Hawkins y Ellen Troy el tercero. Los viajes del Manta a la superficie se hacían cada vez más cortos a medida que el océano pseudoártico de Amaltea se evaporaba rápidamente al espacio.

Entonces el *Ventris* desarrolló un problema en su escudo superconductor contra las radiaciones. Incluso a la sombra de Amaltea, el escudo era vital para la seguridad de todos ellos, y si dejaba de funcionar eso significaría su partida inmediata hacia Ganimedes, de modo que Walsh y McNeil tuvieron que ser dejados de lado para poder ocuparse de él, un proceso que ocupó todo un día y se prolongó al siguiente.

La planificación de Forster se fue pronto al diablo; formó los equipos de exploración con la gente que estaba lo suficientemente fresca como para seguir trabajando.

La estructura a la que había llamado la galería de arte era enorme, incluso según los estándares de la raza que había construido la «nave-mundo». No había nada frío o mecánico en su arquitectura, aunque como las demás estructuras en la «nave-mundo» estaba construida de la misma brillante materia semimetálica que había desafiado el análisis humano durante décadas, desde que fuera hallada la primera muestra de ella en Marte. La parte más alta del edificio trepaba hasta media distancia entre los dos niveles más interiores —el espacio abierto más grande de todo el núcleo—, y aunque era con facilidad más alta que la Torre Eiffel estaba construida como el ábside de Notre Dame, con contrafuertes incluidos.

Sir Randolph Mays, con su tendencia natural hacia la grandiosidad, insistió, estimulado por este parecido, en llamarlo «El Templo del Arte». Nadie había hallado ninguna huella de nada que pareciera siquiera vagamente religioso a bordo de la «nave-mundo», pero el nombre de Mays para el lugar no parecía inapropiado, y cuajó.

Tras un día de exploración, Forster se sentía extático.

—Si vaciáramos los mejores museos de la Tierra, si los vaciáramos también de todos sus tesoros legítimos y de todos los mal obtenidos, requisados o robados, no podríamos llegar a aproximarnos siquiera al número de piezas y al nivel de calidad de lo que estamos encontrando aquí. —Su estimación general situaba el número de exhibiciones en el templo entre diez y veinte *millones*; qué porción de la variedad cultural de una civilización alienígena representaba esto nadie podía saberlo, pero la suposición menos presuntuosa era que se trataba del mejor fruto conseguido de una raza cuya historia había sido mucho más larga, antes de desaparecer, que la historia de la humanidad sobre la Tierra.

Transcurrieron otros dos días. Con la planificación original de Forster inoperante, Tony Groves estaba en el submarino y Bill Hawkins en el agua con Marianne. Era la primera ocasión que tenía que estar completamente a solas con ella desde el accidente..., aunque bajo el agua, y ambos en trajes espaciales, incluso un patriarca del siglo pasado hubiera hallado superflua una dama de compañía.

Su trabajo les daba suficientes temas de los que hablar sin necesidad de hollar temas sensibles. Hawkins se sintió agradecido por su calidez, aprobó su enfoque de la situación, se sintió tremendamente impresionado por la habilidad y competencia que demostraba al haber aprendido en tan poco tiempo a maniobrar en su traje y hacer el trabajo que se requería de ella. Como él, ella había empezado con una desventaja; si acaso, aprendía aún más rápido.

Estaban grabando un gran friso de metales de color, bronce y oro y plata y cobre incrustado de verde, en parte embutido, en parte fundido, un efecto que recordaba a Hawkins la técnica de finales del siglo xx de unión con altos explosivos. Hawkins tomó nota de preguntarle a Blake al respecto; en una conversación casual, Blake había revelado que sabía bastante de explosivos. El friso mostraba el fondo de un océano y una intensa recopilación de criaturas marinas —una escena de la naturaleza, no el interior artificial de la nave—, pero aunque parecía tan familiar como un arrecife de coral en las inmediaciones de Australia, nada de lo reflejado en él era exactamente igual que lo que uno hallaría en los mares de la Tierra. Además, muchas de las plantas y animales tenían palabras grabadas —nombres, quizá, como los nombres en puntiagudos caracteres griegos antiguos al lado de los retratos de los santos en los iconos dorados—, etiquetando aquí corales y gusanos y cosas llenas de púas y peces del arrecife y animales flotantes parecidos a sombrillas y a cintas y con muchos brazos en las aguas de arriba, y grupos de grandes animales como tiburones o delfines, buceando juntos, que mostraban en sus cuerpos la universalidad aerodinámica en forma de torpedo de los nadadores rápidos. Hawkins leía fácilmente

el sonido de las palabras, pero el resultado no tenía equivalente en ninguno de los lenguajes de la Tierra con los que estaba familiarizado.

Las brillantes imágenes de la pared reflejaban la danzante luz de su linterna de vuelta a Hawkins mientras éste derivaba en silencio por su lado en la oscura agua, sumido en trance. Antes de que se diera cuenta se había metido en un espacio demasiado estrecho para que el Manta pudiera seguirle.

—¿Tony? ¿Dónde te he perdido? —No obtuvo respuesta. Al mismo momento observó que Marianne ya no estaba tampoco con él.

Se dio la vuelta. Los trajes espaciales no estaban equipados con sonar, y las radios de los trajes no trabajaban bien bajo el agua, en especial entre aquellas paredes altamente reflexivas. Hawkins no estaba preocupado; no podía haberse desviado mucho del Manta. Y Marianne estaría cerca del submarino. Por valiente que fuera, y rápida en aprender, también era sensata, y generalmente tenía buen cuidado de permanecer dentro de un radio donde pudiera ser auxiliada con rapidez.

El estrecho pasadizo se bifurcaba, luego trifurcaba. Todas las superficies de los corredores divergentes estaban cubiertas con intrincados relieves y tallas metálicas. El ángulo de la linterna de Hawkins cayó sobre las paredes en dirección opuesta a la de un momento antes, y aunque todo parecía familiar, nada era lo mismo.

Estaba seguro de que había venido por... ¿dónde? Aquel pasadizo de la izquierda. Pero justo cuando iba a entrar en él, creyó captar un destello blanco al extremo de su visión y al límite de la luz de su antorcha, unos diez metros más allá por un corredor distinto.

—¿Marianne?

Se abrió camino hacia un pasadizo diferente, siguiendo el fuego fatuo que podía no ser más que su propio reflejo, y un momento más tarde llegó a una pequeña cámara circular, que era el lugar de encuentro de seis corredores radiales. Sintió la primera punzada de preocupación...

... justo en el momento en que el haz de su linterna cayó sobre la estatua.

El momento en el que uno se encuentra por primera vez ante una gran obra de arte produce un impacto que nunca puede volver a ser capturado; el tema alienígena de aquella obra exageraba el efecto, lo hacía abrumador. Allí, plasmado con una soberbia habilidad y autoridad en metal cuyo suave color y lustre se parecían al peltre, había una criatura obviamente modelada de la vida. Hawkins era el primer humano, por todo lo que sabía, en ver cuál era exactamente el aspecto de un representante de la Cultura X.

Dos ojos refractantes le miraron serenamente: unos ojos hechos de cristal, como los griegos habían hecho los ojos de sus incomparables bronces de tamaño natural. Pero estos ojos estaban separados treinta centímetros, y estaban puestos en un rostro de tres veces el tamaño de un rostro humano, un rostro sin nariz y con una boca que

no era humana, quizá ni siquiera fuese una boca, sino más bien un intrincado pliegue de carne. Sin embargo, el efecto era de una serena y comunicante emoción.

Pese a que no había nada humano en el rostro ni en el cuerpo, la figura emocionó a Hawkins profundamente, porque el artista había superado las barreras del tiempo y de la cultura de una forma que nunca hubiera creído posible. Había muchas cosas que los humanos no compartían —no podrían haber compartido— con los constructores de aquel mundo, pero todo lo que era realmente importante, le pareció a Hawkins, debían de haberlo sentido en común.

—No es humano —pensó en voz alta—, pero pese a todo es humano.

Del mismo modo que uno puede leer emociones en el extraño pero familiar rostro de un perro o un caballo, así le parecía a Hawkins que creía conocer los sentimientos del ser submarino cuyos ojos sin vista miraban fijamente a los suyos. Había sabiduría y autoridad, el tranquilo y confiado poder que se refleja —la mente histórico-artística de Hawkins buscó un ejemplo apropiado entre las grandes potencias oceánicas de la Tierra— en el retrato de Bellini del Dux Leonardo Loredano de Venecia, difuso por una luz perlina procedente de ventanas no visibles que dominan un brumoso mar. Y había tristeza también, la tristeza de una raza que había hecho un gigantesco esfuerzo y lo había hecho en vano.

Hawkins flotaba absorto ante la criatura, que parecía encapuchada en su propia carne. Como un calamar gigante, un alto manto se alzaba por encima de su rostro, y estaba orlado de tentáculos, pero al contrario que un calamar, la planificación de su cuerpo era un largo y estrecho elipsoide, con la mitad inferior equipada con poderosas aletas. Las branquias marcaban su manto con ranuras paralelas formando galones; su toma de agua estaba encima del rostro, separada de la aparente boca, coronando la «frente» del ser como una diadema.

¿Por qué esta solitaria representación de los amalteanos, como Hawkins había empezado a pensar en ellos? No lo sabía; lo único que sabía era que éste había sido puesto allí a propósito, para trazar un puente sobre el tiempo, para dar la bienvenida a cualquier ser que algún día pudiera entrar en la gran nave. El que hubiera sido instalado dentro de aquella cámara, aislado del exterior por estrechos corredores, sugería que eran esperadas criaturas no mayores que ellos mismos..., o que sólo a ellas se les permitiría entrar.

—Bill, es maravilloso —dijo la voz de Marianne en el comunicador de su traje.

Sobresaltado, hizo un agitado intento de volverse. Ella estaba flotando a solo tres metros detrás de él, tras acercarse en silencio.

—¿Cómo has venido detrás de mí? —preguntó bruscamente—. Creí verte que ibas hacia ese otro lado.

—¿Oh? Bueno, tú no podías haber estado siguiéndome. Yo he estado siguiendo la luz de tu antorcha. —Sonó un poco malhumorada—. Me asustaste mortalmente.

Estuve completamente sola durante... lo que pareció casi una hora.

—Más bien fueron cinco minutos —dijo él—, pero te debo una disculpa. Tenemos que ir con más cuidado. Yo..., me temo que simplemente me dejé llevar.

La brillante mirada de Marianne estaba clavada en la estatua.

—Es maravillosa —jadeó—. Simplemente piensa en ella aguardando aquí en la oscuridad durante todos estos millones de años.

—Más que unos simples millones de años. Al menos mil millones...

—Deberíamos darle un nombre.

—Eso suena un tanto presuntuoso...

—Es una especie de mensajero, creo, que trae un saludo para nosotros —siguió ella, ignorando sus objeciones. Su atención estaba clavada en la estatua—. Aquéllos que la hicieron sabían que un día alguien vendría aquí y encontraría este lugar. Hay algo noble en ella, y algo muy triste también. —Volvió su embelesado rostro hacia Hawkins—. ¿No lo sientes así?

Él había estado observando el rostro de ella a través de su placa facial, iluminado sólo por la luz reflejada de sus linternas, y en aquel momento estuvo convencido de que su primera impresión de ella había sido la correcta: pese a todos los desafortunados acontecimientos que se habían producido en Ganimedes y desde entonces, seguía siendo la mujer más hermosa que jamás hubiera conocido.

Y la más digna de ser amada. En el momento en que volvió sus verdes ojos hacia él, tuvo la sensación de ese dolor familiar, que no parecía hacer más que empeorar, allá donde hubiera debido estar su corazón...

—El *Embajador* —dijo ella—. La llamaremos el *Embajador*.

... y, realmente, casi con toda seguridad la más inteligente...

Hawkins se recordó dónde estaba, miró bruscamente de nuevo a la estatua, y halló que la reacción de Marianne al... *Embajador* era virtualmente idéntica a la suya.

—Bill, ¿no crees que deberíamos llevárnosla de vuelta con nosotros? —susurró ella—. Para darles a la gente de la Tierra y de los demás mundos alguna idea de lo que realmente hemos encontrado aquí.

—El profesor no está en contra de retirar algunos artefactos de los museos *correctos*, al final. —Lástima que Marianne no comprendiera, pero después de todo no estaba educada en las disciplinas arqueológicas—. Pero no hasta que hayan sido reunidos todos los datos.

—¿Cuánto tiempo tomará eso?

—Bueno, significa el contexto total de cada hallazgo, lo cual, en el caso de Amaltea, no va a poder ser registrado en el poco tiempo que nos queda. Se necesitarán cientos de personas, quizá miles, y bastantes años, para hacer todo lo que se necesita hacer aquí.

—Si ésta fuera la *única* pieza retirada, estoy segura de que no arruinaría el

registro general —dijo ella.

Hawkins pensó en aquello. De hecho, Marianne podía ser brillante, o estar muy cerca de ello. La retirada de una sola estatua, una vez fotogramada y hologramada, probablemente no significaría mucha diferencia para la comprensión arqueológica de Amaltea. Pero no deseaba animar esa línea de pensamiento.

—Su masa debe ser como mínimo de una tonelada. Simplemente tendrá que esperar.

Ella se mostró genuinamente desconcertada.

—No pesa nada —protestó—. No más que nosotros.

—El peso es una cosa, la inercia otra... —empezó a decir él.

Ella se refrenó.

—Soy muy consciente de eso.

—De acuerdo. Y yo no soy físico. Todo lo que sé es que Walsh me dice que no podemos permitirnos el combustible..., sobre todo desde que tenemos que llevaros a Mays y a ti de vuelta a Ganimedes con nosotros. Sin mencionar vuestro Crucero Lunar. —La miró nerviosamente—. Será mejor que vaya a comunicárselo al profesor.

Ella le dirigió una pequeña sonrisa.

—No te preocupes, Bill. No voy a presionar.

Y eso, al menos por el momento, fue todo. La salida del laberinto fue más simple que la entrada, y hallaron a Tony Groves esperándoles en el Manta a sólo unos metros de distancia, sin tiempo siquiera de haber empezado a preocuparse por ellos.

Salieron sin incidentes..., es decir, excepto el segundo atisbo por parte de Bill Hawkins de algo pálido en la acuosa distancia, algo que entraba y salía rápidamente de su visibilidad, algo que definitivamente no era Marianne, porque ella nadaba delante de él, bien protegida por su abultado traje...

—¡Randolph! Creo que *tú* puedes persuadir a Forster de que la traiga... Es la cosa más emocionante que una puede imaginar.

Marianne y Mays se encontraron a solas en el corredor fuera de la bodega del equipo cuando ella salía de turno y se estaba quitando su mojado traje espacial, y él estaba forzándose hacia la consciencia total con un ardiente bulbo de café que McNeil le había traído pensativamente.

—Tu joven amigo Hawkins tiene razón, Marianne. Si es tan *masiva* como suena, no hay forma alguna de traerla hasta aquí. Al menos sin desechar nuestro pequeño Crucero Lunar.

—¡El Crucero Lunar! ¿Por qué insiste tanto Forster en llevar de vuelta con nosotros esa cosa horrible?

—Una *vendetta* contra mí —susurró Mays—. Por mucho que necesite nuestra ayuda, creo que aún le gustaría hacernos aparecer como culpables de algo en la

investigación.

—Pero ¿cómo puede *hacer* eso? —Estaba genuinamente indignada.

Mays se encogió de hombros. Estaba pensando en otra cosa.

—Este *Embajador* tuyo..., es el *punto fundamental* de la más grande historia de la época..., y apostaría cualquier cosa a que Forster tiene intención de mantenerlo secreto.

—¿*Secreto*?

—Forster no es un arqueólogo legítimo, Marianne. No me repetiré; ya hemos hablado suficientes veces de ellos. Incluso el *nombre* de esta nave es un indicio, ese Michael Ventris al que admira tanto, el tipo que descifró la Lineal B. ¡Pero Evans, el tipo que descubrió a los minoicos, se negó a *publicar* su gran cantidad de tablillas Lineal B durante treinta años! Hasta que otros descubrimientos le obligaron. Nosotros *tenemos* que obligar a Forster, Marianne. Tenemos que conseguir nuestros hologramas del *Embajador* y enviarlos por un *privenlace ahora*, para asegurarnos de que *nada* se interpone en el camino de su publicación.

Como Mays sabía ya, Marianne no podía estar más de acuerdo.

—¿Cómo podemos hacerlo? —preguntó.

Mays dejó escapar un suspiro de alivio al ver que ella se dejaba arrastrar a las cuestiones prácticas antes de que su subconsciente pudiera demorarse en la falta de lógica del planteamiento de él. Afortunadamente, *Forster admira a Ventris, pero no fue Ventris quien suprimió las tablillas* era un pensamiento que nunca se había formado en la mente de ella.

—Ven a los compartimientos dormitorio conmigo —susurró con urgencia—. Todo el mundo ha salido, podemos *hablar* un momento. Es algo *atrevido*, pero creo que puede hacerse...

Tenía que recordar siempre que Marianne era más lista en mente que en experiencia. Empezó a trazar un plan, aliviado de que su cerebro aún medio dormido no tropezara consigo mismo.

Quinta parte

JÚPITER CINCO MENOS UNO

22

En Ganimedes, una semana antes...

La altura del comandante, sólo ocasionalmente notable en Manhattan, hacía imposible no reparar en él en los corredores y pasillos del Océano sin Orillas, donde su cabeza de pelo gris muy corto se alzaba por encima del mar de brillante pelo negro mientras se abría camino entre la multitud. No hacía ninguna concesión a la seguridad excepto llevar un traje civil poco llamativo en vez de su uniforme azul. La seguridad era la menor de sus preocupaciones.

Halló el «Café de los Estrechos» y a Luke Lim en él, sentado en su mesa habitual al lado de la pared acuario. La atención del comandante se vio momentáneamente dividida entre Lim, el joven chino de aspecto más siniestro que jamás hubiera encontrado —pero, tras seguirlo durante días, ya se había acostumbrado a eso—, y lo que ciertamente era el pez más feo que jamás hubiera visto, mirando por encima del hombro del tipo. El comandante casi sonrió, pensando que quizá Lim se sentía atraído hacia esta mesa debido a que el pez era aún más feo que él.

El comandante se dirigió directamente hacia allí.

—Luke Lim —dijo con su cascajosa voz—. Soy el que le llamé.

—Eh, me ha reconocido, me siento impresionado. ¿No le parecemos todos iguales? —Lim sonrió sardónicamente, mostrando unos enormes dientes amarillos.

—No. Éste no es un lugar seguro, señor Lim. Sabemos que la propietaria, la señora Wong, ha informado de detalles de sus encuentros con Blake Redfield a Randolph Mays.

—Oh, Dios mío, esa odiosa señora Wong. —Lim lanzó una ceja en órbita—. ¿Ha causado algún daño?

—Quizás usted pueda ayudarme a evaluarlo. Pero deberíamos hablar en algún otro lugar.

Lim se encogió de hombros.

—Siempre que pague usted.

Cuando abandonaron el restaurante, Lim sugirió que se detuvieran un momento en su casa, que estaba cerca; deseaba recoger su guitarra. El comandante estudió suspicazmente el interior de los aposentos de Lim, esperando lo peor; las paredes eran sólidas, recubiertas con estanterías de libros y revistas en una mezcla de lenguajes europeos y chinos, y había de todo, desde clásicos orientales y occidentales

hasta pornografía oriental y occidental. El mobiliario soldado a mano ocupaba demasiado del escaso espacio, y había juguetes de alta tecnología en diversos estadios de montaje en los rincones y sobre las mesas, que parecían servirle indiscriminadamente a Lim como escritorios, bancos de trabajo, encimeras de cocina y mesas para comer. Brillantes pósters rojos y dorados en la pared pedían la independencia de Ganimedes del Consejo de los Mundos; en ellos, los oficiales de la Junta Espacial eran pintados como facinerosos de redondos ojos y botas hasta las rodillas.

Lim y el comandante compraron brochetas de cerdo a la barbacoa con salsa de soja a un vendedor en los corredores y se dirigieron a los jardines de hielo, abriéndose camino por mojados y resbaladizos escalones hasta el fondo de un cañón artificial, donde un arroyo se deslizaba a los pies de gigantescas esculturas talladas en el antiguo y duro hielo de Ganimedes. Allí estaban el feroz Kirttimukha, la rotunda Ganesha, la sanguinaria Kali, el sonriente Kwan-yin, y una hueste de otros seres sobrenaturales de quince metros de altura que gravitaban sobre los transeúntes que pasaban por su lado, bajo un negro y helado «cielo» a seis pisos de altura, profundamente tallado con un enorme y retorcido dragón de la lluvia.

Los dos hombres se sentaron en un banco al lado del humeante arroyo. Lim cogió su guitarra de doce cuerdas y pulsó un pasable solo del Concierto de Aranjuez, mientras el comandante hablaba en una voz muy baja que sonaba como piedras en la marea:

—... a través de Von Frisch. Mays estableció contacto con la Compañía de la Luna Naciente. Hace dos días Mays y la mujer, Mitchell, emprendieron el crucero estándar. Hace doce horas su cápsula se desvió del sendero programado. Parece que se estrellaron en Amaltea.

—*¿Parece?* —Lim pulsó un enérgico acorde en el antiguo y honorablemente desgastado instrumento clásico, con una expresión que era una exagerada máscara de incredulidad.

—No sabemos si sobrevivió alguien. —El comandante enfocó su mirada color zafiro sobre Lim—. En pocas palabras: hemos perdido la comunicación con la expedición de Forster. —Lo cual era cierto, aunque había habido una última y desconcertante comunicación de Forster tras el accidente..., pero no tenía nada que ver con Mays o Mitchell, y el comandante no tenía intención de mencionársela a Luke Lim o a nadie que tuviera ninguna necesidad de saberlo.

—¿Qué están haciendo al respecto?

—Nada. La Junta Espacial ha hecho pública una historia pantalla, afirmando que hemos establecido contacto con ellos, y que Mays y Mitchell están sanos y salvos y recuperándose de algunas heridas menores. Luego ya nos comeremos la historia si tenemos que hacerlo.

Lim pulsó fuertemente las cuerdas de la guitarra y le miró con ojos brillantes, muy abiertos e incrédulos.

—¡Aieeee, toda esta basura burocrática! ¿Por qué *mentir*, hombre?

—Trummy-trumm.

La mandíbula del comandante se encajó.

—En primer lugar, no tenemos ningún cúter a mano. Un pequeño fallo o, como diría usted, basura burocrática. Nos llevará dos días llegar a Amaltea en uno de los vehículos locales. Y... —alzó una mano para detener el desdén de Lim— segundo, la Junta Espacial no se lleva tan bien como eso con los indoasiáticos. No puede acudir a ellos en busca de ayuda y comprensión. Parece que creen que no somos más que un puñado de racistas de ojos azules que miran sobre todo por los intereses norcontinentales.

Lim miró fijamente a los ojos azules del comandante mientras desgranaba un intrincado arpegio de reminiscencias moriscas en el antiguo y suave instrumento.

—Sí, algunos de nuestros tipos más locamente radicales han susurrado ocasionalmente algunas palabras de este tipo en mi oído.

—No queremos decir que sea algo totalmente infundado. El asunto es —el comandante era normalmente muy bueno en ocultar la incomodidad, pero ahora la reveló en el ligero temblor de las aletas de su nariz— que no siento deseos de exponerme al ridículo, quiero asegurarme personalmente de que no hay ningún cúter a mano para acudir en rescate de Forster. No quiero tentar el que nadie fuerce la decisión.

Lim empezaba a ver cuál era esa decisión. *Trummy-trummy-trummy-trumm*.

—Así que Sir Randolph-Orgullo-de-Inglaterra-Mays ha ido a estrellarse por voluntad propia en el último lugar en que ustedes querrían verle, con una chica sexy blanca norteamericana con él. Pero le aseguro que no está jugando *nuestro* juego —*Trummy-trumm*—. Si *nosotros* estuviéramos intentado forzar la decisión, hubiéramos estrellado a esa Miss Océano sin Orillas de este año de trenzas ala de cuervo y pezones púrpuras. —Lim consideró el asunto por un momento, mientras el comandante aguardaba con paciencia. *Pickety-pickety-pic*—. Y yo con ella —dijo Lim al fin, con un corto asentimiento de la cabeza. *Tunc-ca-trumm*.

El comandante intentó ocultar su decepción..., Lim se negaba a ser serio.

—Usted era el agente de Forster aquí —dijo, cambiando de tema—. Usted arregló la venta del submarino europeo. No creemos que Von Frisch llegara a decir nunca nada de eso a Mays. Sin embargo, sabemos que manipularon el asunto de Luna Naciente..., probablemente Von Frisch les vendió los códigos del Crucero Lunar. Así que, ¿por qué no les vendió también la información acerca del submarino?

Lim gruñó. *Strummm... strummm...*

—Quizá debido a mi dinero..., el de Forster en realidad. Le ofrecí a Von Frisch

una bonificación de un dos por ciento si mantenía la boca cerrada.

—¿Por qué no le dijo a Forster eso? —Las palabras rasparon en la garganta del comandante.

—No creí que él tuviera que pagar. —Lim parecía mohíno, como si hubiera juzgado tristemente mal a uno de sus colegas; sus dedos pulsaron tristes melodías introspectivas—. ¿Von Frisch nunca chismorreó? No parece en absoluto propio del tipo.

El comandante no dijo nada.

Finalmente Lim suspiró y pareció relajarse. Dejó de tocar de pronto y puso su guitarra a un lado con un hueco y discordante sonido.

—¿Por qué yo, comandante? ¿Por qué confía en mí con toda esta información que puedo utilizar, si fuera un animal político, para echar a la maldita Junta Espacial de encima de nuestros hombros?

—Bueno, ésta es una conversación que puede negarse.

—¿Cómo sabe que no llevo una chipgrabadora en mi pendiente?

Pero ambos sabían que Lim no llevaba ningún aparato registrador. La expresión que aleteó en las comisuras de los labios del comandante no era exactamente una sonrisa.

—Blake confió en usted. Yo confío en él.

Lim asintió y dijo:

—Creo que desea que confirme lo que usted ya sabe. Probablemente Von Frisch lo *soltó* todo a Mays. Si Mays no lo hizo público es porque no es un periodista, quizá ni siquiera un profesor de historia a tiempo completo. Así que, cualquiera que sea el importante secreto sobre Amaltea que usted, usted personalmente, comandante, no la Junta Espacial, está intentando guardar, él va detrás.

—¿De veras? ¿Qué secreto puede ser ése?

—No lo sé ni me importa. Pero si yo fuera usted, me preocuparía por esa gente suya. Capto vibraciones en Mays.

—¿Vibraciones?

—El hombre es un tigre. Hambriento.

En Amaltea, en tiempo real...

—Ellen. Profesor. Es hora de irse. El lugar se está haciendo pedazos sobre nuestras cabezas. —Blake pilotaba el Manta, conduciendo a la solitaria figura blanca del profesor enfundado en un traje espacial mientras efectuaba una última pasada por el «Templo del Arte», registrando entre las burbujas que dejaba atrás todo lo que no tenía tiempo de estudiar—. Ahora mismo, profesor, o vamos a vernos en problemas.

—Está bien —llegó a regañadientes la respuesta—. Vuelvo a bordo. ¿Dónde está la inspectora Troy?

—Aquí estoy. —La voz de Sparta sonó atenuada en las profundidades de las aguas—. No voy a volver con ustedes.

—Dígalo de nuevo.

—Blake, tienes que explicárselo a los otros —respondió ella—. Tranquilízales.

—¿De qué está hablando, Troy? —preguntó Forster.

—Me quedaré aquí durante la transición —dijo ella.

—¿Qué transición?

—La nave derramará pronto sus aguas. Yo estaré a bordo durante esa transición.

—Pero ¿cómo podrá...?

—Profesor, suba a bordo *ahora mismo* —dijo Blake seriamente—. Se lo explicaré más tarde.

—Está bien.

Blake se puso una mascarilla de aire y pulsó las válvulas. El agua entró en tromba en el interior del Manta, llenándolo..., excepto unas cuantas burbujas reluctantes que no estaban seguras de qué lado era arriba. Blake pulsó otro botón y la escotilla del submarino se abrió de par en par.

Forster maniobró hasta la escotilla y se izó al submarino. Blake la cerró a sus espaldas y pulsó más interruptores: las bombas actuaron de nuevo, y el aire a presión empezó a forzar el agua al exterior. Dejó que su mascarilla cayera flácida mientras Forster se quitaba el casco. El Manta agitó las alas y se encaminó hacia la escotilla estancia polar sur de la «nave-mundo».

Blake intentó conectar con el *Ventris* por el sonarenlace.

—Vamos dentro —dijo—. Adelante, *Ventris*, ¿nos oís? Volvemos. —Pero no obtuvo respuesta. Se volvió al profesor—. Deben haber perdido el cable, o tal vez lo hayan recogido. Será mejor que nos apresuremos.

—¿Qué *hace* Troy? Dijo usted que me lo explicaría.

—No está *haciendo* nada, señor. Las cosas simplemente ocurren. Su lugar está ahí abajo. El nuestro, aquí arriba.

La cúpula de la escotilla polar sur no era tan grande como la ecuatorial a la que el banco de animales como calamares había conducido originalmente a Sparta y al profesor, pero seguía siendo lo bastante grande como para admitir un carguero terrestre. A medida que las capas moleculares se pelaban, o retiraban, o en cualquier caso se volvían mágicamente transparentes —en ese proceso que los exploradores humanos no habían empezado todavía a comprender, pero del que habían llegado a depender rápidamente—, Blake y Forster vieron a su través el hirviente mar de fuera, lleno con la rojiza opalescencia de la luz de Júpiter que brillaba a través del hielo que se sublimaba rápidamente.

—¡Eh, están entrando aquí! —exclamó Forster. Pese a su fatiga, todavía podía responder a nuevas maravillas.

El Manta nadaba hacia arriba contra una marea entrante de luminosas criaturas marinas, luminosos calamares y camarones y medusas y plancton por millones, que se derramaban en el interior del núcleo de la nave en ordenadas formaciones que formaban un desfile en el agua como columnas de humo en el viento.

—Ciertamente actúan como si supieran lo que están haciendo, ¿no? —observó Blake.

—Es como si la nave les estuviera atrayendo dentro... para protegerles.

—O para encerrarles en los corrales —dijo Blake secamente.

—Hum. —Forster halló aquella idea desagradable—. Están respondiendo con toda claridad a alguna señal preprogramada.

—Puede que sean simplemente condiciones de equilibrio. Dentro y fuera la presión y la temperatura están casi equilibradas en la superficie del núcleo.

—Muy racional —dijo el profesor—. Y aún un milagro.

Blake sonrió para sí mismo. El profesor J. Q. R. Forster no era dado a hablar de milagros. Pero cualquier tecnología lo suficientemente avanzada... Blake sospechaba que estaban al borde de encontrarse con uno o dos milagros más.

El liso y negro Manta estaba fuera de la esclusa ahora, y agitaba sus alas en una rápida ascensión hacia la superficie. La esclusa siguió abierta a sus pies, mientras las criaturas marinas se metían rápidamente en la enorme nave; por encima de ellos, el último resto de la capa dura de la corteza de hielo de Amaltea se estaba fracturando en placas cada vez más pequeñas.

Blake todavía no podía contactar con nadie del *Ventris*. Halló el agujero en el hielo sin ningún problema; el paso a través del pozo estaba fraguado de riesgo, pero el submarino lo cruzó limpiamente, así como la ardiente interface entre agua y vacío.

El *Ventris* permanecía a medio kilómetro de distancia de la hirviente superficie de la luna. Volando ahora como una nave espacial, el Manta alcanzó la bodega del carguero con rápidos chorros de sus cohetes.

—Ahí abajo empieza a parecer como una fiesta de Halloween —dijo Blake.

—¿Una qué?

—Como el caldero de una falsa bruja: una bañera llena de agua y hielo seco.

Debajo del submarino volador, capas de negra agua brotaban por las rendijas en el hielo, y de debajo de los bamboleantes témpanos ascendían grandes burbujas redondas llenas de lechoso vapor que estallaban en bocanadas de bruma. Delante del Manta, la bodega del equipo del *Ventris* permanecía abierta de par en par, con su interior de metal brillando contra las estrellas..., abierta, brillante y vacía.

—El Crucero Luna ha desaparecido —dijo Blake—. Las comunicaciones no funcionan, el radioenlace tampoco.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Forster.

—Será mejor que vuelva a ponerse el casco, profesor. Puede que tengamos

problemas ahí delante.

Sin la ayuda de los comenlaces, Blake metió cuidadosamente el Manta dentro de la abierta bodega del equipo y consiguió amarrar sin problemas el submarino. Los controles remotos aún funcionaban..., las grandes compuertas se cerraron en silencio sobre el submarino. Tan pronto como estuvieron selladas, el aire penetró en la bodega. Unos momentos más tarde, la escotilla al corredor central del *Ventris* se abrió, resonando audiblemente contra sus topes.

Blake probó de nuevo los comenlaces.

—¿Jo? ¿Angus? ¿Nos oye alguien? ¿Cuál es la situación ahí? —Miró a su alrededor a través de la burbuja, pero no pudo ver nada extraño. El que no apareciera nadie en la escotilla resultaba quizás un poco extraño, aunque no era en sí mismo inusual.

Los indicadores del submarino le dijeron que el aire dentro había alcanzado casi la presión normal.

—Bien, profesor, voy a abrir. Estamos más bien húmedos aquí dentro, de modo que lo más seguro es que esto se llene en seguida de bruma de vapor de agua. Déjeme salir primero.

—¿Por qué debe salir primero?

—Puedo moverme más rápido. No llevo traje espacial.

—¿Cree usted que hay algo que va seriamente mal?

—No sé qué pensar. Simplemente huele extraño.

Soltó los cierres de la compuerta del Manta, e hizo una mueca cuando sus tímpanos fueron golpeados por la diferencia de presión. El interior del Manta se llenó al instante de bruma, que cubrió de escarcha la superficie de la semiesfera de poliglás. Estaban ciegos dentro. La bruma se disipó rápidamente, pero la condensación en la esfera permaneció. Blake secó con rapidez el curvado poliglás, limpiando un espacio por el que mirar. No vio nada.

Se retorció en el angosto espacio para darse la vuelta a fin de salir de cabeza por la escotilla de la parte trasera del submarino. Había metido su cabeza y hombros en el frío y seco aire de la bodega del equipo...

... cuando algo rozó la expuesta piel de su cuello. Alzó la cabeza para ver a Randolph Mays acuclillado ingrátido sobre el lomo del Manta. En su mano derecha sujetaba un inyector de medicamentos con la forma de una pistola.

La enorme boca de Mays se curvó en una obscena sonrisa.

—Mal envite, creo que dicen ustedes en el fútbol americano. Un desgraciado error *táctico*. Debería haber enviado al profesor primero..., mi pequeña mezcla de productos químicos hubiera sido completamente *inefectiva* contra un hombre en un traje espacial.

Pero Blake no oyó el resto. Estaba ya dormido.

Dentro del Manta, Forster se debatió para invertir su orientación en la angosta cabina.

La voz de Mays le llegó a través de la abierta escotilla:

—Usted primero, inspectora Troy. ¿O debo llamarla Linda? ¿Le he dado tiempo suficiente de volver a ponerse el casco? ¿Necesita unos cuantos segundos más? ¿Qué hay con usted, profesor? Debo decir que su cuerpo es una *maravilla*, señor. Exteriormente es la *imagen* misma de la juventud. Cuando no está metido en un traje espacial, por supuesto. Simplemente piense, como consecuencia de aquel intento de bomba que casi tuvo éxito en Venus... —El tono de Mays sonó extrañamente pesaroso—. Bien, sus *cirujanos* merecen una auténtica felicitación. ¡Sus músculos y órganos! Desgraciadamente, debieron de sufrir para ajustar el deterioro natural de sus, ¿cuántas, más de seis décadas *reales*? ¿Y con qué coste para su elasticidad? ¿Para su *resistencia*?

Forster había conseguido quedarse atorado en el proceso de dar la vuelta en el angosto espacio, retorcido hacia arriba como a medio camino de un sobresalto.

—Puede salir cuando crea usted que está lista, inspectora Troy; me hallará completamente preparado para *usted* —dijo alegremente Mays—. Y en cuanto a usted, profesor, por favor, límitese a descansar *un momento* mientras le explico la situación. Como nuestro amigo Blake aquí a mi lado, toda su tripulación se halla echando una *cabezada*..., pero, a menos que tengan una razón para mantenerlos dormidos, despertarán dentro de una o dos horas. Y he puesto sus comunicaciones *externas* fuera de servicio. De una manera muy concienzuda, me temo. Y usted *nos* ha mantenido incomunicados por razones propias, ¿verdad? ¿Tienen algo que ver conmigo? ¿Cómo piensa *explicar* eso?

Forster había conseguido volverse ya, y podía ver a través de la abierta escotilla las desnudas paredes de metal de la bodega del equipo. Pero Mays se mantenía fuera de su vista.

—Así que le he proporcionado la perfecta *excusa* para tapar sus propias transgresiones, ¿ve? —Mays hizo una pausa, como si se hubiera dejado algo fuera del guión—. ¿Está usted *con* nosotros, Troy? Tiene que estarlo. Usted lo sabe todo, ¿no? *Absolutamente* todo. —Otra pausa, pero, pese a sus aparentes esperanzas de lo contrario, Mays no se interrumpió—. En cuanto a usted, profesor, después de todo, las antenas siempre se están rompiendo, qué lástima, ¿verdad? No se moleste en darme las *gracias*. Le diré cómo devolverme el favor.

Forster tendió la mano hacia su casco, y lo halló encajado contra la pared del pasillo debajo de sus rodillas. Iba a tener que volver a la esfera para conseguir algo de espacio que le permitiera pasarlo por encima de su cabeza. Ahora empezaba a respirar fuertemente, tan fuertemente que tenía dificultades para oír a Mays.

—Todo lo que quiero, ¿sabe?, es lo que usted intentó negarme ilegalmente.

Quiero radiar a todos los mundos *habitados* la naturaleza de nuestros, sí, *nuestros*, descubrimientos aquí en Amaltea. Y en especial quiero hablarles del *Embajador*. Esa *magnífica* estatua.

Como repelido por la insistencia de Mays, Forster había regresado a la parte delantera del Manta, a la esfera de poliglás..., y al menos su casco estaba libre. Lo hizo girar en sus enguantadas y temblorosas manos, intentando hallar el fondo, preparándose para pasárselo por la cabeza...

—Pero para *hacer* eso —estaba diciendo Mays—, tiene que prestarme usted este hermoso *submarino*. Sólo por unos breves momentos. Hay algunos ángulos y puntos de vista, algunos efectos de iluminación, comprenda, que son inútiles para su negocio, el del arqueólogo *erudito*, pero completamente esenciales para el mío...

Al fin Forster tenía su casco adecuadamente alineado.

—No, Mays. Nunca —dijo con voz desafiante, sorprendido de lo ronco de su voz. Atrajo el casco hacia sí. Una vez lo tuviera sobre la cabeza, las drogas de Mays no podrían hacerle ningún daño.

Justo entonces un brazo y una mano aparecieron ante su vista en la pequeña abertura de la escotilla, sujetando una pistola.

La pistola escupió esta vez un aerosol, y Forster apenas tuvo una fracción de segundo en la que darse cuenta de su error al haber hablado. No lo suficiente para conseguir sellar su casco.

Mientras hacía volar el Manta por entre la bruma por encima del hirviente paisaje helado, inmerso en los incongruentes olores del submarino de reciente sudor humano y de agua salada con miles de millones de años de antigüedad, la mente de Mays ignoró las sensaciones inmediatas y se prolongó hacia delante a través de un plano de abstracción, revisando posibilidades. Su plan ya se había estropeado, pero era un táctico brillante y muy experimentado que hallaba excitante el improvisar dentro de las estructuras del desarrollo de una realidad impredecible. Había conseguido casi todo lo que se había propuesto hacer; era lo que quedaba por hacer lo que podía deshacer todo lo demás.

¡La inspectora Ellen Troy había *desaparecido*! No estaba a bordo del Manta..., ni a bordo del Ventris antes, cuando había gaseado a los otros. ¡Seguro que Redfield y Forster no la habían dejado en el agua! Pero seguro también que Redfield tenía intención de amarrar el submarino permanentemente, sin ninguna intención de hacer otro viaje.

¿*Estaba* en el agua..., incluso dentro de la nave alienígena? Tenía que *averiguarlo*. Tenía que *ocuparse* de ella.

Sumergió el Manta con arriesgada habilidad a través de una abertura temporal en el hielo, manejando el aparato como si hubiera sido entrenado en su uso. Lo

estabilizó a través de la negra agua, vacía de vida, hacia la compuerta polar sur de la «nave-mundo». Nadie podía esperar razonablemente hallar a una sola persona dentro de los millones de kilómetros de pasillos de la «nave-mundo», de sus centenares de millones de kilómetros cuadrados de espacio y estancias. Pero Mays estaba dispuesto a apostar que sabía dónde estaba la mujer.

Y si no estaba allí, ¿qué importaba? ¿Qué podría hacerle a él entonces?

A través del misterioso acceso a la gran nave, que siempre parecía saber cuándo alguien deseaba entrar o salir..., a través de los negros y serpenteantes corredores..., a través del agua positivamente *llena* de agitadas criaturas, tan densas que hacían que la visibilidad fuera imposiblemente baja... hasta las inmediaciones del Templo del Arte...

Mays condujo el Manta sobre sus batientes alas hasta el corazón del templo, hasta que ya no pudo seguir en los cada vez más angostos pasillos laberínticos. Se preparaba para ponerse el traje y meterse en el agua cuando creyó ver un destello blanco...

Había un pasillo más amplio, lejos del centro del templo, a un lado. Condujo el Manta hasta allá a toda velocidad. Rodeó grabadas paredes, extrañamente iluminadas por los haces blancos de los focos, que se deslizaban a tan sólo unos centímetros de distancia de las alas del submarino, siempre a gran velocidad. Giró una pronunciada curva...

... y allí estaba ante él, con su traje blanco resplandeciendo tan brillante a sus luces que tuvo que fruncir los ojos. Se debatía impotente en las oscuras aguas, intentando alejarse nadando de él. Avanzó hacia ella a toda velocidad; sintió y vio el demoledor impacto de su cuerpo contra la esfera de poliglás del morro del submarino.

No pudo hacer dar la vuelta al Manta en el angosto corredor, pero unos pocos metros más allá llegó a una confluencia redonda de pasillos y giró el submarino. Regresó lentamente por el mismo corredor por el que había venido.

Allá estaba, flotando flácida en los remolinos. El cristal de su casco estaba medio opaco, pero a su través estuvo seguro de ver sus ojos abiertos y vueltos hacia arriba. Y había una enorme y muy visible brecha bajo su corazón, que atravesaba limpiamente la lona y el metal de su traje. Diminutas burbujas de aire, plateadas a la luz del submarino, seguían rezumando de la herida.

Mays rio quedamente para sí mismo mientras guiaba el Manta más allá del flotante cuerpo de la inspectora Troy. Su segunda tarea estaba hecha. Sólo quedaban una o dos más por realizar...

Envuelto en la torbellineante bruma a sólo un kilómetro de distancia del *Ventris*, el Crucero Lunar Cuatro estaba aparcado con toda seguridad a la sombra de las radiaciones. Habían transcurrido más de tres horas desde que Mays había dejado a

Marianne sola para que lo cuidara. Se acercó a él con precaución.

Pasar del Manta al Crucero Lunar en medio del vacío era un asunto tedioso, que requería que tanto Marianne como él se pusieran trajes espaciales y despresurizaran la cápsula. Cuando al fin estuvieron seguros dentro de la pequeña y oscura cabina, con presión de aire suficiente para quitarse los cascos, la halló de mal humor.

—Dios, Randolph, esto es lo peor —dijo Marianne.

—No es éste el *recibimiento* que esperaba, debo confesarlo.

—Oh, me alegro que estés bien. Sabes que no me refiero a eso. ¡Pero tres horas! No sabía dónde estabas. Ni lo que estaba ocurriendo. Casi me volví loca aquí, pero... no deseaba estropearlo todo.

—Hiciste precisamente lo *correcto* —dijo él—. Confiaste en mí y *aguardaste*.

Ella dudó.

—¿Están a salvo? ¿Están despiertos ahora?

—Sí, todos animados y *muy* habladores. Como te aseguré, era un hipnótico inofensivo, de efecto breve..., sólo el tiempo suficiente para que tú y yo consiguiéramos llevarnos esto, nuestro pequeño hogar. Ni siquiera muestran signos de resaca.

—Entonces estuvieron de acuerdo.

Él bajó sus ojos tristes y se concentró en quitarse los guantes.

—Bueno, supongo que la respuesta breve es... —alzó la vista maliciosamente hacia ella— ¡sí! Tras mucha discusión más bien acalorada, durante la cual le aseguré a Forster que tú y yo *testificaríamos* que nos había mantenido incomunicados contra nuestra voluntad, Forster me entregó el submarino.

Ella pareció más aliviada que excitada.

—Bien. Usémoslo ahora mismo. Hagamos la transmisión. Una vez hecho eso, podremos regresar.

—Me *gustaría* que fuera tan fácil. Aceptaron permitir que hiciera mis propios fotogramas del *Embajador*. Aquí están los chips. —Los sacó del bolsillo interior de su camisa y se los tendió a ella—. Aceptaron que enviáramos las imágenes por haz coherente. Pero hace justo unos *minutos*, cuando hablé con la nave e intenté establecer comunicación, *afirmaron* que sus radioenlaces de largo alcance seguían aún fuera de servicio.

Ella gimió en lo más profundo de su garganta.

—¿No piensan permitir que mandes los malditos..., las imágenes?

—No, querida. Pero tengo alguna *experiencia* en las formas de actuar de hombres y mujeres, y estaba preparado para su *bluff*.

—Oh, Dios, Randolph... Oh, Dios, oh, Dios... ¿Qué has hecho ahora?

Él la miró, juiciosamente preocupado.

—Por favor, no te alteres, querida. Todo lo que hice fue mover la estatua.

—¿Qué? ¡Qué! ¿La moviste?

—Tuve que hacer esa *pequeña* cosa, ¿no lo entiendes? La escondí para asegurarme de que después de que sea publicado nuestro relato *nadie* pueda contradecirnos. ¡Porque sólo *nosotros* podremos exhibirla!

—¿Dónde la escondiste?

—Puesto que se halla dentro de una nave espacial muy grande, me resultaría difícil explic...

—No importa. —Marianne contempló hoscamente la pantalla plana, ahora en blanco, que tan recientemente había sido fuente de profunda decepción. Se secó los ojos, como furiosa de descubrir lágrimas allí—. En realidad no estoy segura de qué pensar acerca de todo esto.

—¿Qué quieres decir?

—Tú dices una cosa. Ellos dicen lo op... —carraspeó para eliminar una obstrucción en su garganta—, algo diferente.

—Por «ellos» te refieres al joven Hawkins, supongo.

Ella se encogió de hombros y eludió su escrutadora mirada.

—No voy a molestarme en rebajarle —dijo Mays, con tono ofendido—. Creo que es un joven honesto, aunque absolutamente engañado.

Marianne volvió sus oscuros ojos hacia él.

—Tú tenías intención de venir aquí todo el tiempo.

—No entiendo lo que quieres decir, Marian...

—Bill dice que debiste manipular el ordenador, el sistema de maniobra, de esta cápsula. Y que estropeaste las comunicaciones también, a fin de que no pudiéramos pedir ayuda.

—¿Todo eso dice? ¿Acaso es navegante? ¿Físico? ¿Especialista en electrónica?

—Se lo oyó decir a Groves y los otros. Después de que inspeccionaran la cápsula.

—Forster y su gente dirán cualquier cosa por impedir que se sepa la verdad. Estoy convencido de que *todos* son miembros de la maligna secta.

Marianne apretó fuertemente el arnés de su silla a su alrededor, como en recuerdo de lo que había sido borrado de su mente consciente, los horribles momentos del impacto contra el hielo.

—Marianne...

—Calla, Randolph, estoy intentando pensar. —Contempló la vacía pantalla, y él obedeció nervioso su petición. Al cabo de un momento ella preguntó—: ¿Les dijiste que habías ocultado la estatua?

—Sí, por supuesto.

—¿Qué dijeron a eso?

—¿Qué *podían* decir? Simplemente me cortaron.

—Randolph, me dijiste, y cito textualmente: «Los ojos del sistema solar están

fijos en nosotros. Incluso ahora un cúter de la Junta del Espacio se halla a la espera, preparado para acudir en ayuda del *Ventris*».

—Sí.

—Bien, yo te digo que no voy a permanecer sentada aquí en esta hedionda lata y aguardar al rescate. Si tienes tantas cartas en la mano, quiero que empieces a jugarlas. Quiero que salgas en ese submarino y te pongas en contacto con Forster, vuelvas incluso al *Ventris* si es necesario, e inicies negociaciones serias. Y no quiero que vuelvas aquí hasta que hayas llegado a un acuerdo.

—¿Pretendes que me *enfrente* a él personalmente? —preguntó Mays con desacostumbrada timidez—. ¿Qué le impedirá encerrarme? ¿O incluso *torturarme* de alguna... forma sutil?

Ella le miró, por primera vez en su breve relación, con un asomo de desprecio.

—Bien, te lo diré, Randolph: porque eso no les hará a ellos ningún bien. Me has dado los chips, y ahora me vas a dibujar un mapa de dónde se halla exactamente la estatua. Así que tendrán que matarnos a los dos, *socio*..., ¿no es así como lo dicen en los viejos vídeos?

Para un hombre de su experiencia, Randolph Mays halló difícil no echarse a reír a carcajadas en aquel momento. Marianne acababa de pedirle que hiciera exactamente lo que él había esperado que le pidiera. Si le hubiera escrito el guión personalmente, no lo hubiera dicho mejor. Por un largo momento meditó su sugerencia antes de decir sobriamente:

—Iba a tener más bien *difícil* explicárselo a la Junta Espacial, ¿no crees?

Pero era la idea *de ella*, y así es como ella lo recordaría..., cuando se enfrentaran a la investigación juntos, los únicos supervivientes de la expedición de J. Q. R. Forster a Amaltea.

Sparta se alzó desnuda de la espuma, alta entre la lechosa bruma, al duro vacío, con su piel reflejando la difusa y cobriza luz de Júpiter.

Había algo extraño en el *Ventris*, que no se hallaba donde ella lo había dejado y estaba aparentemente desierto, con todas sus luces encendidas, brillando como un mediodía...

Que algo iba mal no era una sorpresa. Había olido el regreso del Manta a las aguas del núcleo y había acudido a investigar. En el desierto corredor había encontrado su traje espacial vacío, roto y desgarrado, con las últimas burbujas de sus vaciadas reservas de oxígeno rezumando por la gran brecha. Alguien, imaginando que ella estaba dentro del traje —una posición muy razonable—, había intentado matarla.

¿A quién más ese alguien había intentado matar?

Sparta alcanzó la compuerta de la bodega del equipo del *Ventris* y entró. Se había dirigido sujetándose a la unidad de maniobra tomada de su traje espacial; la dejó al lado de la escotilla pero no se molestó en desprenderse del traje de burbujas de plateada mucosa que se aferraba a su piel. Brillante como una crisálida, debía parecer apenas humana a cualquier observador casual mientras avanzaba por las vacías bodegas y corredores, se abría camino a través de la nave..., hasta llegar al módulo de la tripulación.

Allá se encontró con una escena espectral. Josepha Walsh estaba echada flácida en su sillón de aceleración en la cabina de pilotaje, con Angus McNeil colgando medio fuera de su propio sillón al otro lado de la cabina. Tony Groves estaba en el compartimiento dormitorio que se había visto obligado a compartir con Randolph Mays, limpiamente rodeado por sus sujeciones de sueño. En el compartimiento frente al suyo, Hawkins estaba similarmente envuelto en su red. Blake y el profesor Forster descansaban ligeramente en el suelo de la sala de oficiales; parecía como si estuvieran jugando una amistosa partida de ajedrez. Sparta nunca había visto a Forster jugar al ajedrez.

Mays y Marianne Mitchell no estaban, como tampoco estaba la cápsula del Crucero Lunar en la que habían llegado tan precipitadamente.

Las personas inconscientes en el *Ventris* estaban vivas, con todos sus signos vitales firmes: respiración regular, recio latir de sus corazones y todo lo demás..., pero habían sido masivamente dosificados con anestésico. Sparta se inclinó para absorber muestras de su aliento a través de la delgada membrana que la aislaba del mundo exterior. Se permitió que una bocanada reveladora de la droga se difundiera a través de la mucosa protectora; su fórmula química se desplegó en la pantalla interna de su mente. Era un narcótico benigno del tipo que pronto se desvanecería, sin dejar

apenas huella. Al final todos despertarían, tras dormir profundamente durante quizá tres o cuatro órbitas de Júpiter, sin siquiera resaca.

Empleó unos momentos en comprobar el estado de la nave. La primera anomalía era obvia: el escudo antirradiación estaba bajado de nuevo, después de que Walsh y McNeil hubieran jurado que lo habían reparado. Pero al ojo casual no había ninguna otra cosa rara.

Las púas INP se deslizaron de debajo de sus uñas, perforando la brillante película que las envolvía; insertó las púas en las puertas del ordenador y dejó que el hormigueante flujo de datos fluyera directamente a su cerebro. Nada fuera de lo ordinario que ver u oír allí, pero entre los enmarañados datos y extraños aromas..., algo fuera de lo normal, algo metálico, amargo y cobrizo como chupar una moneda de un penique o una acre bocanada de potasio..., bajo los horneados olores de la normalidad.

Ah, ahí, ahí en el control del sistema de maniobra... Todo tan normal como podía ser, y sólo el más ligero asomo de una fuga en una válvula..., un gotear de combustible, soplando bajo presión a través de —¡una notable mala suerte!— un trío de boquillas externas, situadas de tal modo en el casco que el *Ventris* estaba siendo empujado muy lentamente hacia toda la fuerza del flujo de radiaciones que soplaba más allá de Amaltea.

Una vez en ese cinturón, y sin ningún escudo de radiación que la protegiera, un simple par de órbitas de Júpiter se ocuparían de toda la tripulación. Incluso con todos los antirradiológicos de los que disponían, cuando despertaran ya sería demasiado tarde para salvarse a sí mismos.

Sparta no se tomó tiempo para pensar qué hacer. Corrigió primero los problemas posicionales de la nave. Luego se dirigió sin apresurarse a la clínica y abrió su bien equipado armario farmacéutico. Visitó a la dormida tripulación siguiendo el orden de su necesidad, e inyectó a cada uno de ellos lo que había determinado que sería suficiente para despertarlos con toda seguridad..., aproximadamente un día antes de lo que el hábil saboteador había planeado.

Randolph Mays hizo volar el Manta hasta las inmediaciones del *Ventris* y lo estacionó en el vacío. El *Ventris* no parecía haberse movido tanto como hubiera esperado, pero tales cosas eran casi imposibles de juzgar a simple vista. Nave y submarino y satélites giraban en torno a Júpiter en órbitas que se ajustaban constantemente a medida que Amaltea se consumía hirviendo hacia la nada a unos pocos metros a sus pies.

Flotó al interior de la bodega del equipo a través de sus compuertas, abiertas al espacio como él las había dejado. Amarró el Manta y salió cautelosamente de él. Cruzó con cuidado las escotillas internas, sellándolas tras él a fin de no alterar las

condiciones de las cosas dentro, manteniendo su traje espacial puesto.

No era que temiera nada de la tripulación; estaban tranquilamente dormidos, hasta la eternidad.

Derivó por el corredor de la nave, mientras dentro de su casco su respiración amplificada resonaba en sus oídos.

Pasó los compartimientos dormitorio. Hawkins estaba inconsciente, envuelto en sus sujeciones de sueño; el pequeño Tony Groves estaba aún dormido en el suyo, en el compartimiento que él y Mays habían compartido.

En la sala de oficiales, Forster y Redfield estaban inclinados sobre el tablero de ajedrez, y parecían haber derivado sólo unos pocos centímetros de como él los había dejado.

Arriba en la cabina de pilotaje..., Walsh inerte en su sillón, McNeil medio colgado del suyo. Nada en la gran consola distinto de como lo había dejado.

Encima de la cabina de pilotaje había un espacio de almacenamiento y tanques de combustible de los sistemas de maniobra y una escotilla superior que la expedición raras veces usaba, prefiriendo la más conveniente esclusa a través de la bodega del equipo. Mays no era un hombre descuidado; comprobó esos espacios de nuevo. Nadie allí tampoco.

Recorrió a la inversa la nave, volviendo a pasar delante de los dormidos hombres. Todo estaba en su lugar. Mays había escrito los guiones de muchos programas de misterio en su vida, pero ninguno era tan perfecto como éste. El testimonio de Marianne..., todas las pruebas físicas..., hasta el último detalle confirmarían su versión especial de la verdad.

Había llegado justo al fondo del corredor cuando captó una presencia, el atisbo de una sombra a lo largo de la pared del corredor. ¿Alguien a sus espaldas? Giró en redondo...

—¿Por qué no dice algo más, Sir Randolph?

Forster le estaba clavando duramente el dedo índice en el pecho, y el impacto era como el de un bate de béisbol.

—Acerca de lo que sintió cuando nos gaseó a todos. Acerca de por qué creyó que debía sabotear los sistemas de comunicaciones. Acerca de lo que ha sido de su..., de la señorita Mitchell.

Mays estaba rodeado —más bien apretadamente, dadas las escasas dimensiones del habitáculo de una nave espacial— por la gente a la que había gaseado. Todos ellos. Sus argumentos legalistas no tenían el menor efecto...

... pero no era su propósito cambiar la opinión de nadie, como todos ellos comprendían. Su propósito era que sus afirmaciones quedaran grabadas en los registros de la nave —ahora que funcionaban de nuevo, evidentemente— y ganar

tiempo.

—Usted sabotó las comunicaciones, profesor —dijo en voz muy alta—, no yo. Marianne y yo tomamos las medidas que creímos necesarias para *escapar*.

—¿Escapar de qué?

—Nos tomará un poco más de lo que le tomará a *usted* quizá, pero podemos regresar a Ganimedes sin su ayuda. Hemos establecido contacto con la Junta Espacial. Están de camino.

—¿Les han enviado un mensaje por radio desde la cápsula? —estalló Bill Hawkins. Había olvidado, o nunca había aprendido, que la primera regla de una negociación es no mostrar nunca sorpresa.

—Sí, mediante un gran *esfuerzo* conseguí reparar el equipo de comunicaciones de la cápsula —dijo Mays con una sonrisa que mostró una amplia boca y unos grandes dientes—. Aunque yo no intentaría contactar con Marianne, si fuera alguno de ustedes. Le he dado instrucciones de que ignore cualquier voz que no sea la mía. Hasta que todos nosotros hayamos llegado a un acuerdo.

—¿Alguno aquí cree que ella está realmente del lado de este sinvergüenza? —exclamó Hawkins con voz angustiada. Se apartó el flácido pelo rubio de delante de sus ojos tan vigorosamente que derivó casi hasta el otro lado de la habitación.

—Bill —murmuró incómoda Josepha Walsh—, dejemos ese tipo de cosas para más tarde, ¿te parece?

Hawkins se apartó angustiado, incapaz de soportar la impávida complacencia de Mays. Hawkins no podía saber que, debajo de su tranquilo exterior, Mays era un hombre desesperado. ¿Era Troy la causante de aquello? ¡Él la había *matado*!

Forster, mientras tanto, había estado estudiando a su adversario.

—Bien, aquí le tenemos con nosotros de nuevo. Así que simplemente iremos a buscar a la señorita Mitchell y... los mantendremos a ambos cautivos, como diría usted, hasta que volvamos a Ganimedes..., o hasta que llegue la Junta Espacial. Lo que ocurra primero. Luego dejaremos que la burocracia se encargue del resto.

—Estupendo. Y nunca *encontrarán* el *Embajador*, por supuesto.

Las cejas de Forster se alzaron.

—¿Nunca encontraremos el *Embajador*?

—Una vez tomé las imágenes fotográficas que deseaba, lo cambié de lugar. —Mays hizo una pausa justo el tiempo suficiente para dejar que la noticia calara—. Oh, *exagero*. Con tiempo suficiente, *puede* que lo encuentren de nuevo. Pero le aseguro que no va a ser fácil.

—Dígame, ¿cuál es la finalidad de todo eso? —preguntó educadamente Forster.

—Mi *estimación* de la situación no ha cambiado desde la última vez que hablamos, profesor —dijo Mays—. Usted nos ha retenido a mí y a mi asociada, la señorita Mitchell, ilegalmente *incomunicados*. —Se estaba convirtiendo en su palabra

favorita—. Todo lo que he hecho ha sido en mi... en nuestra defensa. Simplemente quiero comunicar la noticia de este extraordinario descubrimiento. Proclamo que es nuestro derecho.

Forster enrojeció lentamente.

—*Sir* Randolph —dijo ácidamente—, usted no sólo es culpable de intento de asesinato, sino que es un redomado fullero, y como tal no siento el menor deseo de tratar con usted.

—¿Qué se supone que *significa* eso, señor? —inquirió alegremente Mays.

—Se lo diré en pocas palabras. Tony. Blake. Usted; Bill. Vengan conmigo.

Se agruparon en el corredor, fuera de la escotilla que conducía a la bodega del equipo..., en el mismo lugar en el que Mays y Marianne habían complotado su caída.

—Quiero ir con Blake —dijo Hawkins, acalorado, tras oír el plan de Forster—. No hay ninguna razón por la que no pueda ir.

—La hay, Bill, y voy a explicársela. Comprendo sus sentimientos. Pero si hace usted lo que sugiero, tendrán muchas más posibilidades de, hum..., conseguir lo que desea.

Así fue como enviaron a Blake solo.

Blake pilotó el Manta hasta menos de una docena de metros del solitario Crucero Lunar. Incluso en medio de la lechosa bruma lo halló con relativa facilidad gracias a su signatura en el radar.

Blake llevaba su traje espacial sellado y, tras prepararse para el acontecimiento dejando la escotilla del Manta abierta, se deslizó fuera del aparato y se empujó suavemente a través de la blanca noche hacia la requemada y negra cápsula. Sintió una momentánea oleada de simpatía hacia la solitaria joven de allí dentro que, pese a las afirmaciones de Mays, no podía ver el exterior, no podía oír nada, no sabía que su cápsula estaba incluso ahora derivando fuera de una estrecha zona de seguridad contra la radiación que disminuía rápidamente.

Mays podía haberlo planeado de esa forma, pensó Blake; podía desear que se friera. Podía desear no dejar ninguna piedra desenterrada.

Aplicó un acoplador acústico al casco.

—Marianne, aquí Blake. ¿Puede oírme?

—¿Quién es? —La voz estaba llena de fuerza, y de miedo.

—Blake Redfield. Puesto que su comenlace no funciona, estoy aquí como intermediario. Para las negociaciones, supongo que las llaman ustedes. Lo que diga usted puede ser oído en el *Ventris*.

—¿Dónde está usted?

—Inmediatamente fuera de la cápsula. He aplicado un acoplador acústico a su casco. Transmite a través del radioenlace del manta al *Ventris*.

—¿Qué planea hacer usted? ¿Dónde está Randolph?

—Yo no voy a hacer nada. Cualquier cosa que le ocurra a Sir Randolph es entre usted y el profesor Forster.

—No les diré dónde está la estatua —dijo ella, desafiante.

—Lo que usted diga. Yo no entro en eso; tendrá que hablar con el profesor. Voy a volver al submarino.

—Señorita Mitchell, ¿me oye? —La voz de Forster entró en el enlace, fuerte y clara—. Sir Randolph nos ha explicado lo que ha hecho, Marianne. Todos nosotros tenemos la intensa sensación de que toda esta... complicación es absolutamente innecesaria. Les hemos tratado a ambos como colegas, y como tales les seguimos considerando. Tan sólo hemos pedido que Sir Randolph obedezca las reglas más básicas de conducta inteligente y ética.

—¿Significa eso que está usted dispuesto a dar por zanjado el asunto? —preguntó Marianne—. Espero que así sea. Empiezo a sentirme tan... aburrida.

—Señorita Marianne, me gustaría que le diera usted a Redfield permiso para remolcar su cápsula de vuelta aquí al *Ventris*. Dentro de muy poco tiempo es probable que tengamos que mover nuestra nave. Estoy preocupado por su seguridad.

—No les diré dónde está la estatua —insistió ella—. No a menos que Randolph me diga que lo haga.

—Él no va a hacerlo voluntariamente —señaló el profesor.

—Bien... —Su suspiro fue casi audible a través del enlace de sonido—. No.

—Es evidente que no me toma usted en serio —dijo Forster firmemente—. En consecuencia, he preparado una demostración algo más drástica... para indicarle que yo al menos estoy hablando en serio. A fin de conseguir lo que se proponía, Sir Randolph nos ha expuesto a usted y al resto de nosotros a un extremo peligro. Ahora es su turno.

—¿Qué quiere decir con esto? —respondió ella. Intentó sonar meramente cautelosa, aunque su aprensión era evidente en su voz.

—No estoy seguro de lo que sabe usted de mecánica celeste, pero si su ordenador de a bordo funciona, estoy convencido de que confirmará lo que voy a decirle.

—Simplemente indique lo que quiere decir con todo esto, por favor.

—Estoy intentando inculcarle cuál es nuestra curiosa, de hecho nuestra precaria situación. Si su videoplaca funcionara..., bien, he aquí otro déficit sobre el que tal vez desee preguntarle a Sir Randolph cuando le vea la próxima vez..., sólo hubiera tenido que mirarla para recordarse a sí misma lo cerca de Júpiter que estamos. Y creo que no necesito recordarle que Júpiter tiene con mucho el más intenso campo gravitatorio de todos los planetas.

Ella guardó silencio por un momento. Luego dijo:

—Adelante, siga.

Él estaba alerta al filo de su voz, y siguió con menos condescendencia:

—Usted, y nosotros, y lo que queda de Amaltea, estamos orbitando Júpiter en algo más de doce horas. Un teorema bien conocido afirma que si un cuerpo cae de una órbita al centro de atracción de otro cuerpo, necesitará cero coma uno siete siete de un período para efectuar la caída. En otras palabras, cualquier cosa que caiga de aquí a Júpiter alcanzará el centro del planeta en poco más de dos horas. Como dije antes, su ordenador, si funciona, le confirmará esto.

Hubo una larga pausa antes de que Marianne dijera de nuevo:

—Adelante, siga —con una voz que parecía vacía de toda expresión.

—Una caída al centro de Júpiter es por supuesto un caso teórico. Cualquier cosa dejada caer desde nuestra altitud alcanzará la atmósfera superior de Júpiter en un tiempo considerablemente más corto. —Cuando ella no respondió de inmediato, Forster añadió, un poco maliciosamente—: Espero no estarla aburriendo.

—Hum —dijo Marianne; luego—: Simplemente siga.

—Hemos calculado el tiempo en este caso, y es aproximadamente de una hora y treinta y cinco minutos. Usted ha trabajado con nosotros el tiempo suficiente, señorita Mitchell, como para darse cuenta de que la masa de Amaltea hierve y se evapora y de que la luna se encoge debajo de nosotros, que lo que en un principio era un campo gravitatorio débil se ha vuelto en considerablemente más débil. El ordenador nos dice que la velocidad de escape es ahora tan sólo de unos diez metros por segundo. Cualquier cosa arrojada a esta velocidad nunca volverá a caer. Supongo que su propia experiencia le confirmará la verdad de eso.

—Sí, por supuesto. —Su voz no reveló impaciencia, porque era rápida, y era muy probable que viera ya adonde quería ir Forster.

—Iré al grano. Nos proponemos llevar a Sir Randolph a dar un pequeño paseo por el espacio, hasta que se halle en el punto sub-Júpiter..., es decir, inmediatamente debajo de Júpiter. Le hemos desconectado la unidad de maniobra de su traje. Nosotros podemos manejarla, pero él no. Vamos a lanzarle, esto, hacia delante. Estaremos preparados para recuperarle con el *Ventris* tan pronto como usted nos proporcione las directrices detalladas de la situación actual de la estatua, que el propio Sir Randolph nos asegura que tiene usted.

Marianne dudó, luego dijo:

—Quiero hablar con Randolph.

—Lo siento, eso es imposible.

Blake, a la escucha, pensó que la ansiosa anticipación de Forster era casi demasiado evidente; éste era el momento que había estado aguardando.

—¿Está Bill en la cabina de pilotaje? —preguntó ella, oh, tan suavemente.

—¿Hawkins? Hum, en realidad sí...

—Quiero hablar con él.

—Bueno, si usted..., si insiste.

Hawkins se acercó al enlace. Su voz era frenética y destilaba culpabilidad y miedo.

—He objetado a esto, Marianne. Presentaré una protesta formal, lo prometo. Pero Forster se muestra inflexible. Él...

Forster le interrumpió furioso.

—Ya basta de esto, Hawkins. Y no más digresiones, señorita Mitchell. Después de lo que le he dicho, estoy seguro de que apreciará usted que el tiempo es vital. Una hora y treinta y cinco minutos pasarán rápidamente, pero si pudiera observar usted lo que está ocurriendo en Amaltea, estaría de acuerdo en que tenemos poco tiempo más que ése en el que confirmar cualquier información que usted decida darnos.

—Esto es un bluff —dijo Marianne.

Blake se sintió alarmado. Aquello no iba de acuerdo con el plan.

Entonces ella prosiguió:

—No le creo a usted en absoluto. Su tripulación no le dejará hacer eso.

Blake se relajó. Marianne intentaba mostrarse dura, y estaba haciendo un buen trabajo, pero el horror y la incredulidad se entremezclaban debajo de sus palabras.

El profesor emitió un expresivo suspiro.

—Lástima. Señor McNeil, señor Groves, por favor tomen al prisionero y procedan según las instrucciones.

El solemne «¡Sí, señor!» de McNeil fue una clara voz de fondo.

—¿Qué va a hacer usted ahora? —preguntó Marianne.

—Sir Randolph y nuestros dos amigos van a ir a dar un pequeño paseo —dijo Forster—. Lástima que no pueda verlo usted por sí misma.

Ése era el momento de Blake; intervino excitado:

—Profesor, ¿qué impide a Marianne pensar que todo esto es una farsa colosal? Ha aprendido a conocerle bien durante los últimos días..., después de todo usted salvó su vida, y ella no cree que sea usted capaz de matar realmente al tipo, de arrojarlo a Júpiter. Y aunque *usted* sí lo fuera, ella sabe que Angus y Tony..., seguro que no cree que ellos lo hicieran. —Una pausa—. ¿Correcto, Marianne?

Ella no dijo nada.

Blake prosiguió:

—Bien, probablemente imagina haber visto la verdad a través del bluff, y que nosotros estamos quedando como unos estúpidos.

—¿Qué sugiere usted? —dijo Forster.

—Creo que deberíamos permitir que saliera de esa lata y lo viera por sí misma. Sabe que no estamos interesados en cogerla..., de ser así, a estas alturas yo hubiera podido remolcarla todo el camino de vuelta al *Ventris*. Y ella nunca hubiera llegado a saberlo.

Esa sugerencia tardó unos cuatro segundos en calar..., algo más del tiempo que necesitó Marianne para sellar su casco. Todos los cierres explosivos de la escotilla de la cápsula saltaron a la vez, y la cuadrada escotilla salió dando volteretas directa hacia el cielo. La masiva cápsula en sí retrocedió y derivó lentamente hacia atrás mientras Marianne se asomaba a la abierta escotilla.

Evidentemente, había llegado ya a la decisión de que el Crucero Lunar era una reliquia inútil del juego anterior. El nuevo juego sería jugado aquí en el vacío; no importaba quién ganara o perdiera, el que fuera a casa lo haría en el *Ventris*, si no en un cúter de la Junta Espacial.

Miró a su alrededor, y observó el enrollado cordón umbilical que conectaba el enlace acústico en la cápsula al Manta, que derivaba a unos pocos metros de distancia —el rostro de Blake era visible a través del hemisferio, pero apenas le dirigió una mirada—, y observó también el distante y brillante reflejo del *Michael Ventris* flotando por encima de la resplandeciente bruma. La enorme curva de Júpiter se alzaba por encima de todo, tiñendo los zarcillos de bruma de color rosado carne con su luz de fondo.

Tres figuras blancas como muñecos estaban abandonando en aquel momento la abierta compuerta del *Ventris*.

—Ha salido, profesor —dijo Blake.

—Ahora que no está usted escudada en la cápsula, señorita Mitchell, ¿puede oírme por el comunicador de su traje?

—Sí. Le oigo.

—Si usa usted la placa visora de aumento de su casco, podrá comprobar que Angus y Tony no están arrastrando con ellos un traje vacío. Estarán encima del horizonte en un minuto, pero podrá ver usted a Sir Randolph cuando inicie su, esto... ascenso.

Marianne no dijo nada, pero alzó la mano y bajó el visor sobre su placa facial.

El tiempo pareció detenerse entonces. El éter permaneció en silencio. Forster no dijo nada; Marianne no dijo nada sino que se limitó a contemplar el espacio; Blake permanecía en el Manta sin decir nada tampoco, al parecer estudiándose las uñas, dejando deliberadamente a Marianne fuera de su curiosa mirada.

Ella mantuvo silencio. ¿Aguardaba a ver hasta cuán lejos estaba dispuesto a llegar el profesor?

El difuso horizonte de Amaltea estaba ridículamente cerca. Marianne hizo un pequeño gesto involuntario que alteró su equilibrio; había visto los chorros del sistema de maniobra de McNeil y Groves hacerse más delgados, finas líneas rectas contra la tela de fondo naranja de Júpiter. Se reequilibró rápidamente, a tiempo para ver las tres figuras ascender en el espacio.

Mientras observaba, se separaron. Dos de ellas deceleraron y empezaron a caer de

vuelta. El otro siguió ascendiendo impotente hacia la ominosa masa de Júpiter.

—Morirá —susurró Marianne—. Lo ha arrojado usted al cinturón de radiación.

Forster no dijo nada —quizá no la había oído—, de modo que Blake tomó a su cargo aliviar aquel horror en particular.

—Nos ocuparemos de eso en la nave. Disponemos de las enzimas necesarias para eliminar las células muertas, reparar las dañadas. Usted sabe por experiencia propia que incluso una exposición de doce horas no lo matan a uno si recibe el tratamiento adecuado.

—Doce horas...

—Sí —dijo Blake, no sin un asomo de satisfacción—. Mays sabía eso cuando hizo que ustedes dos se estrellaran. Contaba con nosotros para que salváramos sus vidas. Y lo hicimos. —Casi inmediatamente, Blake lamentó sus palabras. No era el momento de desanimar su simpatía por Mays.

La voz de Forster llegó a través del enlace.

—Espero no necesitar remarcarle la urgencia de la situación. Como dije, el tiempo de caída de nuestra órbita a la atmósfera superior de Júpiter es de unos noventa y cinco minutos. Pero, por supuesto, si uno aguarda aunque sólo sea la mitad de ese tiempo..., puede ser demasiado tarde.

Marianne flotaba allí en el espacio, los brazos separados de su cuerpo, la cabeza inclinada hacia atrás, y Blake pensó que incluso en su obvia angustia, enfundada en un abultado traje espacial, era una imagen de dignidad y gracia natural. Observándola, Blake suspiró. Sintió pena por ella. Y por Bill Hawkins. El amor lleva a la gente a las peores situaciones.

En las profundidades de las oscuras aguas del núcleo de Amaltea, Sparta nadaba sin luz, deslizándose por el frío con la misma fuerza que un delfín pero con menos esfuerzo, tan fácil y rápidamente como un pez.

Para ver no necesitaba luz en el llamado espectro visible, porque podía ver con toda facilidad las emanaciones infrarrojas de los tejidos cristalinos de la gran nave; por todas partes, las columnas y paredes transmitían el vibrante calor de su invisible corazón interno. Una cálida luz pulsaba en torno de ella con el profundo latido de ese corazón.

Incluso en el espectro visible las aguas estaban literalmente vivas; a su alrededor destellaban galaxias de diminutas cosas vivas. La plenitud de Amaltea, animales azules y púrpuras y sorprendentemente naranjas.

Sparta era una con ellos, sin el engorro de la lona y el metal, sin necesidad de oxígeno embotellado. A medida que avanzaba desnuda por el agua, oscuras y hinchidas ranuras se abrían a ambos lados de su pecho, desde debajo de su nuez de Adán hasta los extremos de sus omoplatos; el agua penetraba en ella y pulsaba de nuevo fuera a través de los pétalos de carne que se abrían entre sus costillas, piel blancoazulada en el exterior, rizada con pulsantes branquias en el interior que, a longitudes de onda más largas, hubieran revelado su intensa rojez hinchida de sangre.

Aunque había pasado muchas más horas explorando la nave alienígena que todos los demás miembros del equipo Forster junto, ni siquiera ella había visto más que una fracción del conjunto. Millones —millones al menos— de criaturas inteligentes habían habitado en su tiempo aquellas vacías grutas y corredores; millones sobre millones de otros animales y plantas, billones sobre billones de criaturas unicelulares, incontables como las estrellas en las galaxias, habían llenado los innumerables nichos de su acuosa ecología. Se había formado una imagen clara de quiénes eran, de lo que habían sido, de por qué habían vivido de la forma que lo habían hecho, de a dónde habían ido y qué habían hecho. Todavía le faltaba mucho para saber cómo lo habían hecho.

Sin embargo, a cada minuto que nadaba sola en la oscuridad aprendía más, porque el colorido plancton y las medusas y los ctenóforos, incluso las anémonas que revestían las paredes en algunas partes de la nave, todos cantaban una rítmica canción codificada en el bombear de sus estómagos y corazones, el latir de sus tentáculos y alas. La nave tan grande como un mundo era también un mundo tan coordinado y con tanta finalidad como una nave, una nave hecha no de titanio y aluminio y acero —o no exclusivamente— sino de calcio y fósforo y carbono y nitrógeno e hidrógeno y oxígeno también —y cuarenta o cincuenta otros elementos en porcentajes significativos—, reunidos en incontadas variedades de moléculas, en proteínas y

ácidos y grasas, algunos de ellos tan simples como gases, algunos enormes y entrelazados sobre sí mismos más allá de una inmediata comprensión. Había formas familiares allí, ADN y ARN y ATF y hemoglobina, queratina y carbonato de calcio y así sucesivamente, los materiales del núcleo terrestre y la célula terrestre, los huesos terrestres y las conchas terrestres. Y había moléculas jamás vistas todavía, pero que no parecían tan extrañas allí, no parecían tan ilógicas. Había todo lo que un ser vivo necesitaba para elaborar una capa en torno a sí mismo, resistente y viva, una brillante envoltura de mucosa lo bastante resistente como para soportar las profundidades del vacío. O para ir desnudo en las cálidas y ahora someras aguas.

Sparta inhaló las criaturas mientras nadaba —y comió una buena cantidad de ellas—, que es como conocía tales cosas. A ellas no les importaba; individualmente carecían de mentes. Saboreándolas y oliéndolas, casi sin su voluntad, hileras completas de fórmulas químicas aparecieron en la pantalla de su mente. Almacenó toda la información que podía analizar —en absoluto todo, porque sus medios de análisis dependían casi completamente de la estereoquímica, de la adaptación de sus papilas gustativas y sensores olfativos a las formas de las moléculas presentadas a ellos, de que, en el denso tejido del ojo de su alma, fueran clasificados y comparados contra lo ya conocido.

Así aprendió cosas sobre la «nave-mundo» y —si no su finalidad— su organización.

Los equipos del profesor Forster habían explorado a lo largo de dos ejes, uno ecuatorial y otro polar, y habían generado mapas de las dos limitadas regiones en forma de cono de su exploración, demostrando que la nave estaba construida a capas, una dentro de la otra. Forster las había dibujado como globos elipsoides sucesivos. Sparta sabía que la nave era a la vez más simple y más sofisticada que eso; era más bien como una espiral, como la concha de un nautilo, pero no tan fácil de calcular. El volumen de cada espacio externo subsiguiente desde el centro no se incrementaba en una simple secuencia de Fibonacci, como la suma de sus dos valores precedentes, sino de acuerdo con una curva de dimensión fractal. Sin embargo, se había desarrollado según reglas que, si no completamente predecibles en su producción de detalle, sí lo eran en su resultado, en su corte.

Nunca había nadado los quince kilómetros hacia abajo hasta el centro de la nave. Su cuerpo se hubiera visto imperturbado por las presiones y temperaturas; como los leones marinos o las grandes ballenas, había construido en sí misma los mecanismos del corazón y los vasos sanguíneos que necesitaba para forzar el oxígeno a su cerebro y órganos a esa profundidad. Sabía que el motor de todo lo que había acontecido desde que la expedición de la *Kon-Tiki* entrara en las nubes de Júpiter estaba centrado aquí. La energía que había fundido Amaltea y la inteligencia que había ordenado la resurrección de la nave a la vida estaban centradas aquí. El potencial de todo lo que

aún faltaba por llegar estaba centrado aquí.

Pero ella no había tenido el tiempo de hacer el viaje. Algo en el Conocimiento la mantenía lejos del lugar. El Conocimiento, este desgarrado álbum de recortes de enigmas, había revelado mucho a medida que se desenrollaba por sí mismo en su memoria, pero dejaba casi tanto sin revelar.

Regresó una y otra vez a la cámara dentro del Templo de Arte donde el *Embajador* descansaba en estasis. Había sido atraída de vuelta a la inmensa estatua no sólo por su curiosidad natural y su apreciación de ella, sino a causa de su expectación...

Thowintha había permanecido solo en la cantante oscuridad durante un centenar de miles de incontados circuitos de sol, sin soñar.

No fue la oscuridad lo que primero se disolvió; eso vino más tarde. Lo que vino primero fue que la unicidad del mundo formó un borde..., porque, como dicen las miríadas de criaturas, el borde de la unicidad es el tiempo.

Hubo un latir como de un gran corazón. Thowintha estaba lejos de hallarse despierto, o siquiera vivo como estaban vivas las miríadas de criaturas, pero la unicidad del mundo había formado un modo de saber algo de sí mismo: su gran corazón latía y Thowintha, inconscientemente, supo que estaba latiendo. El mundo estaba marcando su tiempo.

A continuación hubo un latir dentro y un latir fuera, y no eran lo mismo. De hecho, Thowintha era la forma del mundo de marcar su tiempo y —en la quietud de ese mundo— Thowintha marcaba también un tiempo separado. Así, la oscuridad empezó a disolverse.

Los ojos de Thowintha se hicieron transparentes a la luz que se filtraba por las paredes del mundo, latiendo con el corazón del mundo. Las paredes no eran negras, aunque su luz no viajaba lejos a través de la aguas. Más brillantes que las estrellas en el cielo eran las miríadas de criaturas que llenaban las dulces aguas.

Thowintha no se movió, no necesitaba moverse, sólo aguardar y saborear las deliciosas aguas. Había todo tipo de cosas disueltas en las aguas. En las aguas había vida y el recuerdo de la vida. En las aguas había el estado de las cosas.

El mundo estaba despertando como se suponía que debía hacerlo: en esto había alegría, como había predicho el primer designio. Los más peligrosos circuitos del sol, temidos con razón por los delegados que habían venido después —porque cuando vieron el estado de las cosas en los mundos naturales se sintieron sumidos en el pesar— habían sido soportados por las miríadas de criaturas. Ahora sus representantes, aquéllos que habían sido designados, habían llegado. Todo iba bien.

Habían llegado. Su olor estaba en el agua, un olor aceptable —de hecho, un olor espléndido—, pero nada de lo que había sido predicho por los primeros designados. Porque esas criaturas no respiraban agua.

No importaba. La naturaleza de esas criaturas —pensadores abstractos, constructores de máquinas y cuidadores de la vida, contadores de historias— había sido descubierta por los segundos designados. Lo que parecía sorprendente a Thowintha era cuán pocos de ellos eran. ¡Había tan poco sabor a ellos en el agua! ¡Había tan poca variedad! Su número era menor que un puñado de tentáculos.

¿Dónde estaban sus grandes naves? ¿Por qué las miríadas de criaturas de los mundos naturales no acudían en miles y millones para ocupar los espacios que habían sido preparados para ellos? Porque el mundo había sido establecido para ellos cuando se vio que la gran obra había fracasado, que los mundos naturales iban a fallar. Los segundos designados, que vinieron después, habían dicho que todavía había esperanza, que todo podía ir bien aún, que ellos llegarían, tras desarrollar esa capacidad para el pensamiento abstracto, no sólo para construir máquinas sino para cuidar de la vida, para contar historias, sin lo cual sería impensable conducirlos hacia delante... Pero el momento había llegado. El mundo estaba despierto y pronto se movería. Si ésos eran todos los que iban a ir con él, que así fuera.

En el agua cerca de Thowintha saboreó a uno de ellos ahora, el que acudía más a menudo. Por el latir de tres corazones, por el marcado del tiempo, Thowintha supo que era el momento de intercambiar historias.

Tras nadar largas horas sola en la oscuridad repleta de vida, Sparta había empezado a comprender profundamente el lugar que el Conocimiento había ocupado en los mitos y leyendas de la Edad del Bronce, de los que tantas religiones contemporáneas habían descendido. Supo por qué tantos héroes habían pasado una parte tan grande de su tiempo bajo el mar. Supo por qué el Génesis describía el Cielo y la Tierra, en un principio, como «vacíos y sin forma; y la oscuridad cubría la superficie del océano», y por qué «el Espíritu de Dios separó las aguas».

Porque la palabra hebrea que los escribas del rey Jacobo tradujeron como «separar era *merahepeth*, «procrear». En un principio el Espíritu de Dios procreó, como las águilas procrean o el salmón procrea, ya sea encima o debajo de las aguas...

Sparta se deslizaba blanca por los corredores del Templo del Arte, donde las paredes brillaban cálidas y nebulosas de resplandeciente vida hormigueaban apretadas. Llegó a la cámara interior. El *Embajador* descansaba allí sobre su pedestal, sin ningún cambio, sin el menor asomo visible de vida, y mucho menos de consciencia. Pero por el sabor del agua ella sabía que no era así. Los ácidos que habían bañado sus células en estasis se estaban dispersando, fuera de su sistema.

Flotó ante el *Embajador* en el agua, con su corto pelo liso vacío de color, agitándose suavemente en la corriente, con sus branquias abriéndose y cerrándose tan graciosamente como el ondular del varec en la lenta marea.

Estás despierto. Expelió aire —tomado prestado de sus branquias, almacenado en sus pulmones— a través de su boca y nariz y cliqueteó en lo más profundo de su

garganta, hablando en el lenguaje conocido por aquéllos que lo habían reconstruido como el lenguaje de la Cultura X.

Un sólo clic resonó en el agua a su alrededor. Sí.

¿Cómo te llamas?

Soy el mundo viviente.

¿Cómo quieres que me dirija a ti?

Los sonidos que llegaron de vuelta fueron un hueco resonar, como gongs de madera golpeados bajo el agua. *En este cuerpo, la forma de dirigirse a mí es Thowintha.*

¿Tú eres Thowintha? El volumen del cuerpo de Sparta era una cuarta parte del del Embajador, por mucho que lo intentaba, era incapaz de reproducir con exactitud el sonido del nombre.

Puedes llamarnos Thowintha. Nosotros no nos llamamos a nosotros mismos así, pero comprendemos que tú posees una impresión distinta..., otra perspectiva. ¿Cómo te llamas tú?

Nosotros..., toda nuestra raza, nos llamamos a nosotros mismos humanos. En este cuerpo, la mayoría de los que me conocen me llaman Ellen Troy. Otros me llaman Linda Nagy. Yo me llamo a mí misma Sparta.

Nosotros te llamaremos Designada.

¿Por qué me llamaréis así?

Eres como los otros humanos que han venido aquí, y a aquéllos que observamos antes, pero también eres diferente. Has aprendido formas de hacerte a ti misma más parecida a nosotros. Sólo puedes haber aprendido esas formas de los designados: así, eres una designada.

Por favor, explícame eso. Sparta emitió una impaciente secuencia de clics y silbidos. *Quiero conocer vuestra impresión.*

Nos contaremos unos a otros muchas historias. Te contaremos todo lo que podamos de lo que ocurrió antes de que os visitáramos por última vez. Tú puedes contarnos todo lo que ha ocurrido desde entonces. Con cada frase, el agua fluía dentro y fuera del manto del Embajador; la vida ondulaba por todo su cuerpo. *Habrás más tiempo más tarde. Pero ahora queda poco tiempo. ¿Dónde están los otros?*

Están en nuestra nave, en el espacio cercano.

Entonces deseas que sean destruidos. El impasible «rostro» del Embajador no mostró ningún asomo de aprobación o desaprobación mientras derivaba sutilmente libre del resplandeciente pedestal y el nido de agitados microtúbulos que lo habían mantenido unido a la nave. *Quieres venir con nosotros sola.*

—*¡No!* Un clic reverberante. *No deben sufrir ningún daño.*

Entonces todos deben venir. Hay poco tiempo. Muy pronto no habrá nada de tiempo.

*Se lo diré. Si me muestras cómo.
Ven conmigo y te lo mostraremos.*

Las compuertas de la bodega del equipo del *Michael Ventris* se abrieron lentamente. Marianne fue la primera en entrar, seguida por Blake. Retiró el casco de su cabeza antes de echar a andar corredor arriba hacia la atestada cabina de pilotaje.

Llegó con fuego en su corazón y fuego en sus ojos, necesitaba sólo de un hacha manchada de sangre para cumplir con su papel de Clitemnestra. Sus primera palabras, sin embargo, no fueron para Forster, que flotaba expectante ante ella, sino para Bill Hawkins.

—Tú podrías haberles *detenido* —dijo, furiosa—. O al menos haberlo intentado. Tú *querías* que él muriera.

Él miró directamente a aquellos feroces ojos.

—No, Marianne, no es cierto. Y no morirá.

—Porque yo cedí —dijo ella—. Evidentemente *él* no. Si no hubiera hecho que él me dijera dónde ocultó la estatua, hubiera ido a la muerte por sus principios. Actuó como un hom..., como un adulto. Pero *tú*, Bill...

—Habrà tiempo para las recriminaciones más tarde, señorita Mitchell —interrumpió Forster antes de que ella empezara a decir las palabras más duras—. Tenemos otros asuntos que arreglar.

—Aquí está —dijo ella, y empujó un gráfico a él. Era un burdo esbozo de mapa de una sección del Templo del Arte, con una X que marcaba el lugar—. Esto es lo mejor que puedo hacer.

—Será suficiente —dijo Forster, con una breve mirada. Se lo pasó a Blake—. Blake, creo que indicó usted que deseaba ocuparse de esto.

—Sí, señor. —Blake tomó el gráfico y abandonó de inmediato la cabina de pilotaje.

—Bien, ahora que hemos terminado con esto —Forster se dirigió hacia el sillón de Fulton y se inclinó y rebuscó en un saco de lona debajo de la consola. Se enderezó con una botella de cristal con las etiquetas medio despegadas, llena con un líquido ámbar oscuro. Uno de sus atesorados Napoleón—, ¿por qué no nos relajamos y tomamos una copa para olvidar todas esas cosas desagradables?

—¿Una *copa*? —El ultraje de Marianne tenía una fuerza casi palpable. Señaló el indicador del tiempo sobre la consola detrás de Forster—. ¿Se ha vuelto loco? ¡Randolph debe estar cayendo ya a medio camino de Júpiter!

El profesor Forster la miró desaprobadoramente.

—La falta de paciencia es un fallo común en los jóvenes —dijo, y sus palabras sonaron extrañas procedentes de su juvenil apariencia—. No veo ninguna razón para apresurarnos.

Marianne enrojeció hasta un color cereza pero luego se puso rápidamente pálida de nuevo; un auténtico miedo echó temporalmente a un lado su furia.

—Usted prometió... —susurró.

En la expresión de Bill Hawkins, la amenaza fue remplazada por la ansiedad.

—Profesor, usted me dijo... Bueno, no veo ninguna utilidad en prolongar esto.

Al ver sus emociones, Forster se dio cuenta de que tal vez había ido un poco demasiado lejos; ya había tenido su pequeño chiste, después de todo.

—Puedo decirle en este mismo momento, señorita Mitchell..., Bill lo sabe ya, y es por eso por lo que está justamente furioso conmigo..., que Randolph Mays no está en más peligro del que estamos nosotros. Podemos ir a recogerle en cualquier momento que queramos.

—Entonces, usted me *mintió* —dijo ella al instante.

—No. En absoluto. *Mays* le ha mentado repetidamente, pero lo que yo le dije era la verdad. De acuerdo, usted se precipitó a conclusiones equivocadas. Lo mismo le ocurrió a Bill, hasta que se lo expliqué..., su ultraje en beneficio de usted, y de Mays, fue completamente genuino, y dudo que hubiéramos podido contenerle de no haberle convencido de que estábamos diciendo la verdad.

—¿Qué es todo esto? —preguntó ella..., y añadió en un siseo—: Si es que está dispuesto a cortar esa cháchara autoglorificadora.

Pese a sí mismo, Forster se retrajo.

—Sí, bueno... Cuando dije que un cuerpo emplearía noventa y cinco minutos en caer de aquí a Júpiter, omití, no accidentalmente, lo confieso, un elemento importante de la frase. Hubiera debido añadir: «un cuerpo en estado de reposo con respecto a Júpiter». Pero nosotros no estamos en reposo con respecto a Júpiter. Sir Randolph comparte nuestra velocidad orbital, que es aproximadamente, hum, de veintisiete kilómetros por segundo.

Ella era rápida incluso cuando las ideas resultaban extrañas, así que la fuerza moral de su furia se vio ligeramente minada por la sospecha de lo que Forster iba a decir a continuación; lo mejor que podía hacer era mostrar su desprecio hacia la autosatisfacción del hombre.

—Al diablo con los números. ¿Quiere ir, por el amor de Dios, al fondo del asunto?

—Hum, sí, de acuerdo. —Sorprendentemente, ahora parecía casi apocado—. Lo lanzamos completamente fuera de Amaltea, hacia Júpiter. Pero la velocidad extra que le proporcionamos era algo trivial; todavía sigue moviéndose prácticamente en la misma órbita que antes. Lo más que puede hacer, dice el ordenador, es derivar un centenar de kilómetros hacia dentro. En una revolución, doce horas o así, volverá exactamente al mismo sitio donde empezó. Sin que nosotros tengamos que hacer nada en absoluto.

Marianne clavó sus ojos en el profesor. Para los demás que observaban en la cabina de pilotaje, Walsh y Hawkins, no había ninguna duda en el significado del intercambio de miradas: Forster estaba avergonzado de sí mismo pero se mostraba desafiante, porque creía que lo que había hecho era algo necesario; Marianne estaba aliviada pero frustrada e irritada de haber sido engañada.

—Es por eso por lo que no me dejó hablar con él —dijo—. Randolph es lo bastante listo como para darse cuenta de que no corre ningún peligro. Me lo hubiera dicho.

—Por eso no podía dejarle hablar con él, sí —admitió Forster—. En cuanto a su sofisticación hacia la mecánica orbital, yo mismo la advertí sobre eso. De hecho, Sir Randolph estaba tan confiado en su habilidad a este respecto que no dudó en arriesgar la vida *de usted* sin el menor remordimiento.

Ella se volvió hacia Hawkins.

—Tú lo sabías.

Hawkins le devolvió con firmeza su acusadora mirada.

—Lo que el profesor no te ha dicho, Marianne, es que Mays intentó matarnos a todos. Y te convirtió a ti en su cómplice. No lo lograsteis por sólo unos minutos: nos gaseasteis. Luego él situó la nave en una órbita de deriva hacia el cinturón de radiación.

La sangre huyó del rostro de Marianne, pero dijo:

—¿Y eso qué? Los efectos de la radiación son curables. —Sus palabras brotaron con más desafío del que sentía—. Tengo un conocimiento de primera mano de ese hecho también.

—Siempre que haya alguien despierto para administrar la cura. Vosotros dos dosificasteis el narcótico para mantenernos inconscientes durante largo tiempo, demasiado para salvarnos a nosotros mismos cuando despertáramos. Te mantuvo a ti con vida para que apoyaras su historia..., pero se aseguró de que en realidad no fueras testigo de nada.

Marianne miró fijamente a Hawkins, y su rostro se frunció lentamente con el horror de lo que él estaba diciendo. Giró su vacilante mirada hacia el profesor.

—Entonces..., ¿por qué se molestaría en ocultar la estatua?

—No se molestó, por supuesto —dijo Forster—. Le di su mapa a Blake para que lo guardara a buen recaudo con el resto de las pruebas contra él. Mays le contó una historia para que *usted* lo enviara de vuelta aquí a la *Ventris*. Todo fue idea suya, Marianne. *Usted* es la parte culpable; el inocente Sir Randolph Mays nunca lo hubiera hecho por sí mismo. O eso hubiera dicho a la Junta Espacial.

—Si usted lo sabía, ¿por qué ha representado toda esta comedia? —preguntó Marianne.

—Para que usted lo supiera también —dijo Forster con voz suave.

—Le tenemos cogido, Sir Randolph. Supongo que habrá estado escuchando.

—Sí.

McNeil y Groves recogieron a Mays una hora después de que Forster les dijera que lo recuperaran; estaba a sólo veinte kilómetros más arriba, y le localizaron sin demasiados problemas rastreando el radiofaro de su traje, que habían dejado intacto cuando inutilizaron su sistema de comunicaciones. Su exposición a la radiación no sería peor que la de sus rescatadores.

—No fue necesario hacer el viaje largo después de todo. La señorita Mitchell valoraba demasiado su vida —dijo Groves.

—Sí, bueno..., es una persona de buen corazón. Hay que reconocerle eso.

—Pero me temo que ha sacudido usted un poco la fe que le tenía.

Mays no respondió.

De los dos tripulantes, el rápido y pequeño Tony Groves era el más inclinado a jugar a Mercurio, el psicólogo; tenía la impresión de que algo había desaparecido en Sir Randolph Mays, alguna oscura fuerza de resistencia, porque regresó con ellos muy apáticamente del cielo color bronce dominado por Júpiter.

Se le ocurrió al navegante sugerir al profesor Forster, ese famoso racionalista, que ahora era un buen momento para interrogar a Mays más a fondo. Quizás el periodista-historiador estuviera dispuesto a admitir, si no la totalidad, sí algo parecido a la desnuda verdad sobre sí mismo.

Pero primero tenían que volver al *Michael Ventris*, un punto de luz apenas visible sobre el resplandeciente globo de plumón de Amaltea, que estaba cruzando virtualmente la noche al tiempo que cambiaba de forma visible contra el fondo de las fijas estrellas.

Incluso mientras observaban, sumergiéndose a toda velocidad hacia el satélite con el impulso de los sistemas de maniobra de sus trajes, el aspecto de Amaltea cambiaba. Los últimos restos del cascarón helado se fundían en agua caliente, y los últimos restos de agua caliente hervían y se evaporaban en un momento. Una bruma de vapor que se disipaba rápidamente abandonaba la superficie, como el pañuelo de seda de un prestidigitador alzándose con exquisita gracia para revelar...

... lo que habían sabido que estaba allí pero no podían ver con sus propios ojos antes de ahora, la nave espacial con su superficie como un espejo, el mundo que era una nave espacial. La luna de diamante.

Justo entonces, la voz de Jo Walsh llenó sus trajes.

—Angus, Tony, volved aquí tan rápido como podáis. Tenemos una emergencia en nuestras manos.

—¿Qué ocurre, Jo?

—Dad todo el gas que podáis, muchachos. Haced sangrar el del señor Mays también si es necesario. Parece que el vecindario se está volviendo crítico, si nuestros informadores saben de qué demonios están hablando.

Y en la cabina de pilotaje del *Ventris*:

—... traed al *Ventris* a la cala ecuatorial uno-ochenta. No puedo estar segura, pero creo que tenemos sólo unos veinte minutos para conseguir esto —estaba diciendo la voz de Sparta por los altavoces.

—Veinte minutos —exclamó en voz baja Marianne. Miró a su alrededor como si alguien pudiera salvar la situación. Pero Forster y la capitana estaban contemplando la vacía videoplaca como si mediante su fuerza de concentración pudieran ver a Sparta en ella. Hawkins se mordía el labio y miraba impotente a Marianne. Incluso Blake, cuyo impulso normal en las emergencias era salir y arremeter contra algo, permanecía lúgubrementemente allí, inactivo.

—Todavía faltan McNeil y Groves, inspectora Troy —dijo Forster.

—¿Mays? —les llegó la voz de Sparta por el enlace.

—Sí, está con ellos.

—¿Están en contacto?

—La capitana Walsh acaba de darles instrucciones de que se apresuren todo lo posible, pero estimamos que están quizás a unos quince minutos de nuestra posición actual.

En la cabina de pilotaje del *Ventris* hubo silencio por un momento, hasta que la voz de Sparta dijo de nuevo por el radioenlace:

—Ustedes tendrán que entrar en la cala ahora. Ellos tendrán que hacerlo cuando lleguen.

—Su combustible de *maniobra*... —empezó a decir Marianne.

La voz de Sparta prosiguió:

—No parece haber otra opción aquí; mi sentido de la situación es que la... «nave-mundo» ha entrado en una especie de cuenta atrás automatizada. Y que hemos superado ya el punto de no retorno.

—Pero, inspectora Troy...

—Lo siento, señor, permítame un momento... —Walsh interrumpió la respuesta de Forster con su diplomática firmeza de capitana, que bajo su educado barniz no parecía una contradicción—. Voy a alertar a los hombres y a poner en acción la nave. Usted y la inspectora Troy podrán seguir con su discusión dentro de un momento.

Se comunicó rápidamente con el ordenador del *Ventris* —representaba algo más de trabajo que lo habitual poner en marcha la nave sin la ayuda del ingeniero—, y lo programó para que se encaminara al ecuador de la luna de diamante.

—Será mejor que se sujete, señor. Blake, por favor, ocupe el sillón del ingeniero. Señorita Mitchell, señor Hawkins, vayan abajo, por favor. Átense para rumbo de

ajuste.

Un momento más tarde los cohetes de maniobra entraron en acción como obuses, con la suficiente intensidad y fuerza como para proporcionarles dolor de cabeza. El *Ventris* se curvó limpiamente hacia dentro, hacia el agujero negro que incluso entonces se abría en espiral en el lado de la resplandeciente «nave-mundo».

McNeil miró a Groves. Acababan de ser puestos al corriente por Walsh a través de los enlaces de sus trajes.

—¿Alguna ayuda, señor navegante?

—Bueno, señor ingeniero, acabo de efectuar una estimación preliminar en mi manga —se palmeó la placa del ordenador en el antebrazo de su traje—, y nos pone en una situación un tanto apurada. Para poder efectuar el cambio de vector tenemos que ahorrar todo el combustible que tenemos. Pero si ahorramos todo el que tenemos, vamos a llegar, oh, un poco tarde.

—Entonces, ¿no podemos ajustar el vector delta?

—Ésa es una forma de decirlo sucintamente.

—¿Alguna recomendación?

Dentro de su traje, Groves se encogió visiblemente de hombros.

—Yo diría: Lancémonos como murciélagos salidos del infierno y esperemos que alguien piense en algo antes de que se nos agote el gas.

McNeil miró de soslayo a su cautivo.

—Supongo que tiene usted derecho al voto, Mays. Aunque eso no quiere decir que debamos contar con él.

—No importa —dijo Mays—. No tengo nada que añadir.

De modo que pusieron en marcha sus impulsores, y se lanzaron hacia la luna de diamante.

El *Ventris* entró en la enorme cúpula explorada originalmente por Forster y Troy con el submarino Manta. Su catedralicio espacio era una filigrana de tinta y plata, trazada con una fina punta de aguja de acero..., porque estaba lleno de vacío ahora, no agua, y su intrincada arquitectura estaba severamente iluminada por la luz de Júpiter que entraba desde fuera.

Desde el suelo un puñado de brillantes mecanismos, flexibles y vivos como tentáculos, saltaron hacia arriba para aferrar al *Ventris* y atraerlo hacia dentro. Lo giraron al tiempo que lo arrastraban, de modo que finalmente quedó tendido de costado, firmemente sujeto en una masa de sorbientes zarcillos como un pez que hubiera caído en poder de una anémona.

El *Ventris* quedó alineado de tal modo que se hallaba paralelo al eje de la «nave-mundo», apuntando en dirección de lo que habían llamado el polo sur. En la cabina de pilotaje, la débil gravedad existente tendía a atraer a sus ocupantes hacia una pared

en vez de hacia el suelo, pero la fuerza era tan ligera que la sensación no era tanto como caer que como derivar de lado en una lenta corriente.

—El Manta tiene combustible —dijo Blake a Walsh—. Podría conducirlo hacia ellos y abandonarlo luego, usar el gas de mi traje para ayudarles a entrar.

—Lo siento, Blake —dijo ella con voz seca—. Agotarías el traje de tu gas y más aún solamente igualando vuestras trayectorias.

—Insisto en efectuar el intento —dijo Blake, con toda la furiosa dignidad que pudo reunir.

—Me niego a sufrir cuatro bajas en vez de tres.

—Capitana...

—Si hubiera la más ligera posibilidad... —Walsh estaba rígida; dos de sus compañeros de hacía mucho tiempo, sus más viejos amigos, estaban entre los hombres que se proponía abandonar—, pero no la hay. Comprueba las cifras si quieres. Por favor, demuéstreme que estoy equivocada.

Forster —atado en su sillón y meditando, el rostro entre las manos— había permanecido apartado de la disputa. Ahora alzó su triste mirada a Blake.

—Haga lo que sugiere la capitana, Blake. Compruebe las cifras.

—Señor, el ordenador usa sus propias estimaciones del combustible. Sugiero... Digo que están bajos.

—O altos —respondió rápidamente Walsh.

—Compruebe las cifras, Blake —insistió Forster—. Deje la masa de Mays fuera del cálculo.

Walsh miró a Blake sin decir nada. Le estaba pidiendo que cargara con el peso.

—Lo siento, Jo. Profesor —murmuró Blake—. No voy a decir que lamenté ver que tomaban esa decisión por ellos mismos. Pero...

Walsh se volvió hacia la consola y tecleó manualmente números en el ordenador; no era el tipo de cosa que uno le decía que hiciese la máquina en modo voz. Los números volvieron, y las trayectorias potenciales fueron desplegadas gráficamente.

Walsh y los demás contemplaron la placa.

—Bien —dijo la capitana—, esperemos que, cuando se les ocurra la idea, sean menos escrupulosos que yo.

—¿De qué está hablando? —preguntó Marianne. Ella y Bill Hawkins llegaban en aquel momento a la cabina de pilotaje.

Forster no la miró, pero habló con voz fuerte y llana.

—Con el combustible de Mays, pero sin su masa, McNeil y Groves tienen una posibilidad de volver aquí antes del límite de tiempo dado por la inspectora Troy.

—Una posibilidad que disminuye rápidamente —gruñó Walsh.

Marianne captó con rapidez.

—¿Quiere que abandonen a Randolph? —dijo.

—Me gustaría que lo hicieran. —Forster la miró directamente—. Pero dudo que lo hagan.

Marianne hubiera podido expresar ultraje u horror. Pero no lo hizo.

En dirección hacia Júpiter, Tony Groves dijo:

—Acabamos de pasarlo, compañero. El punto de no retorno.

—Lo cual significa que si nadie acude a nuestro rescate, seguiremos esta trayectoria para siempre —dijo McNeil.

—Me temo que sí.

Por un momento los comunicadores de sus trajes se llenaron únicamente con la estática de Júpiter; luego Mays dijo:

—Tienen el combustible de mi traje. Simplemente líbrense de mí. Quizá así aún puedan salvarse.

—Éste no es el tipo de cosa que se hace habitualmente —dijo Groves.

—Y, por supuesto, usted es el tipo de hombre que siempre hace las cosas *habituales* —respondió Mays con despecho.

—Creo que está intentando provocarnos, Angus —dijo Groves.

—No le servirá de nada. Todo eso ya es *déjà vu* para mí —dijo McNeil—. Seguro, mata a ese tipo molesto y puede que vivas un poco más. Luego intenta vivir con ello.

Groves hizo chasquear la lengua.

—Pregunto, ¿cuál es el chiste?

—Averígualo, chico listo.

Siguieron surcando el espacio, con los cohetes de sus trajes empujándoles hacia la luna de diamante que ahora casi llenaba su cielo..., sabiendo que no tendrían forma de detenerse, o siquiera de darse la vuelta, cuando la alcanzaran.

—*Franco* —dijo Mays—, en realidad no me importa si ustedes dos viven o mueren. Pero me gustaría hacer una declaración antes de que yo muera.

—Estamos escuchando —dijo McNeil.

—No a ustedes dos. A..., a Forster, supongo. A esa mujer, Troy, o como se haga llamar estos días.

McNeil ajustó el comunicador de su traje.

—¿Todavía puede captarnos, profesor?

La respuesta llegó tan clara que Forster hubiera podido estar en el traje contiguo al de ellos.

—Estaba escuchando, Angus. Diga lo que tenga que decir, Sir Randolph.

Mays suspiró profundamente y sorbió una buena cantidad de frío aire de su traje.

—Mi nombre no es Randolph Mays —dijo—. Puede que me conozca usted por otros nombres: William Laird, Jean-Jacques Lequeu. No soy ninguno de ellos. Mi

nombre no importa.

—Eso es cierto, su nombre no importa —dijo Sparta, y su voz sonó tan cerca como si estuviera dentro de su cabeza..., y para él el sonido de aquella voz debió de ser como el sisear de un saurio, porque había sido lo bastante estúpido como para creer que ella no le conocía realmente—. Creyó usted que había matado a mis padres. Creyó que me había *creado* a mí. Pero nada de lo que hizo usted significó ninguna diferencia. Nada de ello importó, señor Nemo. Ni siquiera usted.

—Queremos *oír* lo que tenga usted que decir —se apresuró a decir Forster.

—Bien, lo oirán —dijo Mays con voz débil—. La maldita mujer tiene razón: ya no importo. Pero nosotros los *prophetae* no estamos locos. *Nosotros* preservamos el Conocimiento, el Conocimiento que la hizo lo que es..., que nos trajo a todos nosotros a este lugar.

Cometimos horribles crímenes en nombre del Conocimiento.

Quizá consideren extraño que yo pueda admitir esto de una forma tan llana. Los pensadores convencionales —la mayoría de la gente— creen que el crimen osado, el criminal ultrajante, el hombre o la mujer que asesina inocentes a sangre fría, los despedaza con alguna anónima bomba o los siega con una ametralladora, sin haberlos visto nunca antes, sin saber absolutamente nada de ellos, un asesino implacable así, como opuesto al sociable asesino de esposas o al carnicero de niños, no puede estar poseído por una conciencia. Qué lamentable error.

Mays se deslizaba solo por el espacio, recitando su macabro soliloquio mientras la brillante masa de la «nave-mundo» se expandía a un lado. McNeil y Groves estaban solos también, a una cierta distancia..., no por ningún sentido de intimidad o decoro, sino porque lo habían soltado y, en el transcurso de varios cientos de metros, él simplemente había derivado lejos. Los tres trajes espaciales habían agotado el combustible de maniobra; el hombre derivaba y giraba sobre sí mismo al azar, a veces mirando a los otros, a veces contemplando el vacío espacio, o la superficie de espejo de la cosa que había sido Amaltea, o el abrumador caldero de nubes de Júpiter.

Nosotros los prophetae sabíamos bien lo que hacíamos. Nos dolían aquéllos a los que sacrificábamos. Los antiguos primitivos que rezaban por las almas de los ciervos que comían no eran más devotos que nosotros.

Cometimos horribles crímenes y mantuvimos nuestro buen humor, como habían hecho durante milenios aquéllos que vinieron delante de nosotros. Al final, creíamos, la suma de la historia y el destino de la Humanidad nos exculparía; hombres y mujeres nos bendecirían.

Ninguno de nosotros esperaba vivir eternamente, y si unos pocos —o muchos— inocentes tenían que morir antes de que llegara el Paraíso, todo sería para mejor, porque así el Paraíso llegaría mucho antes, y muchos más se beneficiarían en el

futuro.

Y así, en nombre del Conocimiento, para acelerar el día en el que el Pancreator regresaría, hicimos otro intento de dar vida al Emperador de los Últimos Días, el festín de los dioses. La creamos a ella.

O, como mis colegas y contemporáneos insisten en recordarme, yo la creé a ella. Pero no puedo aceptar todo el crédito. Sus padres —esos sutiles y mentirosos húngaros— me la vendieron. Bajo mi dirección, se efectuaron algunas modificaciones. Ella se negó a cooperar. Ella, esta niña, conocía mejor el Conocimiento que los caballeros y los ancianos, insinuó. Lástima que yo no tuviera éxito en desembarazarme de mi fracaso.

Después de que escapara, sólo transcurrieron un puñado de años antes de que nos mostraras que siete mil años de Conocimiento eran, por decirlo suavemente, incompletos. Las tablillas venusianas revelaron que nuestras traducciones eran erróneas, en especial nuestra traducción de la placa marciana. No habría ninguna señal del mundo natal en la Crux. El Doradus, el apoyo principal de lo que tenía que ser nuestro asalto final, fue echado por la borda por ese estúpido de Kingman.

La monstruosa mujer siguió adelante, golpeándonos en nuestras más secretas fortalezas..., yo mismo estuve a la distancia del ancho de un cabello de morir en sus manos. Luego Howard Falcon, que tenía que haber sido el nuevo Emperador, fracasó en despertar el Pancreator en Júpiter; el llamado mundo de los dioses era sólo un mundo de animales elefantinos. Ninguno de nosotros había previsto el significado de Amaltea; no había una sola palabra al respecto en el Conocimiento. Nuestros planes y nuestro orgullo fueron arrojados al polvo.

Nosotros los caballeros y ancianos de los prophetae —aquéllos de nosotros que sobrevivimos— perdimos al fin nuestro valor. Nos enfrentamos a la amarga verdad, que todo aquello por lo que habíamos trabajado y en lo que creíamos era un error. No habíamos ganado privilegios en virtud de nuestros falsos secretos; si el Paraíso venía a la Tierra, nosotros no estaríamos entre los elegidos.

Me negué a entrar en el pacto de suicidio con los demás. Me maldijeron, pero al final les hice el servicio de esparcir sus cenizas por el espacio.

Para mí quedaban tres cosas. Miraría al rostro del Pancreator. Traería la muerte a la terrible mujer que había ayudado a crear. Luego moriría yo también. Con este fin resucité la útil personalidad de Sir Randolph Mays e hice todo lo que saben y pueden suponer.

He visto al Pancreator. Lo que ustedes llaman el Embajador es el ser para el que siete mil años de mi tradición me habían preparado. Ni siquiera estaba preparado para la inevitable decepción. Él, o ella, o lo que sea, no es una cosa horrible, pero tampoco es un dios.

Al fin Mays guardó silencio. Si había terminado, había calculado muy bien su

discurso, porque los tres hombres a la deriva estaban pasando tan cerca de la «nave-mundo» como era probable que llegaran a hacerlo. No estaban a más de medio kilómetro de la aún abierta entrada de la cala ecuatorial en la que se había instalado el *Ventris*, pero eran incapaces de detenerse o desviar su impulso hacia delante.

Mays no pudo resistirse a añadir un último y superfluo comentario:

—Mis esperanzas de venganza también se han visto frustradas. Al menos no me sentiré engañado respecto a mi propia muerte.

—Piense de nuevo, Nemo. —Sparta hizo pedazos cualquier dignidad que hubiera podido quedar aferrada, como un moho, a la autocompasión de Mays—. El *Embajador* tiene un nombre. Thowintha es muchas cosas, el piloto de la nave entre ellas, pero no lo que usted ha decidido llamar el Pancreator. —Se echó a reír, una risa profunda y gutural—. Y usted todavía no está muerto.

Un segundo más tarde los tres hombres la comprendieron. De la cavidad de la enorme cala, tres finos tentáculos plateados, casi invisibles, emergieron y tantearon rápidamente su camino a través del espacio. Se movían certeramente, con la rapidez de una serpiente de cascabel, como movidos por su propia percepción e inteligencia.

—*Ahhh...*, ¡cuidado aquí! —exclamó McNeil, cuando uno de los tentáculos se cerró sobre su pierna y tiró de él boca abajo.

—¡Eh! —gritó Groves casi al mismo tiempo, un alegre grito de muchacho; un tentáculo lo había sujetado por el brazo.

Mays se limitó a gruñir sorprendido cuando el tercer tentáculo se enrolló en su cintura.

De inmediato las fibras plateadas se tensaron, aunque actuaron un poco como un sedal que ha atrapado a una presa y al que se le da carrete. La diferencia total de velocidad entre la nave y los hombres era la de una piedra lanzada a un pozo en la Tierra, y los hábiles tentáculos no tenían intención de desmembrar a sus presas tensándose bruscamente al máximo. Pero al cabo de trescientos metros los tres hombres estaban virtualmente inmóviles con respecto a la nave; entonces empezaron a ser arrastrados hacia ella.

La tranquila voz de Sparta llegó a los comunicadores de sus trajes:

—Seréis depositados dentro de la compuerta del *Ventris...*, está abierta para vosotros. Tendréis muy poco tiempo para prepararos para la aceleración, unos pocos segundos como máximo. No os paréis a quitaros los trajes, simplemente dirigíos a la sala de oficiales y tendeos en el suelo. No puedo decir cuántas g vamos a recibir. Considerad cualquier retraso como algo potencialmente fatal.

Los tentáculos parecían tener un muy preciso conocimiento de cuánta aceleración y deceleración podía esperarse que soportara un cuerpo humano sin causarle heridas serias. Tiraron brusca y rápidamente, se pusieron rígidos a un par de docenas de metros de la cala, y arrastraron a los hombres a través de la abertura en el momento

en que la cúpula empezaba a entretejerse y a cerrarse de nuevo. Uno al lado del otro, los tres hombres cruzaron la cúpula justo en el momento en que se cerraba sobre ellos con un restallido, con sólo un poco más que la altura de sus cascos sobre sus cabezas.

El *Ventris* parecía ridículamente pequeño allá donde yacía dentro de la cala de un kilómetro de ancho. Al cabo de un segundo los tentáculos como látigos habían metido a los tres hombres por la abierta compuerta de la bodega del equipo del *Ventris* —uno, dos, tres, fueron depositados y soltados—, y los tentáculos se retiraron restallantes fuera de su vista. Incluso Randolph Mays, que tan recientemente había recitado su propia oración fúnebre, se deslizó con rapidez por la doble escotilla y buscó un lugar plano donde tenderse.

El mundo empezó a moverse antes incluso de que se hubieran puesto de rodillas. Pero Sparta —que seguramente sabía lo que estaba haciendo y únicamente había tenido la intención de hacer que se apresuraran— había exagerado las maravillosas capacidades de la Cultura X. Ni siquiera la nave alienígena tenía la capacidad de trasladarse —un elipsoide de treinta kilómetros de largo lleno de agua— con una aceleración instantánea de una gravedad terrestre.

No, la increíble columna de fuego que brotó de su polo «norte», apuntando directamente a Júpiter, movió la «nave-mundo» lentamente al principio, sólo lo suficiente para que el suelo de la sala de oficiales del *Ventris* pareciera de pronto más un suelo que una pared. De hecho, al cabo de unos pocos segundos, Angus McNeil se puso en pie para instalarse más confortablemente, se soltó el casco y lo retiró de su cabeza y se quitó el traje.

Se movió prematuramente. Cuando se había quitado la parte superior, la «nave-mundo» estaba acelerando a una g; cuando había conseguido bajarse la inferior a la altura de media pierna se movía a cinco, y ya no pudo soportar su rápidamente creciente peso. Se dejó caer en el acolchado suelo y permaneció tendido allí, con su peso aplastando la tela.

La voz de Sparta llegó a los cascos de Tony Groves y del hombre que se había hecho llamar Randolph Mays.

—Se me ha hecho entender que la aceleración seguirá aumentando durante cinco minutos más y luego cesará. Por entonces estaremos ya camino de nuestro destino.

Groves, el navegante, obligó a que su aplastado pecho proporcionara el aire suficiente para formular la pregunta.

—¿Cuál será éste, inspectora?

—No lo sé. Sin embargo, tengo la impresión de que vamos a conocer al Pancreator de Sir Randolph después de todo.

En el puente de la «nave-mundo» —lo que los exploradores habían confundido por la galería de arte—, la pequeña Sparta y el gran Thowintha estudiaban los

brillantes murales vivos y a través de ellos cartografiaban su rumbo. Flotaban cerca el uno del otro, girando y deslizándose por las aguas del espacio de control, comunicándose con los bancos de sus miríadas de ayudantes, como si se conocieran los unos a los otros desde hacía mil millones de años y estuvieran danzando en el agua para celebrar su largo tiempo pospuesta reunión.

Pero, incluso mientras danzaba con el alienígena, un acontecimiento inimaginable que había imaginado incontables veces en sus sueños, pensó en Blake, su auténtico compañero...

Meditaba en la bodega del *Ventris*. Pensaba que debía estarse haciendo viejo, muy viejo. Y era cierto, había cambiado: cuanto más viejo se hacía, más cercano a un adulto responsable se volvía. En todo aquel viaje no había hallado ninguna excusa para volar nada.

EPÍLOGO

En la base de Ganimedes habían estado siguiendo atentamente todos aquellos acontecimientos. Una nave de la Junta Espacial —un viejo y crujiente remolcador— había sido lanzada en un intento de rescate de la expedición Forster que, por el hecho de haber dejado de comunicar (a aquellas alturas todo el mundo sabía eso), debía de tener con toda seguridad problemas.

Pero la llameante partida del plateado huevo tomó a todos los observadores por sorpresa. En Ganimedes, en la Tierra, en todos los mundos habitados, vieron ponerse en marcha los titánicos motores. Vieron la semilla de una luna moverse contra el poderoso abrazo de Júpiter. Siguieron su rumbo, con la seguridad de que se dirigiría fuera del sistema solar, hacia las más distantes estrellas.

Primero fue con sospecha, luego con incredulidad, finalmente con maravilla, que al fin creyeron en la evidencia de sus propios ordenadores.

En Ganimedes, el comandante observaba con una hosca e inescrutable expresión. Demasiado tarde había seguido el rastro del último de los *prophetae*, el último topo dentro de la delicada presencia de la Junta Espacial en la orilla del Océano sin Orillas. Cualquier cosa que aquellos lastimosos mercenarios conspiradores del Espíritu Libre tuvieran que decirle carecía de valor frente al futuro que se desplegaba ante ellos.

En la Tierra, Ari y Jozsef observaron también el espectáculo. Las lágrimas brotaban de los ojos de Ari, lágrimas de alegría y rabia, de que aquello estuviera ocurriendo, de que su hija hubiera ayudado a que ocurriera..., y de que ella hubiera sido excluida de todo el asunto.

Porque lo que quedaba de Amaltea —su brillante núcleo, la «nave-mundo», la luna de diamante— no se encaminaba hacia un destino en algún lugar de la constelación de la Cruz. Se encaminaba a una cita con la Tierra.

LA LUNA DE DIAMANTE

EPÍLOGO, POR ARTHUR C. CLARKE

Ya describí, en el epílogo a *Venus Prime IV: El encuentro con Medusa*, la historia de mi fascinación de toda la vida con el más grande de todos los planetas. Sólo desde 1979, sin embargo, se ha descubierto —con deleitada sorpresa de los astrónomos— que las maravillas de Júpiter igualan a las de sus muchos satélites.

En 1610, Galileo Galilei orientó su recién inventado «tubo óptico» al planeta Júpiter. No se sorprendió de ver que —al contrario que las estrellas— mostraba un disco perceptible, pero durante el transcurso de las siguientes semanas hizo un descubrimiento que echó por tierra la imagen medieval del universo. En esa imagen del mundo, *todo* —incluidos el Sol y la Luna— giraba en torno de una Tierra central. Pero Júpiter tenía cuatro débiles destellos de luz que giraban a su alrededor. La Tierra no era el único planeta con una luna. Para hacer las cosas aún peores: Júpiter tenía no uno, sino *cuatro* compañeros. No es de extrañar que algunos de los más intransigentes colegas de Galileo se negaran a mirar a través de su diabólico invento. De todos modos, argumentaron, si los satélites de Júpiter eran *tan* pequeños, en realidad no importaban y al diablo con ellos...

Hasta el siglo XIX, las cuatro lunas «galileanas» —Ío, Europa, Ganimedes y Calisto— no fueron más que puntos sin rasgos definidos incluso a través de los más poderosos telescopios. Sus movimientos regulares (en períodos que iban de unas meras 42 horas para Ío hasta 17 días para la distante Calisto) en torno de su gigantesco amo las convirtieron en una fuente de constante deleite para generaciones de astrónomos, aficionados y profesionales. Un buen par de modernos binoculares —*rígidamente sostenidos*— permiten verlos con facilidad, puesto que giran de un lado para otro a lo largo del plano ecuatorial de Júpiter. Normalmente serán visibles tres o cuatro, pero en raras ocasiones Júpiter aparecerá como si ninguna luna como hubieran deseado los oponentes de Galileo, puesto que los cuatro satélites estarán eclipsados por el planeta, o pasando por delante de su superficie sin ser apreciados.

No había ninguna razón para suponer, antes de que se iniciara la Era Espacial, que los cuatro satélites galileanos fueran muy diferentes de nuestra propia Luna: es decir, desiertos sin aire llenos de cráteres donde nunca se movía nada excepto las sombras arrojadas por el distante sol. De hecho, esto resultó ser cierto para el satélite más externo, Calisto: se halla tan saturado de cráteres de todos los tamaños que simplemente no hay espacio para nada más.

Éste fue casi el único resultado *no* sorprendente de las misiones *Voyager* de 1979, indudablemente las de mayor éxito en la historia de la exploración espacial. Porque las tres lunas interiores revelaron ser completamente distintas de Calisto, y las unas

de las otras.

Ío está salpicada de volcanes —los primeros activos descubiertos jamás más allá de la Tierra—, que arrojan vapores sulfurosos a un centenar de kilómetros hacia el espacio. Europa es una helada masa de hielo de polo a polo, cubierta por una intrincada red de fracturados cráteres. Y Ganimedes —más grande que Mercurio, y no mucho más pequeña que Marte— es la más extraña de todas. Gran parte de su superficie parece como si hubiera sido arañada por gigantescos peines, que han dejado múltiples surcos que recorren miles de kilómetros. Y hay curiosos pozos de los que emergen rastros que muy bien podrían haber sido hechos por caracoles del tamaño de un estadio olímpico.

Si desean saber ustedes más sobre esos extraños cuerpos, les remitiré a los numerosos y espléndidamente ilustrados volúmenes que fueron inspirados por las misiones *Voyager*. Stanley Kubrick y yo nunca soñamos, mediados los sesenta, que menos de una docena de años más tarde estaríamos viendo primero planos de los lugares a los que planeábamos enviar nuestros astronautas: creíamos que tal conocimiento no estaría disponible hasta al menos el 2001. Sin los *Voyager*, nunca hubiera podido escribir *Odisea dos*. Gracias, NASA y Laboratorio de Propulsión a Chorro.

Además de su cuarteto de lunas de tamaño casi planetario, las sondas espaciales *Voyager* descubrieron que Júpiter tiene también anillos tipo Saturno —aunque son mucho menos espectaculares— y al menos una docena de satélites más pequeños. Como corresponde a un gigante así, es un minisistema solar por derecho propio, cuya exploración puede tomar muchos siglos..., y muchas vidas.

El relato corto *Júpiter V*, la génesis de esta novela, tiene lugar en un satélite que fue descubierto por un astrónomo de ojo agudo, E. E. Barnard, allá en 1892. Bautizado oficialmente ahora como Amaltea, durante mucho tiempo se creyó que Júpiter V era la luna más cercana a Júpiter, pero los *Voyager* detectaron otros satélites más pequeños y más cercanos aún. Puede haber docenas, o centenares, o miles más; algún día tendremos que responder a la pregunta: «¿Cuán pequeño puede ser un trozo de roca y ser calificado todavía como una luna?»

Escrito en 1951, y más tarde publicado en la antología *Alcanza el mañana*, *Júpiter V* es una de las pocas historias cuyos orígenes puedo rastrear con exactitud. Su primera inspiración (explícitamente mencionada en la versión original) fue la maravillosa serie de ilustraciones astronómicas de Chesley Bonestell aparecidas en un número de 1944 de la revista *Life*.^[1] Reproducidas más tarde en el volumen recopilado por Willy Ley *La conquista del espacio* (1949), debieron hacer que miles de personas se dieran cuenta por primera vez de que los demás planetas y satélites del sistema solar eran *lugares* auténticos, que algún día podíamos llegar a visitar.

Las ilustraciones de Chesley —cuando fueron publicadas en *La conquista del*

espacio— inspiraron a legiones de jóvenes cadetes del espacio, y a éste quizás un poco menos joven. Poco sabía yo entonces, por acuñar una frase, que un día colaboraría con Chesley en un libro acerca de la exploración de los planetas exteriores (*Beyond Júpiter* [1972]: ver el epílogo a *Venus Prime IV: El encuentro con Medusa*). Cuánto me alegré de que Chesley —que murió, aún en plena fiebre de trabajo, a la edad de 99 años— viviera para ver la realidad detrás de su imaginación.

El segundo antecedente de *Júpiter V* fue algo más sofisticado. En 1949, durante mi último año en el King's College de Londres, mi instructor de matemáticas aplicadas, el doctor G. C. McVittie, dio una conferencia que causó una indeleble impresión en mí. Era sobre el aparentemente poco prometedor tema de la teoría de las perturbaciones, es decir, lo que le ocurre a un cuerpo en órbita si alguna fuerza externa altera su velocidad. Por aquellas fechas, nada podía parecer menos práctico; hoy es la base de la industria de los satélites de comunicaciones, que maneja muchos miles de millones de dólares, y de todas las misiones de citas en el espacio.

Las conclusiones que «Mac» ilustró en la pizarra fueron sorprendentes, y a menudo contraintuitivas; ¿quién hubiera pensado que una forma de hacer que un satélite fuera más aprisa era frenarlo para que bajara su órbita? Durante las siguientes décadas utilicé la teoría de las perturbaciones en un cierto número de otros relatos además de *Júpiter V*, y desempeña un papel vital, aunque de una forma muy diferente, en los finales tanto de *2010* como de *2061*.

En marzo de 1989, la Real Sociedad Astronómica, de la que el doctor McVittie ha sido durante mucho tiempo miembro destacado, dio un simposio especial en memoria suya, y yo me apresuré a comunicar a sus organizadores su valiosa contribución a mi propia carrera.

Pero volviendo a *Júpiter V...*, *Amaltea*. En 1951 me sentía completamente seguro de poder hacer cualquier cosa que deseara, porque era inconcebible que pudiéramos ir a echarle una buena mirada de cerca durante este siglo. Sin embargo, ésa fue precisamente una de las hazañas realizadas por las misiones *Voyager*.

Bueno, quizá no una *buena* mirada, pero la ligeramente borrosa imagen del *Voyager*, aunque tomada desde varios miles de kilómetros de distancia, hizo pedazos por completo mi descripción: «Había débiles líneas entrecruzadas en la superficie del planeta, y de pronto mis ojos captaron todo su esquema. Porque *era* un esquema; aquellas líneas, cubrían el Cinco con la misma exactitud geométrica que las línea de latitud y longitud dividen el globo de la Tierra...»

No estoy preocupado por ella: la auténtica *Amaltea* parece aún más extraña. Tiene un delicado tono rosáceo..., probablemente como resultado de haber sido rociada con el polvo de azufre lanzado por el cercano Ío. Y tiene un par de prominentes puntos blancos simétricos, que tienen el inquietante aspecto de un par de prominentes ojos.

Quizá sean eso precisamente. Deberíamos de saberlo cuando la *Galileo* llegue

allá en 1995...

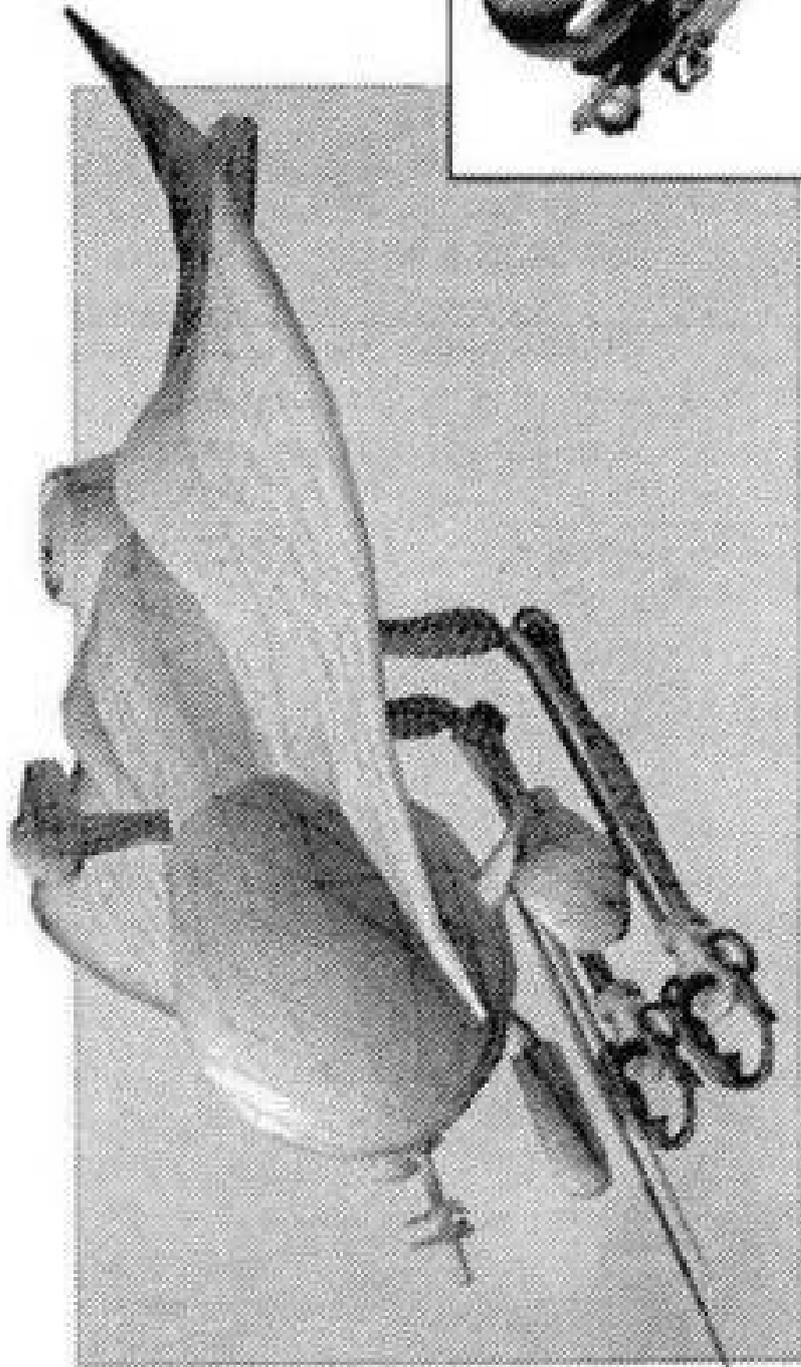
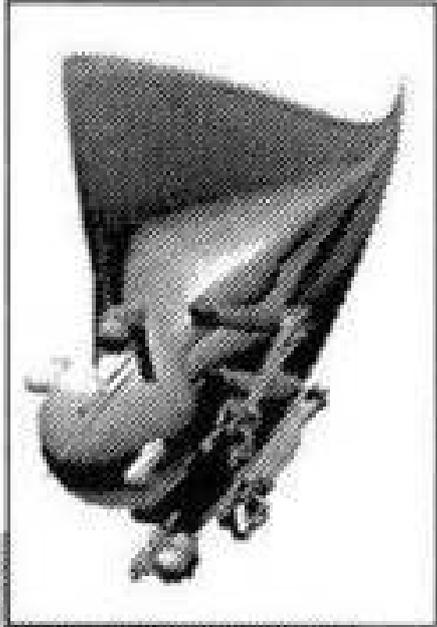
ARTHUR C. CLARKE
23 de octubre de 1989

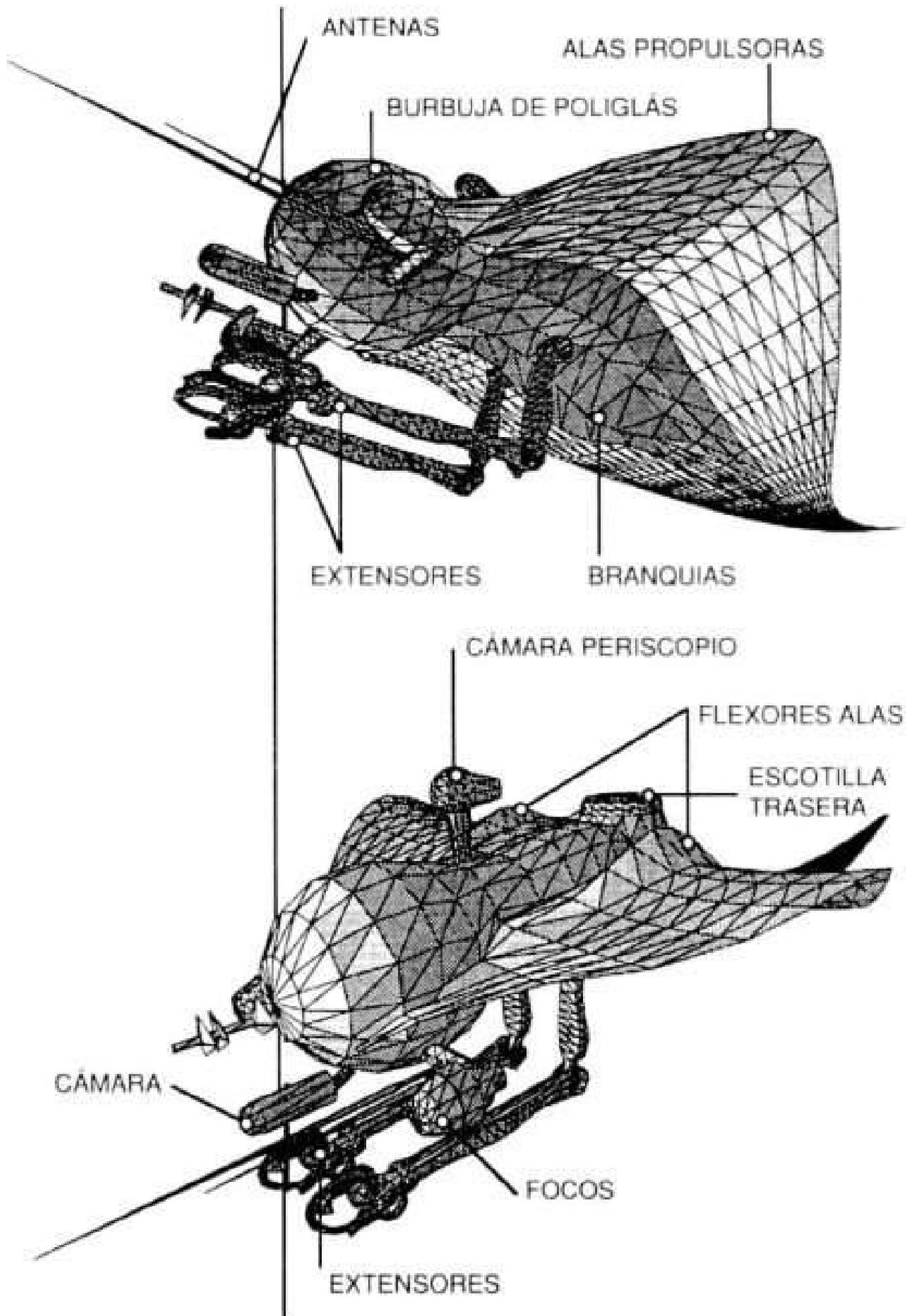
ILUSTRACIONES TÉCNICAS

En las siguientes páginas aparecen diagramas realizados por ordenador que representan algunas de las estructuras y la ingeniería que se encuentran en *Venus Prime*:

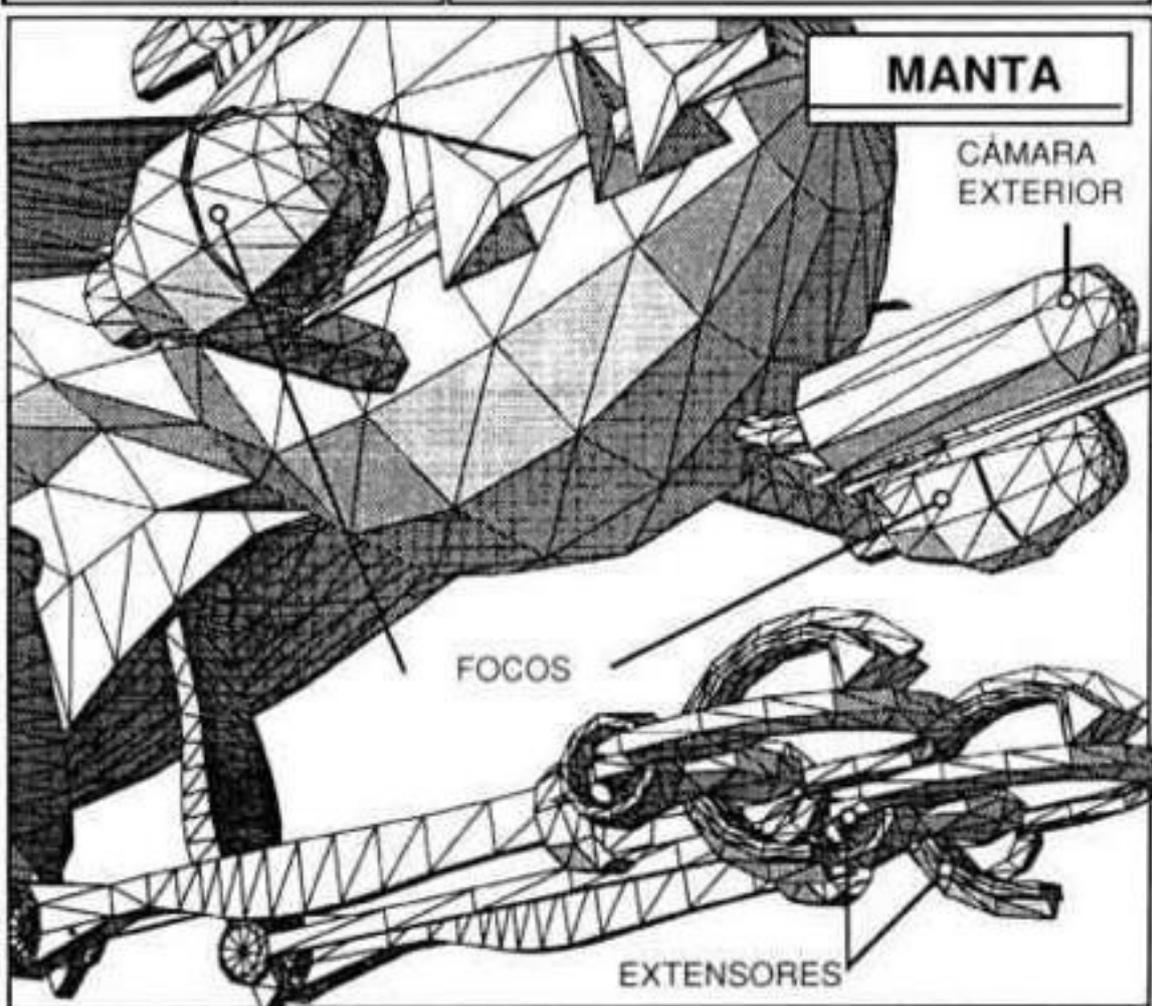
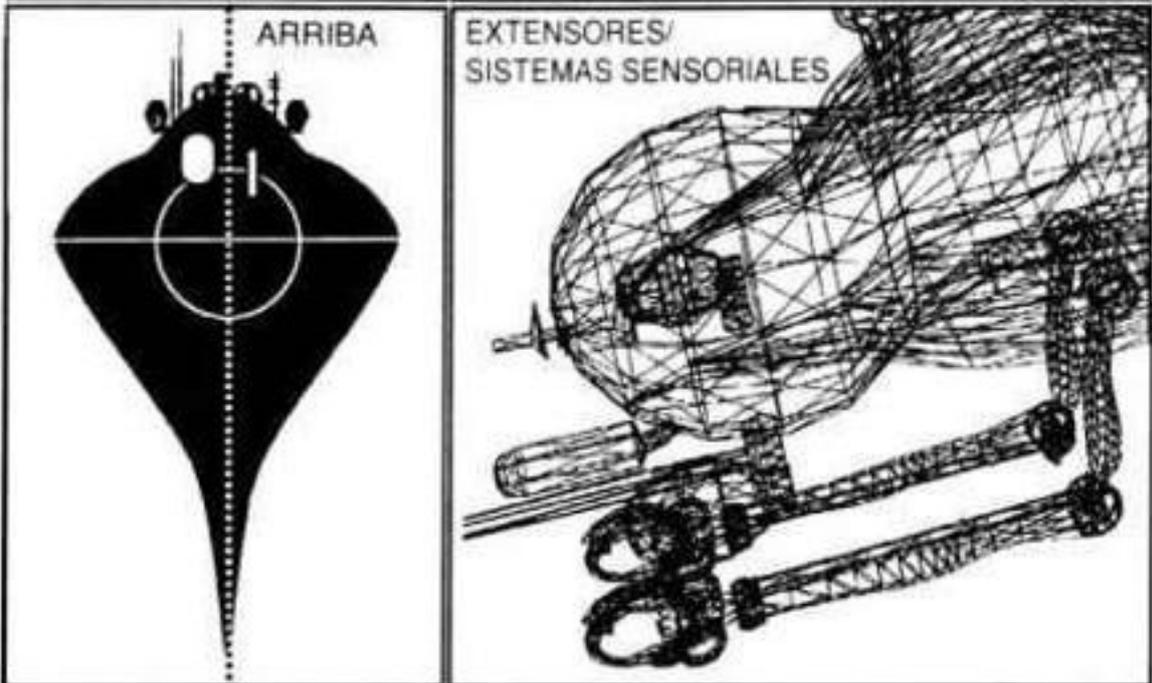
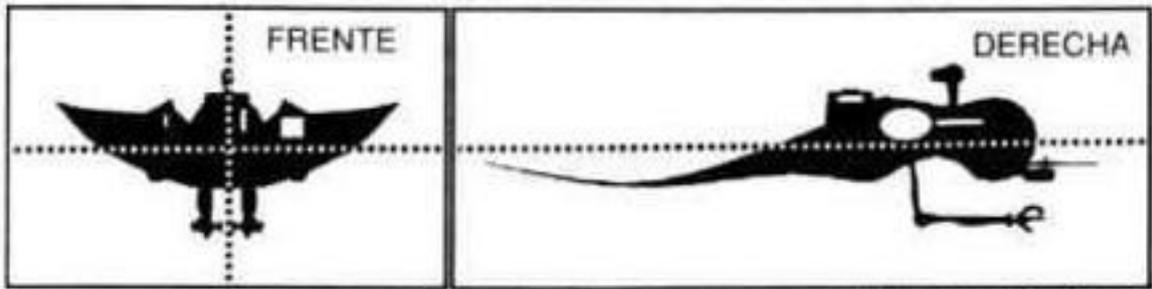
- Páginas 2-6: Submarino europeo *Manta*. — Vista general esquemática indicando elementos exteriores; vista frontal, lateral y superior; vistas esquemática y exterior de los sistemas sensoriales; vista exterior; esquema activo de las alas.
- Páginas 7-11: Remolcador espacial *Michael Ventris*. — Vistas en corte del puente/escotilla principal, motores principales/tanques y sujeciones de bodegas de carga; perspectiva esquemática; primer plano del puente y cubierta delantera; vista delantera, de lado y superior; conjunto motor principal/tanques.
- Páginas 12-16: Máquina perforadora *Topo de los hielos*. — Vista general; dos perspectivas al corte perfilando cabina y estructuras evacuadoras; primer plano esquemático del conjunto perforador y evacuador del hielo; rasgos exteriores.

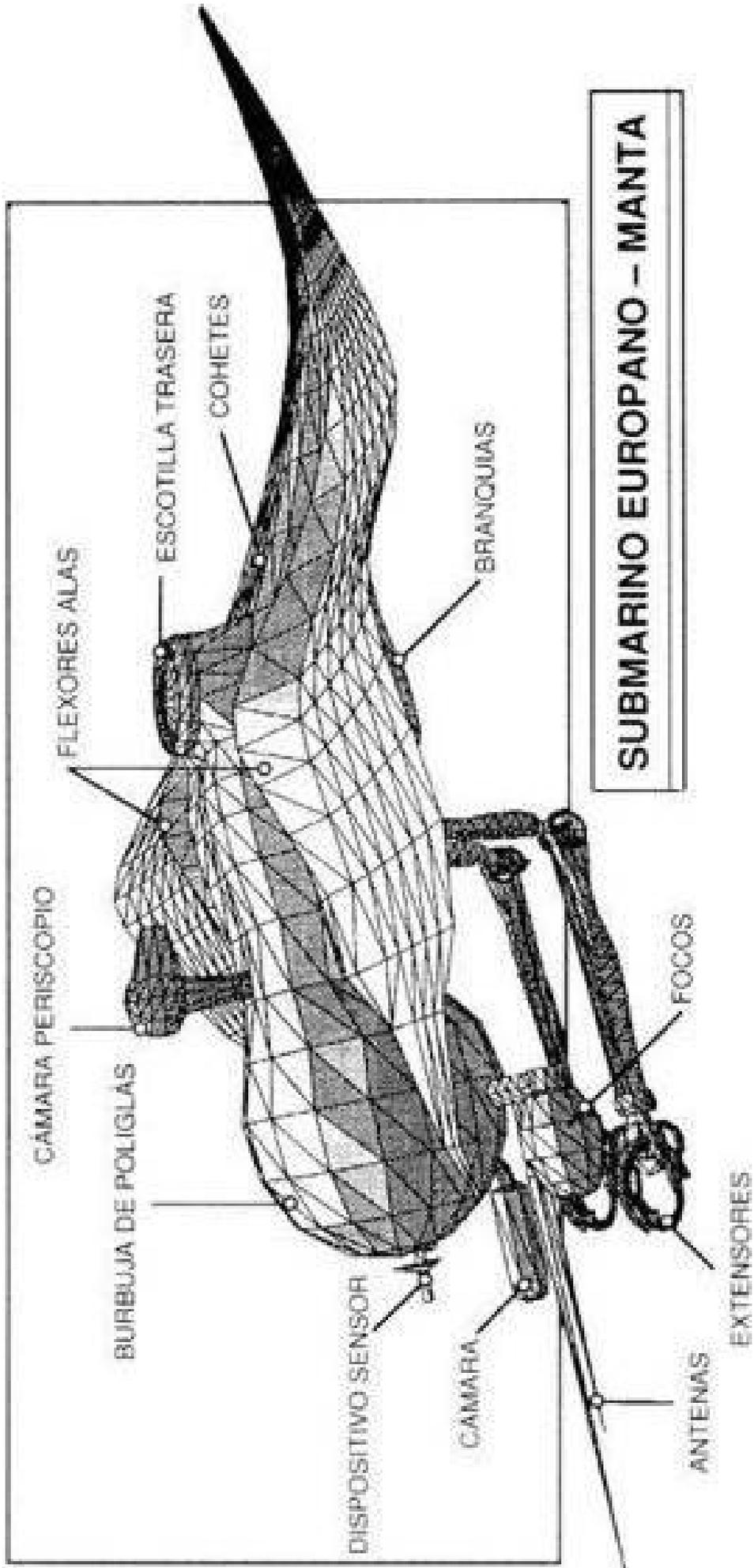
MANTA
SUBMARINO EUROPANO EXPEDICIÓN AMALTEA



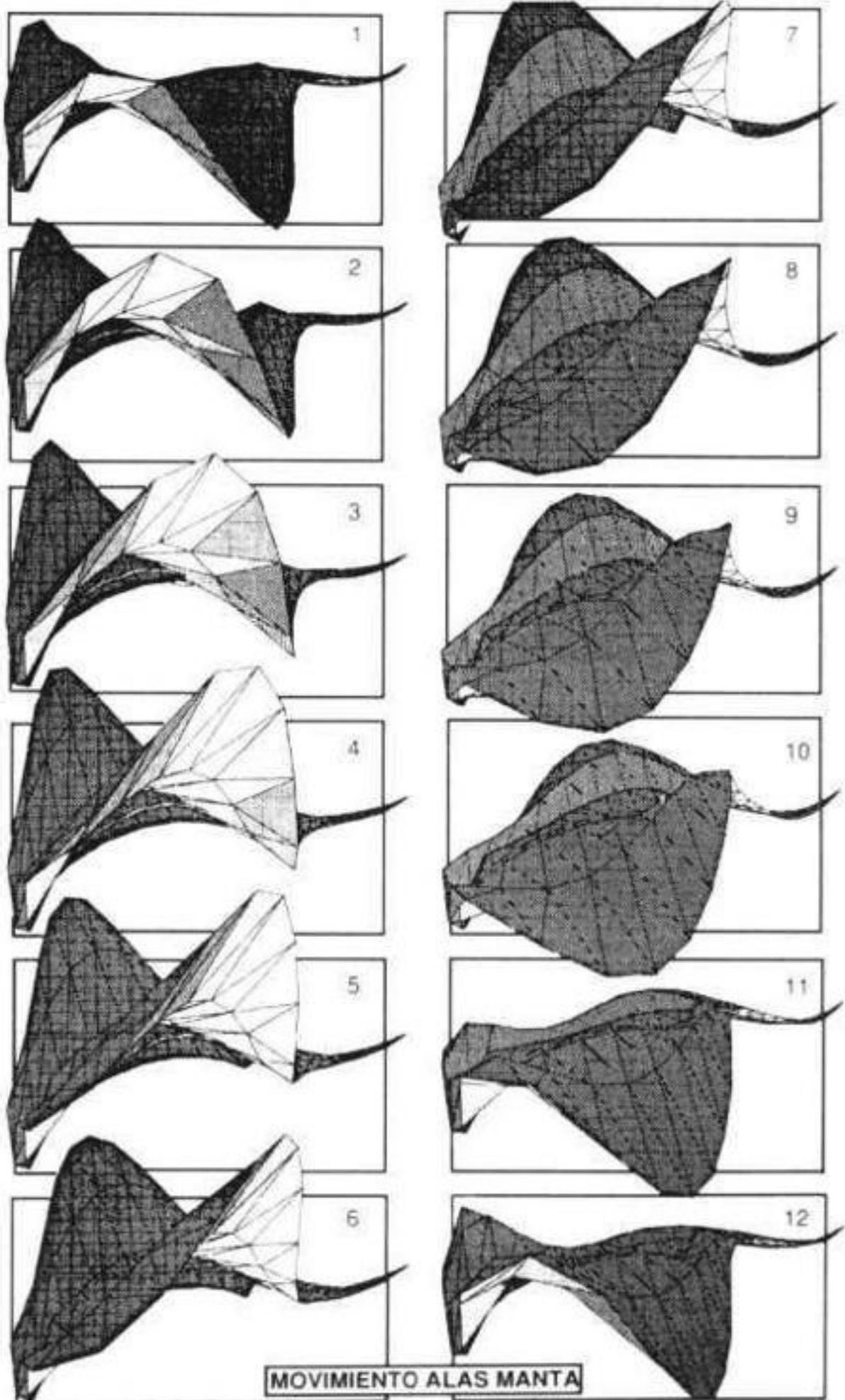


SUBMARINO EUROPAÑO – MANTA





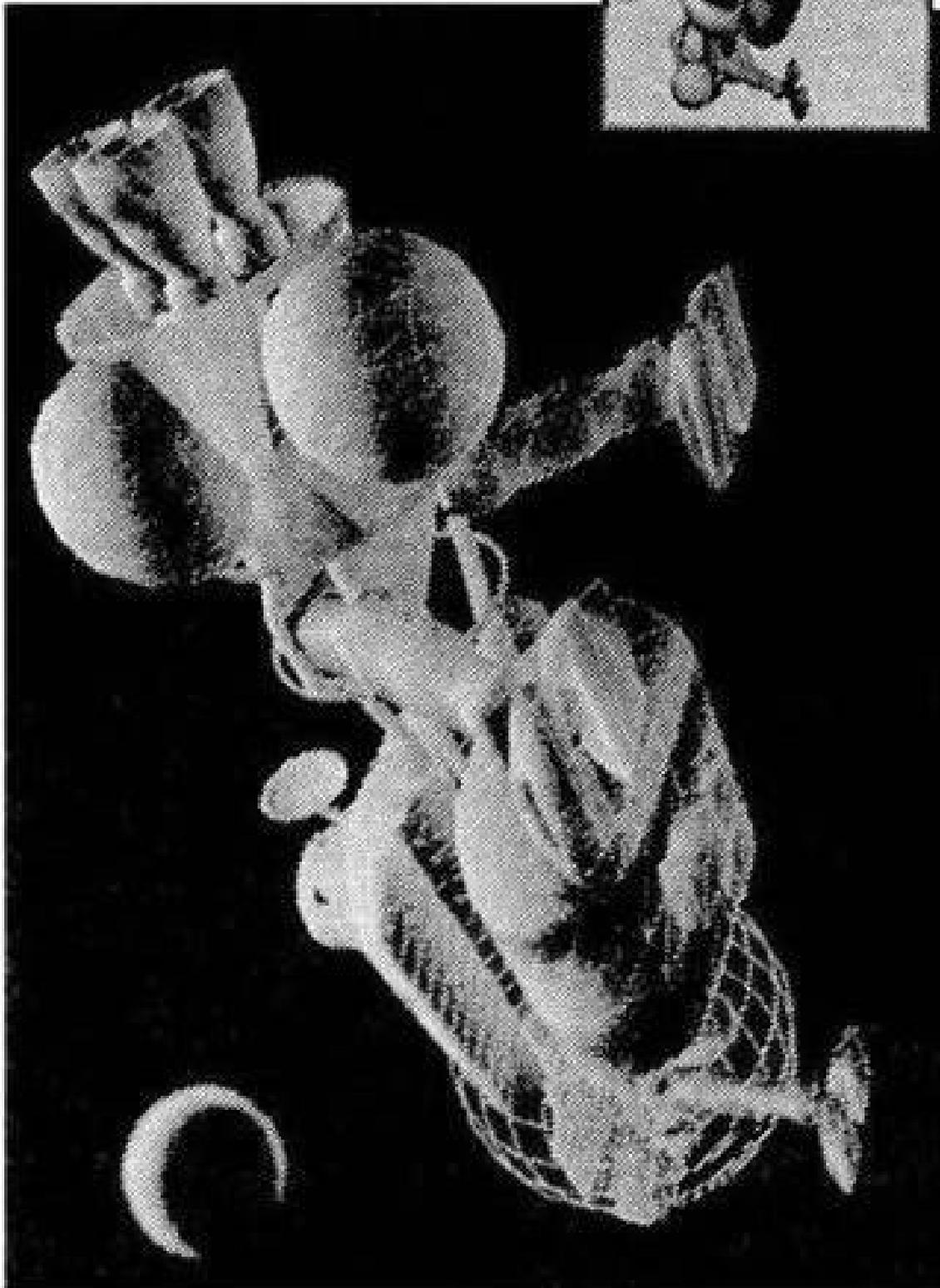
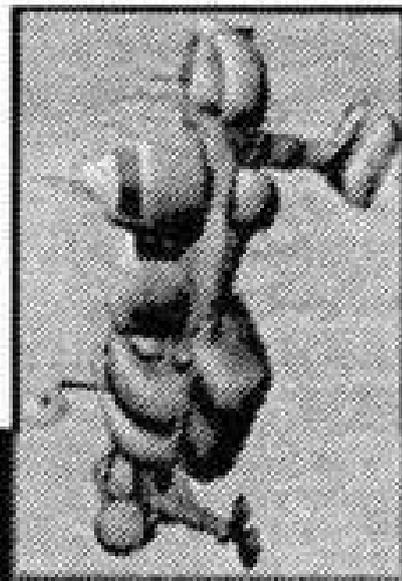
SUBMARINO EUROPAÑO – MANTA

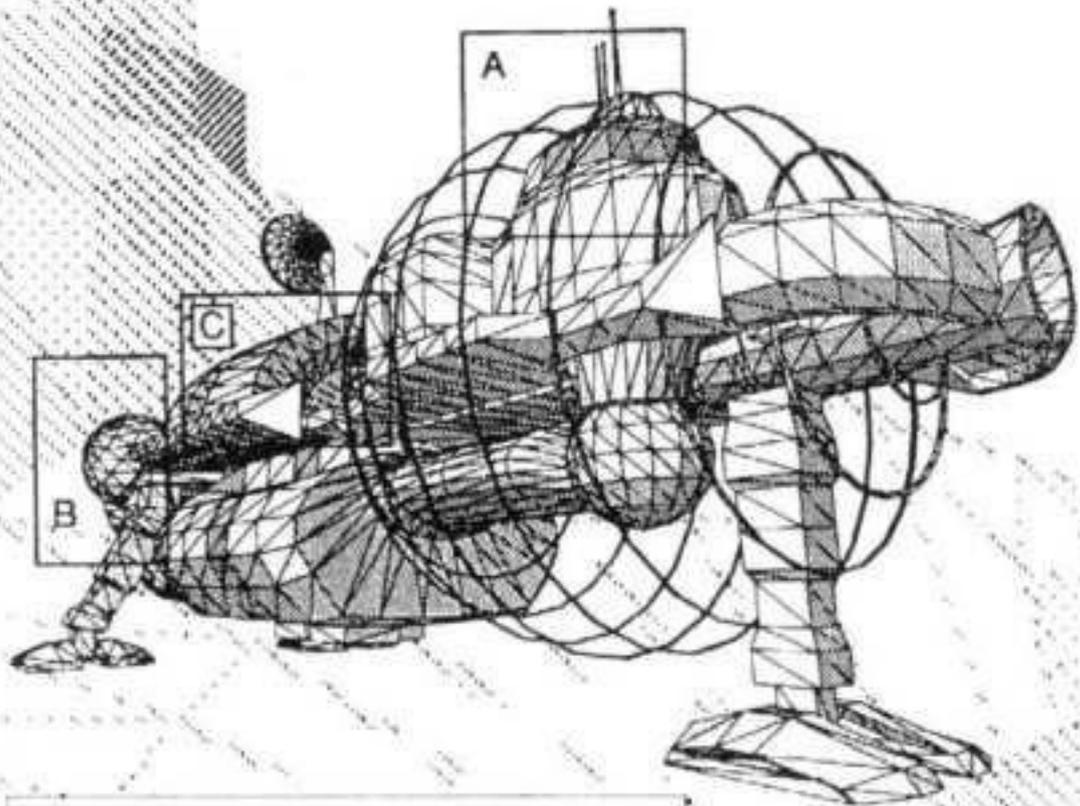
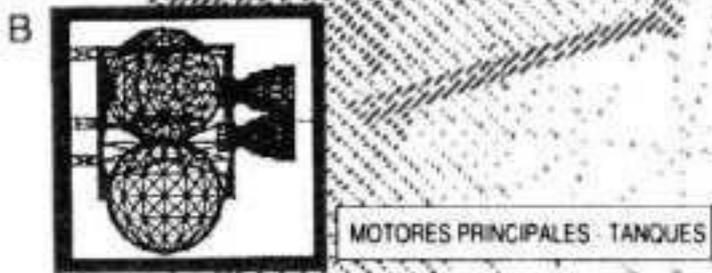


**MICHAEL
VENTRIS**

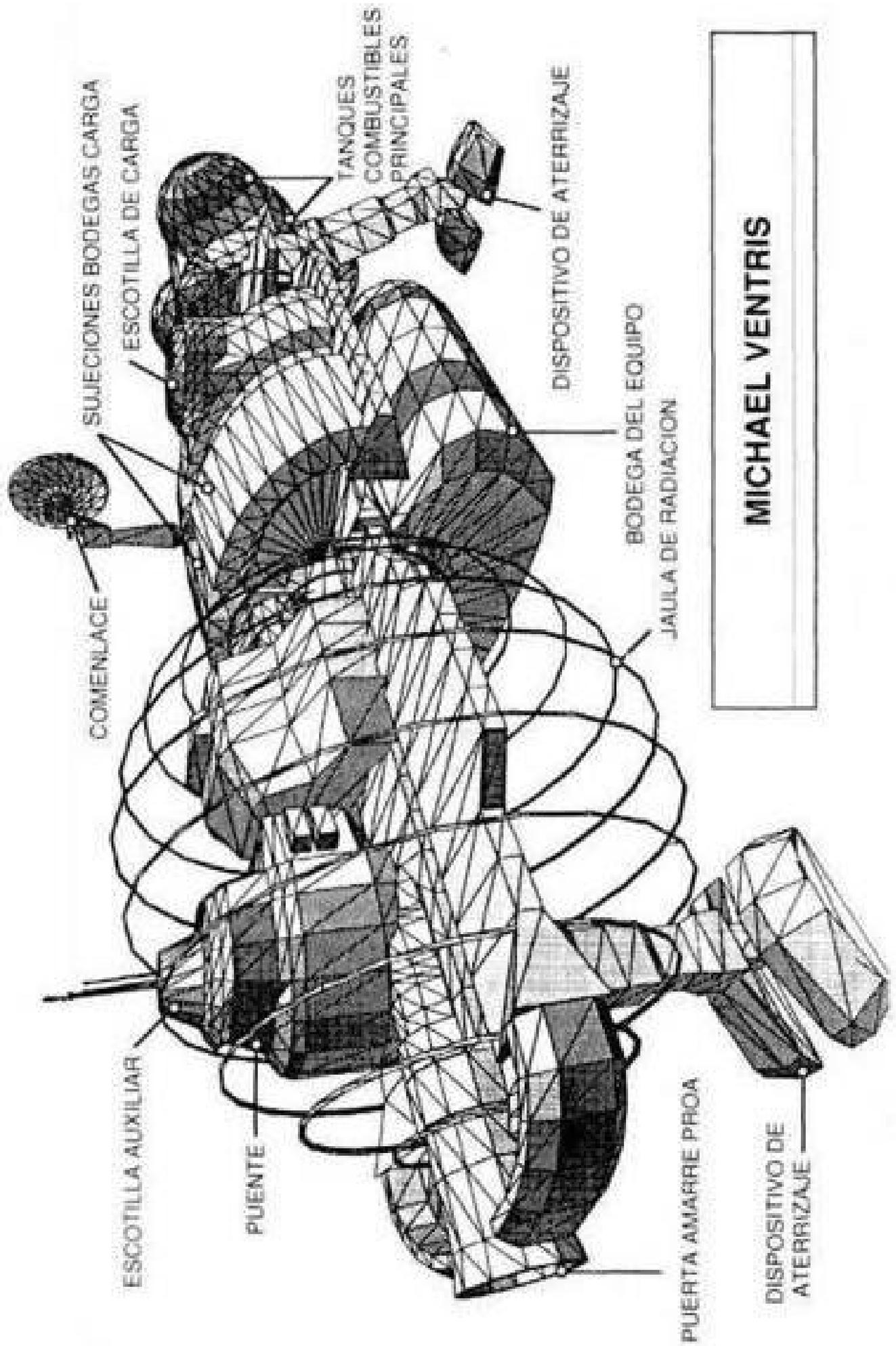
REMOLCADOR

**EXPEDICION
AMALTEA**

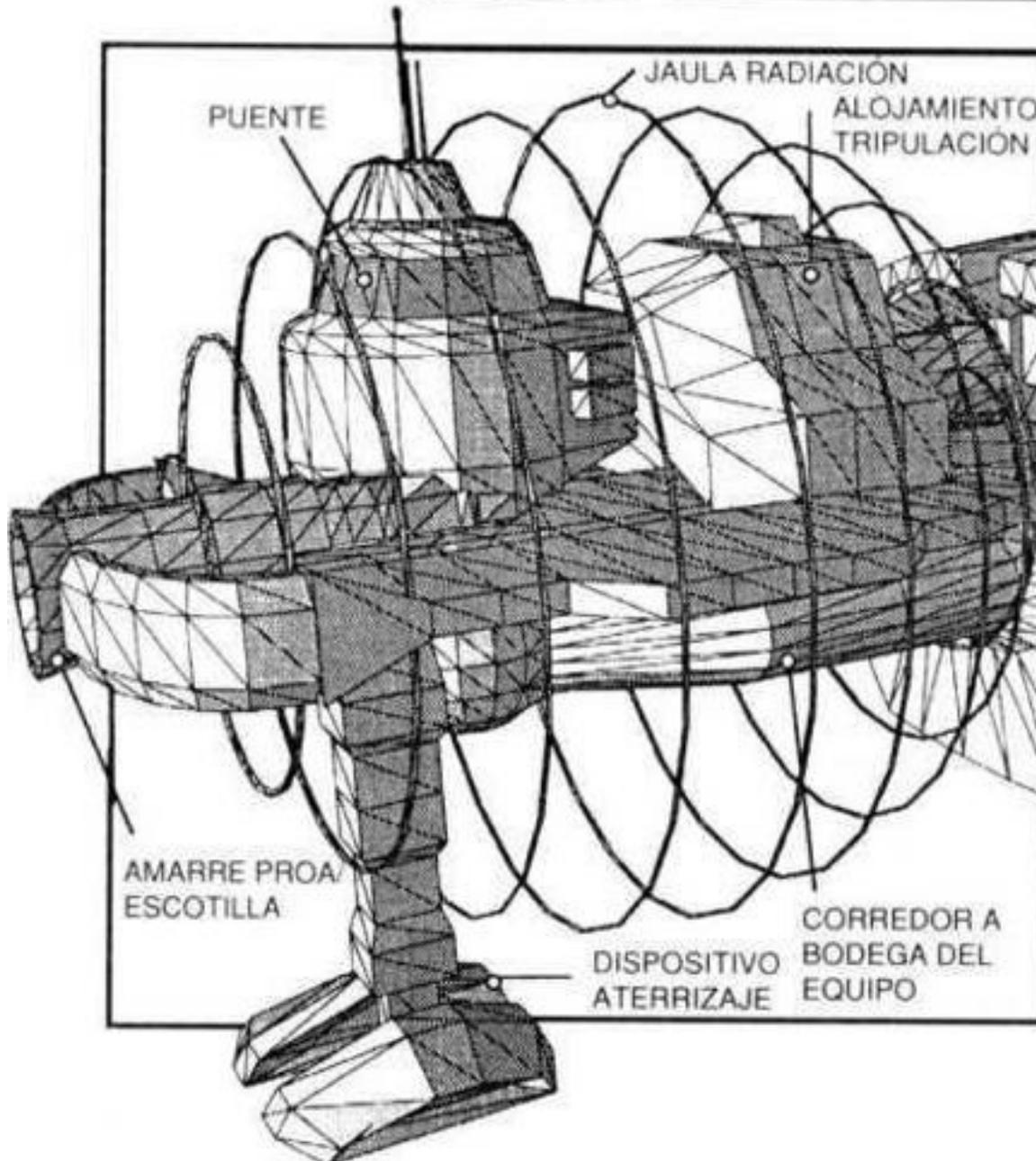
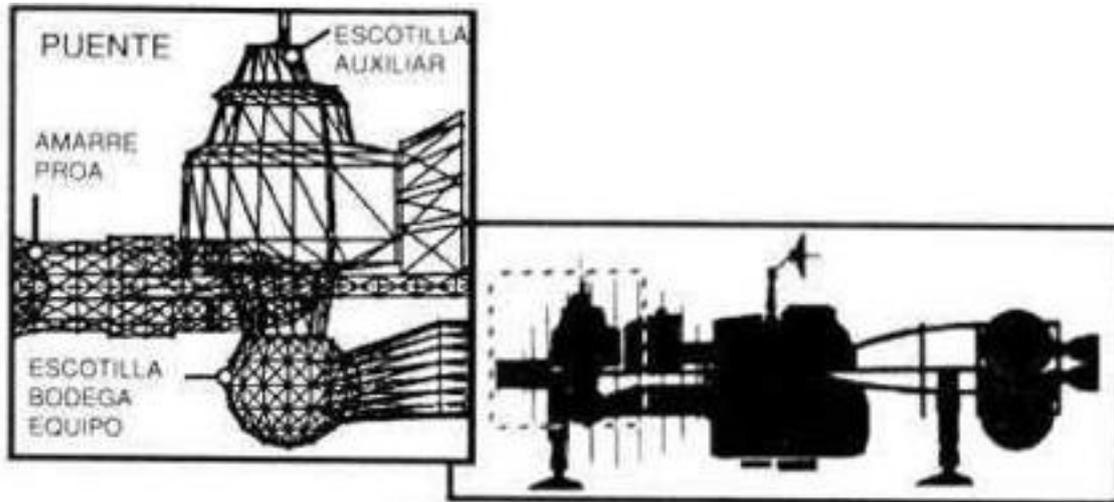




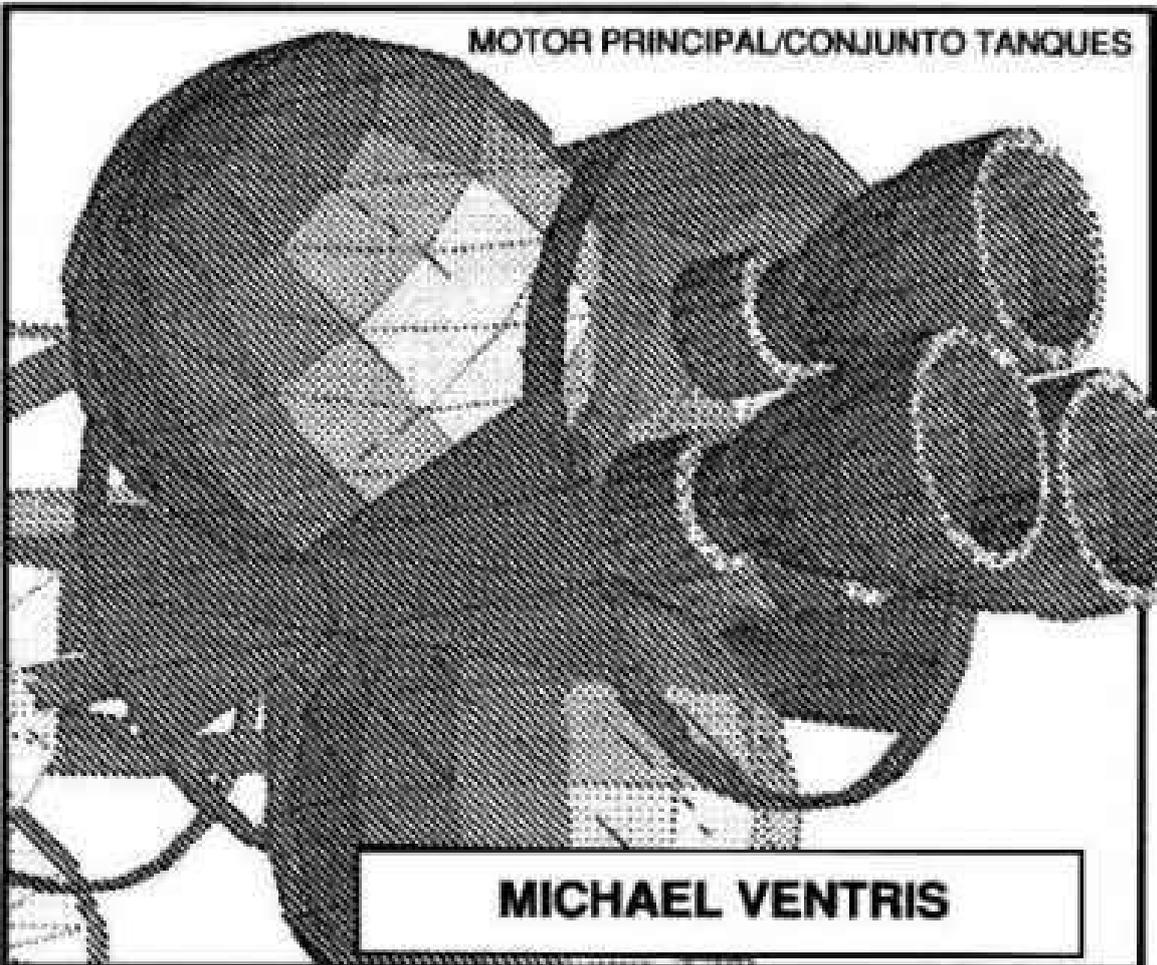
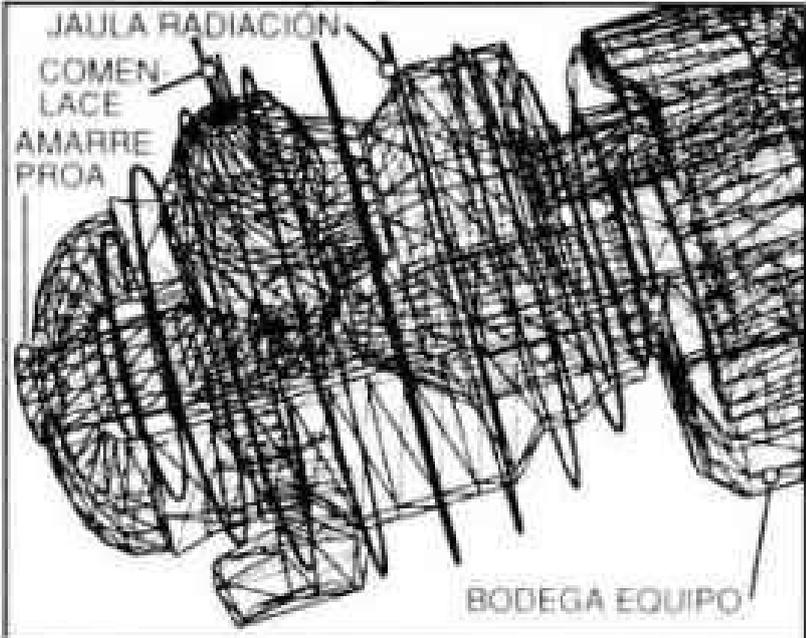
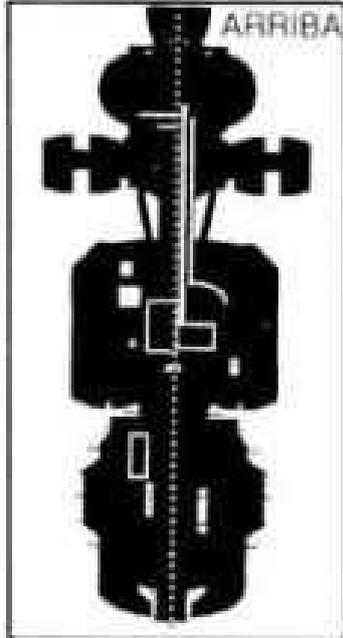
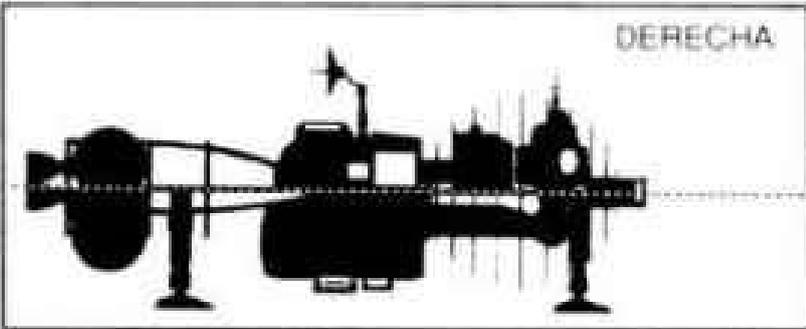
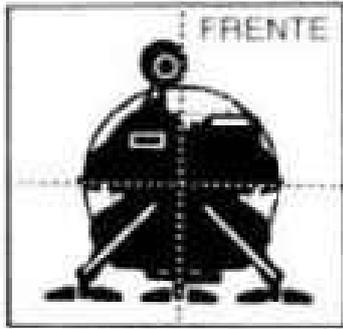
MICHAEL VENTRIS



MICHAEL VENTRIS

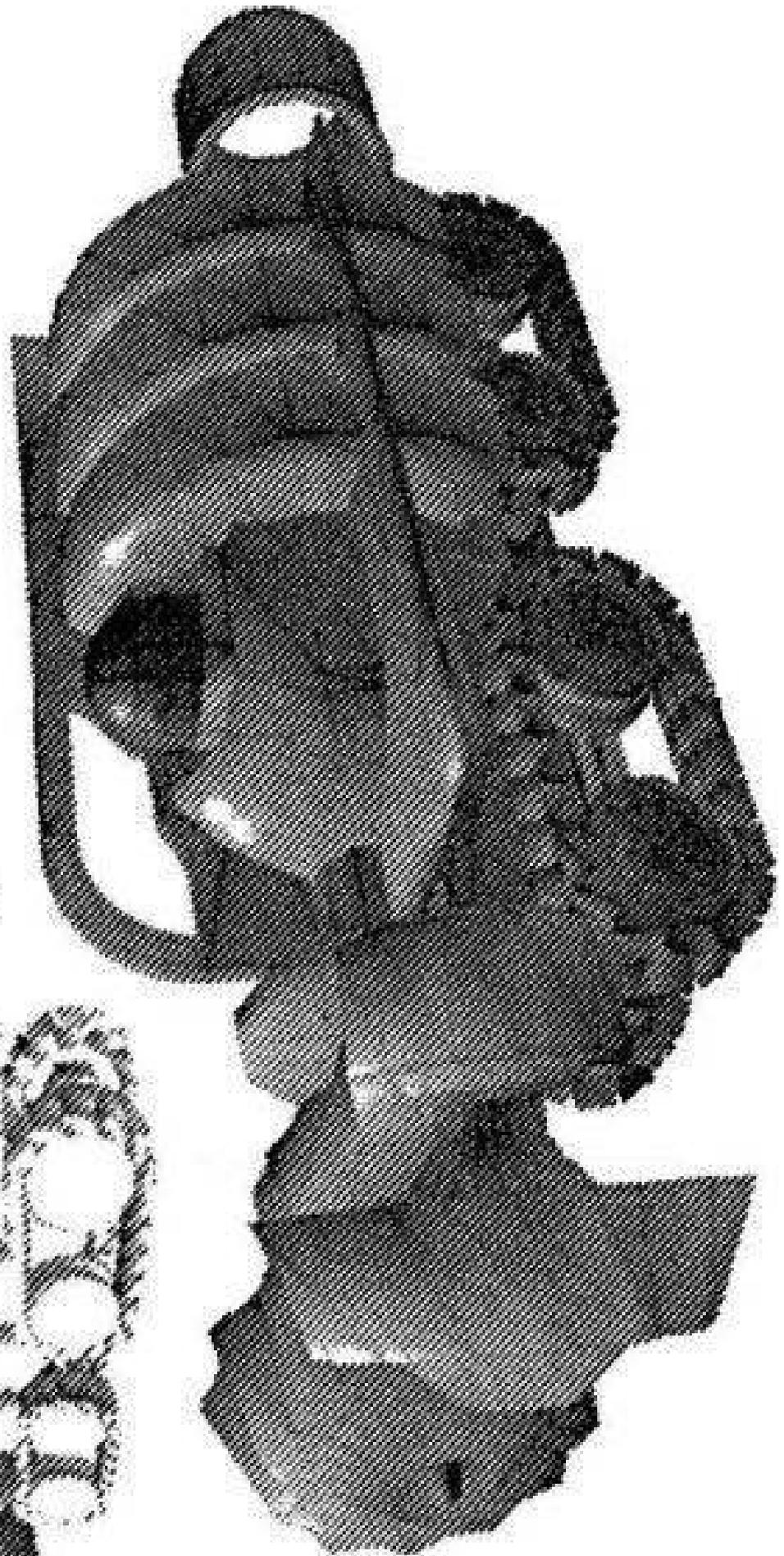


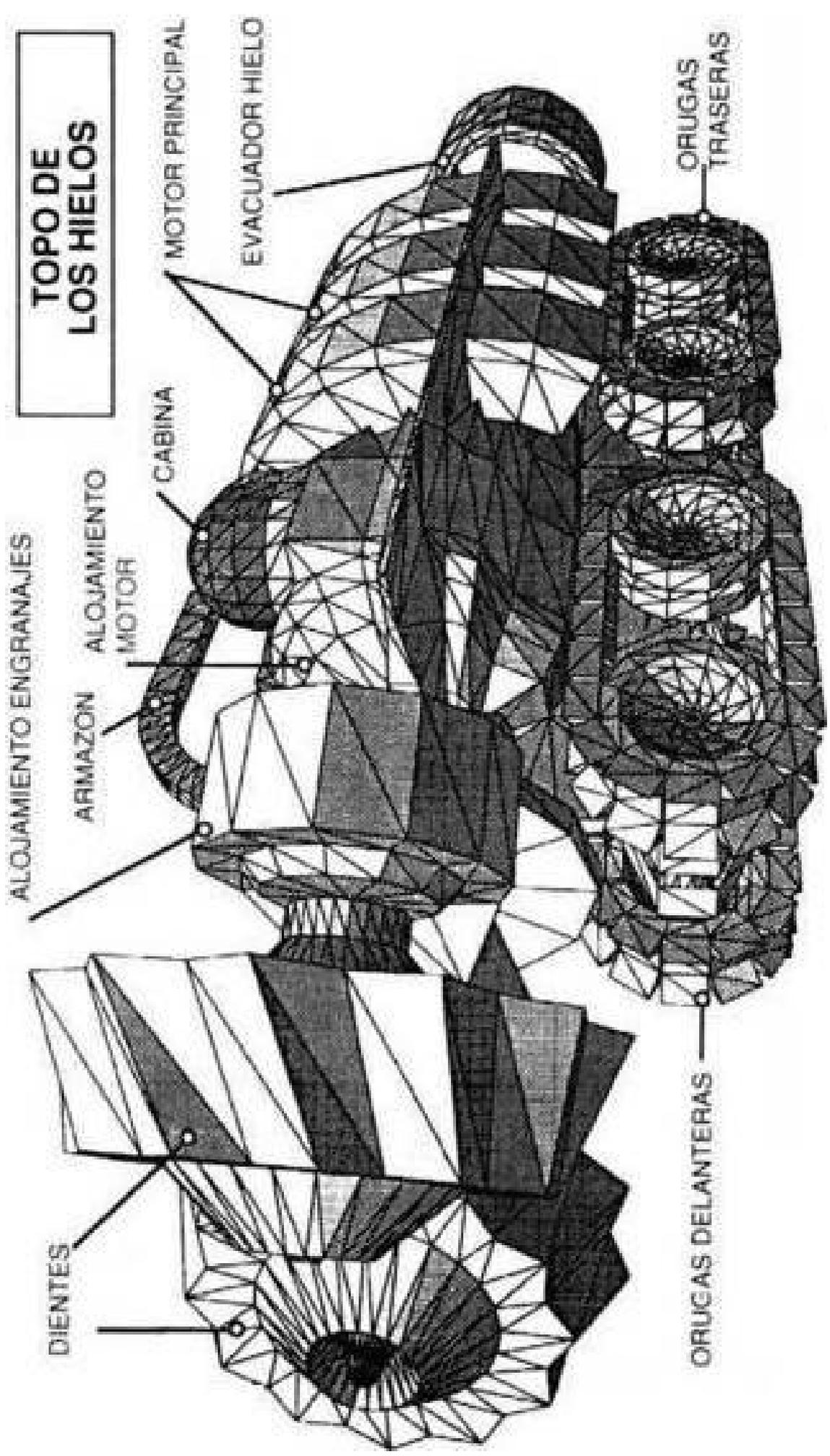
MICHAEL VENTRIS

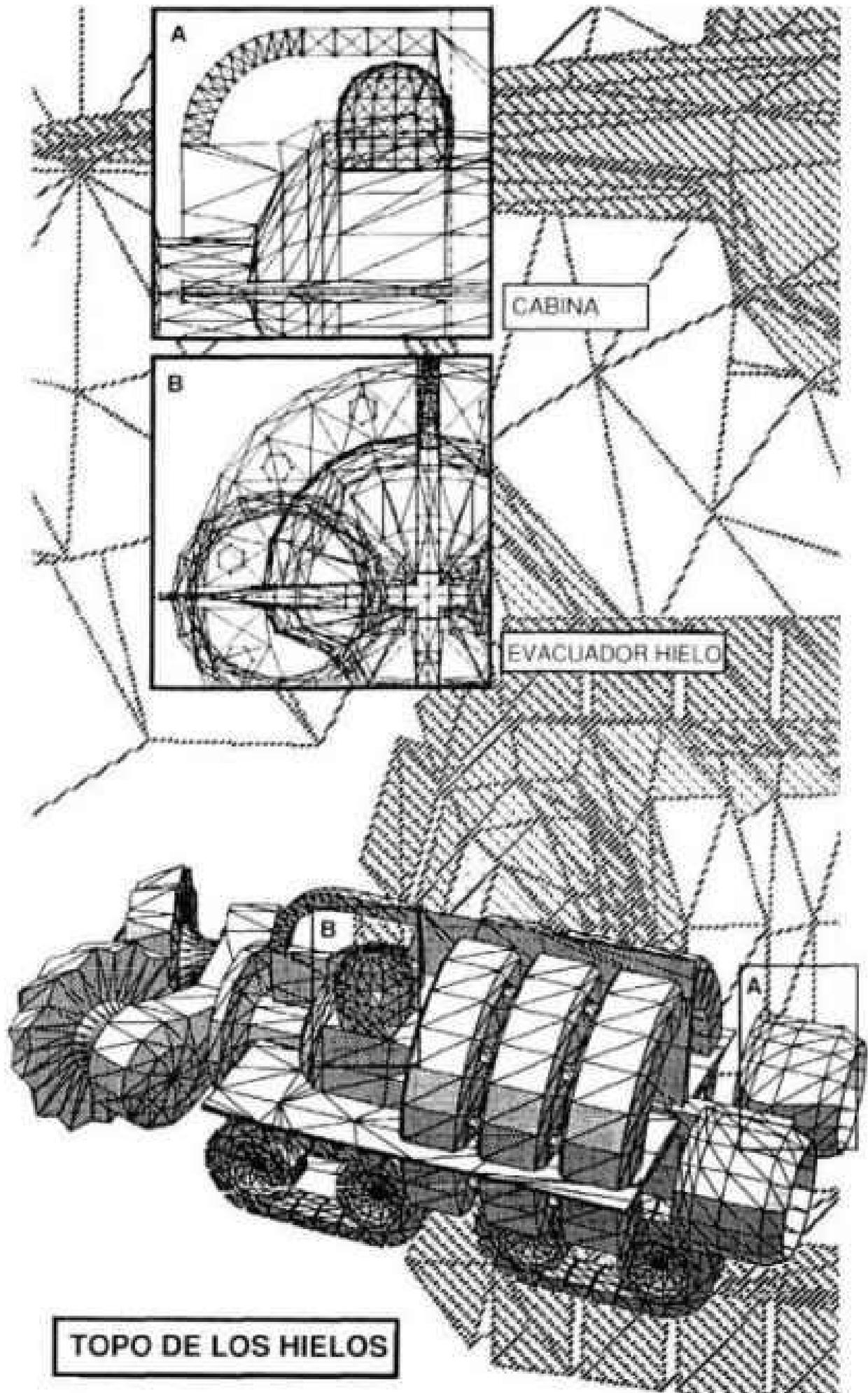


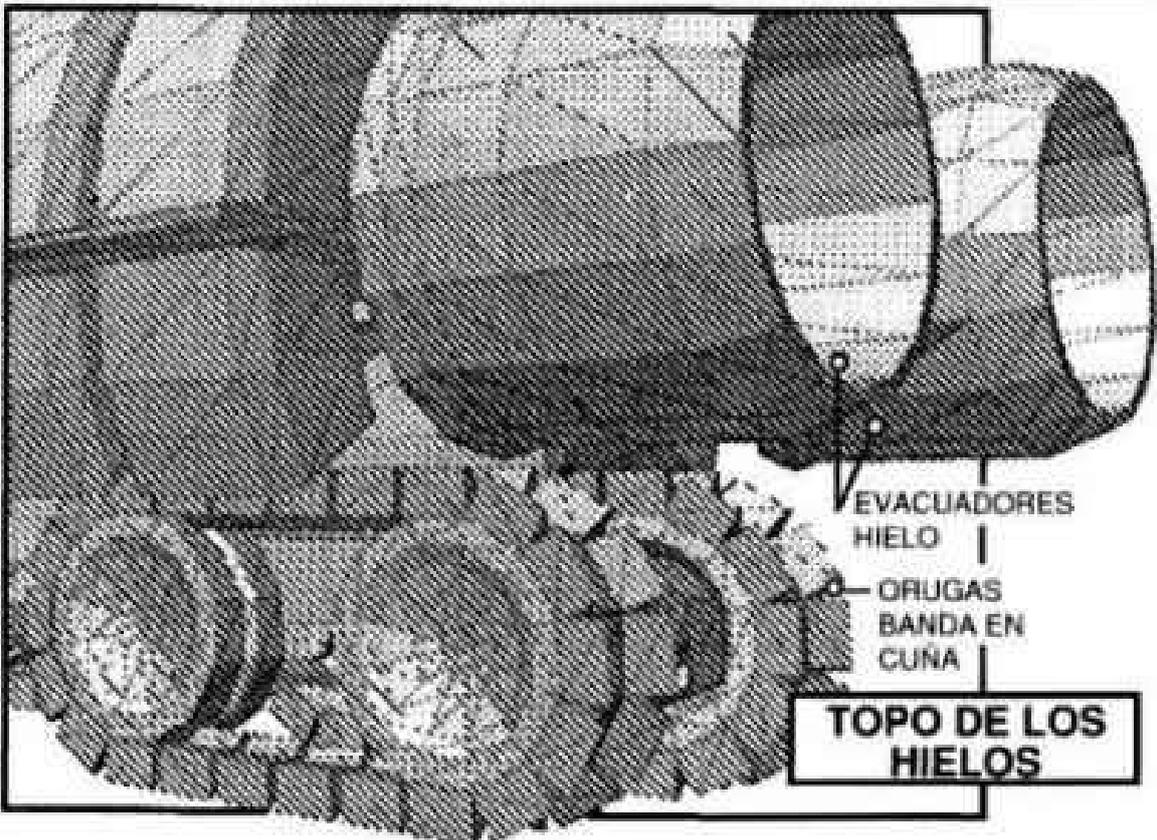
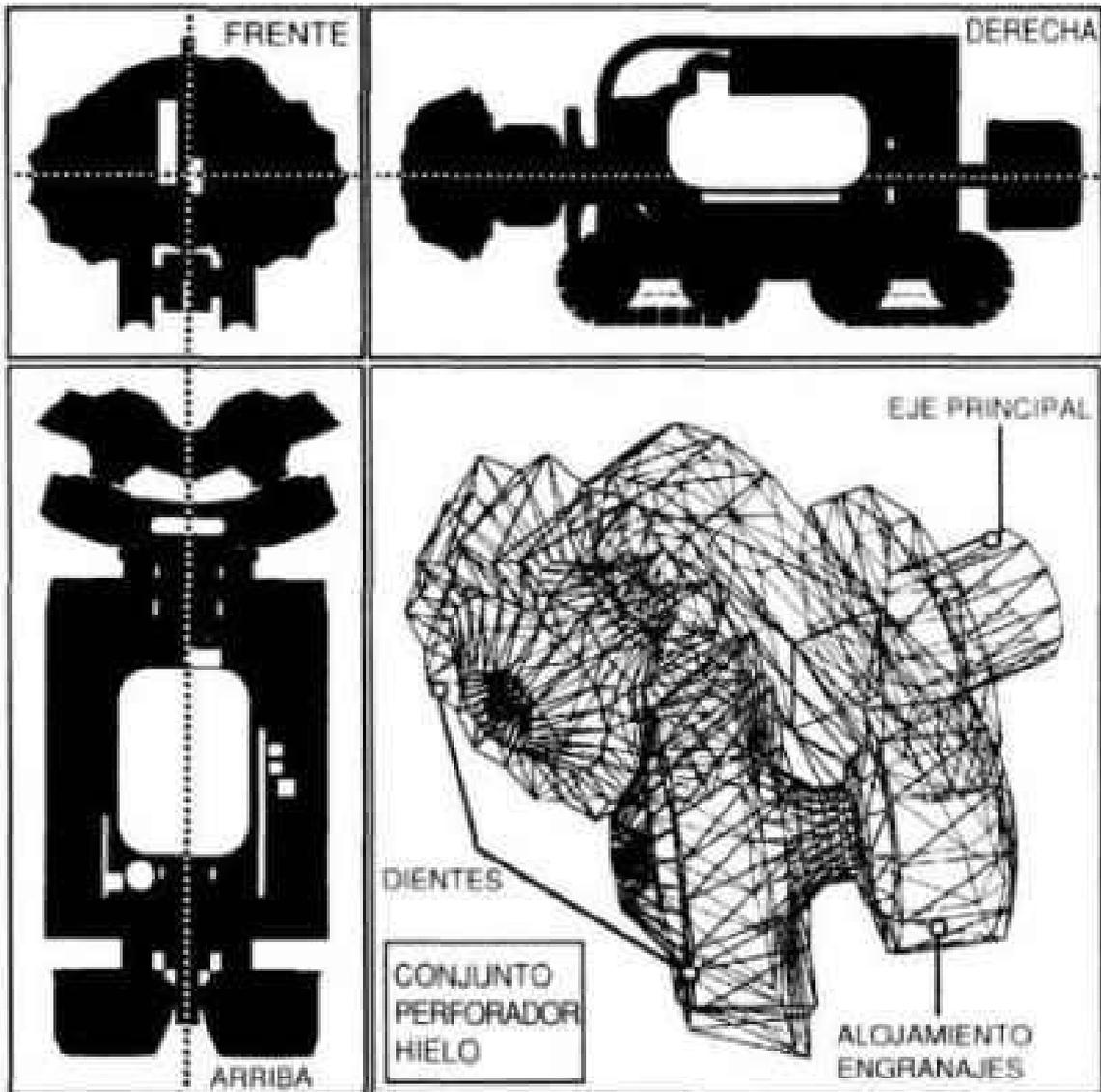
**TOPO DE LOS
HIELOS**

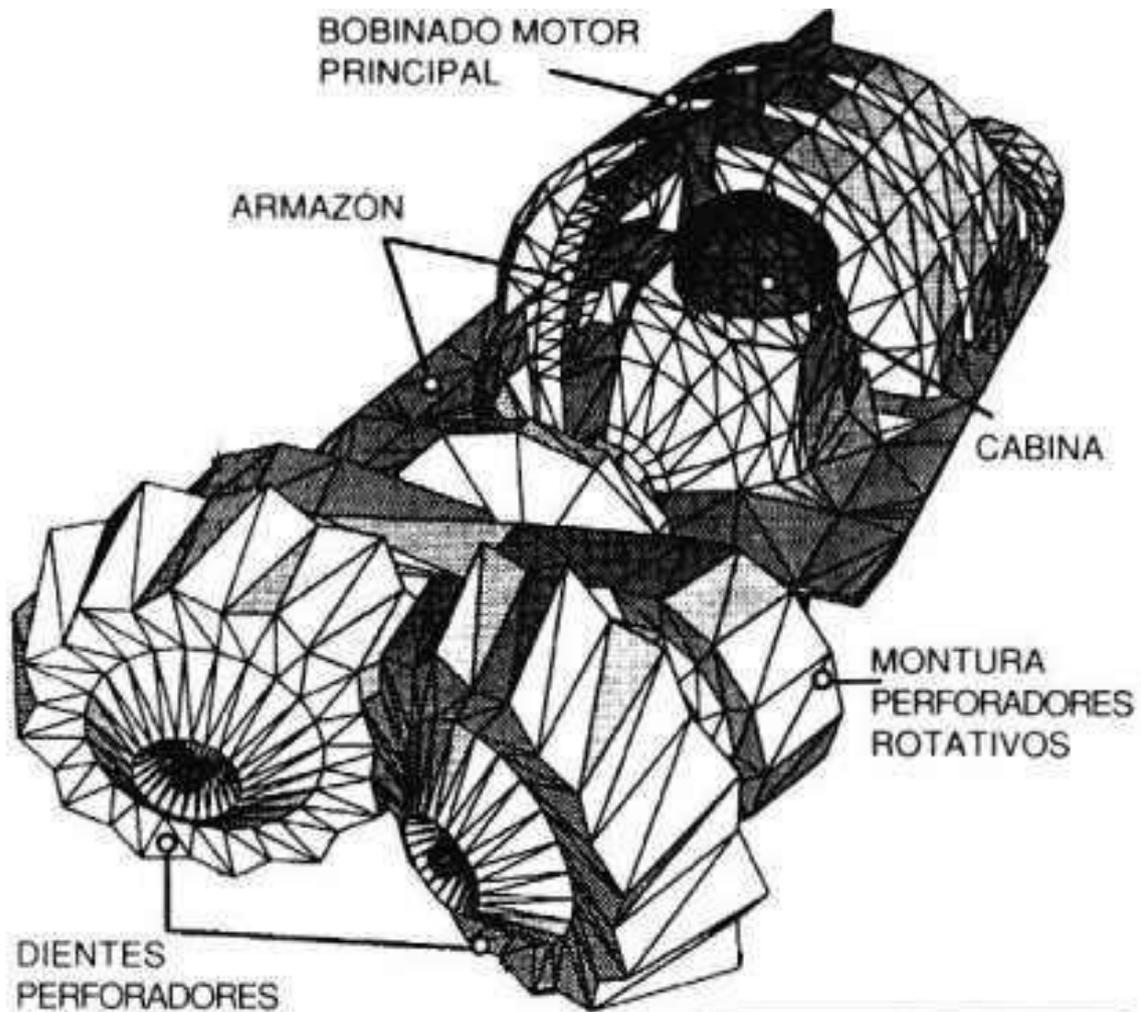
**EXPEDICIÓN
AMALTEA**



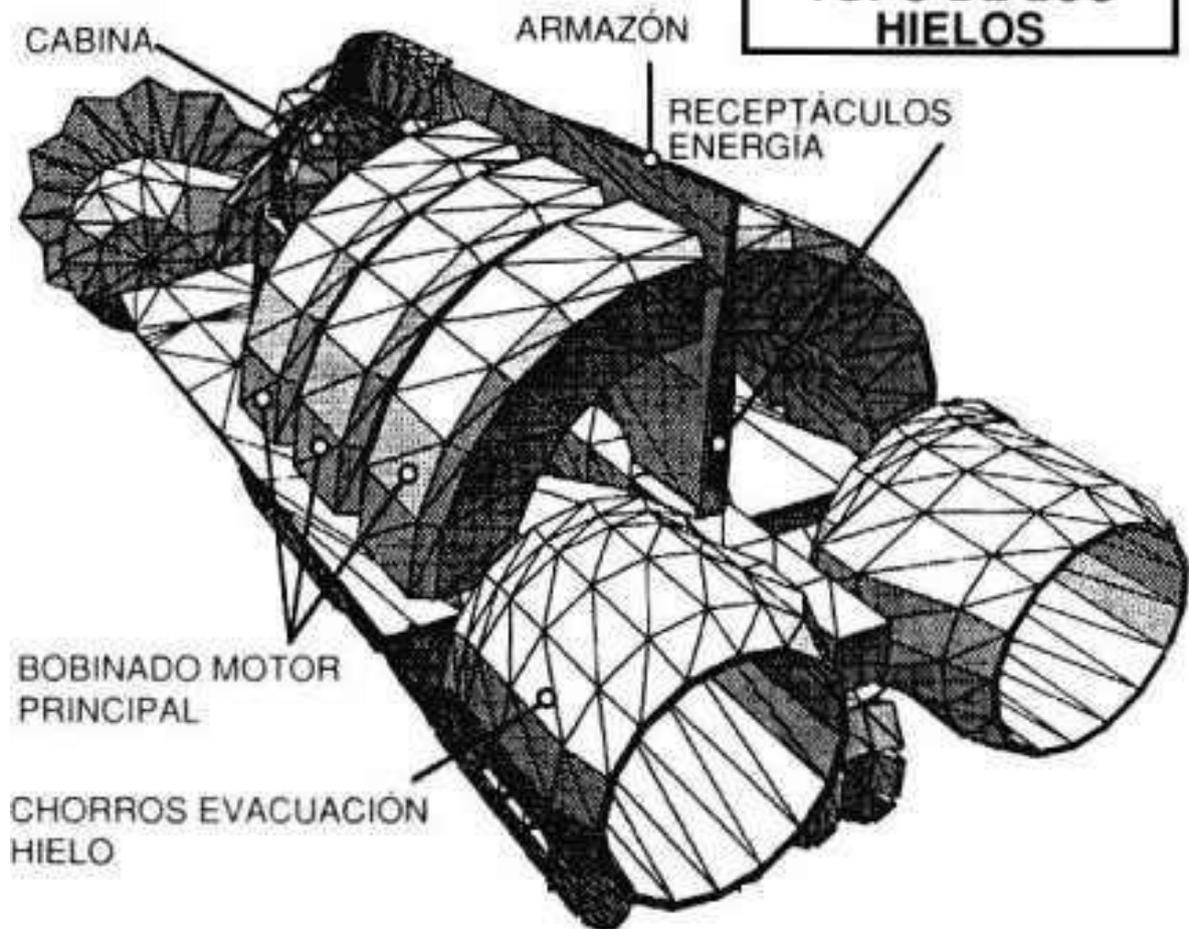








TOPO DE LOS HIELOS



Notas

[1] Sólo unas pocas décadas antes, había hecho las transparencias para la que se considera ampliamente como la más grande película jamás realizada, la obra maestra de Orson Welles *Ciudadano Kane*. Su viuda me dijo hace poco (octubre de 1989) lo que hubiera disfrutado el *segundo* terremoto de San Francisco, sabiendo lo bien que se lo había pasado con el primero... <<